



*Mel Ulrrich*

# EL SECRETO DE TU NOMBRE



zafiro<sup>♥</sup>

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1. Otra piel

Capítulo 2. Dinero es igual a poder

Capítulo 3. Samir Al-Halabi Fasil

Capítulo 4. Cadena de decisiones

Capítulo 5. El amor que siempre quise

Capítulo 6. El mejor error de toda mi puta vida

Capítulo 7. Límites

Capítulo 8. El inicio de todo

Capítulo 9. El nacimiento de Alena

Capítulo 10. Gajes del oficio

Capítulo 11. Operación Dríade

Capítulo 12. El misterioso alemán

Capítulo 13. El poder del nombre

Capítulo 14. Nunca muestres todas tus cartas

Capítulo 15. Caras vemos, corazones no sabemos

Capítulo 16. El principio

Capítulo 17. Rota

Capítulo 18. Un camino sin retorno

Capítulo 19. Caminando sobre arenas movedizas

Capítulo 20. En la arena no hay amigos

Capítulo 21. El lenguaje de la piel

Capítulo 22. El reencuentro

Capítulo 23. El encuentro con la verdad

Capítulo 24. La traición viene de quien menos te lo esperas

Capítulo 25. Mi espejismo, mi cuento de hadas

Capítulo 26. Durmiendo con el enemigo

Capítulo 27. Cuando las caretas se caen

Capítulo 28. La Cobra Negra

Capítulo 29. Final feliz

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

¿Te imaginas tener que dejarlo todo por alguien a quien amas? ¿Te imaginas renunciar a todo incluyendo tu nombre? ¿Te imaginas tener que cambiar de piel para poder sobrevivir?

Así es ahora la vida de Ariadna, fingiendo ser alguien diferente, un nuevo rostro, una nueva piel, todo para poder llegar a ella y así salvarlo a él. Ya han transcurrido dos años desde que sucedió todo, y los recuerdos de su pasado son ahora tan lejanos que parece que no hayan ocurrido jamás. Pero cuando las esperanzas se desvanecen y el tiempo se agota, aparece la oportunidad de acercarse a La Cobra Negra y lograr su cometido.

Sin embargo, el amor y el deseo torcerán las cosas, poniendo en peligro todo por lo que sacrificó su vida.

# EL SECRETO DE TU NOMBRE

Mel Ulrich

zafiro 

*A todos aquellos que aún no creen en el amor.*

*Todas las historias de amor fueron verdaderas historias  
de amor.*

*No pierdan la fe.*

## Prólogo

Soy luz, soy oscuridad también. He usado muchas máscaras y demasiados cuerpos para una sola persona. Una actriz siempre interpretando un papel para no ser reconocida, pero tampoco para pasar desapercibida. Nadie conoce mi verdadero rostro. He cambiado tantas veces y vuelto a cambiar que ya no sé quién soy en realidad. Cuando todo esto acabe, ¿quién seré? ¿Qué sucederá conmigo? No puedo volver a ser la intérprete de antes. Ya no soy la que una vez fui, tampoco soy la que soy ahora.

Soy como una pantera sigilosa, mortal, siempre en la oscuridad, acechando. Crees que conoces mi verdadera piel, pero no sabes que estoy cubierta de manchas que me permiten camuflarme y estar al acecho. Cada una de las manchas es distinta; soy cada una de ellas, diferente a la otra. Pero la pantera sabe que es una pantera, yo, en cambio, no sé quién soy... Ya no.

# Capítulo 1

## Otra piel

Han pasado dieciocho meses desde que todo empezó, he agotado todas mis opciones y empiezo a perder la esperanza de poder librarme de esto algún día; desde luego, hoy no será.

Salgo de la ducha envuelta en un albornoz de algodón, mientras decido qué ponerme esta tarde. Otro viernes en aquel lugar, jugando a ser una distinta, fingiendo estar en otra piel. Aunque ya no estoy segura de hasta qué punto estoy fingiendo. Sólo puedes hacerlo cuando sabes quién eres en realidad y yo hace tiempo que no tengo la menor idea acerca de eso.

Me miro al espejo y me arreglo las ondas de mi ahora rubia cabellera. Hoy será mi primer día con esta nueva apariencia; he tenido que olvidarme de los carbohidratos, sobre todo de los rollos de canela para el café de la tarde. Resoplo algo molesta, pero intento mantenerme centrada y recordar todo el trabajo que me ha costado tener este aspecto.

—Esto tiene que acabar en algún momento, ¿no? —me reprocho frente al espejo y después me doy por vencida.

Preparo una ensalada César y me la como sin ningún apetito. Extraño una buena pasta a la boloñesa o una rica hamburguesa. Tengo que dejar de martirizarme con eso.

Comienzo a arreglarme. Son las tres de la tarde, el evento acaba de empezar. Ansío saber quién acudirá en esta ocasión. En la anterior asistieron tres ministros, un embajador y un par de rusos que podría jurar que formaban parte de la mafia.

Resultó divertido terminar pateándole las pelotas al tal Serguéi cuando

quiso ponerme una mano encima en contra de mi voluntad. Fue liberador, en parte terapéutico. Algunos hombres no llevan muy bien el hecho de que el poder lo tengamos nosotras, porque, al menos en mi caso, soy yo quien escoge al cliente.

¿Qué salió de positivo de todo eso? El acceso a su móvil y a todos sus movimientos. Hace dos días fue retenido en el aeropuerto por la policía y entregado a la INTERPOL. Como sospeché desde el principio, el tipo estaba metido hasta el fondo con la mafia rusa. Pensaba que después de eso y de toda la información que consiguieron gracias a mí se olvidarían del otro asunto, pero no fue así. Aún sigo aquí estancada, sin más planes que continuar escalando posiciones y subiendo de rango para que ella se fije en mí. Aunque transcurridos dieciocho meses ya he perdido la fe en que eso suceda.

Suena mi móvil y sé quién es antes de mirar la pantalla. Se deben de estar preguntando por qué aún no me he presentado.

—¿Diga? —Cojo el vestido blanco del armario y voy a por la ropa interior adecuada.

—Llevas media hora de retraso —gruñe al teléfono mi interlocutor. Seguro que no tiene nada mejor que hacer que andarme fastidiando.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no estás aquí?

—Porque aún no han llegado todos los invitados. Pensaba que después de dieciocho meses en este trabajo lo sabrías. Tengo que colgar. Llego tarde a un evento. —Le cuelgo mientras dice algo que no alcanzo a oír, porque, la verdad, no me interesa. Estoy hasta la coronilla de todos ellos. No veo la hora de poder largarme y dejar todo esto atrás.

Me miro en el espejo por última vez antes de salir del apartamento. Se me ve perfecta, justo lo que necesito. Se me hace imposible no pensar en cómo era antes de esto, en quién era. Parece que fue hace siglos, casi en otra vida. Ya no soy la misma ni física ni mental ni emocionalmente; me he endurecido,

lo sé, porque era la única manera de sobrevivir a esta esclavitud que parece no tener fin.

—El *show* debe continuar. —Con una sonrisa pintada de rojo, decido salir a representar a este nuevo personaje.

Como de costumbre, cojo un taxi al hotel y una vez allí, pido en recepción que me dejen hacer una llamada. Telefono a Boris, uno de los chóferes encargados de transportarnos a los eventos en caso de que nosotras no podamos ir por nuestra cuenta. Y con esta pinta no puedo ir en mi descapotable rojo. En menos de cinco minutos, llega Boris y toca la bocina para avisar de que está aquí. Es un Mercedes negro de este mismo año, como todos los coches de la compañía.

—Buenas tardes, Boris —lo saludo cuando me abre la puerta trasera para que entre.

—Buenas tardes, señorita. —Me dedica una amable sonrisa y regresa al asiento del conductor.

Boris es un hombre de mediana edad, cercano a los cincuenta quizá. Un poco calvo y de cabello canoso, lleva un espeso bigote que me recuerda a mi padre. Yo sé su nombre, pero él no conoce el mío, sólo somos números y yo soy el número veinte.

—Hemos llegado —me avisa, antes de que alguien que no es él abra mi puerta y me ofrezca la mano para bajar.

—Gracias. —Le sonrío al moreno que hoy forma parte del protocolo del evento. El chico se sonroja de inmediato, sin poder creer que le haya dirigido la palabra. No logra decir algo coherente y lo dejó ahí soñando con lo que no puede tener.

\* \* \*

—Y el evento por fin puede comenzar —me saluda Carlo con su voz ronca, guiñándome un ojo con su sonrisa socarrona particular.

—No iba perder el tiempo esperando a que esto se llenase. Ya me conoces. —Le toqueteo el brazo coqueta, como siempre. Es la forma en que he formado un vínculo con él, así es cómo consigo enterarme de quiénes están en la lista de invitados.

—Si realmente te conociera, me dejarías ver ese lindo rostro tuyo que se esconde bajo el antifaz. —Y se ríe, dándole un toque al antifaz blanco que me he puesto esta noche, a juego con el vestido. Todas llevamos uno para no ser identificadas por quienes no queramos—. Y ni aun así creo que pudiese conocerte. Tienes más rostros de los que mi mente alcanza a recordar, número veinte.

—Eso lo hace interesante.

—Oh, en eso tienes toda la razón. Porque cada vez vienen más tipos buscando un encuentro con la misteriosa Kitsune.

—¿Kitsune?

Me río. Es la primera vez que oigo que me llaman de esa forma. No soy un ser mítico, y menos de la cultura oriental, pero entiendo la comparación y lo que significa; no tengo colas que convierta en representaciones, pero han sido varios rostros en estos dieciocho meses, mimetizándome con el ambiente para poder sobrevivir y ser notada por ella.

—Sí, un tipo lo dijo y los otros ya no pararon de usarlo para referirse a ti o a la versión que tienen de ti. Tanto es así que me han preguntado por ello desde arriba.

—¿Sí? —Mi corazón comienza a latir con fuerza, frenético. Esto podría ser lo que he estado esperando todo este tiempo. Por fin podría haber esperanza para mí.

—Sí. Querían saber si era verdad. Si existías. Te tienen el ojo puesto, cariño. Eso es significativo. Te esperan grandes cosas.

—Me has alegrado la tarde, Carlo. —Le doy un beso en la mejilla muy cerca de la comisura de los labios y me adentro en el salón, recuperando la confianza que estaba perdiendo. Todo parece estar dando frutos después de

tanto esfuerzo y tantos sacrificios. En estos momentos no podría pedir nada más.

—¿Qué le sirvo? —me pregunta el barman detrás de la lujosa barra toda de cristal.

—Quiero.... —Me siento en uno de los taburetes blancos junto a la barra.

—Me da un whisky con hielo y un Día de la semana para la señorita. — Oigo su voz detrás de mí y una leve sonrisa se dibuja en mis labios—. No olvide el zumo de arándanos.

Siento un cosquilleo cuando su suave toque recorre mi espalda por la parte descubierta de mi vestido.

—Su Día de la semana, y su whisky, señor. —El camarero se marcha, tras servirnos las bebidas.

Aún no me he dado la vuelta y puedo notar que su mirada me está escudriñando.

—Ha pasado un tiempo, Samir. —Finalmente me vuelvo para encontrarme con su deslumbrante sonrisa.

—Ha sido demasiado para mí, Al.

Ese apodo saliendo de sus labios sigue sonando delicioso. «Demasiado tiempo para mí también, Samir, demasiado.»

—No pensaba que te vería pronto. —Le doy un sorbo grande a mi bebida, terminándomela.

—Los negocios me llevaron más tiempo del que esperaba. —Sube una mano hasta mi cabello rubio y atrapa un mechón entre los dedos sin dejar de sostenerme la mirada.

—Es una pena.

—Lo es. —Me mira divertido y enarca una ceja—. ¿Rubia?

—Necesitaba un cambio. —Me encojo de hombros, quitándole importancia.

—Eso es lo que siempre dices. —Veo un atisbo de reproche en sus ojos y no me gusta. Ése es terreno peligroso.

—Porque eso es lo que es. —Me vuelvo en mi asiento en dirección a la barra, haciendo que el mechón de cabello resbale de sus dedos. Lo oigo suspirar a mi lado, pero finjo no enterarme.

—¿Quieren otro trago? —nos interrumpe el barman y nunca me había alegrado tanto de verlo.

—Claro.

—Yo quiero otro whisky, y lo mismo que antes para la dama.

—No... —Lo detengo posando con suavidad mi mano sobre la suya—. Para mí también un whisky, pero que sea doble.

El barman mira a Samir buscando su aprobación, él asiente y el hombre nos sirve los dos vasos, que deja frente a nosotros antes de marcharse a atender a otros clientes.

—¿Whisky? —Samir se inclina y me coge del mentón para que lo mire.

Puedo ver que el pobre no entiende mi cambio de humor tan repentino; es sólo una táctica para apartar su atención de aspectos que no estoy interesada en tratar.

—Sí. Es lo que querías, ¿no?

—Sí. Pero no creía que fuese a ser tan sencillo.

—Hoy es tu día de suerte. —Choco mi vaso con el suyo y dejo que un sorbo de ese líquido me quemé la garganta. No es en absoluto mi licor favorito, pero es la respuesta correcta.

Cuando un cliente está interesado en ti, tiene dos opciones: puede pedir otra copa de lo que ya está bebiendo la mujer, haciéndole saber de su interés, o puede pedir un Cosmopolitan, eso significa que desea sus servicios de compañía. Desde que conozco a Samir, nunca ha pedido un Cosmo para mí; siempre ha pedido otra copa de lo que estuviese tomando; en ese caso era un Día de la semana, con hielo y zumo de arándanos.

Y en cuanto a la respuesta, nosotras también tenemos opciones en ambos casos. Podemos rechazar el Cosmo junto con sus intenciones, y pedir por ejemplo un Día de la semana, o, en caso de querer aceptar, hay dos maneras de

hacerlo: una es diciendo que sí al Cosmo, lo que le hace saber al hombre que estás interesada, pero tú pones las condiciones, o bien pidiendo la misma bebida que él, lo que significa que aceptas lo que él quiera, aun sin saber qué es.

¿En mi caso? Nunca hubiese ordenado la misma bebida si se tratara por ejemplo de Serguéi, pero a Samir lo conozco desde hace casi trece meses y confío en él. Desde el principio me ha respetado y nunca ha intentado nada físico conmigo. Primero creía que era gay, pero con el tiempo me di cuenta de que es un caballero, de esos que ya no hay.

—¿Quieres quedarte un rato más? —Lo saco de su breve ensimismamiento. No sé adónde se han ido sus pensamientos.

—Esta noche vamos a disfrutar de la fiesta. —Sonríe mientras me coge la mano, que se lleva a la boca para depositar un beso en ella, lo que hace que sienta un débil cosquilleo donde sus labios han tocado mi piel.

—¿Esta noche?

—Sí. Mañana te llevaré a cenar. Voy a necesitarte un par de días. ¿Te va bien?

Siempre me ha gustado la manera en que lo pregunta, aun cuando él esté pagando por ello.

—Claro.

—Entonces, vayamos a bailar un poco. —Se levanta de su asiento y me ofrece la mano para que lo acompañe a la pista que se encuentra en medio del salón.

—Será todo un placer. —Disfruto del instante, mientras camino hacia la pista cogida de su mano. Momentos así hacen que esto sea más llevadero, que sea más normal.

—Espero te gusten las lentas —me susurra al oído, atrayéndome hacia su cuerpo con una mano en la cintura y la otra entrelazada con la mía, que deja cerca de su pecho.

Parece una escena sacada de una película, sólo que esto no lo es ni de lejos

y dudo que tenga un final feliz. Nunca podría tenerlo.

Está siendo una estupenda velada. Investigué a Samir por mi cuenta, porque, cuando lo conocí, podría decirse que sentí un extraño presentimiento, en el buen sentido. Así que al corroborar que estaba limpio, decidí guardármelo para mí, no le hablé de él a nadie. No era relevante para ellos, así que lo mantuve en secreto. Sería mi pequeño oasis en medio del desierto. Sería el cable de sujeción que me mantendría cuerda en este infierno.

—Voy por unas bebidas. No tardo. —Me da un casto beso en la frente y se marcha a la barra, dejándome en uno de los sofás vacíos. Noto que el móvil vibra en mi bolso y ya sé quién es. Aquí están prohibidos los móviles, así que no puedo contestar. Me llevo la mano al cuello, hacia la gargantilla dorada con los elementos del calendario maya y aprieto un pequeño botón debajo de la pieza central, que fue añadida. Es un regalo de uno de mis primeros clientes, un empresario mexicano involucrado con unos narcotraficantes de cocaína. Ahora me sirve como micrófono. Ajusto el pequeño auricular oculto tras mi cabello y espero el sermón.

—¡Hemos estado intentando comunicarnos contigo toda la tarde! —vocifera Viktor.

—He estado ocupada. Trabajando —digo con énfasis.

—No para nosotros, al parecer.

—¿Y llamabas para...? —No oculto la evidente molestia que siento cuando me habla de esa forma.

—La lista de esta noche.

—Estoy en ello. —Apago el micrófono.

—¿Va todo bien? —Samir llega con las dos bebidas. Un Día de la semana y un whisky. Sabe muy bien que no me gusta mucho el whisky y que no bebo en estos eventos. Sonríe ante el gesto, nunca deja de impresionarme.

—Sí. Sólo debo ir al baño —me excuso levantándome y marchándome, antes de que se ofrezca a acompañarme. Me mezclo entre la gente para que no

pueda ver adónde me dirijo y cuando estoy segura de que me ha perdido de vista, me escabullo hacia la entrada.

—Carlo... —Le toqueteo el brazo, batiendo con descaro las pestañas, al tiempo que me contoneo a su lado. Sé lo mucho que a los hombres les gusta esto—. Unos tipos se están poniendo intensos por el área privada, he oído a unas chicas negarse, pero ellos no parecen querer ceder.

—Voy de inmediato. —Sale de detrás del mostrador, dejando los papeles a un lado de la pantalla, en la que tiene las imágenes de las cámaras de seguridad de los estacionamientos para vigilar que no se produzca ningún robo. Las cámaras en el interior están prohibidas—. ¡Estoy hasta los cojones de estos tipos que se creen que por toda la pasta que tienen pueden venir aquí a someter a las mujeres! ¿Qué parte de «ellas deciden» no entienden? —Y se marcha hecho una furia, resoplando y soltando obscenidades.

—A ver... —murmuro, echándole una ojeada a la lista. Enciendo el micrófono y empiezo a recitar todos los nombres que leo. Ninguno me suena. Hay ciento cuarenta y tres invitados, han faltado dos.

—Nada relevante —dice Viktor—. Continúa tratando de averiguar cómo dar con la Cobra Negra.

Es lo mismo que me dice en cada evento, como si no lo estuviese intentando. Si fuese tan fácil, ya habrían dado con ella antes y no me necesitarían a mí.

—Eso hago...

—¿Acaso debo recordarte por qué haces esto? ¿Y qué pasará si no cumples?

Estoy harta de sus amenazas. Y se hacen llamar «los buenos».

—Lo tengo bastante claro. Hoy me ha dicho Carlo que ya se han interesado por mí. Sólo debo continuar haciendo lo que hago.

—Esfuézate más. Dos años es todo el tiempo de que dispones. Te quedan seis meses. No lo olvides.

—No lo haré —murmuro, antes de apagar de nuevo el micrófono y

esconder el auricular.

—Los buenos... —me río, volviendo a donde me espera Samir mirando a todos lados buscándome. Cuando su mirada se encuentra con la mía, su rostro se ilumina con una sonrisa.

—Estás jugando con fuego, Samir... —murmuro antes de llegar. Presiento que terminará como daño colateral en este asunto o en medio del fuego cruzado. Y es lo que menos me gustaría.

Pasamos una buena noche, pese a los pequeños inconvenientes. Es casi como si sólo se tratara de una cita, de una chica cualquiera con un chico conocido al azar. Pero estábamos muy lejos de ser eso.

—¿Me permitirás llevarte al hotel? —Posa una mano en mi espalda cuando estamos en el club.

—¿Me pedirás que te deje subir a la habitación? —Veo que se sonroja. Es tan dulce y a la vez tan masculino, tan caballeroso.

—Si alguna vez subo a tu habitación... —se acerca hasta que sus labios quedan a tan sólo un suspiro de los míos, sus oscuros ojos no dejan de mirar mi boca y siento que tengo la garganta seca y mis otros labios bastante húmedos—, no seré yo quien lo pida.

Me da un casto beso en la mejilla y lo siento inhalar mi perfume cuando su nariz sube hasta mi oreja. Después se aparta, dejándome un tanto desorientada.

—Ya veremos. —Sonrío, mordiéndome el labio.

—Tu transporte ha llegado. —Boris aparca frente a nosotros y se baja para abrirme la puerta, como siempre.

—Te recojo en el hotel a las siete. —Samir sujeta mi mano entre las suyas y se la lleva a los labios tras darme un suave beso que llega hasta mis partes más sensibles.

—Buenas noches, Samir. —Lo miro una vez más y me meto en el coche. Lo observo a través del cristal ahí de pie, con las manos en los bolsillos, hasta que su figura es una mancha a lo lejos.

—¿Ha sido una buena noche, señorita? —pregunta Boris al verme sonreír

como una colegiala.

—La mejor desde hace semanas. —Me dejo caer en el asiento.

—El señor Al-Halabi Fasil es el único que consigue ponerla de tan buen humor.

—Es Samir, Boris. Se llama Samir. No es necesario que cada vez que te refieras a él uses todos sus apellidos.

—Lo siento, es que se trata de un hombre importante.

En la radio suena esa canción que anda en boca de tanta gente que ya se me ha metido bajo la piel. Esa del grupo DNCE, ¿cómo se llamaba? Algo del océano.

—¿Puedes subir el volumen? Me gusta esa canción.

—Claro.

Veo que Boris se ríe mientras tarareo la canción como si estuviese sola. Tiene razón, Samir me pone de muy buen humor. Ojalá pudiese con todo este desastre. Sería tan fácil.

## Capítulo 2

### Dinero es igual a poder

Llevo más de una hora sentado en este puñetero coche que me han alquilado, esperando. No sé a quién estoy esperando, porque no tienen la más mínima idea. Yo no debería estar aquí, vestido de pingüino en un sitio como éste. Debería estar jugándome el cuello, como las otras veces; sintiendo la adrenalina correr por mis venas ante el desafío. Pero no, estoy aquí como un castigo, lo sé. No lo han dicho explícitamente, pero sé que es por la última misión.

—¿Algún cambio? —me pregunta Bastian a través de la radio. Ha estado preguntando lo mismo cada cinco minutos, como si a fuerza de preguntar el resultado fuese a ser diferente.

—Claro. He dado con nuestro objetivo y hasta le he echado un polvo desde la última vez que has preguntado, hace cinco minutos —replico con evidente sarcasmo.

Sé que estoy siendo duro con él, ambos hemos sufrido el mismo destino y yo soy el único responsable.

—No te vendría mal echar uno cualquier día de éstos. Estás más insoportable que de costumbre, colega. No olvides que estamos en el mismo equipo.

—Lo sé —suspiro—. Es que ya me he cansado de estar esperando en el puñetero coche. —Le doy un par de golpes al volante, volcando en éste toda mi frustración.

—*Easy, mate.*

Siento su preocupación a través de la radio y no puedo evitar reírme. Cada

vez que pierde los nervios conmigo, le sale el acento de encantador príncipe británico. No habla mucho de su vida en Londres. Lo único que sé es que vivió allí hasta los veinte años, estuvo luego un tiempo en España y después se trasladó a Alemania, donde lo conocí en un bar. Él no tenía familia y necesitaba trabajo, así que le conseguí uno, el mismo que yo tenía. Habíamos sido compañeros desde entonces, ya iba para diez años.

—¿Sigues ahí o te has pegado un tiro?

—No te será tan fácil deshacerte de mí, grandullón.

—No me cabe la menor duda.

—Voy a salir a fumar un cigarrillo antes de que pierda la cordura y considere volarme la cabeza.

—Lamento decirte que perdiste la cordura hace mucho tiempo, *mate*. Aunque no creo que nunca la tuvieras. Al menos, no la tenías cuando te conocí.

—Se ríe de forma escandalosa y yo levanto los ojos al cielo pidiendo paciencia con este grandullón.

—Te aviso si hay cambios.

—Christoph... —estoy a punto de cortar cuando me llama—, no hagas nada estúpido. Recuerda Nápoles. Justo por eso estamos en esta situación, en primer lugar. Sólo haz lo que pidieron. Nada más —me pide, enfatizando cada frase de forma algo molesta; ni que fuese un niño de cinco años. Sé muy bien lo que debo hacer.

—Te aviso si hay cambios —repito, haciendo caso omiso de lo último que ha dicho.

Sé muy bien que fue por eso por lo que nos relegaron a esta misión. Una degradación bastante deshonrosa. Después de estar en la cima de la pirámide, estoy en el fondo con los novatos. Si hago esto bien, recuperaré mi antigua posición y todo volverá a ser como antes.

Enciendo un cigarrillo, me apoyo en el coche y me aflojo el nudo de la corbata, porque siento que uno de los motivos por los que estoy tan tenso es porque siento que me asfixia y me quita movilidad, todo el traje lo hace.

—Menudo pingüino estoy hecho —bufo, dándole una calada al cigarrillo mientras medito en las acciones que me han llevado hasta aquí.

\* \* \*

Ocurrió no hace más de dos meses...

—La alarma se ha activado, Christoph. ¡Tenemos que irnos ya! —me grita Bastian desde la ventana. No contábamos con una segunda alarma. Hemos desactivado la primera antes de entrar en la casa y justo al llegar al despacho del segundo piso donde estaba la oficina de Flavio, otra alarma se ha activado.

—Todavía tenemos tiempo... —Corro al escritorio buscando el punto en la mesa que controla las cámaras y la caja seguridad.

—Tenemos tres minutos para que lleguen a la casa. Cinco máximo para que entren por esa puerta.

Sé que tiene razón, pero mi ego no me deja marcharme. Tengo un historial de éxitos intacto. Todas las misiones que me han sido asignadas las he llevado a cabo de manera impecable. Ésta no será mi primera vez.

—Es suficiente. —Logro dar con el botón y la parte de arriba de la pared cede dando paso a la pantalla con los vídeos de las cámaras de seguridad. Introduzco el descifrador de códigos y consigo borrar las imágenes desde que llegamos. Veo acercarse un par de camionetas negras y sé que tenemos sólo un par de minutos.

—Christoph... —Bastian carga el arma apuntando a la puerta, que aún continúa cerrada.

—Un minuto más... —Coloco un pequeño explosivo de bajo impacto que hace ceder la puerta de la caja fuerte y cojo todos los documentos que veo, junto con el dispositivo USB.

—Ya están aquí...

Los oigo correr por el pasillo en dirección al despacho.

—Estoy listo.

Bastian corre hacia la ventana y la abre con rapidez.

—¿A qué esperas? —Se detiene cuando ve que no me muevo.

—Te daré algo de tiempo. —Le entrego el bolso con el encargo y cargo mi SIG Sauer p226.

—No me voy a marchar sin ti. —Aparta los muebles que he colocado frente a la ventana y se acerca a mí—. Aún tenemos tiempo de irnos de aquí.

—No llegaremos muy lejos antes de que las balas nos alcancen. Tenemos más posibilidades aquí.

—Vas a hacer que nos maten.

—Aún puedes irte. —Están forcejeando con la puerta y en menos de un minuto estarán dentro.

—Lamento decepcionarte, pero estás atascado aquí conmigo, *mate*. — Sonríe de medio lado y veo el brillo en sus ojos. Sé que, al igual que yo, ha sentido la adrenalina, el pulso acelerándose, el cerebro produciendo toneladas de esta hormona para preparar al cuerpo para la lucha o la huida; en este caso, la lucha que se iba a desarrollar a continuación.

Logramos salir del embrollo con un par de moretones y algunos rasguños por las balas esquivadas. No quedó rastro de nosotros, sin embargo, violamos la regla de oro, entrar y salir sin ser vistos. Se nos conocía por ser un escuadrón de élite, por un trabajo limpio, sin dejar caos detrás. Realizamos la misión, pero igualmente fallamos y eso trajo consecuencias. Aun cuando yo admití la culpa de todo el asunto, Bastian insistió en su responsabilidad, así que ambos fuimos degradados.

\* \* \*

Michael ha sido muy hermético con la información acerca de esta misión. La agencia ha estado detrás de la Cobra Negra desde hace varios años, sin embargo, ninguna búsqueda ha dado frutos, así que ahora me envían a mí a

fracasar; para que de esa forma me autoflagelara por mis acciones, vuelva con el ego hecho pedazos y el orgullo metido en el culo. Sin embargo, antes de venir he estado indagando en profundidad y utilizando todos mis activos con lo que he obtenido información muy valiosa.

Hace casi dos años apareció un personaje misterioso en el cuadro, una mujer capaz de mimetizarse con el entorno hasta el punto de que nadie conoce su verdadero rostro. No es coincidencia que esto suceda justo en La Compañía detrás de la que se encuentra la Cobra Negra. Es imposible que ambas sean la misma persona, porque lo que se dice de esa chica es que es joven, muy hermosa y capaz de hacer caer a cualquier hombre rendido a sus pies. Algunos la llaman la dama de los mil rostros, incluso hay quienes la han comparado con un kitsune de las leyendas japonesas. Pero yo he decidido darle un nombre diferente, uno relacionado con las leyendas europeas; el de unas criaturas a las que se les atribuyen rasgos de inusual belleza. Esta misión personal lleva el nombre de Operación Dríade. Creo que ella es el camino correcto para dar con la Cobra Negra, pero como sé que mis superiores lo desaprobarán, he decidido mantenerlo en secreto.

Y aquí estoy hoy, estacionado frente a este lujoso club donde se llevan a cabo casi cada semana un tipo de eventos con hombres forrados en busca de compañía. La compañía de una puta de lujo, porque eso es lo que son todas esas mujeres, si no, ¿qué otra clase de «compañía» podrían necesitar tipos como éstos?

Le doy una última calada al cigarrillo y lo arrojo con la intención de volver dentro. Pero en ese momento veo llegar un Mercedes negro, he visto ese mismo tipo de coche varias veces esta tarde. De él se bajan hermosas mujeres, que deben de ser las putas de este lugar. Me quedo unos minutos para mirar a la mujer que baja ahora, una rubia que parece sacada de una pasarela, con un vestido blanco que se pega a su cuerpo hasta las caderas y se desliza luego suelto hasta el suelo. Tiene la espalda al descubierto, dejando ver una piel de porcelana. Consigo distinguir parte de su perfil, porque el resto lo esconde

bajo un antifaz, como todos los demás, y logro ver lo que parecen ser unos ojos tan azules como el mar.

«Es como una Barbie de carne y hueso», me sorprendo pensando.

Es muy hermosa, aunque algo delgada para mi gusto. Me acostaría con ella, pero le faltan un par de kilos. La veo tontear con el grandullón de la entrada, un pelirrojo musculoso que parece ser el que decide quién entra y quién no. Ya han rechazado a varios hombres desde que he llegado, después de consultar una lista.

Veo llegar a otro par de chicas detrás de la rubia y decido dejar de esperar en el coche. Ya parecen haber llegado todos. No han venido más coches aparte de esos Mercedes de los que bajan las mujeres. Es el momento de comenzar este trabajo; cuanto antes consiga la información, más rápido saldré de aquí.

—Nombre —me intercepta el grandullón, mientras me arreglo el nudo de la corbata.

—Christoph Astor.

Me mira sin expresión antes de buscar mi nombre en la lista.

—Bienvenido, señor Astor. —Le hace señas a un chico, que me entrega una copa de champán.

—Gracias. —Cojo la copa y me adentro en el elegante lugar. Todo es blanco y cuando digo todo es TODO. Las paredes, las cortinas, hasta los putos sillones. Bueno todo es blanco, transparente o plateado. Es demasiado.

Camino por el amplio salón, observando a los tipos que charlan de forma amena entre sí o con alguna de las chicas. La música suena baja, creando algo de ambiente; no reconozco la canción ni tampoco a su cantante. Veo la barra y me aproximo de inmediato, el champán no me ha llegado a ningún sitio, soy más bien un tipo de cervezas, pero no creo que aquí las sirvan, tendré que conformarme con un whisky, aunque no sea mi licor predilecto. Debo recordar que estoy interpretando un papel, soy Christoph Astor y Christoph Astor bebe Johnny Walker cada noche frente a su chimenea, mientras se debate con sus dilemas existenciales.

«Un jodido Christian Grey es lo que me quieren hacer parecer.»

Veo a la rubia tan pronto como llego a donde se encuentra el barman, está al otro lado de esta ancha barra de vidrio circular. Va con un sujeto que parece oriental o algo así, sus facciones me confunden. Él le sonríe con su brillante dentadura digna de un anuncio de dentífrico y ella no le quita los ojos de encima. No sonríe como él, pero no parece estar pasándolo mal tampoco. Es como si los hubieran sacado de una revista.

«Ken y Barbie.» Ríe divertido ante mi repentina ocurrencia.

—¿Le puedo servir algo para beber? —me pregunta el tipo de detrás de la barra.

—¿Tienes algo que haga pasar el tiempo más deprisa?

Me mira sin saber a qué me refiero y yo suspiro, guardándome mi mal humor, este tipo no tiene la culpa de lo que me pasa.

—En ese caso, voy a tomar un Johnny Walker.

—¿Con hielo?

—Solo. Y que sea doble.

La noche no es más que una pérdida de tiempo, nada relevante, nada sospechoso. En resumidas cuentas, una fiesta digna de un Óscar a mejor actriz, porque estas mujeres son unas grandes artistas de la manipulación, haciéndole creer a varios vejestorios que su brillante personalidad es más importante que los ceros en sus cuentas bancarias. Soporto lo que soy capaz de tolerar la hipocresía y, al cabo de dos horas, estoy escabulléndome del evento.

—¿Alguna novedad? —Bastian se separa del auto cuando me ve aparecer. No sé en qué momento ha llegado.

—¿Qué haces aquí?

Se hace a un lado para dejarme entrar en el coche y lo veo rodearlo y sentarse en el asiento del copiloto.

—No has vuelto a reportarte.

—Al final he decidido entrar y dentro no se permite el uso de móviles.

—¿Algo interesante?

—¿Además de los modelos que han asistido? Nada. —Me encojo de hombros y arranco el motor—. No sé por qué mujeres así deciden tener vidas como éstas.

—*Money, my friend. Dollar is a persuasive friend.* —Saca de la guantera un paquete de las patatas chips que siempre llevo.

—Aquí no se maneja el dólar, *my friend.* —Le arranco el paquete de patatas de las manos y continúo con la vista en la carretera—. En este país se maneja el bolívar. Aunque en esta isla haya mucha afluencia de extranjeros y también se muevan unos cuantos dólares.

—Dólar, bolívar. Pasta es pasta. —Me arrebató las patatas y abre el paquete antes de que yo pueda impedirselo.

No me queda más remedio que aceptar; es con el único que comparto mis patatas, que son sagradas para mí.

—Eso es cierto. La gente es capaz de hacer cosas terribles por dinero. El dinero te da poder y el poder es capaz de lograrlo casi todo.

—¿Y ahora qué?

—Regresamos al hotel. Toca esperar a mañana y volver a asistir. Antes de salir he conseguido sacar unas fotos de los nombres en la lista, aunque me interesan más los nombres de las chicas que trabajan ahí.

—Lo único que tienes que hacer es alquilarte una de esas putas elegantes y ver qué puedes conseguir.

Le advierto con la mirada, porque ya sé por dónde va. Si me sale con otro comentario sobre echar un polvo, soy capaz de lanzarlo por la ventana.

—¿Qué? Lo peor que podría pasar es que pudieses echar un buen polvo.

—Tenías que decirlo. —Niego con la cabeza y subo el volumen de la radio, porque no quiero escuchar otro de sus comentarios.

Está sonando esa canción que trae a todas las chicas locas, del trío ese que se planchan el pelo. Bastian empieza a cantar como si fuese una adolescente descarrilada y de inmediato cambio de emisora por otra de música rock de los noventa. No es necesario que nadie salga lastimado esta noche.

No tardamos mucho en llegar. Nos espera ya uno de los chicos para aparcar el vehículo. Aún no me acostumbro a esta vida. No sé cómo los ricos pueden con esto. Como si no fuesen capaces de estacionar su propio coche, o hacerse la cama en la que han dormido. Es una locura.

—¿No vienes? —le pregunto a Bastian, mientras el chico se mantiene a un lado de la puerta, esperando a que él se baje para ir a aparcar el coche.

—Un segundo. —Levanta un dedo mientras teclea en su móvil. Estoy enviando un mensaje.

—¿Y no puedes hacerlo cuando estemos en la habitación?

Veo que el coche de atrás nos hace luces. Estamos obstaculizando la entrada del hotel. Es un Mercedes como los que llevaban a esas mujeres al club. Por un momento pienso en la posibilidad de que en él vaya una de ellas, pero lo descarto. Necesito descansar.

—Listo. —Bastian se baja de un salto y el chico parece aliviado de poder estacionar por fin el auto y dejar se estorbar—. Me voy. —Me da una palmada en la espalda, despidiéndose.

—¿Adónde? Si acabamos de llegar.

—A echar un polvo.

Lo miro intentando comprender cómo lo hace o dónde las consigue, porque, no importa adónde vayamos, siempre encuentra a alguien con quien acostarse.

—Ya sabes. Tener sexo.

—Lo entiendo.

—Algunos lo necesitamos de vez en cuando. Ayuda a no estar tan tenso y dormir más tranquilo. Deberías probarlo alguna vez, *mate*. —Me guiña un ojo y le veo parar un taxi que acaba de dejar a una pareja.

—Necesito un descanso —resoplo y después de que el chico me entregue las llaves del coche me voy a mi habitación. Lo único que quiero es darme una ducha y no saber nada hasta mañana.

## Capítulo 3

### Samir Al-Halabi Fasil

Me remuevo en mi asiento. Ya hemos llegado al hotel, pero aún no he podido bajar del coche, porque Boris se niega a que lo haga hasta poder dejarme dentro, y en la entrada hay un BMW negro detenido, que no parece querer moverse. Se ve a un hombre frente a la puerta del copiloto, hablando con otro hombre que sigue dentro del coche y que, al parecer, no quiere bajar. Observo al pobre aparcacoches esperar que salgan para poder hacer su trabajo.

—Idiotas... —murmuro.

Al cabo de unos minutos el coche al fin se mueve y, al mirar por la ventana, veo que uno de ellos se sube a un taxi y el otro desaparece dentro del hotel. No he logrado ver su cara, sólo su traje, como si viniera de una cena o una reunión elegante.

—Bueno, ya está aquí sana y salva.

—Gracias, Boris. —Le doy un ligero apretón en el brazo cuando me ayuda a bajar.

—¿Necesita que venga a buscarla mañana para el evento?

—No es necesario. Estos días no asistiré.

—Ah, ya veo. El señor Al-Halabi Fasil. —Me sonrío divertido—. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Boris —me despido, decidiendo hacer caso omiso de sus comentarios. No puedo permitirme divagar al respecto. No tiene sentido.

Espero que el coche se aleje para confirmar mi entrada en el hotel. Subo a mi habitación, me cambio el vestido de chifón blanco por un conjunto deportivo negro. Guardo el vestido, los zapatos y los accesorios en una bolsa

de deporte y salgo de la habitación procurando no ser vista. Camino una calle y detengo un taxi para que me lleve a mi apartamento. Es agotador todo lo que tengo que hacer para poder mantener mi coartada. No sé cómo he soportado todo este tiempo. Quedan seis meses. Es todo lo que me queda, para bien o para mal.

Me quedo dormida tan pronto como me acuesto en mi cama. No hay sueños esta vez. Creo que después de casi dieciocho meses con pesadillas, han comenzado a desaparecer. Cada vez son más escasas y tengo más noches tranquilas. No hay dolor, no hay amenazas. No hay nada devastando nuestras vidas, nadie tratando de hacernos daño. Es como si todo hubiese vuelto a la normalidad o como si nada hubiese pasado. Por fin, mis noches vuelven a ser lo que eran, antes de que todo esto pasara, de que mi mundo se viniera abajo, que mi vida cambiara y tuviese que convertirme en Alena Márquez.

Me despierto y veo que empieza a amanecer. No puedo creer que sea tan temprano y ya no tenga sueño. Me levanto y, después de asearme, me preparo una infusión. He sustituido el café por el té en mi nueva personalidad, llevo unos pocos días, pero no sé cuánto tiempo conseguiré mantenerlo, aunque dicen que a partir de los veintiún días se vuelve hábito, veamos qué tal.

Pienso en limpiar el apartamento, pero ayer estuvo aquí Herminia, la señora que se encarga del piso y de mi ropa, así que no queda mucho por hacer. Decido dedicarme a algo de trabajo electrónico, así que, a través de correos, me pongo al tanto de lo sucedido en la empresa. Reviso los movimientos y el flujo del dinero. El balance del mes va muy bien y eso me sube un poco el ánimo. Tengo que conseguir que esto salga bien, es mi seguro de vida, mi oportunidad para empezar de cero cuando todo esto acabe.

He conseguido un testafarro de confianza que desde hace un año vela por mis acciones muy bien y me mantiene al tanto. Poco a poco he comprado más acciones durante este último par de meses, así que tengo un porcentaje significativo en la marca de ropa. Consideran mis ideas y, al final de estos seis meses, espero poder comprar el porcentaje restante para ser socia mayoritaria,

aunque me quede sin un centavo. Gracias a lo bien que se paga este trabajo, pude pedir un préstamo a nombre de mi testafarro para hacerme con esas acciones y ya he conseguido pagarlo, ahora planeo solicitar otro crédito a su nombre el mes que viene, para hacerme con esas acciones que me faltan; porque, a pesar de esta nueva identidad, es difícil conseguir un crédito en este país si careces de las conexiones adecuadas.

Las horas que paso frente al portátil trabajando me aportan cierto vestigio de la normalidad que tanto anhelo. Esta vida de película me tiene harta.

Mi móvil suena a las diez de la mañana y lo cojo de mala gana, con el presentimiento de que pueda ser Viktor arruinándome el día.

—Hola, Val.

—¡Alexa!

Tardo unos segundos en recordar que Val es el nombre que ella cree que tengo. Bueno, es el que está en los registros.

—¿Qué haces, amiga? ¿Te he despertado?

—No. Pagaba las cuentas. —No es mentir del todo si dices parte de la verdad. Es algo en lo que me he escudado para no sentirme culpable al no ser del todo sincera con la única amiga que tengo desde que empecé en este negocio. De hecho, fue gracias a ella como conseguí introducirme tan rápido.

—Así que asumo que no tienes nada mejor que hacer hoy que asistir a una deliciosa barbacoa en el apartamento de tu mejor amiga... —Usa ese tono entusiasta que siempre emplea cuando quiere convencerme de hacer algo que involucre relacionarme con otras personas, pero la idea de que alguien descubra mi tapadera me aterroriza.

—Tengo que...

—No te escaparás esta vez, sólo estaremos las chicas de La Compañía. Vamos, no seas aguafiestas. Di que sí.

—Está bien. Al parecer no tengo otra opción —accedo al ver el ordenador. Se me ha ocurrido que quizá ésta sea una fantástica oportunidad. Sólo debo

enviar el archivo a la tarjeta de memoria de mi móvil y después pasarlo al portátil. No he tenido ocasión de usarlo desde que me lo dieron hace un mes.

—Te veo en media hora —se despide con alegría, sin tener la más mínima idea de que me acaba de poner en bandeja de plata su privacidad. En realidad, la de todas.

Me doy una ducha rápida, y me dejo el pelo suelto, en ondas que caen por mi espalda como una cascada de oro. Me enfundo en un diminuto *short* de mezclilla y una camisa blanca remangada, que casi esconde los *shorts*. Hace demasiado calor fuera para llevar más ropa. Me calzo unas sandalias de cuña playeras y me pongo las gafas de sol. Me guardo el archivo en el móvil, que es la razón principal por la que he decidido asistir a la barbacoa de Alexa. Cojo una botella de vino para llevar a casa de Alexa, pero luego la devuelvo. Hace demasiado calor para tomar vino, mejor llevar una de tequila, con este calor nos vendrán muy bien unos Margaritas.

Oigo rugir el motor de mi BMW descapotable al encenderlo. Llevo más de una semana sin subirme a él, por eso de guardar las apariencias, pero hoy no puedo resistirme. Fue el regalo de un jeque; usó el coche dos meses cuando vino por negocios y gracias a mis fantásticas habilidades de persuasión consideró dármelo como regalo. Sólo necesité recurrir a las estrategias que mi amiga Alexa me enseñó. Él iba a venderlo, pero no es que le faltara el dinero.

Viktor pensó que el jeque estaba bastante loco como para hacer semejante cosa.

—¡Val, que alegría tenerte aquí! —se abalanza hacia mí mi animosa amiga, estrechándome entre sus brazos.

Alexa es una chica de veintidós años, digna de estar en una pasarela; tiene una cabellera azabache corta muy estilo francés, una carita en forma de corazón, que combina con unos ojos de muñeca oscuros como la noche y una boca perfecta color cereza. Es tan sólo unos centímetros más baja que yo y con unas curvas de infarto, gracias a una rutina matadora en el gimnasio; lo sé, porque ahí fue donde la conocí.

—No me has dejado alternativa. He traído tequila. —Levanto sonriente la botella y la atrapa entre sus manos, abrazándose a ella como una niña a su muñeca.

—¡¡Chicas, tendremos Margaritas!!

Se oyen unos vítores en respuesta, provenientes de dentro del apartamento.

—Entra. Te las presentaré a todas. Están ansiosas por conocerte.

Y yo más que nerviosa por conocerlas a ellas. Ruego a todo lo divino que nada vaya mal. No puede ir mal.

—Ellas son Elise —señala a una morena con una piel bronceada que envidio—, Dana —parece rusa, esos rasgos son muy particulares, rubia con ojos azules, labios prominentes y curvas exageradas—, Meredith —una chica menuda, castaña y de ojos color caramelo, como para derretirse en ellos—, Cinthya —me saluda con una tímida sonrisa una pelirroja de cabello ensortijado, que se parece mucho a Mérida y sonrío ante el parecido—. Aún no han llegado el resto. Decid «hola», chicas.

—Hola —saludan todas al unísono, mirándome sonrientes.

En este tiempo he aprendido a interpretar a los hombres muy bien, pero a las mujeres, en especial estas chicas que están en el mismo trabajo que yo, no creo que sea una tarea tan sencilla.

—Es un placer conoceros a todas al fin. —Se hace un silencio incómodo y yo creo que voy a desmayarme si no respiro.

—Bueno, ya ha sido suficiente de presentaciones. ¿Quién quiere Margaritas? —grita Alexa sujetando la botella de tequila y todas se levantan como resortes, corriendo a la cocina para preparar los cócteles. Y así es cómo en un segundo la tensión desaparece. Mezclar licor, música y mujeres aburridas es la combinación perfecta.

Después del segundo Margarita no es tan difícil como pensaba. Estas chicas beben como si tuvieran una sed insaciable. Yo sigo con mi segunda copa y ya he perdido la cuenta de las que lleva Alexa. Llegadas a este punto ya se han olvidado de los carbohidratos, las grasas y las calorías. Han comido de

todo en la barbacoa que hemos montado en el balcón de Alexa. No satisfechas, más tarde han pedido pizza y helado. Todo esto ha jugado a mi favor, que he intercambiado el número de teléfono con todas y tenido la idea de crear un grupo de WhatsApp para mantenernos en contacto. He enviado las fotos que nos hemos hecho y, al descargarlas, se ha descargado también un archivo cifrado imperceptible, un virus que me permite acceder a sus móviles y a todo lo que tengan en ellos a distancia. Algo así como hackear sus teléfonos. Sólo tengo que conectarme al ordenador y bajar la base de datos junto con el archivo, para monitorearlo desde ahí.

—¿Irás al evento de esta noche?

Todas las chicas han traído sus atuendos para vestirse aquí, una vez consigan quitarse la borrachera, no sé cómo.

—No. Me han solicitado por unos días.

—Es el árabe, ¿no es cierto? —Alexa me guiña un ojo en un gesto de complicidad.

Es del único cliente del que le he comentado algo, porque, bueno, es el único al que he accedido a ver más de una vez.

—Eh... sí. —Me remuevo incómoda. No me gusta hablar de él delante de todas estas chicas, aunque es muy probable que no recuerden nada de esto más tarde.

—Qué suerte tienes. Quisiera tener un chico que me mirara de esa forma —suspira Alexa, cruzando los brazos sobre la mesa de la cocina y apoyando la cabeza en ellos.

—¿No crees que te has equivocado de trabajo para ello?

—Alexa vino a La Compañía para vivir un cuento de hadas. Enamorar a un hombre millonario que le diera su castillo y su final feliz. La versión actualizada de *Pretty Woman* —me explica Dana, dando el último sorbo a su Margarita.

Sin duda es rusa, tiene un acento muy marcado, a pesar de su actual estado de embriaguez. Aunque creo que es la menos borracha aquí, aparte de mí.

—¿Y tú por qué te uniste a La Compañía? —Sé que no es de mi incumbencia, pero movida por el momento de apertura, me aventuro a preguntar.

—Dinero. Lujo. Viajes.

—¿No crees que podría haber otra manera de conseguir esas cosas? —No es mi trabajo hacer de terapeuta e intentar encaminar a estas mujeres, pero algo en su actitud me hace querer ir más allá.

—Quizá —suspira y camina hasta la ventana, donde su mirada se pierde a lo lejos, donde el mar se une con el cielo—. Cuando creces en un pequeño pueblo donde lo único a lo que puedes aspirar es a casarte con el hijo de panadero o del concejal y tu novio te ofrece una vida mejor, más atractiva, con las cosas que deseas, aceptas sin pensarlo. Pero lo que era una hermosa fantasía se convierte en una pesadilla cuando empiezas a vender tu cuerpo para su satisfacción.

No puedo ocultar mi asombro y me quedo boquiabierta, sin saber qué decir. Ella se vuelve al ver que no digo nada y una risa sarcástica escapa de sus labios.

—Tranquila. Cómo ves, logré escabullirme. Pero con el paso de los días me di cuenta de que mi cuerpo era lo único que tenía, no sabía hacer otra cosa. Así que, por circunstancias de la vida, terminé dando con La Compañía y descubrí que podía poner mis propias condiciones, que yo sería mi dueña, y tendría todas las cosas que siempre quise.

—No puedo imaginar lo difícil que ha debido ser.

—Lo fue. ¿Y tú? —Se acerca con la curiosidad centelleando en sus ojos azules—¿Cómo llegaste aquí?

—Yo... —He perdido la conexión boca-cerebro durante unos segundos. Observo a Alexa, que aún sigue hundida en sus pensamientos y creo que tengo la salvación que necesitaba—. Debo admitir que, al igual que Alexa, lo que quiero es un príncipe azul.

Dana me observa durante lo que parece una eternidad sin decir nada,

estallando al final en una sonora carcajada.

—Buena suerte con la caída. Tarde o temprano tendrás que entender, lo mismo que Alexa, que los príncipes azules no existen, que los hombres ricos no se enamoran de una dama de compañía; lo único que quieren es usarte, tenerte como una posesión para alimentar su ego. Nada más. —Y se va sin decir nada.

—Mejor me voy. Llegaré tarde a mi cita en el salón —me excuso con Alexa después del sermón de Dana, a lo que ella sólo asiente y yo me largo antes de que algo más ponga en riesgo mi tapadera. Casi no logro salir de esto victoriosa. Una prueba más superada.

En cuanto llego, traspaso la información a mi portátil para poder monitorear sus archivos. Paso alrededor de una hora revisando sus mensajes, listas de contactos, llamadas, archivos; tengo incluso sus correos, pero no hay nada en ellos. No he conseguido acceder a sus redes sociales, pero tengo sus usuarios, así que es trabajo de Viktor y su equipo seguir investigando. Por lo que he logrado ver, no hay rastro de la Cobra Negra. No creo que consigamos mucho más de ellas.

Le envío un mensaje a Viktor con la información que he recogido y dejo la tarjeta de memoria en la habitación de hotel antes de que Samir me pase a buscar. De esa forma ellos tendrán acceso a sus teléfonos como yo y seguirán con su trabajo de inteligencia.

Miro el reloj, tengo sólo dos horas para arreglarme, así que cojo el vestido negro de encaje y escote en forma de corazón, mis bonitos zapatos color esmeralda, regalo de Samir, y me marchó al hotel para arreglarme. Pido un taxi y, de camino, solicito el servicio de peluquería y maquillaje en la habitación en una hora. Tengo que estar radiante para él. Ha pasado mucho tiempo desde nuestra última salida y deseo que hoy sea especial. No debería, pero no importa. Él consigue que me olvide de todo por un momento. Vale la pena.

A las siete en punto, recibo un mensaje:

Estoy abajo. No me hagas aguardar más para volver a verte.

Una extraña sensación se esparce por mi pecho y me obligo a recomponerme antes de bajar. No puede verme afectada. Nunca.

Tan pronto como salgo del hotel, lo veo esperando a un lado de un Toyota negro tan imponente como él. Aún no me ha visto y cuando oye mis tacones resonando contra el granito levanta la vista y sus labios se separan por la sorpresa, ofreciéndome una de las mejores vistas de mi día. Lleva un traje a medida color humo y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, lo que me hace soñar con lo que hay debajo.

—*Tu est belle ce soir.*

Me humedezco al oírlo hablar en francés. Ha dicho que estoy hermosa esta noche. Este hombre no puede ser tan perfecto, me resisto a creerlo.

—*Tu as bonne mine.* —Sonrío, devorándolo con la mirada, y veo que lo he pillado por sorpresa al responderle en francés. Le he dicho que tiene buen aspecto.

—*Parlez-vous française?* —Me sujeta la mano y me ayuda a entrar en el coche con suavidad y, como siempre, la electricidad recorre mi piel al entrar en contacto con la suya.

—*Oui.*

Lo veo negar con la cabeza, divertido, mientras da la vuelta para subir al coche.

—Nunca paras de sorprenderme —susurra mientras me da un beso en el dorso de la mano. No dice nada más hasta que llegamos a nuestro destino, con las manos entrelazadas como si fuésemos dos jóvenes enamorados.

—Tengo una reserva a nombre de Samir Al-Halabi —le dice al *maître*, que nos recibe en la entrada.

Es uno de los restaurantes más lujosos de la isla, no se equivocan al llamarlo La Perla del Caribe, con la vista que tenemos desde este lugar. No dejo de sentirme algo incómoda en este tipo de sitios. Ahora puedo

costeármelos, pero siguen recordándome que mi vida no es más que una farsa, una mentira.

El *maître* nos acompaña a nuestra mesa, que se encuentra en la terraza, alejada del resto, donde podemos escuchar la música instrumental como la banda sonora de una película romántica. Samir aparta la silla de la mesa para que pueda sentarme y seguidamente él se acomoda frente a mí. No ha dejado de tener esa mirada que me desnuda.

—¿Desean algo para beber? —pregunta el *maître*.

Yo sólo quiero que se vaya y podamos quedarnos solos. Quiero conocer los planes que Samir tiene para nosotros estos días.

—Una botella de Sauvignon Blanc de su mejor cosecha, que esté frío, y queremos la especialidad del chef. Por favor dígame a Emilio que estoy aquí.

Me quedo mirándolo con fijeza, preguntándome cómo puede hacerlo con tanta naturalidad, sin parecer prepotente ni presuntuoso.

—¿Conoces al chef? —pregunto cuando nos quedamos solos, después de que nos sirvan la bebida.

—Desde hace un tiempo.

—¿Me dirás ahora cuáles son tus planes?

—Me gustaría que me acompañaras a un viaje. Uno de negocios. —Me observa cauteloso.

—¿Y qué tiene éste de especial que necesitabas una cena antes? —Lo he acompañado a un par de viajes antes y me resulta extraña tanta preparación. Nos conocemos desde hace más de un año, así que existe la suficiente confianza.

—¿Tienes pasaporte?

Lo miro sorprendida, porque, hasta ahora, cuando salía del país no me pedía que fuera con él.

—Sí. —Dejo la copa en la mesa, porque algo me dice que lo que viene a continuación podría necesitar de toda mi atención.

—¿Te gustaría ir a Los Ángeles?

¿Los Ángeles? Claro que me gustaría. Cuando estuve en Estados Unidos sólo pude visitar Washington y Nueva York. Nada más me atrevo a asentir, porque sigo esperando la treta. Algo le preocupa, puedo notarlo en la manera en que su mandíbula cuadrada se tensa.

—Necesito que seas mi prometida.

Si hubiese tenido la copa en la mano, se me hubiese caído haciendo un ruido estrepitoso. Agradezco haber sido precavida.

—Vaya. Hemos salido un par de veces y te has saltado todo lo de novio/novia para ir directo al «Yo os declaro marido y mujer». —No ha sido mi intención usar ese tono con él, pero siempre acabo haciéndolo cuando hace cosas como ésta.

—Es sólo para este negocio.

Esa mirada de cachorro desvalido no, por favor.

—¿Para un negocio necesitas tener una prometida?

—Es con un hombre muy tradicional. Todos sus negocios son familiares y necesito una imagen que me dé la estabilidad que él busca. Y, bueno, una esposa lo hace.

—¿Y por qué entonces no fingir que soy tu esposa?

—Porque me conoce y mi vida es un poco pública, así que no se va a creer que aparezca una esposa de la nada.

—Así que quieres que finjamos que soy tu prometida y que estamos profundamente enamorados.

Le doy un sorbo a mi copa para darme tiempo de asimilar todo esto. Es bastante lo que me pide, pero soy incapaz de decirle que no. No después de lo bien que se ha portado conmigo todo este tiempo.

—Yo no tengo que fingirlo.

Casi le escupo el vino en la cara. No podemos empezar con eso de nuevo. Sólo debo hacer como que no lo he oído y no habrá necesidad de hablarlo otra vez.

—¿Cuándo nos vamos? ¿Y cuánto tiempo estaríamos fuera?

Lo veo suspirar decepcionado. Lo ha dicho tan alto para que lo oyera con claridad, así que sabe que lo he ignorado deliberadamente.

—Nos iríamos el domingo muy temprano y el miércoles espero estar de regreso aquí en la isla.

—Está bien. Mañana haré el equipaje.

—No tienes que hacerlo. Mañana te llevaré de compras.

—Pero... no tienes que... —Empiezo a negar con las manos, pero él apoya las suyas en las mías para calmarme, robándome un suspiro.

—Quiero hacerlo. Además, también es para darle la imagen adecuada a Luigi.

—Ya veo. Quieres una Kate Middleton o una Audrey. O tal vez una Diana —me burlo y logro arrancarle una sonrisa. Detesto ser la causante de que deje de sonreír, pero lo hago por su bien.

—Podrías ser una Kate Middleton sexy. Eso te resultará pan comido. —Me dedica una sonrisa de esas que te derriten y yo tengo que acabarme la copa para conseguir enfriarme un poco. Presiento que este viaje será mucho más difícil de lo que he pensado al aceptarlo. Muchas cosas cambiarán. Puedo sentirlo.

Disfrutamos de una romántica cena, libre de tensiones una vez hemos acabado de hablar de negocios. Yo no soy la mujer correcta para él, pero en estos momentos Samir es lo que necesito, así que me permito ser egoísta para mantenerlo a mi lado hasta que el destino nos fuerce a tomar caminos separados.

—Gracias por una hermosa velada —le digo cuando su coche se detiene frente a la entrada del hotel.

Me acaricia con suavidad la mejilla y yo me pierdo en su oscura mirada. Si yo fuera otra, él sería el ideal. El hombre que estaba buscando.

—Buenas noches, Samir. —No puedo decir nada que se pueda comparar con lo que sus ojos me dicen. No quiero engañarlo ni darle falsas esperanzas.

—Buenas noches, *my love* —me susurra al oído y tan sólo un roce de sus

labios es lo que mi mejilla recibe. Dejándome con ganas de más. De mucho más.

No tengo energías para regresar a mi apartamento esa noche. Lo único que mi mente quiere es vagar entre mis recuerdos. Desde el primer día en que lo vi entrar en aquel club, se hizo un hueco en mi vida, convirtiéndola en un calvario más soportable, pero transformando mi mente y mi corazón en un torbellino de confusión.

Llevaba cinco meses en La Compañía cuando lo conocí. En ese entonces yo era castaña y con un poco más de curvas. Mis ojos eran color café y él no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Había rechazado a un par de tipos que no me daban buena espina y estaba tomándome mi último trago para marcharme. Lo sentí antes siquiera de que me hubiese dirigido la palabra. Su irresistible olor, mezclado con el 212 de Carolina Herrera, ese olor que me había traído loca desde que lo conocí, hasta que logré dar con el nombre de su perfume.

Él no pidió un Cosmopolitan, como el resto. Pidió la bebida que creyó que yo estaba bebiendo, por el color, y tras varios intentos fallidos me apiadé de él y le dije cuál era. No pidió que lo acompañara a su habitación de hotel ni nada por el estilo, sólo se sentó a mi lado y hablamos. De la isla, de las playas, de política, de deportes. Charlamos de todo sin darnos cuenta de que el tiempo transcurría a nuestro alrededor, hasta que Carlo nos avisó de que todos se habían ido. Samir se ofreció a llevarme y no pidió subir, el único contacto que tuvimos fue el suave roce mientras me ayudaba a bajar del coche.

Repetimos lo mismo durante días seguidos. Más tarde, empezó a invitarme para que lo acompañara a citas de negocios en la isla; sin más que algún mero roce. Nunca pidió nada más que mi compañía. Con el tiempo, se dio cuenta de que yo conocía varios idiomas, así que tras sus ausencias siempre encontraba la manera de confirmar cuál otro conocía, era una especie de juego privado. Samir no tenía ni idea de que hablaba ocho idiomas a la perfección y me encontraba añadiendo dos nuevos a mi lista.

Lo acompañé a varios viajes y poco a poco nos fuimos volviendo más íntimos. Había más naturalidad y comodidad cuando estábamos el uno con el otro. Nunca preguntó por mis otros clientes ni se dejó llevar por rumores. Siempre me trató como si fuese alguien importante en su vida y eso le hizo ganar un espacio importante en la mía. Era el único de todos los clientes que había tenido que conocía cada uno de mis rostros. Cada vez que preguntaba a qué se debía el nuevo cambio, yo le decía que era para mantener la intriga y, aunque él sabía que algo escondía, respetaba mi silencio.

Samir por su parte siempre fue transparente. Pensé que sería reservado, sobre todo después de lo que le había sucedido, sin embargo, no fue así. Aún recuerdo esa noche en la que se mostró ante mí como un libro abierto.

—¿Por qué estás aquí, Samir? —Estábamos sentados junto a la piscina, con los pies en el agua. Era pasada la medianoche y sólo quedábamos él y yo.

—Por negocios. —Me sonrió acariciándome la mejilla, mientras me colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—Me refiero aquí. Conmigo.

Dejó caer su mano casi al instante y pude ver cómo su mirada se entristecía.

—¿De verdad te interesa?

—Has hecho que te cuente la aburrida historia de mi vida. —De la vida que me había inventado, mejor dicho—. Sólo quiero conocerte.

—Es justo, Al.

Una de las razones que aumentaba mi demanda en La Compañía era la intriga de mi aspecto y de mi nombre. Nadie lo conocía, a diferencia de las demás chicas. Todas tenían un nombre para La Compañía, el mío era secreto. Hasta entonces, Samir había logrado ganarse tres de las letras y de manera cariñosa me llamaba Al.

—¿Entonces?

—Necesito compañía. Ésa es la verdad.

—Podrías tener la compañía de la mujer que quisieras. ¿Por qué pagar por

ello? —Ésa fue una pregunta que me hice desde que lo conocí. Era un caballero, atento, respetuoso, tierno, comprensivo, increíblemente guapo, con aquella abundante cabellera color azabache y sus ojos oscuros. Su porte elegante y su mandíbula cuadrada combinaban a la perfección con su piel bronceada y su deslumbrante sonrisa. Era un partidazo. No podía entender cómo seguía soltero.

—Al menos de esta manera no debo preocuparme por que te interese sólo mi dinero. Puedo controlar ese aspecto. —Intentó sonreír, pero su mirada permanecía triste, perdida.

—¿Qué te hicieron? —Sostuve su mano entre las mías, lo que hizo que me mirara sorprendido. Cuando me miró, supe que estaba perdida.

—Después de que mis padres fallecieran en un atentado en Dubái, hace diez años, yo estaba destrozado. Acababa de cumplir veintiuno y estaba a punto de graduarme en la universidad. Mi vida cambió por completo. Tuve que encargarme de más negocios de los que podía imaginar y terminar de madurar a golpes. En uno de mis viajes a Londres, conocí a una chica. Era amable, divertida, alegre, hermosa. Todo lo que podía desear. Nos enamoramos, o al menos eso creía yo. Al año y medio de conocernos, le pedí matrimonio y ella dijo que sí. Dos meses más tarde, gracias a la sobreprotección de mis primos y mi jefe de seguridad, me enteré de que me engañaba y que pretendía, junto con su novio, robarme todo lo que pudiera. —Samir tenía la vista perdida en el agua y yo sentí ganas de tener delante a esa despreciable mujer y ahogarla. ¿Cómo pudo hacerle algo así?

—Lo lamento, Samir. No he debido preguntar.

—No te preocupes, eso pasó hace mucho tiempo. Sólo que desde entonces no he podido volver a creer en nadie. Supongo que es patético.

—No, no lo es. —Le coloqué un dedo bajo el mentón haciendo que me mirase—. Es lógico que quieras protegerte después de que te rompieran el corazón y traicionaran tu confianza. Eso no tiene nada de patético. —Sonreí con timidez y él acarició con lentitud mi rostro. Podía sentir la intensidad de

su mirada y por un segundo pensé que me besaría, pero lo único que hizo fue estrecharme entre sus brazos, aunque creo que era él quien necesitaba ese refugio.

Desde entonces algo sucedió entre nosotros, algo casi imperceptible que nos unió. No nos habíamos besado ni mucho menos acostado, pero después de eso, el grado de intimidad que sentíamos se incrementó. Aunque en el fondo me sentía terrible sabiendo que le escondía toda la verdad. A pesar de que algo en la manera en que me miraba, me dijera que Samir sabía que guardaba un secreto y no parecía importarle lo suficiente como para apartarse de mí.

## Capítulo 4

### Cadena de decisiones

Estoy en la playa del hotel, observando cómo el sol llega a su zénit. Bastian no ha llegado aún desde anoche. Lo último que he sabido de él es un mensaje de texto en el que me animaba a tener sexo y así sacarme el palo que según él tengo metido en el culo desde la misión fallida en Nápoles.

Me saco un cigarrillo del bolsillo de los pantalones y lo enciendo sin importarme las miradas de reojo que me dedican los empleados del hotel que comienzan a disponer las tumbonas en la arena. Contengo el humo en la boca para después expulsarlo formando perfectas O en su dirección. Puedo ver el desprecio en sus pupilas, lo comprendo muy bien porque yo también lo he sentido.

Me gustaría poder decirles: «Te comprendo, sé lo que sientes. Sé lo que es partirte el lomo trabajando para ganar el salario mínimo, mientras a tu lado se pasean los ricachones con todo su dinero, mirándote desde arriba, como si pudiesen comprarlo todo con su dinero». Pero aunque me gustaría, no puedo hacerlo, porque soy Christoph Astor y la servidumbre me importa una mierda.

Le doy una última calada al cigarrillo y lo lanzo al suelo, apagándolo con la suela del zapato. Uno de ellos me mira horrorizado, no debe de ser muy común que los señores que por aquí se pasean se arriesguen a dañar sus costosos zapatos con un cigarrillo.

—¡A la mierda con todo esto! —bufo, pateando lejos la colilla y decido salir de aquí antes de que tanta farsa logre atrofiarme el cerebro.

Recorro en el coche las calles de la ciudad; las puertas de las tiendas justo se están abriendo y los vehículos se aglomeran en los locales donde venden

desayunos o en los puestos informales que ofrecen las famosas empanadas de cazón o de marisco. Los extranjeros se mueren por esas empanadas, yo las he probado, no están mal. Tal vez si estuviese de vacaciones reales podría disfrutarlas, pero no estoy de vacaciones, estoy en una misión y no puedo ver ni apreciar nada de verdad hasta que todo haya terminado.

Me detengo frente a lo que en algún momento debe de haber sido un bar de lujo, aunque ahora parece estar estancado en el tiempo, en otra época, más o menos en los ochenta. Es el único vestigio que queda en esa calle. Me acerco con curiosidad para poder ver el interior, me sorprende al apoyarme en la puerta, que está abierta.

No dudo en entrar, tengo tiempo de sobra y este lugar tiene algo que me hace recordar a casa. Tal vez sea la escasa iluminación, o el olor de la tapicería de las butacas que rodean las mesas. El papel amarillento que cubre la pared deja ver la suciedad y la grasa acumulada con los años. Desde la entrada veo a un hombre detrás de la barra. Tiene la piel tostada por el sol y el cabello cano. Es de contextura gruesa y un poco más bajo que yo.

Levanta la vista al oír mis pasos y detiene su labor de limpiar los vasos de vidrio y las botellas de licor. Está más sorprendido que yo al ver que el lugar está abierto. No sé si lo sorprende tener un cliente a esta hora o simplemente tener un cliente.

—Buenos días... —saludo levantando la mano y me siento en uno de los taburetes junto a la barra.

—Deben de ser muy buenos o muy malos para usted debido a la hora — contesta con voz rasposa y yo sonrío asintiendo.

—No estoy seguro de en cuál de los dos me encuentro.

—Bueno, muy pocas veces recibo clientes a estas horas y, cuando sucede, han tenido muy buena noche y llegan de una fiesta que ha durado varios días, o tan mala que vienen a ahogar las penas que el sueño no les ha podido quitar.

—No es mi caso. Sólo estoy un poco cansado de esta vida... —resoplo y el hombre pone frente a mí una botella. Estoy a punto de decirle que no me

apetece un trago más del puto Johnny Walker, cuando levanto la mirada y una cerveza fría me saluda.

—Parece que necesitas una.

—No tienes idea. —Me llevo la botella a la boca y cierro los ojos cuando el líquido se desliza por mi garganta.

Esa cerveza me sabe a gloria. El sabor es distinto al de las cervezas alemanas, pero el toque de cebada fermentada es el mismo. Estaba hasta los cojones de tanto whisky caro. Yo soy un hombre de cervezas, cigarrillos y camisetas con cazadoras de cuero. No compro ropa costosa ni bebo licores finos.

—No eres de por aquí... —dice el cantinero.

—¿No lo parezco? —pregunto, dejando la botella vacía sobre la barra.

—No era una pregunta. No te había visto en la isla, conozco a casi todos, después de tantos años atendiendo este lugar. Además, los tipos como tú no vienen a sitios como éste —dice y algo en su comentario me molesta. Sé que no era su intención, pero me ofende que ose compararme con uno de esos ricachones.

—¿Los tipos como yo? —pregunto, fingiendo no tener idea de a lo que se refiere.

—Sí. Con trajes que gritan dinero a kilómetros de distancia, calzado fino y coches lujosos.

—Creía que te referías a mi perfecto acento. —Hago una mueca ladina.

—Pensaba que no era necesario mencionarlo. Aunque debo felicitarte, hablas muy bien el español para ser extranjero.

—He tenido mucha práctica. ¿Me puedes dar otra? —le pido, levantando la botella vacía y en un momento pone una nueva cerveza frente a mí, igual de fría que la anterior—. En realidad, estoy aquí buscando a una mujer.

Sé que es un movimiento atrevido el mío, pero si dice conocer a todos los de la isla, puede que tenga información útil.

—¿Cuándo nuestros problemas no llevan el nombre de una mujer?! —se

ríe de forma jocosa, con ese tono ronco que se adquiere después de fumar durante años.

—Tal vez puedas ayudarme. —Doy un par de tragos a la cerveza y lo miro esperanzado.

—Si es de la isla, puede que la conozca. ¿Cuál es su nombre, muchacho?

—Ése es el problema... no lo sé. —Su rostro se desencaja, porque ésa sin duda no es la respuesta que esperaba.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Sé cómo la llaman, pero no sé su nombre. La verdad es que he venido hasta aquí porque mi novia trabaja para ella, pero no la deja marchar.

Es una mentira digna de un Óscar, pero mi expresión es tan neutra que parece convencerlo.

—Dime cómo la llaman y quizá pueda ayudarte —me pide.

—La Cobra Negra. —Cuando digo el nombre, todo en su postura cambia, endereza la espalda y su mandíbula se tensa. Aprieta el borde de la barra y no lo he visto tan en tensión desde que he llegado.

—Creo que deberías conseguirte una nueva novia y dejar de intentar dar con ella. Si aprecias tu vida. —Se aleja de la barra y regresa a su tarea de limpiar los vasos y ordenar las botellas de los licores, dejándome confuso por su cambio de actitud.

Sé de ella lo que la agencia ha querido que sepa, que no es mucho: en algún momento fue una espía alemana, trabajó con la agencia y después dejó de trabajar con ellos. Hace unos años volvió a aparecer y robó material importante junto con el traidor de Viktor. Pensaba que no eran más que rumores, pero al parecer se hizo una temeraria reputación aquí.

—Hijo... —me llama el cantinero cuando empuja la puerta para salir. Me vuelvo en su dirección para saber qué es lo que quiere—. Si quieres un consejo, coge tus maletas y vete de aquí en el primer avión, antes de que se entere de que has estado preguntando por ella.

—Gracias. ¿Podrías hacerme un favor?

—Por supuesto.

—Mantén la decoración. —Miro a mi alrededor antes de salir—. Le da un toque diferente a esta ciudad.

Salgo del bar y el sol me da en los ojos, cegándome por unos instantes. Los cierro mientras me saco las gafas oscuras del bolsillo interior de la chaqueta y me las pongo, antes de volver a abrirlos. Al hacerlo, siento un vuelco en mi corazón y me traslado al día en que mi vida dio un giro y me llevó hasta donde estoy ahora.

Tenía sólo dieciocho años y ni la menor idea de qué hacer conmigo mismo. Todas las noches vivía la misma rutina, hasta que me echaban del bar por causar peleas. Aunque, la verdad, el problema no era que me metiera en peleas, el verdadero problema era que cada noche barría el suelo con el puto cabrón que decidiera querer darme lecciones de vida.

El sonido estridente de una bocina me devuelve a la realidad y hace que dé un paso atrás. No era consciente de que estaba cruzando la calle, en medio del viaje por los recuerdos.

—Debo volver al hotel o terminaré matándome, mientras camino mascando chicle.

Desactivo la alarma y me subo al Mercedes alquilado, para retomar mi camino de regreso al hotel, con un solo pensamiento en mente: encontrar a la Cobra Negra, así tenga que interrogar a cada una de las putas caras de La Compañía. Porque mi prioridad es retomar la acción y estar de vuelta en la cima de la pirámide alimentaria a donde pertenezco; si para lograrlo debo entregarles a la mismísima reina de Inglaterra, lo haré sin importar lo que tenga que hacer para conseguirlo.

## Capítulo 5

### El amor que siempre quise

Acabamos de sentarnos en nuestros asientos VIP. Se oye por los altavoces que debemos apagar los móviles y abrocharnos el cinturón de seguridad, porque estamos a punto de despegar con destino a Los Ángeles. Aún me cuesta creer que esto esté sucediendo. Samir está sentado a mi lado y no me ha soltado la mano desde que esperábamos nuestra llamada. No creía que ir de compras con un hombre pudiese resultar tan placentero. Cuando Enrique accedía a acompañarme, se quejaba todo el rato y al final acababa yo sola en la tienda, mientras él bebía una gaseosa en alguna cafetería del centro comercial. En cambio, la tarde de ayer, Samir pareció disfrutarlo, aventurándose incluso a enseñarme aquella ropa que creía que me quedaría bien. No pude hacer nada más que complacerle.

—¿Va todo bien?

Al parecer, lleva hablándome un rato, pero yo estaba ausente.

—Sí, todo va bien.

—Se me olvidaba una cosa.

Lo observo soltarse el cinturón e hincar una rodilla en el suelo. Todo el mundo en primera clase empieza a mirarnos y yo siento que estoy hiperventilando.

—¿Qué estás haciendo? —Intento mantener la calma y evitar que los demás nos oigan.

—Algo que tenía que haber hecho antes.

Me guiña un ojo y me enseña su deslumbrante sonrisa, mientras se saca del bolsillo de la chaqueta una pequeña caja de terciopelo negro. No tarda en

abrirla y siento que los ojos se me van a salir de las órbitas. Es un diamante, un enorme diamante solitario, rodeado de un centenar de ellos, diminutos, por todo el anillo. Es precioso, realmente precioso. Espero una pregunta que no sale de sus labios, sólo sonrío y desliza el anillo en mi dedo anular, dándome luego un delicado beso en el dorso de la mano, antes de volver a su asiento.

—Por favor, dime que es falso. —No puedo dejar de mirar el anillo. Debe de ser muy caro—. Samir... —Él niega con la cabeza y yo siento el peso del anillo de inmediato. Si me llegan a robar esta cosa, voy a tener que vender mi coche para poder pagarlo y no creo que alcance—. No creo que ese Luigi hubiese notado la diferencia.

—Quizá no. Pero sí su esposa.

—¿Su esposa?

—Sí.

—Ésa es una de las razones por las que también me querías aquí, para entretener a su esposa mientras vosotros habláis de negocios.

—Eres muy lista. —Me da un toque en la nariz y un beso en la frente, que me deja un cosquilleo en la piel.

—Es muy obvio. Así que... —Me relajo en mi asiento para dejar de pensar en esa gigantesca roca que llevo en el dedo—. ¿Cuándo nos reuniremos con ellos?

—Mañana desayunaremos juntos. Esta noche sólo seremos tú y yo. No tendrás que mentir.

El corazón se me ha encogido al escucharlo. Ojalá pudiera contárselo todo. Pero no puedo, eso pondría en riesgo lo que he logrado en este tiempo. Es una mierda que la única persona con la que deseo ser honesta sea con la que menos pueda serlo.

—Me parece bien.

—¿Desean alguna bebida? —nos interrumpe la asistente de vuelo y yo siento que ha sido intervención divina.

—Sí, por favor. Un agua con sabor a limón estaría bien.

—¿Y para usted, señor?

—Lo mismo. —Le dedica una sonrisa y la pobre se pone como un camarón. Él lo hace inconsciente del efecto que tiene sobre las mujeres.

Al poco tiempo traen nuestras bebidas y Samir vuelve a entrelazar su mano con la mía. No dice nada, sólo me la estrecha, trazando círculos en el dorso de mi mano con suavidad. Es relajante y al cabo de unos minutos consigo quedarme dormida.

En el momento en que bajé del avión lo supe. Nunca conseguiría irme, salirme de todo esto; aunque lograra lo que se me exigió hace más de dieciocho meses, no podría irme, porque no podía dejarlo. Así que no tenía la menor idea de cómo conseguiría hacer de ésta mi vida real.

—Ésta es nuestra habitación.

Cuando Samir abre la puerta, me quedo maravillada con nuestra *suite*. Tiene una pequeña sala, un balcón con una vista increíble al mar y una cama gigantesca. La habitación está decorada con un exquisito gusto, en tonos claros, es muy bonita.

—¿Nuestra? —Ha dicho «nuestra». Es la primera vez que compartiremos habitación. En sus anteriores viajes se aseguraba de pedir dos para que no me sintiera incómoda.

—Sí. Lo lamento. Pero estamos alojados en el mismo hotel que Luigi y resultaría extraño que nos alojásemos en habitaciones separadas. —Veo la pena en su mirada. Es demasiado caballeroso para intentar nada.

—Claro. Está bien.

Sostengo su mano entre las mías y tenemos un momento de mirarnos a los ojos, mientras el tiempo parece detenerse. El momento perfecto para dejarte llevar en los brazos de un increíble hombre. Lo veo acercarse y el aire parece que se escapa de mis pulmones, no puedo pensar en nada más que en tener sus labios sobre los míos. De repente, el sonido insistente de un móvil irrumpe en nuestra mágica burbuja, haciéndonos volver a la realidad.

—Lo siento —se excusa al ver que es su móvil el que suena. Yo he puesto

el mío en vibración.

—Está bien. Yo iré a dar una vuelta por el hotel. —No le dejo objetar nada y salgo de la habitación casi corriendo. Necesito aire.

Me detengo en el vestíbulo y observo cómo las personas van y vienen, con su ropa cara y sus sonrisas falsas. Éste es el sitio al que muchas personas vienen escapando de su realidad y buscando sus sueños, que por lo general tienen que ver con ser el próximo Brad Pitt o Angelina Jolie, o el cantante que suene en la radio. ¿Yo? Yo estoy aquí intentando cumplir con mi trabajo, uno que cuando estoy con Samir no siento como tal. A no ser que se observaran mis movimientos bancarios, no se podría hacer la conexión. Dinero por compañía. Aunque no estaba del todo segura de quién le hacía compañía a quién, porque sólo cuando estaba con él dejaba de sentirme tan vacía y perdida.

—¿Huyendo de mí?

Su voz susurrando en mi oído me hace dar un salto de sorpresa que casi termina conmigo en el suelo, de no ser por sus rápidos reflejos.

—Lo siento. Me has asustado. —Me suelto con la excusa de arreglarme el pelo y el vestido, pero la verdad es que necesito poner distancia entre nosotros, antes de quedar envuelta en el estúpido sueño de Alexa.

—Te ruego que me disculpes. No ha sido mi intención asustarte.

—No pasa nada.

—¿Quieres que nos refresquemos un rato en la piscina? Más tarde quiero llevarte a un restaurante decente.

—¿Ese Luigi nos acompañará?

—No. Como te dije, hoy sólo seremos tú y yo. —Esa mirada... por esa mirada es por lo que no consigo decirle que no. Me nubla el pensamiento y creo que ni siquiera tiene la menor idea del efecto que causa sobre mí, porque nunca lo demuestro.

—Suena perfecto.

En el momento de salir del cuarto de baño con mi bañador negro,

supersexy, con esas bandas cruzando mis caderas, por fin veo que Samir es un hombre, uno no inmune a mis encantos. Le hace falta carraspear un par de veces para poder decir algo inteligible, lo que me parece de lo más adorable en él.

—¿Y tú piensas meterte a la piscina en bermudas? —Se ha quitado el traje y cambiado los pantalones por unas bermudas blancas que quedan perfectas con su camisa azul cielo.

—No soy fan de las piscinas en horas punta.

—Tampoco yo. Pero un poco de sol no nos vendrá mal.

Todas las miradas se centran en nosotros cuando entramos en la zona de baño. Veo su mandíbula tensarse al pasar frente a un grupo de chicos que me devoran con la mirada. Sonrío ante su silenciosa muestra de celos y hago lo único que puedo hacer, me cojo de su mano. Me mira con incredulidad y yo sólo sonrío y le guiño un ojo. Yo estoy aquí por él, mientras estemos en Los Ángeles soy suya. No quiero que lo olvide.

¿Sabes ese momento cuando crees que has tenido la velada perfecta y nada puede estropearla? ¿Ese momento? Bueno, pues sí puede estropearse cuando, al llegar al hotel, recibes un mensaje del mensajero del diablo, por no decir del diablo en persona, porque has olvidado, o de forma deliberada, has decidido pasar de él unos días.

¿Dónde demonios andas?

Estaré fuera un par de días.

ESPERO QUE NO SE TE OLVIDE POR QUÉ ESTÁS  
HACIENDO ESTO.

«Ha utilizado mayúsculas para gritarme. Las ha usado. ¿Acaso estamos en secundaria?»

No lo olvido. Estoy trabajando.

Y decido apagar el móvil hasta que este viaje termine. No quiero que nada

me recuerde mi realidad. Por este par de días quiero creer en esta historia.

—Sana y salva. —Samir se hace a un lado para que entre en la habitación y entonces nos enfrentamos a la realidad.

Nos quedamos mirando la inmensa cama que tenemos delante. Él no se atreve a decir nada por culpa de no haber pensado en esto.

—Deberíamos descansar.

Cojo mi maleta y me marcho al cuarto de baño para ponerme el pijama. No he pensado que compartiría habitación con él y ahora este diminuto conjunto de satén de dos piezas me parece insuficiente.

Al salir lo encuentro sentado en el borde de la cama, con un pantalón de pijama gris. Se pone de pie como resorte al verme entrar en la habitación.

—Yo podría... dormir en la sala.

No es capaz de mirarme. Supongo que debe de ser difícil para él. Aunque eso me da la oportunidad de pasear la mirada por su torso desnudo, bronceado, tonificado y muy apetecible.

—La cama es lo bastante grande para los dos. No es necesario que duermas incómodo en la sala. —Me meto bajo las sábanas en un extremo de la cama y palmeo el espacio vacío un par de veces hasta que consigo que me mire—. Ven a acostarte.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy.

Lo veo asentir muy serio antes de meterse en la cama.

—Buenas noches, Samir —digo, cuando noto que ha dejado de moverse.

—Buenas noches, Al.

Lo oigo suspirar con pesadez y después de eso sólo silencio hasta que consigo quedarme dormida.

Al abrir los ojos, veo que estoy sola en la cama. No hay ni rastro de él. Recorro toda la *suite* y me desilusiono un poco al ver que me ha dejado sola. Al regresar a la cama, encuentro una nota en la mesita de noche.

Estaré reunido con Luigi. He pedido que te lleven el desayuno a la habitación, para que

puedas descansar tranquila. Nos vemos a las doce treinta en el restaurante del hotel para almorzar. Gracias por un hermoso despertar,

SAMIR

Encuentro una bandeja con el desayuno en la sala y sonrío al ver la rosa blanca que lo acompaña. Ojalá él me hiciera más difícil encariñarme y fuese un completo patán. Pero Samir es todo lo que una vez quise en mi vida. ¿Por qué aparece ahora en mi camino, cuando no puedo tenerlo?

Paso toda la mañana encerrada en la habitación, hasta que llega el momento de ponerme uno de los vestidos que Samir me ha comprado para que sea una Kate Middleton sexy, sus palabras, no las mías. Me enfundo en el vestido negro con mangas blancas tres cuartos; tiene un hermoso diseño en forma de corazón, gracias al contraste de negro y blanco. El vestido me llega a la rodilla y tiene una sexy abertura diminuta en la parte trasera, que lo hace elegante y algo provocativo. Lo combino con unos zapatos negros y dejo que mi cabellera rubia caiga en ondas por mi espalda. Me maquillo de manera sencilla, acentuando un poco mis ojos para que sean el centro y no mis labios carnosos. Por poco se me olvida ponerme la enorme roca en el dedo. Es tiempo de ser la prometida de Samir Al-Halabi Fasil.

—*Easy cake* —sonrío antes de dejar la habitación.

Lo veo sentado a una mesa al final del lujoso restaurante, con un hombre de unos sesenta años, más bajo que Samir, debe de medir uno setenta a lo sumo, lleva traje y corbata, está un poco pasado de peso y todo en su rostro grita italiano. Son los rasgos, los gestos, la jocosidad, todo.

—*My love*. —Samir se pone de pie y me da un suave beso en la mejilla. Esas palabras saliendo de sus labios me han sonado en extremo eróticas.

»Luigi, ella es mi prometida —dice, volviéndose hacia el hombre, que ya se ha puesto de pie y se me acerca con una gran sonrisa.

—*Ragazzo, la tua fidanzata è bellissima*. —Me coge las manos entre las suyas y me da un sonoro beso en cada mejilla.

—*Grazie signore Luigi*. —Hago una leve inclinación con la cabeza y

sonrió con timidez agradeciendo su cumplido.

—*Oh. Lei parla italiano?* —Se vuelve y mira a Samir con incredulidad al oírme contestar en italiano, pero él se limita a encogerse de hombros, porque hasta ahora no lo sabía.

—*Parla italiano?* —Ahora me mira a mí preguntando si hablo italiano.

—*Sì* —asiento un par de veces—. *Molti anni fa ho preso lezioni.* —Es verdad que lo estudié hace muchos años, aunque parezca que fue en otra vida.

—*Bene. Perfetto.* —Levanta las manos al cielo haciendo gestos, como típico italiano.

»Tienes toda una joya aquí, *ragazzo.* —Le da unas palmadas a Samir en la espalda antes de sentarse.

—Lo sé. —Samir me ayuda a sentarme, mientras me mira como si fuese todo lo que había estado buscando.

—¿Y cuál es el nombre de este hermoso ángel de cabellos rubios?

Yo me paralizó y también Samir. Él sólo sabe las primeras tres letras de mi nombre. Lo que no es mucho.

—Alena —contesto. Samir parece que se hubiese quedado sin palabras—. Alena Márquez. —Veo que su mente está dando muchas vueltas, intentando comprender si es o no mi verdadero nombre.

—Alena. Un hermoso nombre para una hermosa mujer. —Luigi levanta su copa de vino y nosotros hacemos lo mismo—. Por un largo y apasionado matrimonio. Ése es el secreto, mantener la llama encendida.

—*Salute.* —Samir sostiene mi mano y lo veo sonreír ante el comentario de Luigi. Ni siquiera nos hemos besado.

—*La mia moglie...* —Luigi se pone de pie y lo veo besar a una mujer de más o menos su edad, a la que presenta como su esposa. Va vestida con un traje Channel y un bolso Louis Vuitton. Samir tenía razón respecto al anillo. Esta mujer hubiese olido la falsedad a metros de distancia.

Interpreto mi rol como es debido. Soy una cariñosa y fiel prometida; educada, reservada. No es tan difícil, Luigi y su esposa Magda son unas

personas muy sociables y divertidas. Él tiene más anécdotas de las que puede contar. Me habla un poco de su negocio, una red de empresas familiares que se dedican a la industria del vino y los licores fuertes. Está interesado en estrechar lazos con Samir y abrir una nueva empresa dedicada a la destilación de cocuy, un licor artesanal venezolano muy parecido al tequila; ve un imperio detrás eso. Samir tiene las tierras y las conexiones del mercado latino al que quiere llegar.

—He disfrutado de una increíble comida. Pero de verdad me gustaría ir a ver algunas tiendas, cariño. Si no te molesta.

Empiezo a cumplir la misión por la que estoy aquí, actuando como la típica prometida trofeo.

—No. Para nada.

Su mirada me dice que es justo lo que necesita. Ellos dos tienen que hablar de negocios en privado y yo tengo que entretener a la esposa. Ése es el objetivo con el que he venido, después de todo.

—Magda, ¿te gustaría acompañarme? Es muy aburrido ir de compras sola. Además, ellos seguro que seguirán y seguirán con su tema de negocios.

—Estaba rogando al cielo que me sacaras de aquí. Sin ofender, querido. — Le da un tierno beso a su esposo a modo de despedida antes de acompañarme.

—Ha sido todo un placer, Luigi. —Le estrecho la mano, pero él captura mi rostro para darme un beso en cada mejilla.

—Lo mismo digo, querida Alena. Te espero pronto *per la mia Italia*.

—Por supuesto. Nos vemos en la cena. —Le doy un beso en la mejilla a Samir y es como si su perfume se fuese infiltrando bajo mi piel haciéndome suspirar.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Samir tendrá que compensarme muy bien después de pasar una tarde con la esposa de un italiano. Tan pronto como nos quedamos solas, Magda empieza con ideas para la boda y la luna de miel. Subraya que Samir ya está en los

treinta y que necesita hijos y que yo estoy muy delgada y necesito ganar peso, porque a los hombres les gusta tener carne dónde agarrarse. Después pasa al tema de las escuelas de los hijos; el licor apropiado para la recepción; la diferencia de las religiones, ni siquiera sabía que Samir era druso, así que habrá o no boda por la Iglesia. Sin poder evitarlo, me veo envuelta en la planificación de una boda que no tendrá lugar y me pregunto qué planea hacer Samir cuando firme el contrato y el matrimonio nunca se realice. No tengo la menor idea, pero cuando llego a la habitación siento que la cabeza me va a explotar.

—¿Qué tal ha ido? —Samir está en la sala, revisando su tableta mientras ve la televisión.

—Necesito un trago. —Me dejo caer en el sofá a su lado, y me quito los zapatos.

—¿Tan mal ha ido? Creía que Magda y tú os llevaríais bien. —Deja a un lado lo que estaba haciendo y sube mis pies sobre sus piernas para empezar a masajearlos. Es muy agradable.

—Necesito un trago primero.

—Sólo hay Bucanna's. —Se levanta y me lo sirve en un vaso.

—Servirá. —Me lo tomo de un solo trago y arrugo la cara cuando el líquido ambarino me quema la garganta.

—¿Mejor? —Me sirve otro vaso y vuelve a mi lado en el sofá para seguir masajeándome los pies.

—Sí. Gracias.

—¿Qué ha pasado?

—Veamos... —Doy otro sorbo al whisky y decido dejarlo. Es demasiado fuerte para mí—. He terminado planeando una boda que no tendrá lugar. Hablando de iglesias, lugares para la luna de miel, hijos, colegios, fondos de inversión para la universidad. Tu religión, mi religión o la ausencia de ella, si tendremos o no una boda eclesiástica.

Samir se queda boquiabierto ante todo el tropel que sale de mi boca.

—Eso es...

—Ah, se me olvidaba —lo interrumpo— y el hecho de que debo aumentar de peso, porque a los hombres les gusta tener algo de carne dónde agarrarse.

Samir termina carcajeándose y yo lo pincho porque no le veo la gracia.

—No sé de qué te ríes.

—Lo sé. Es por tu expresión. Cuánto te ha abrumado todo esto.

—No es para menos. ¿Cómo piensas hacer cuando cierres el trato y quieran asistir a la boda? ¿O que los visitemos en su casa en Italia o vayamos de vacaciones a su casa de veraneo en Grecia? —En ese punto ya estoy gritando y creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad.

—Tranquila. —Me sujeta por los hombros y me obliga a sentarme de nuevo. No sé en qué momento me he puesto de pie—. Más adelante le diré que hemos roto, que me has dejado por alguien más guapo y más rico —bromea, pero veo el dolor en su mirada.

—No creo que exista alguien más rico —me río y él parece que comienza a recuperar su humor—, ni tampoco más guapo.

—Nunca te obligaría a tener que casarte conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Bueno, te prometí una cena decente. ¿Qué te parece si tomas un baño relajante mientras yo hago unas llamadas y después salimos a cenar?

—Que no sea un italiano. Por favor.

—Está bien —se ríe divertido—. Nada de italiano. Lo prometo.

Si pudiera describir un sueño, sería éste. Es como si estuviese dormida y todo esto, todo este viaje, no fuera más que un producto de mi inconsciente. Nada puede ser tan perfecto. Eso lo aprendes a golpes en la vida. Porque cuando piensas que lo tienes todo y nada puede ir mal, ella te demuestra que no puedes fiarte. De esa forma me siento, pensando en el momento en que subamos de nuevo al avión y toda esta fantasía se vea forzada a desaparecer.

—¿Qué está hilando esa cabecita? —Samir choca su copa con la mía, devolviéndome a la realidad en este fino restaurante.

—Nada de importancia. —Desvió la mirada, mientras como la última cucharada de mi tarta de limón.

Puedo sentir su penetrante mirada sobre mí y aguardo en silencio su reproche, pero éste nunca llega. Levanto la vista, extrañada por su silencio, y puedo notar un esbozo de tristeza en sus ojos.

—¿Qué sucede?

—¿Quieres bailar? —Se levanta de su asiento, haciendo caso omiso a mi pregunta.

No tengo derecho a pedirle una explicación que yo no he sido capaz de dar. Así que, sin más opción, me levanto cogida de su mano y nos acercamos a la pequeña pista ubicada al final del restaurante. Tiene una hermosa vista de gran parte de la ciudad desde los enormes ventanales que ocupan toda la pared.

—No tiene por qué terminar... —lo oigo decir casi en un susurro, cuando sus labios rozan mi oreja.

—No quiero hablar de eso esta noche. —Descanso la cabeza en su pecho y dejo que me guíe en el baile, sumiéndome en un mar de recuerdos que hacen que mi cuerpo se mueva como si tuviera vida propia. No soy consciente hasta que la canción termina y los aplausos empiezan a sonar.

—¿Dónde aprendiste a bailar así?

Todos me miran y yo no tengo ni idea de lo que he hecho. He estado a punto de arruinarlo todo por dejarme llevar. Se está haciendo cada vez más difícil mantenerme centrada cuando me encuentro con Samir. Tengo que solucionarlo, pero no esta noche.

—¿Bailar cómo? —Me suelto de su agarre y huyo hacia nuestra mesa, ocultándome de las miradas y comentarios de los demás bailarines.

—Como si la música fuera una parte de ti.

—El baile era muy importante para mí. Lo fue durante mucho tiempo. —Suspiro al recordar esa vida que ahora me parece tan lejana, como si hubiese pertenecido a otra persona diferente. Porque, en definitiva, ya no soy esa chica, ni volveré a serlo.

—¿Algún día te abrirás y me hablarás de tu pasado? —Samir está de cuclillas frente a mí, sujetándome la barbilla para que lo mire a los ojos. Son tan oscuros, tan profundos, tan puros, que dan ganas de fundirse con ellos.

—Tal vez. Algún día. —Se queda observándome en silencio y el miedo a perderlo se apodera de mí—. ¿Es eso suficiente?

—Por ahora sí. —Me da un casto beso en la punta de mi nariz y todos mis temores han desaparecido. Por ahora—. Ven. Salgamos de aquí. —Su sonrisa ilumina la noche y yo siento que no existe otro lugar en el que quiera estar que aquí, con mi mano en la suya.

Caminamos por las calles de Los Ángeles, observando cómo la noche nos envuelve y la luna en lo alto nos otorga una romántica velada. Cuando llegamos a la habitación del hotel, me siento plena. No quiero que la noche termine.

Samir se sienta en el sofá de la pequeña salita, tras quitarse la americana del traje y descalzarse sobre la alfombra. Enciende la pantalla plana y empieza a hacer *zapping* por los canales. Yo me quedo ahí de pie, observándolo sin perder detalle.

Aquí estamos los dos, en un hotel, a miles de kilómetros de nuestras casas, lejos de lo que representa esa ciudad para ambos. Sin embargo, él ha mantenido su palabra. No ha hecho ademán de tocarme ni un pelo sin mi consentimiento. Y yo lo deseaba, realmente lo deseaba. Sentir sus manos dejando caer este vestido turquesa que ahora llevo, vagando por mi cuerpo. Sentir sus deliciosos labios sobre los míos, oírlo gemir mi nombre mientras se adentra en mi interior y alcanzamos juntos el clímax. Eso quiero. Pero sólo lo tendré si yo doy el primer paso.

—¿Samir puedo hacerte una pregunta? —Me siento junto a él en el sofá y de inmediato apaga la pantalla y se vuelve para mirarme.

—Mejor hazme dos.

—Nunca me has pedido que tenga sexo contigo.

—Ésa no es una pregunta. —Me sonrío haciéndome el desentendido, pero

observo en sus ojos que hay algo importante que se esconde bajo esa respuesta.

—¿Por qué nunca me has pedido que tenga sexo contigo?

—Si quisiera sexo, buscaría una puta, y tú, Al, eres todo menos una. —Me levanta la barbilla con un dedo y sus ojos no mienten—. Para mí eres más que eso. Además, tengo muy claro lo que de verdad ofrece La Compañía. No es un burdel.

—Aun así, estás en todo tu derecho de pedirlo y lo sabes. Todos los demás clientes lo tienen claro. Para muchos no somos más que unas putas caras para la alta sociedad.

—Puede que tengas razón. Pero tú no eres como las demás. Sé que a pesar de lo que digan, tú no haces lo que ellas, aunque lo parezca. Creo que en parte es por eso por lo que muchos hombres están obsesionados contigo. No sé cómo lo haces, si es algo psíquico o no lo es. —Se ríe divertido ante la expresión que acaba de usar y yo también. No hay nada de psíquico en lo que hago—. Tampoco me importa. —Me suelta despacio la barbilla para sostener mis manos entre las suyas. Son suaves, no creo que nunca haya tenido que hacer algún tipo de trabajo físico—. Quiero que estés conmigo cuando tú lo desees. No voy a forzarte a nada, Al.

—Alena.

Sus ojos se abren como platos. Sé que desde el almuerzo esa duda ha estado rondando por su cabeza. Quizá para otros esto no signifique nada, pero sé que para él el hecho de que tras más de un año decida decirle mi nombre, significa mucho—. Me llamo Alena Valentina Márquez.

—Tú sí que sabes cómo hacer feliz a un hombre. —Desliza con suavidad una mano por mi mejilla, mientras sus ojos viajan de mis labios a mis ojos. Siento que la boca se me ha secado y que me está costando más respirar. Espero que me bese y sin embargo no se atreve a hacerlo. Se mantiene ahí, a escasos centímetros.

—¿Acaso estás tratando de conquistarme Samir Al-Halabi Fasil?

—Oh, *my love*.

Oírlo hablar en inglés me deja sin aliento. Igual que en italiano.

—Ya no soy un niño para aspirar a imposibles. Eres como una estrella brillando en lo alto del firmamento, por más que lo intentes no puedes bajarla del cielo. No puedes verla cuando lo deseas y no puedes capturarla y guardarla para ti solo. Lo único que puedes hacer es apreciarla cada vez que aparece en la noche brillando en lo alto del firmamento. —Me quedo sin palabras. ¿Qué se supone que puedes decir cuando un hombre como él dice cosas como éstas? No hay palabras para poder contestar, sólo quedan las acciones.

Sus dulces palabras no hacen más que avivar el deseo que ya sentía por él, haciendo que me fuese imposible detenerlo. Sin pensarlo más veces, acorto la distancia que separa nuestros labios y al fin me embriago del elixir de sus besos. Resulta ser mucho mejor de lo que imaginaba cuando me tocaba algunas noches. Siento ese beso en cada célula de mi cuerpo, y hace que ciertas partes se humedezcan en respuesta. Cegada por lo que siento, continúo intensificando el beso. Me siento a horcajadas sobre él, enredando mis dedos en su oscura cabellera, meciéndome sin el menor de los reparos. Sus manos se deslizan por mi espalda, apretándome más a él. Puedo sentir el efecto de mis besos en la dureza de su entrepierna. Él lo desea al igual que yo.

—Espera... —susurra contra mis labios, forzándome a detenerme.

Tiene los labios hinchados, y el pelo, que siempre lleva peinado, ahora está alborotado, dándole un aspecto demasiado apetecible. Nuestras respiraciones están agitadas y mi mente aún no procesa del todo bien.

—¿Qué...? ¿Por qué...?

—Tú no tienes que hacer esto.

No puedo haberlo oído bien. Tiene que ser una broma. Lo miro desconcertada y él no tiene más remedio que explicarse.

—No tienes por qué sentirte forzada a esto. No tienes que pagar las atenciones que he tenido contigo. Pensaba que había sido claro. Nunca te

forzaría a nada.

—Y yo creía que a estas alturas me conocerías lo suficiente como para saber que no hago algo que no quiero hacer. Quiero hacerlo. —Le sujeto la cara entre mis manos para que pueda ver el deseo que siento por él—. Quiero estar contigo. Al menos por esta noche, quiero ser tuya.

No hay necesidad de decir nada más. Esa frase es el detonador de todo el deseo que ha estado conteniendo durante más de un año.

Me sujeta por las piernas mientras se levanta y yo las enredo en su cintura, sin dejar de besarlo. Necesito su boca sobre mi cuerpo de inmediato. Me deja sobre la cama con cuidado y se deshace de mi vestido. Sus ojos vagan por mi cuerpo, desnudándome con deseo. No puedo resistir la distancia y lo atraigo a mi boca, quitándole la ropa en el proceso. No sé cuándo sus bóxers desaparecen y cuándo mi ropa interior deja de ser una barrera entre nosotros. Lo único que sé es el placer que su boca me está dando.

Su boca abandona mis labios dejándome algo aturdida, aunque sus besos no se hacen esperar en otras partes de mi cuerpo. Sus labios descienden, recorriendo cada esquina de mi ser, haciéndome hervir de deseo. Su lengua se enreda en mis pezones, cuidando de no dejar desamparado a ninguno demasiado tiempo. Cuando creo que voy a estallar de placer, migra aún más hacia el sur, deteniéndose en el vértice de mis muslos. Hace casi dos años que no tengo sexo con nadie. Hacía más de dos años que nadie me besaba hasta el alma de esta forma. Con detenimiento, con parsimonia, con respeto. Alcanzo el clímax en pocos minutos cuando su lengua da con ese botón que me hace delirar.

Después de eso, ya estoy más que lista para él. Hiervo aún más de deseo y necesito más. Lo quiero todo. Cuando por fin se adentra en mi interior de una estocada, al principio siento una punzada de dolor por lo estrecha que estoy. Él ve mi expresión y quiere detenerse. Sobre mi cadáver me dejará así. Empiezo a moverme, dándole a entender que él es lo que necesito y en breve cambia de postura para estar los dos frente a frente y yo a horcajadas sobre él.

—Quiero mirarte —susurra con voz entrecortada, entre besos, apartando el cabello de mi rostro.

Esa mirada ardiente, oscura de deseo, es todo lo que necesito para moverme encima de él, en busca del clímax que ambos ansiamos. Sentirlo estallar dentro de mí mientras se convulsiona de placer es lo mejor de esta noche. Saber que eso lo he provocado yo. No tengo que preocuparme por un embarazo porque llevo un implante anticonceptivo y, por otra parte, confío demasiado en Samir para pensar que pueda tener alguna enfermedad contagiosa. Él es el único hombre en el que he confiado en estos casi dos años.

Nos quedamos dormidos entrelazados, yo con la mente vagando por un lugar lejos de aquí y navegando en un mar de posibilidades. En este momento tengo todo lo que podía desear, estar lejos, olvidada de todo. Sin embargo, en el último instante la imagen de Enrique aparece en mi mente, junto con la sensación de que por primera vez lo estoy traicionando.

Me despierto con sus besos y suaves caricias. Tenía la sensación de que todo había sido un sueño, así que despertarme entre sus brazos me resulta tranquilizador.

—Buenos días. Lamento despertarte.

—Buenos días. Está bien. —Intento enderezarme y atraerlo hacia mí, pero Samir no me lo permite.

—Por más tentadora que me resulte la idea de quedarme en la cama contigo, tengo un desayuno de negocios.

—No tienes que darme explicaciones, Samir. No te preocupes. —Aprovecho la sorpresa que le causan mis palabras y me siento en la cama, mientras me pongo la ropa interior de espaldas a él—. ¿Luigi? —pregunto, intentando romper el silencio que se ha creado.

—Eh... sí. Luigi. Puedo decirle a Mohamed que te lleve a donde quieras esta mañana.

Noto que se levanta de la cama y cuando me doy la vuelta, veo que lleva

una toalla a la cintura.

—Gracias. Creo que iré a la playa. ¿A qué hora sale nuestro vuelo?

—A las dos. Pero estaba pensando... —se sienta junto a mí con una sonrisa deslumbrante en el rostro— que podíamos quedarnos un día más.

—Suená tentador. Pero tenemos que volver. Ambos lo sabemos.

Un velo de decepción cubre su mirada y, sin decir nada más, se levanta de la cama. Mis palabras han dicho mucho más de lo que expresaban y él lo ha entendido. Detesto hacerle daño, pero es mejor no dejar que se haga ilusiones.

—Está bien. Te espero para almorzar juntos antes de ir al aeropuerto.

—No te preocupes. Nos vemos directamente allí.

Es como si le hubiese dado una bofetada. Se queda boqueando como un pez unos segundos, antes de meterse en la ducha sin decir nada más. Me siento mal por lo que he hecho, pero durante los seis meses que me quedan no puedo tener distracciones ni prioridades que no sean dar con la Cobra Negra.

La fantasía que hemos creado en Los Ángeles desaparece tan pronto como pongo un pie fuera del avión. Samir ha intentado entablar conversación durante todo el vuelo y yo me he dedicado a sabotearlas con monosílabos. He estado a punto de arrepentirme y fundirme con sus labios una vez más, pero no puedo olvidar por qué no lo hago. Alguien que se vio envuelto en todo esto por el simple hecho de estar relacionado conmigo. Un daño colateral y yo no quiero que Samir se convierta en uno nuevo.

—Déjame acompañarte a tu hotel. Debes de estar muy cansada para ir en taxi —insiste cuando recogemos nuestro equipaje.

—Estoy bien, Samir. Ha sido un viaje increíble. De verdad te lo agradezco. Pero creo que lo mejor es que nos despedamos aquí y yo regrese sola.

—Al, han sido más de diez horas de vuelo. Es pasada la medianoche. Sería muy peligroso dejarte ir sola.

Tiene razón.

—En el aeropuerto hay taxis las veinticuatro horas. No te preocupes. He reservado uno antes de subir al avión en la última escala. Ya me está

esperando. Buenas noches, Samir.

No le doy tiempo de idear otra razón para que acepte su ofrecimiento y se despide dándome un suave beso en la mejilla. Para luego marcharme sin mirar atrás. Porque sé que, si lo hago, no seré capaz de irme sin él.

## Capítulo 6

### El mejor error de toda mi puta vida

Es mi segunda noche en este tipo de eventos. He fumado cinco cigarrillos antes de entrar. La fiesta es esta vez en otro lujoso hotel, en un extremo de la isla. Todos los coches que llegan valen más que mi sueldo completo de los próximos tres años. «Menudos cabrones», pienso, tirando el cigarrillo al suelo y cuando estoy a punto de apagarlo con el zapato, una de las putas que en ese momento baja de los coches reglamentarios dirige una mirada en mi dirección y yo me detengo. Debo recordar que en este lugar soy Christoph Astor. A ellos les importa una mierda quién es en realidad Christoph, ellos sólo quieren la cuota millonaria que es depositada mensualmente por él para poder estar en la lista de La Compañía. Y por parte de todas estas mujeres expertas en el arte de la manipulación y el engaño, lo único que les interesa es el número de ceros de las cuentas bancarias de los clientes. Si supieran que en realidad vivo en un pequeño apartamento en el centro de Berlín que comparto con mi mejor amigo y que mi sueldo apenas es suficiente para que se me considere clase media del país, estoy completamente seguro de que no se detendrían a mirarme dos veces.

Mi teléfono vibra en el interior de mi chaqueta y sé que se trata de Bastian antes de mirarlo.

—¿Estás listo, *mate*? —me pregunta.

—Sí. Siempre.

—¿Irás solo esta noche?

—Sí, tú encárgate del bar.

He decidido dejar los micrófonos en el hotel y jugar por mi cuenta esta

noche. Después de contarle a Bastian lo sucedido en aquel local detenido en el tiempo, coincidió conmigo en que era una buena idea mantenerlo vigilado. Estar atento a las personas que entraban y salían del lugar, así como intervenir el teléfono del cantinero, que también era el dueño del local. Bastian descubrió que se llamaba Roberto.

No tenía nada en contra de Roberto, me pareció un buen tipo, pero si tenía información que pudiera ser útil para nuestros propósitos, la obtendría.

Me detengo en la puerta para identificarme ante el grandullón pelirrojo que comprueba varias veces mi nombre antes de dejarme entrar. En medio de todos estos idiotas y con traje de pingüino playboy, debo de verme igual que el resto, un rostro común, fácilmente confundible; algo que no deja de molestarme.

Recorro una de las habitaciones y dejo la copa de champán que me acaban de entregar en la entrada sobre la primera mesa que veo. Me meto las manos en los bolsillos mientras observo la subasta de esta noche. ¿Subasta? Sí, eso es lo que parece: estas hermosas mujeres con sus mejores vestidos y el rostro oculto detrás de un antifaz para añadirle un halo de misterio que se refleja también en la tarifa que se ha de pagar.

Una subasta al mejor postor. Y aunque detesto la idea de pujar por alguna de ellas, sé que es la vía más sencilla de dar con la que busco. Necesito entrar en su juego para poder ganarle.

—Ponme un Walker doble, solo —le pido al barman y él asiente; coloca un vaso frente a mí y vierte el líquido ambarino.

—Gracias... —Levanto el vaso hacia él y me lo bebo de golpe, antes de empezar a pasearme entre las piezas de exhibición de esta noche.

No tardan demasiado en acercárseme dos hermosas mujeres, una de larga cabellera azabache que le cae por la espalda, con unos ojos tan oscuros que hipnotizan. Recorro sus curvas de pies a cabeza con descaro y ella parece encenderse.

La otra mujer era de piel nívea y cabellera rubia, me recuerda a la Barbie

de ojos celestes de la primera noche, pero los de ésta no son azules, sino de un tono ámbar que les aporta una belleza singular.

—¿No piensas invitarnos a un trago? —pregunta la mujer de ojos como la noche.

—Creo que en esta fiesta ha habido demasiado alcohol. —Sonrío y a ellas no parece gustarles la respuesta, porque dan media vuelta y se marchan por donde han venido, sin la menor explicación.

No tengo la menor idea del motivo de su reacción y cuando me acerco a otras dos mujeres experimento un maldito *déjà vu*, porque me hacen la misma pregunta respecto a si las invito a un trago, y, aunque esta vez soy cuidadoso con mi respuesta y les digo que ellas deciden, me mandan igual a la mierda para, diez minutos más tarde, colgarse del brazo de un par de vejestorios cuya polla no debe de poder levantarse sin ayuda de una pastilla azul.

—¿Qué demonios sucede? —bufo molesto, regresando a la barra, donde el barman me sirve otro trago sin necesidad de preguntar y yo me lo bebo malhumorado, sintiéndome por primera vez como pez fuera del agua.

Decido salir a fumar un cigarrillo, o veinte, porque con lo poco que está pasando, hará falta un camión de nicotina para apaciguarme.

Cuando me subo al coche, veo que tengo varias llamadas perdidas de Bastian. Debe de ser algo importante, porque sabía que no tendría el teléfono conmigo. Le devuelvo la llamada con rapidez y al segundo tono me contesta.

—¡Ya era hora de que cogieras el teléfono, *mate*!

—Soy yo el que te está llamando.

—Eso no importa ahora. Creo que tu misión de follarte a todas las putas de La Compañía tendrá que esperar. No vas a creer de lo que me acabo de enterar —dice él y en su voz noto la adrenalina implorando salir. Esto va a ser bueno.

—¿De qué se trata?

—Ciertos amigos buscados por la INTERPOL y la Agencia de Inteligencia alemana se reúnen en fiestas alejadas de la ciudad para jugar al póquer y pasárselo en grande.

—Eso sería...

—Una oportunidad única de redimirnos y ganar puntos para recuperar nuestro rango —termina Bastian la idea por mí.

—¡Voy en camino! —exclamo después de que me proponga un punto de encuentro.

Enciendo el motor y, sin pensarlo dos veces, cojo la autopista en dirección al bar donde hemos quedado. Sé que hacer esto es un arma de doble filo, existe la posibilidad de que, en el mejor de los casos, atrape a uno de esos peces gordos o consiga información valiosa para la agencia que me permita reducir mi sentencia. Pero en el peor me metería en un lío más grande del que ya estoy metido, con resultados catastróficos.

Mi actitud a veces impulsiva, egoísta y tendente a saltarse las reglas, siempre me ha metido en problemas. Y justo eso fue lo que me llevó a La Compañía. Yo lo llamo el peor error de mi puta vida, porque una vez que entré a formar parte de la agencia, encontré mi lugar en el mundo y supe que era lo que quería hacer el resto de mi vida.

Para ello fue necesario que iniciara una pelea de bar en estado de ebriedad y golpear a tres agentes que para ese entonces se hallaban de vacaciones. Aún ahora no recuerdo muy bien el motivo de la pelea; en mi defensa, no recuerdo el motivo de casi ninguna de las peleas que he empezado o terminado.

Lo que sí recuerdo es que fue necesaria una horda de hombres para separarnos. Dejé fuera de combate a dos de ellos sin mucho esfuerzo, pero por estar regodeándome en mi victoria me olvidé del tercero, que estrelló una botella contra mi cabeza que hizo que casi perdiera la conciencia, me pateó las costillas y me dejó un hematoma en el ojo derecho, que me duró semanas.

Después de eso, me desperté en una comisaría, junto con los otros tres sujetos. Al parecer, el dueño del bar fue quien llamó a la policía y nos detuvieron a todos. Al amanecer retiraron los cargos sin motivo aparente y

dejaron ir a los tres agentes. Cuando yo también me disponía a marcharme, un hombre de cabello al ras y expresión imperturbable me detuvo.

—¡Has hecho pedazos a mis hombres, chiquillo!

—No voy a decir que lo siento, si es lo que espera de mí.

—Oh, no. Ésa no es para nada mi intención —había dicho él con mirada calculadora—. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—¿Te gustaría usar lo que tienes para servir a tu país?

—No voy a llevar un puto uniforme.

—No servimos al país de esa manera —respondió él, sonriendo ante mi respuesta. Ha sido de las pocas veces que he visto a Michael sonreír por algo.

—¿Podré seguir pateando traseros? —pregunté yo.

—Eso es justo lo que queremos que hagas. Sólo que seremos nosotros quienes te diremos qué culos patear.

Para ese entonces, yo era un adolescente con mucha rabia contenida y muy mal dirigida. Fue la última vez que tuve una pelea en un bar, tampoco sentí rabia por mucho tiempo, porque había personas que se preocupaban por mí y tenía un propósito. Y aunque en la actualidad me encontraba en el fondo porque Michael quería darme una lección y demostrarme que no era intocable y que las reglas se aplicaban a todos, eso no me hacía querer desertar de la fuerza, porque sin importar la infancia de mierda que yo hubiese tenido en lugares de acogida, la agencia era mi familia y era lo único que me importaba.

\* \* \*

Detengo el coche frente al bar y, antes de que pueda bajarme, Bastian toca en la ventanilla sobresaltándome. Me había llevado la mano al arma por instinto, es algo que se vuelve parte de ti después de poner tantas veces tu vida en peligro. Retiro el seguro de la puerta y él salta al asiento del copiloto.

—No se te ve muy bien —digo al observar su cara de enfado. Abre la

guantero para coger mis patatas y yo lo detengo, sacando la bolsa antes que él —. Habla.

—He intentado conseguir una invitación para ti y para mí, pero han sido muy herméticos, hasta el punto de que casi pongo en peligro la operación entera.

—Debe de haber algo que podamos hacer.

—Puedo intentar conseguir la dirección donde tienen lugar este tipo de reuniones. Pero aun si lo logro, por lo que he alcanzado a escuchar, todos estos tipos están forrados y asisten con las putas más caras de la ciudad. A nosotros no nos dejarán entrar.

—A nosotros no, pero sí a Christoph Astor. —Sonrío de medio lado mientras vuelvo a poner el coche en marcha y una idea centellea en mi mente —. Y en cuanto a lo de la puta, creo que puedo arreglarlo.

No había tenido una buena experiencia esa noche, pero si para asistir a esa reunión debía conseguir a una de esas mujeres, me aseguraría de llevar del brazo a la más hermosa de la isla.

## Capítulo 7

### Límites

Han pasado ya dos días desde nuestro regreso y me ha costado sacarme de la cabeza a Samir, junto con la certeza de que él se ha convertido en mi más grande temor. Es un alivio que no haya recargado mi teléfono móvil, porque no creo que pudiese resistirme a sus mensajes. He estado refugiada entre el gimnasio y el salón de baile, pero esto se me está yendo de las manos. No puedo perder de vista lo que aquí está en juego; él no puede pagar por mi responsabilidad y yo necesito conocer mis verdaderas raíces.

El móvil suena cuando vuelvo a casa de mi carrera habitual por la playa; me gusta correr por La Caracola, que suelen cerrar todas las mañanas para que las personas puedan ejercitarse allí con comodidad. Veo el mensaje y es de La Compañía. Hoy es jueves, y habrá el primer evento de la semana. No será en las instalaciones del club, sino que, en esta ocasión, tendrá lugar en un hotel que se inaugura en la isla. A las tres de la tarde dará inicio, así que a las cuatro estará bien que llegue. Sólo espero no cruzarme allí con Samir. Ruego a Dios por que no sea así.

Navego un poco por las redes sociales, para enterarme de la vida de las personas que fueron significativas para mí en mi otra vida. Aún me pregunto si se habrán tragado la excusa de que me fui a buscar mejores rumbos, eso nunca fue propio de mí, bueno de mi antigua yo.

Encuentro fotos recientes que él ha subido a su perfil. Se lo ve feliz. Aún no ha cambiado su situación sentimental y yo me pregunto si estará pensando que cuando todo esto acabe, las cosas volverán a ser como antes. Me alegré mucho cuando al fin aceptó ese trabajo en Brasil. No puedo creer que hiciera tanto

tiempo que no me asomaba a su vida. Me alegro de que esté lejos de todo esto y de esa forma no se vuelva a ver envuelto en los problemas que trae mi familia.

Encuentro fotos de Maite, mi mejor amiga antes de que todo esto ocurriera. Se ha casado con Roberto. Están de luna de miel por Europa. Detesté tener que marcharme de esa manera, dejándola atrás, sin poderle dar una explicación. Pero todo lo sucedido me sobrepasó.

Reviso mi antiguo perfil y examino las fotos que allí permanecen. Los recuerdos de todos esos momentos que pasé con ellos. Era feliz. No puedo creer cómo pude pensar en algún momento que no lo era. Sé que él no era perfecto, nadie lo es. Pero si pudiera dar marcha atrás creo que lo hubiese acompañado a Brasil, para evitar hundirme en este desastre.

—No puedo seguir torturándome de esta manera. —Cierro el portátil y decido entretenerme leyendo un libro, mientras se hace la hora de arreglarme.

Ya no hay nada que pueda hacer. Así que cojo mi mejor vestido y, disfruto de una larga y relajante ducha para después ir a un nuevo evento, interpretando la reciente máscara que he construido para mí.

—¿Tienes que estar de broma, Viktor? —Estoy en el cuarto de baño, hablándole a mi collar mientras me miro al espejo. Parezco una demente. No he encontrado un lugar solitario para poder tener esta conversión.

—Es un pez importante, así que no lo estropees. —Cómo me gustaría meterme por el micrófono y darle unos buenos golpes.

—¿Trata de blancas? ¿En serio quieres que me involucre con un tipo que trafica con mujeres? ¿Has perdido la cabeza? —El inevitable temor a que las cosas salgan mal con semejante tipo y quede envuelta es inmenso. Paralizante incluso.

—Es un cliente más. Lo único que tienes que hacer es darnos acceso a su teléfono, como con los otros.

—Claro, pan comido. Y no morir o ser descubierta en el intento. —Porque creo que con tipos de su calaña es preferible la muerte a las cosas que son

capaces de hacerte si los traicionas.

—Deja ya de lloriquear y ve a hacer tu trabajo.

¡Viejo mandón! ¿Si es tan sencillo por qué no está él aquí con una falda, coqueteando con ese tipejo?

—Os daré noticias. —Corto la comunicación antes de escuchar nada más de su boca.

»Tranquila. Es un cliente más. Es fácil —me animo frente al espejo y antes de salir compruebo que la escopolamina esté en su sitio en el collar. Pan comido. Es pan comido, es lo último que pienso antes de salir.

Me pavoneo cerca de donde está Sebastian Miller, nuestro traficante. Tiene pinta de atleta y de ser uno de esos ricachones que consideran que por tener dinero pueden comprar a todo el mundo. De los que usan a las mujeres como objetos, como trofeos de conquista. Así que debo aprovechar eso y usarlo a mi favor. Camino frente a él fingiendo indiferencia, mientras mi largo vestido rojo se mueve con el viento del exterior. El lugar está bastante concurrido en la zona de la piscina, así que comienzo a observarlos a todos como si estuviese buscando a alguien en particular.

—Ese tipo de ahí te manda un Sexo en la playa —me indica uno de los camareros, entregándome la copa.

Dirijo la mirada hacia donde está nuestro rubio con porte de atleta y, con un débil gesto, niego con una sonrisa, devolviéndole la copa al camarero.

—No estoy interesada —me excuso, marchándome hacia el otro lado de la piscina. Ha sido una jugada arriesgada, pero si mi instinto no me falla, eso nada más aumentará su deseo. No ha sido del todo una negación y él lo sabe, porque lo he mirado y he sonreído. Sólo queda esperar un poco.

—Una mujer tan hermosa no debería estar sola. ¿Necesitas compañía? — Siento su aliento en mi cuello cuando habla, pero no intenta nada más. Se limita a colocarse a mi lado esperando una respuesta con sonrisa de ganador. Como era de esperar, no ha dicho que él desea acompañarme, sino que ha apelado a mi necesidad de compañía. Porque una mujer no puede estar sola.

—No lo sé. ¿La necesito? —Lo miro inclinando levemente la cabeza en un gesto provocador, mientras me arreglo el pelo.

—Creo que necesitas la compañía correcta.

—¿Y quién sería? —Finjo caer en su juego, porque necesito mantenerlo en este estado y evitar cualquier molestia. No conozco para nada su temperamento y no me interesa hacerlo hoy.

—Un Sexo en la playa y yo. —Me entrega la copa que acabo de rechazar y yo doy un par de pasos hasta rozar su cuerpo con el mío.

—Suenan interesantes... —Cojo la copa de su mano y finjo darle un sorbo a la bebida.

Una cosa que mi padre me enseñó cuando tuve edad suficiente para beber fue a no aceptar bebidas de extraños, a menos que las hubiesen preparado frente a mí. Y, con este tipo, un error así podría costarme la vida.

—¿Por qué todas lleváis un antifaz? —Hace ademán de quitarme el mío negro y yo doy un paso atrás, saliendo de su alcance.

—Mantiene el misterio y nos protege de aquellos que no queremos que nos vean.

—¿Y no quieres que yo te vea? —Sonríe de nuevo como todo un seductor, pero a mí lo que me causa es repulsión, que debo disimular muy bien.

—No lo he decidido. Aún. —Levanto mi copa y camino en dirección a la barra, que está justo en el límite de la propiedad, ofreciendo una magnífica vista de la isla, con su inmenso mar.

Oigo que me sigue, riéndose por lo bajo, y me tranquilizo al ver que todo está saliendo según los planes. Debo aguardar un poco para que me invite a una de las habitaciones del hotel y, en menos de media hora, saldré de aquí como una ganadora.

Me detengo en seco cuando veo a Samir frente a la barra. Su mirada se ilumina cuando me ve y yo lo único que quiero es desaparecer. ¿Por qué tenía que aparecer justo ahora? ¿No podía esperar un poco más? Se acerca a mí

cuando estoy a sólo un paso de la barra y yo no tengo la menor idea de lo que haré a continuación.

—En realidad tenía la esperanza de poder verte hoy. —Me da un suave beso en la mejilla, demorándose más de lo necesario, y yo me dejo llevar un par de segundos por su irresistible aroma—. Estás hermosa. Como siempre.

—Samir. Ahora no es un buen momento.

Me mira confuso y, cuando estoy a punto de explicárselo, aparece Sebastian Miller.

—Creo que vas a tener que esperar, colega. —Lo hace a un lado, colocándose junto a mí—. El día de hoy ya está reservada.

—¿Un Cosmopolitan, preciosa? —Me acerca un cóctel diferente, dejando claras sus intenciones y Samir me ruega en silencio que no acepte la copa y que me quede con él.

Si pudiera lo haría, pero tengo que hacer esto y también alejar a Samir de Miller. No quiero que resulte lastimado por mi culpa.

—Lo lamento, señor Al-Halabi, hoy no podré atenderle.

Samir retrocede perplejo y puedo ver en su mirada que está muy molesto y dolido. «Era necesario —me digo—. Era necesario.»

—Un Cosmo estaría perfecto. —Me vuelvo hacia Miller y acepto su copa con la sonrisa más hipócrita de toda mi vida. Pero no importa, él se la cree. Ambos lo hacen, porque, cuando doy la vuelta, Samir ya se ha marchado.

—Creo que deberías acompañarme a mi habitación. Las cosas aquí parecen muy aburridas.

—Divirtámonos un poco. —Le guiño un ojo y, cogiéndolo de la mano, lo arrastro hasta el ascensor. Tengo la cabeza fría y lo haré lo mejor que pueda para poder salir de aquí y olvidarme de todo.

Subimos a su habitación, que, como esperaba, es una *suite* enorme. Todo sería muy acogedor si estuvieses con tu pareja en un viaje romántico, y no con un traficante de mujeres. Él se sienta en el sofá y me invita a sentarme a su lado, dando unas palmadas en el asiento.

—Creo que hace falta algo para divertirnos —coqueteo un poco, acercándome hasta el bar de la habitación, donde sirvo dos copas de whisky. Él se está deshaciendo de la chaqueta y zapatos, así que aprovecho el momento para sacar de mi collar una diminuta bolsa con un polvo blanco que vierto en su vaso.

Pone algo de música, imagino que tratando de crear ambiente. Él todavía no sabe que no tendrá acción conmigo esta noche.

—¿Te gusta? —pregunta cuando regreso, refiriéndose a la canción de Maroon 5 que suena en la radio.

—No está mal. —Me siento en su regazo, le entrego la copa y lo miro con perversión. Eso funciona con tipos de su calaña.

—Gracias. —Bebe un par de sorbos y entierra la nariz en mi cuello, inhalando mi perfume.

No lo quiero cerca, no quiero que me toque, pero no tengo más remedio mientras la droga surte efecto.

—Es una hermosa habitación. —Enredo las manos en su rizada cabellera y él murmura algo ininteligible después de terminar de beberse la copa.

No transcurre mucho tiempo hasta que siento que sus músculos se han relajado. Aún está consciente, pero es un autómata, así es cómo funciona esta droga. Me levanto de su regazo y lo cojo de la mano para que se siente en una silla.

—Quédate quieto —le pido y él obedece. Le ato las manos y los pies a la silla y me dedico a hurgar en sus bolsillos.

Consigo su móvil y su identificación. Tomo fotos y se las envío a Viktor. Busco el número de teléfono y lo envío para que puedan clonarlo. Mientras, mando el virus desde mi móvil para poder acceder a toda su información, incluida la que ha sido borrada. Usando el programa adecuado se pueden recuperar los archivos eliminados, incluso los que están encriptados.

Reviso la habitación y doy con una caja fuerte escondida en uno de los cajones de la mesilla de noche.

—¿Cuál es la clave? —pregunto y Miller me mira unos minutos con las pupilas dilatadas, pensando la respuesta.

—Nueve... uno... tres... siete... dos... cero.

Los tecleo, cuidando de usar tela para que no queden mis huellas.

Encuentro un maletín con varios pasaportes, hay cinco identidades diferentes. Le hago fotos a cada una y doy también con otro móvil. En éste es donde debe de estar la información importante. Repito el procedimiento, enviando también el virus y pasándole el número a Viktor para que puedan clonarlo y monitorizar el teléfono. Sé que constantemente cambian de móvil, pero con que accedan a estos archivos mientras el efecto de la droga permanece es suficiente. Tendrán una hora. He usado una dosis muy pequeña para que no queden residuos.

Termino de registrar la habitación, tomo muestras de huellas y las guardo en mi pequeño bolso. Es hora de pasar a la tercera fase de la operación.

—Hola, Katia. Te necesito en la habitación ciento veintitrés de inmediato.

—Claro. ¿Hay buena paga?

—¿Cuándo no la hay? —Ella se ríe, porque siempre ha habido buenas comisiones cuando la he necesitado—. ¿Cuánto tardas?

—Tres minutos. Ya estoy subiendo.

Tres minutos más tarde llaman a la puerta. Katia está frente a mí sonriente.

—Dame tu vestido. Ponte éste. —Le entrego el mío rojo que llevaba hasta hace un minuto y me meto en su ceñido vestido color esmeralda, que me llega justo hasta la rodilla, así que esta vez no acabaré mostrando la ropa interior cuando me incline.

—Tu antifaz... —me pide, antes de que me vaya, y me entrega el suyo, de color dorado.

He recurrido a la ayuda de Katia un par de veces cuando he sido rubia. Ya que su altura y figura son muy parecidas a las mías y tiene unos ojos verdes que, dependiendo de su estado de ánimo, se ven más azules o más verdes.

—¿Lo de siempre?

—Sí, lo de siempre.

Le entrego el cincuenta por ciento de lo que Miller me ha dado mientras llegábamos en el ascensor. Es bastante tacaño, se ha ceñido al precio estándar que nos asignan por categoría. Este evento está catalogado de categoría dos, porque asisten hombres poderosos de perfil alto. Existen tres categorías en los eventos de La Compañía. Yo ya he superado el nivel uno, que indica que soy valiosa. Ahora estoy a sólo una categoría de poder conocerla a ella; sólo al llegar al nivel tres podré conseguirlo. Espero que seis meses sean suficientes.

—Eres bastante rara. Prefieres compartir parte de tu paga con tal de no acostarte con ciertos clientes. ¿Sabes que simplemente puedes decir que no? Esto no es un burdel, chica.

—Tengo mis razones, Katia. Gracias otra vez.

—Cada vez que me necesites.

Me marcho de allí con la información y tranquila al saber que todo ha ido sobre ruedas.

No le pago a Katia para que se acueste con esos clientes, sólo para que les haga creer que lo han hecho. Aunque en realidad no sé si ella finge o termina teniendo sexo con ellos de todos modos. No hago preguntas y ella tampoco.

—Y ha sido pan comido —murmuro satisfecha, mientras me dirijo a uno de los taxis del hotel. Lo único que quiero es llegar al apartamento, darme una ducha y olvidarme de esto.

—Necesitamos hablar.

Samir se para frente a mí realmente molesto; tiene el cejo fruncido y los puños tan apretados que se le han puesto blancos los nudillos por la falta de circulación. Nunca lo había visto de esta manera. Creía que se había ido.

—Samir, ahora no es buen momento.

—Al, por favor, tenemos que hablar.

Veo que Mohamed estaciona la camioneta frente a nosotros y se baja a abrirnos la puerta de atrás.

—¿De qué va esto? —Ahora soy yo la que se está molestando. Pensaba que

las cosas estaban claras entre nosotros, pero qué equivocada estaba.

—Sólo quiero hablar. Nada más. —Baja la guardia y veo la derrota en su mirada. No puedo negarme. Le he hecho daño, lo menos que puedo hacer es escucharle.

—Está bien. —Paso a su lado y me subo a la camioneta sin mediar otra palabra.

Él no tarda en seguirme y pronto nos marchamos del hotel en una dirección desconocida para mí.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

¿A su casa? Nunca antes me había llevado a su casa. No sé qué pensar.

No pienso entrar, porque no puedo poner un pie en ese apartamento sin que me diga lo que quiere.

—No voy a entrar hasta que hablemos.

La camioneta se ha detenido frente a un lujoso complejo de loft de dos pisos, que hace poco que se han puesto a la venta. Poseen playa privada y acceso a las montañas aledañas con una pequeña laguna. Incluso tienen un embarcadero privado, donde los propietarios dejan sus lujosas embarcaciones.

—Al, vamos dentro.

—No. Vamos a hablar aquí. Ahora. —Me bajo de la camioneta y cruzo los brazos mientras espero que él se baje también.

»¿Qué quieres? —pregunto, al ver que no empieza de una buena vez.

—¿Por qué haces esto? —Su pregunta me pilla por sorpresa, eso no me lo esperaba—. He intentado mantenerme al margen y no preguntarte. Pero después de lo hoy, de que hayas elegido irte con alguien de esa calaña, no puedo quedarme callado.

—¿Conoces a Miller?

—He oído lo suficiente sobre él como para desear no tenerlo cerca. Lo que no entiendo es por qué tú sí.

—Es complicado. —Sé que no es la respuesta que desea, pero es difícil explicárselo sin seguir mintiéndole.

—¿Por qué lo haces, Al? ¿Por qué una mujer como tú decide llevar esta vida por elección propia? —Esa mirada, la manera cómo me mira ahora, como si librara una batalla interna entre las dos formas que tiene de verme. Entre esa idealización que ha decidido crear en su cabeza y lo que ha visto hoy, que sólo soy una dama de compañía más.

—Samir...

—¿Es por dinero? —me interrumpe sin dejarme hablar—. ¿Es por viajar? ¿Por joyas? ¿Ropa? —Me sostiene por los hombros, mirándome desesperado—. Si se trata de eso, yo puedo dártelo. Yo puedo darte todo lo que desees, Al.

No es cierto. No acaba de decir eso. ¿Por qué tiene que complicarlo tanto?

—Samir, no sabes lo que dices. —Intento zafarme, pero ahora me sostiene de las manos sin dejar que me aleje.

—Estoy hablando en serio. No tendrás que hacer esto de nuevo. No tiene por qué ser mentira. Podemos hacer que lo que vivimos en Los Ángeles sea real. Yo quiero que sea real.

Siento cómo se me forma un nudo en la garganta. Cualquier chica desearía escuchar esas palabras en mi situación. Un caballero andante, dispuesto a sacarte de este mundo y darte una vida de princesa.

—No es por dinero. Ni por las joyas, la ropa o los viajes. —Suelto sus manos y retrocedo con lentitud, sosteniéndole la mirada. Casi veo su corazón a punto de romperse y me siento la peor persona de este mundo.

—Entonces, explícamelo. Porque no lo entiendo, Al.

—No puedo hacerlo. Lo único que puedo decirte es que se trata de algo muy importante. Tengo que hacerlo. No tengo otra alternativa.

—Siempre hay otra alternativa. —Trata de acercarse, pero yo retrocedo.

—¡NO! —Levanto la mano, impidiendo que continúe avanzando—. En esta ocasión no la hay.

—Entonces, cuéntamelo. Confía en mí. Puedo ayudarte.

—No. No puedes, Samir, y debes entenderlo.

—Me niego a hacerlo.

—Es una pena —suspiro, dejando caer mi mano—. Buenas noches, Samir.

—Me vuelvo y detengo uno de los taxis que trabajan para el complejo de apartamentos.

—Siempre podrás contar conmigo, Al. No lo olvides —le oigo gritar después de que yo entre en el taxi. Y se me encoge el corazón.

—Es por su bien... Es por su bien... —me repito durante todo el trayecto a mi apartamento. Lo uso como mantra para no volver con él y fundirme en sus brazos. Cuanto más cerca esté de mí, en más en peligro estará.

## Capítulo 8

### El inicio de todo

Cuando entro en el apartamento, abandono mis defensas y siento que el peso del mundo cae sobre mis hombros. Lo que he construido con Samir ahora no es más que un recuerdo. He estado a punto de mandar a la mierda todo esto. Unos minutos más a su lado me habrían bastado para terminar contándole la verdad. Esa con la que llevo cargando desde hace más de dieciocho meses. El día que todo comenzó. Aún puedo recordarlo como si fuese ayer. Recuerdo el aroma de su piel, la sensación de las sábanas de algodón envolviendo mi piel; cada detalle de ese día ha quedado grabado en mi mente con una huella indeleble. Esas veinticuatro horas en las que toda mi existencia cambió y tuve que dejar de ser la que era para convertirme en esto: una mujer de mil rostros.

#### *Hace dieciocho meses*

La luz de los rayos de sol comienza a colarse por la ventana. «Ha dejado la cortina abierta una vez más», pienso, suspirando algo molesta. No hay nada que me ponga de más mal humor que verme forzada a levantarme tan temprano cuando no tengo que hacerlo. No sé por qué le cuesta tanto trabajo algo tan sencillo como cerrar la bendita cortina. Intento cerrar los ojos de nuevo, aún me quedan un par de horas hasta que tenga que levantarme.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo —murmuro, apretando los párpados, pero no lo consigo. Ese rayito de sol no me deja dormir.

Me pongo boca arriba y él está ahí, despatarrado en mitad de la cama, dejándome, como de costumbre, un pequeño espacio para dormir. La luz le da

en la cara y él ni se inmuta. A veces envidio su sueño. Cuando cae dormido no hay manera de despertarlo. No sé cómo consigue oír el reloj, con un sueño tan pesado. Me inclino sobre él para mirar el despertador, aún le falta media hora para que tenga que levantarse. Son las seis de la mañana.

«¿Por qué tengo yo que estar despierta a estas horas? Porque mi querido esposo ha dejado la cortina abierta. Otra vez.»

Me levanto de la cama enfurruñada y, antes de correr la cortina, me detengo. Lo miro una vez más y termino de abrirla del todo. A ver si esta vez se le olvida cerrarla otra vez. Se remueve en la cama, pero no se despierta.

—No doy una. —Me marcho al cuarto de baño y me doy una ducha rápida para terminar de despertarme.

Una vez en la cocina, preparo café y, mientras espero, me siento en el sofá de la sala en silencio, observando mi alrededor. Veo que ha dejado el maletín sobre uno de los muebles, junto con su chaqueta y un mar de papeles. No tengo la menor idea de a qué hora ha llegado, me quedé dormida pasadas las diez. Cada vez es menos el tiempo que pasamos juntos y mayor el abismo que crece entre nosotros. No logro recordar la última vez que estuvimos juntos. El sexo no ha estado en el menú desde que lo ascendieron. Ese nuevo proyecto parece estárselo comiendo vivo y yo no he hecho nada para intentar acercarlo de nuevo. Me he acostumbrado a estar sola y he descubierto que hace tiempo que he dejado de extrañarlo.

—¿Cuánto hace que estás despierta?

Su voz me sobresalta. No creo que haya transcurrido media hora y no he oído el despertador.

—No mucho. —Me levanto y voy hasta la cocina para servirme algo de café. Su olor ya ha inundado toda la casa.

—¿Malos sueños? —Se inclina sobre la barra de la cocina, apoyando los brazos en ella, mientras me mira con esos ojos tan celestes.

—No. Ha sido el sol.

—Lo lamento. —Su expresión es de verdadera pena cuando se separa de la

barra y se acerca a mí.

Sé que no lo hace adrede y antes esas cosas no me molestaban, pero ahora todo lo que hace me irrita. Todo lo que antes adoraba de él.

—Sé que me pediste que cerrara las cortinas cuando llegara, pero se me ha pasado, nena. —Me sujeta de la cintura, acercándose a su pecho desnudo. Seguro que tan pronto como no me ha encontrado en la cama ha venido. La prueba de ello es que sólo lleva puesto los bóxers.

—Lo normal. —Sé que estoy siendo borde y que es muy temprano por la mañana, pero no puedo evitarlo.

—Déjame compensártelo. —Me dedica una mirada de cachorrito y hace un puchero y yo me resigno, no tengo más remedio que aceptar.

—Está bien.

—Te pasaré a buscar al trabajo a eso de las seis. Iremos a comer un helado de esos que tanto te gustan, de los monstruosos. Después iremos a cenar a un sitio bonito. —Entierra la nariz en mi cuello y me hace cosquillas para que deje de estar molesta.

—Vale, Enrique. Vale. —Intento sacármelo de encima, pero ahora se ha puesto cariñoso y siento la dureza de su entrepierna—. Sólo déjame tomar algo de café primero.

—En ese caso —se separa de mí de forma abrupta, coge una taza llenándola con café recién hecho y le echa dos cucharadas de azúcar—, listo. Ahora, nos vamos. —Me coge de la mano y me arrastra hasta la habitación.

El sexo ya no es lo de antes, tanto por falta de tiempo, ha sido menos de media hora, como por la comodidad a la que ambos hemos llegado. Sé que no debería ser de esta forma, aún somos jóvenes, muy jóvenes. Sin embargo, hemos dejado que el amor se diluya con el paso de los años y que la rutina gobierne nuestras vidas.

Antes de las siete y media está saliendo de casa, con su maletín en la mano y la chaqueta en la otra. Quisiera tener que ir al trabajo hoy para no tener que pensar. Enrique anda tan en su mundo todo el rato que se le ha olvidado que

hoy tengo el día libre. Se lo dije ayer por la mañana, antes de que se fuera. Le escribo un mensaje diciéndole que mejor nos vemos a las seis y media en la heladería, porque hoy no trabajo.

Lo siento, nena. No sé dónde tengo la cabeza. Nos vemos a las 18.30. Te quiero.

Comienzo a teclear una respuesta y no consigo enviarla. Me siento mal al escribirle que yo también lo quiero. Esto es peor de lo que pensaba.

Cojo de los estantes de la biblioteca los álbumes que tenemos y me siento en el suelo a mirarlos. Creo que estoy muy sensible, pronto me va a venir la menstruación. Quizá sea eso y no sea nada grave. Me detengo en cada foto y la desilusión es cada vez más fuerte.

Recuerdo cuando lo conocí: Enrique era un atleta, jugaba en el equipo de fútbol, básquet y béisbol del instituto al que asistíamos. Con su metro ochenta de estatura, cabello rubio como el sol y ojos celestes, era la personificación del príncipe azul que todas las chicas querían. Yo era de una familia de buena posición social, muchos chicos se interesaban por mí, con mi cabellera castaña clara y mis ojos azules. Sin embargo, a mí no me interesaba la popularidad ni los deportes, sólo me dedicaba a sacar las mejores calificaciones.

Un día, en clase de Historia, tuvimos que hacer un trabajo de clase juntos y ahí nació la magia. Enrique era un chico divertido, amable, cariñoso y muy apasionado en todo lo que hacía. Resultaba imposible no enamorarse de él. Tenía sólo catorce años cuando lo conocí.

Cuando terminamos la escuela, movidos por un enamoramiento de jóvenes, contrajimos matrimonio al cumplir los dieciocho años. Todo el mundo creyó que era una locura, algunos pensaron que nos casábamos a causa de un embarazo adolescente. Nuestros padres no tuvieron más remedio que apoyarnos en nuestra decisión, cuando les dejamos claro que lo haríamos con o sin su aprobación. Un par de meses después, ambos nos mudamos del

interior hacia el centro del país, para ir a la universidad. Él cursó Ingeniería de Producción y yo me matriculé en Idiomas Modernos.

Muchos creerían que un matrimonio tan joven tendría muchos problemas, pero ése no fue el caso. Más allá de las discusiones comunes al hecho de convivir, no hubo problemas significativos. Ambos conseguimos un trabajo de media jornada para poder mantenernos y costearnos los estudios. Fue difícil durante los primeros años de carrera, pero poco a poco logramos salir adelante.

Pasaron cuatro años hasta que nos graduamos en la universidad. A pesar de los tropiezos, conseguimos hacerlo en sólo cuatro años e incorporarnos al mundo laboral pronto respecto a otros chicos de nuestra edad. Enrique hizo sus prácticas en una empresa de automóviles que, debido a sus grandes ideas, lo contrató en cuanto se graduó, y yo me encontraba trabajando desde hacía dos años con dos multinacionales como intérprete y traductora. Gracias a nuestros empleos, habíamos conseguido por nuestros propios medios una buena posición económica.

Y ahora estaba el proyecto de Enrique, y la empresa estaba considerando trasladarlo a Brasil. Habíamos estado hablando de eso toda la semana, pero él no podía esperar que lo dejara todo para irme con él. Aunque ya hubiese dado por hecho que yo así lo haría.

A medida que observaba nuestras fotografías, en las que nos veíamos tan felices, no lograba reconocernos. No éramos de esas parejas que se pelean, pero ya no éramos los de las fotografías. Ya no éramos tan felices, al menos yo no. Y, lo peor, era que Enrique no se había percatado de mi cambio. Yo ya no estaba segura de lo que sentía y había dejado de molestarme que el tiempo de calidad con él fuese casi inexistente.

El sonido del teléfono de la sala me obligó a salir de los recuerdos y enfrentar la realidad.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Puedo hablar con Ariadna Alzurú? —Era la voz de una

mujer de unos cincuenta años más o menos.

—Sí, soy yo. Disculpe, ¿de parte de quién?

—La llamamos del Fuerte Tiuna. —Mi corazón dio un brinco al oírla decir eso—. Necesitamos que acuda a la mayor brevedad posible a nuestras instalaciones. Es un tema de vital importancia.

—Estaré ahí en una hora.

Me dejé caer en el sofá, descolocada por completo. ¿De qué tema podía querer hablar el ejército conmigo? ¿Acaso alguna de las multinacionales para las que trabajaba estaría metida en algo gordo? No podía estar más asustada.

Me llevó una hora y diez minutos llegar al Fuerte Tiuna. Nunca había estado ahí, es como una ciudad dentro de la capital del país. Es impresionante, con tantos edificios, sus propias viviendas para los miembros de la fuerza armada.

Cuando me identifiqué como Ariadna Alzurú, me escoltaron hasta una oficina. Me sentía como una criminal por el simple hecho de estar rodeada de dos soldados. Aquello no me daba buena espina.

—¿Señorita Ariadna Alzurú? —preguntó un hombre uniformado detrás de un escritorio, tan pronto como entré en una de las oficinas. Otros dos hombres lo acompañaban, pero iban vestidos de civiles. Sin embargo, por sus rasgos pude notar que eran extranjeros.

—Señora. Estoy casada —lo corregí, levantando la mano donde llevaba mi alianza de boda y el anillo de compromiso.

—Disculpe. Es que por su fotografía parece muy joven. Es difícil llamarla señora. Por favor, tome asiento. —Me señaló una silla junto a los dos hombres.

—Gracias.

—Se estará preguntando por qué la hemos hecho venir. —El hombre cruzó las manos sobre el escritorio y recostó la espalda en la silla.

—Sí.

—Estos caballeros —señaló a los dos desconocidos, de pie a mi lado. Por

su actitud y compostura debían de ser militares también— se han enterado de ciertos aspectos acerca de su procedencia y requieren de su ayuda.

—¿Mi procedencia? —No pude evitar sorprenderme.

—Sí, señora —contestó con seriedad uno de ellos. Al hablar, no me quedó la menor duda de que eran extranjeros. Aunque dominaba el idioma, pude notar su acento gutural.

—Disculpen, no quiero ofenderlos, pero no sé qué puede tener mi procedencia que les interese a ustedes. Soy de una pequeña ciudad del interior del país y soy hija única. Mis padres me tuvieron a los cuarenta y murieron hace un par de años en un accidente de coche. Mi padre era abogado y mi madre pediatra. Hasta ahí no hay nada muy interesante.

—Nos referimos a su verdadera procedencia —intervino el otro extranjero.

Los debí mirar como si tuviesen dos cabezas, porque no estaba entendiendo nada de nada.

—Su procedencia biológica.

—No lo entiendo.

—Señora —el oficial de detrás del escritorio se acercó a mí y tomó asiento en una pequeña banqueta—, ¿acaso no sabía que es adoptada?

Adoptada. Todo mi mundo se vino abajo con esta palabra.

—Yo... no... Ellos... no. —No era capaz de formular una frase coherente tras semejante noticia.

—Señora —uno de los extranjeros depositó frente a mí una carpeta llena de fotografías y documentos, algunos en español y otros en alemán—, su padre era alemán, un espía del servicio de inteligencia de ese país. Murió hace poco, pero antes robó información valiosa y muy peligrosa para varias naciones si sale al descubierto.

¿Mi padre? ¿Mi padre biológico era alemán y había muerto hacía poco?

—¿Y yo que tengo que ver con todo esto? —Cerré la carpeta de golpe, devolviéndola a su lado de la mesa. Sólo quería salir de allí cuanto antes.

—Tenemos información de que seguía manteniendo contacto con su madre.

Y es muy probable que ella posea esa información ahora.

Mi madre biológica estaba viva. Entonces, ¿por qué me dio en adopción? Aquello era demasiado.

—Sigo sin ver cómo encajo yo en todo esto.

—Hemos descubierto que su madre tiene un negocio aquí en el país, en la isla de Margarita. No es un negocio del todo legal, sin embargo, no hay pruebas acerca de que no lo sea. Han sido muy cuidadosos al respecto. Necesitamos que se infiltre en la organización.

¿Mi madre estaba en el país? ¿Y tenía un negocio ilegal? ¿Había dicho infiltrarme?

—¿Disculpe, por qué yo? ¿Y quiénes demonios son ustedes?

Me levanté retrocediendo. Aquello era una locura. ¿Quiénes se creían que eran para irrumpir así en mi vida y ponerla patas arriba?

—Por si aún no lo ha notado debido a nuestro acento, somos alemanes; del servicio de inteligencia. Hemos tratado de infiltrar a otros agentes y el resultado ha sido infructuoso.

—Sigo sin saber por qué yo.

El hombre que se había mantenido más en silencio gran parte de la conversación avanzó hacia mí, imponente. Emanaba autoridad y tan sólo de tenerlo frente a mí sacándome más de una cabeza, retrocedí algo asustada.

—Porque cuando ella dé con usted, y lo hará, será a la única a la que podrá tener enfrente sin atreverse a disparar. —Comenzó a caminar a mi alrededor, poniéndome aún más nerviosa. ¿Había dicho disparar?—. Una vez estén cara a cara, usted podrá saber la verdad. Es la única que puede acercarse lo suficiente para dar con la información que necesitamos.

—Esto es una locura. Ustedes vienen y alteran toda mi vida, haciéndome dudar incluso de quién soy, y después de eso pretenden que los ayude. Que esté dispuesta a dejarlo todo para irme a Margarita, sólo porque ustedes lo dicen. —Casi estaba gritando. Había perdido la cabeza—. No lo haré.

Se quedaron perplejos ante la manera en que reaccioné. No se lo

esperaban.

—Y ahora, si no tienen un motivo legal para mantener aquí, entonces me voy.

Hice a un lado al oficial que se encontraba cerca de la puerta y me marché de allí a toda prisa, antes de que apareciera todo un pelotón dispuesto a retenerme contra mi voluntad.

—Es una locura... —Subí el volumen de la radio del coche y me perdí en la voz de Pink, mientras salía del Fuerte Tiuna de regreso a la ciudad.

Al volver a casa, estaba hecha un manojo de nervios. Todo parecía sacado de una película. Era adoptada. Mi padre era alemán ¿y mi madre? No había tenido tiempo de saber de dónde era. El asunto era que está viva y decidí darme en adopción, y los padres que me criaron nunca dijeron nada al respecto. Permitieron que viviera en la mentira, desconociendo mis verdaderos orígenes. No iba a renegar de ellos. Siempre serían mis padres, pero me habían mentido toda mi vida. Con razón no tenían fotos de mi nacimiento o de cuando ella estaba embarazada. Pusieron la excusa de que se perdieron con la mudanza.

¿Cómo era posible que todo aquello estuviera sucediendo? Si hacía unas horas mi mayor preocupación era que ya no amaba a mi esposo.

Cuando dieron las seis, me dirigí a la heladería a toda prisa. Había pasado toda la tarde mirando viejas fotografías de mí y de mis padres adoptivos, intentando encontrar algún indicio de sus mentiras. Sólo vi que, a pesar de no compartir código genético, nos parecíamos mucho. Y eso hizo que me cuestionase lo que habían dicho aquellos alemanes por la mañana. Tal vez se hubiesen equivocado de persona y yo no era quien ellos creían. Eso podía ser.

Debido al tráfico, llegué casi media hora tarde. No había mirado el móvil, porque sabía que debía de tener miles de llamadas perdidas. Cuando entré en la heladería me sorprendí al no encontrar a Enrique allí. Había llegado media hora tarde, de acuerdo, pero no era como para que se hubiese marchado.

Revisé mi móvil y su último mensaje había sido a las seis. Decía que estaba de camino, que llegaría antes de la hora acordada. Pero no había rastro de él.

Marqué su número varias veces y me saltó el contestador. Aquello era muy raro. Cuando estaba a punto de llamarlo por octava vez, recibí una llamada, al parecer de la policía.

—¿Diga?

—¿Nena? —Casi me morí al oírlo tan asustado.

—¿Enrique? ¿Qué haces llamándome desde el número de la policía?

—Nena, necesito que vengas a la comisaría de Montalbán. No entiendo nada. Por favor, llama a Marcos de camino.

—¿Qué ocurre, Enrique? Me estás asustando.

—Sólo date prisa. Estos tipos están locos de atar.

—Estaré ahí en unos minutos. —La llamada se cortó y yo necesité unos segundos para procesar lo que me había dicho. Debía llamar a Marcos.

—¿Marcos?

—Hola, Ariadna, ¿acaso vais a invitarme un helado? —Marcos era el mejor amigo de Enrique, abogado penal.

—Enrique está en la comisaría de Montalbán. Necesita que vayas urgentemente. No preguntes de qué se trata, porque no tengo la menor idea.

—Está bien. ¿Necesitas que pase a buscarte? —En un segundo pasó de ser el Marcos bromista al abogado Camacaro.

—Voy en mi coche. Nos vemos allá.

No sé en qué momento puse en marcha el coche y me dirigí hacia la comisaría. Los recuerdos de aquella mañana me asaltaban, pero era una locura. Había sido la policía quien había arrestado a Enrique. No tenía nada que ver con el ejército ni con esos hombres. Intenté calmarme y a los pocos minutos estaba estacionando frente a la comisaría. Vi el coche de Marcos y me calmé un poco. Pronto sabríamos de qué iba todo aquello.

—Ariadna... —Marcos me abordó cuando me vio atravesar la puerta.

—Has llegado rápido.

—Estaba a un par de calles. Me he enterado de la situación. Al parecer, Enrique circulaba con exceso de velocidad, lo han obligado a detenerse y ha agredido a un oficial.

—¿Qué? Eso es imposible. Enrique nunca excede el límite de velocidad. Tú lo sabes y por eso siempre nos metemos con él. Además, no es violento. — Aquello cada vez tenía menos sentido.

—Es su palabra contra la de ese policía. Y el otro policía ha sido testigo de la situación. Voy a ver de cuánto es la fianza antes que tenga lugar la audiencia.

—¿Audiencia? Marcos, eso quiere decir que constará en su expediente. Esto afectará a su trabajo y al traslado a Brasil. —Tanto que me había estado quejando de ese traslado y ahí estaba, usándolo como pretexto.

—Tranquila, aún no lo han fichado. Voy a intentar llegar a algún acuerdo con la policía. Tú espérame aquí. —Y después desapareció, dejándome desamparada. Quería que alguien me explicase cuándo mi vida se había torcido de esa manera.

—¿Ariadna Alzurú? —Una mujer me llamó desde detrás de un escritorio y me encaminé hacia allá. Tal vez tuviese información de Enrique.

—Soy yo.

—El teniente González quiere verla. —Señaló la puerta detrás de ella y dejó de prestarme atención.

Fui hacia donde me había indicado y, al abrir la puerta, fue como si me abofetearan con fuerza. No podía ser. Eso sólo sucedía en las películas.

—Por favor, tome asiento —me indicó el que debía de ser el teniente González, porque a los otros dos ya los conocía.

—Ya debe de saber por qué está aquí —dijo uno de ellos y me sentí hervir de rabia.

—De hecho, no.

—La conversación de esta mañana no ha ido como esperábamos. Sé que es un mal momento. Lamentamos lo ocurrido con su esposo.

Las alarmas se encendieron en mi cabeza, el tono que había usado, la débil sonrisa. Todo aquello había sido obra de ellos.

—Ustedes han hecho esto.

—No sabemos de qué está hablando. Aunque sería una pena que más adelante encontraran droga en su coche. Tal vez marihuana, éxtasis, cocaína o cualquiera de las que suelen usar por aquí.

Tenía que ser un sueño. Era una amenaza. Estaban amenazando con perjudicar a Enrique por mi culpa.

—Esto es ilegal. Es un abuso de autoridad.

—No tengo ni idea de lo que está hablando, señora. O debería decir señorita, si sigue por ese camino.

—¿Qué quieren? —Si las miradas mataran, aquellos dos ya estarían diez metros bajo tierra.

—Necesitamos su ayuda. Es todo lo que queremos.

—¿Si accedo a ayudarlos desaparecerá esto del expediente de mi marido?

—Sólo si accede a ayudarnos siguiendo al pie de la letra nuestras indicaciones.

—¿Y cuáles son éstas?

—Tiene que mudarse, no puede contarle nada de esto a nadie, ni siquiera a su esposo. Tendrá una nueva identidad y desaparecerá durante el tiempo que dure la operación.

Me tuve que sentar de golpe, porque no podía creer lo que me estaba pidiendo.

—¿Me están pidiendo que renuncie a toda mi vida por ayudarles?

—No. Le estamos pidiendo que renuncie a su vida por ayudar al hombre que ama.

Aquellos alemanes sí que sabían qué piezas mover. Estaba segura de que los métodos que estaban usando debían de ser ilegales. Debería poder denunciarlos. Pero ellos eran quienes debían hacer cumplir la ley. No tenía a quién acudir.

—¿Y mantendrán a Enrique lejos de todo esto? ¿Para siempre?

—Tiene nuestra palabra. —Tendió una mano hacia mí y yo me tomé unos segundos para recuperarme—. Ahora nosotros necesitamos la suya.

—Entonces, la tiene.

Me levanté para estrecharle la mano, sellando así un trato que arruinaría por completo mi vida, atándome a una misión que con el tiempo resultaría casi imposible de cumplir.

## Capítulo 9

### El nacimiento de Alena

—¿Estás diciendo que ya puedo irme? —Enrique se muestra perplejo cuando Marcos le da la buena noticia.

Yo lo único que quiero es salir de aquí. Siento cómo me observan desde la ventana de la oficina. Aún no tengo la menor idea de lo que le diré a Enrique mañana. Es lo más difícil que tengo que afrontar. Incluso más de lo que lo fue convencer a mis padres de que me dieran su bendición para casarme con él.

—Volvamos a casa. —Sujeto su mano con fuerza y siento un nudo en la garganta. Es demasiado. No sé cómo seré capaz de soportarlo.

—Está bien, nena. Vayamos a casa.

Agradezco que no tengamos que regresar en un mismo coche, no estoy de ánimo para entablar una conversación. Yo lo único que deseo es que este día acabe.

—Lamento que hayas tenido que pasar por esto y que nuestra velada se haya estropeado. Voy a compensarte. Mañana iremos por ese helado. —Me da un casto beso y se marcha a la habitación, anunciando que va a darse una ducha.

Me siento en la cama, escuchando correr el agua. Todo esto parece una pesadilla salida de la más espantosa película de terror.

—Ven a la cama conmigo —me pide Enrique cuando sale de la ducha con su pantalón de pijama puesto.

—En un minuto voy. Déjame ducharme a mí también para olvidar el día de hoy.

Cuando entro en la habitación, él ya se ha dormido. Ha dejado la cortina

abierta, como de costumbre y esta vez sonrío con nostalgia, porque sé que voy a extrañar esto. Extiendo el cobertor sobre su cuerpo, abrigándolo del frío de la noche.

No sé cuánto tiempo permanezco en silencio, observándolo, grabando en mi mente cada uno de sus rasgos, su mandíbula cuadrada, su cuerpo delgado y tonificado, su cabellera rubia algo alborotada, el vello facial que ahora le cubre el mentón y las mejillas. Hemos discutido tanto por eso, yo adoro su rostro limpio y suave, pero él había desarrollado una tonta fijación por tener vello facial. Hemos perdido tanto tiempo discutiendo en general y ahora debía admitir que lo extrañaría, incluso con su vello facial, que me rascaba al besarlo. Sus ojos azules como el mar, que cada vez que me miraban me hacían saber lo mucho que me amaba.

—Todo esto lo hago por ti —susurro, acariciando con suavidad su rostro. Él se remueve en la cama diciendo algo inteligible que me hace sonreír. Es todo lo que necesito para meterme con él en la cama y abrazarme a su torso desnudo. En este momento entiendo lo mucho que a veces subestimamos los pequeños detalles, los sencillos, como por ejemplo éste, dormir abrazada a la persona que amas, arropada por su olor y su calor. Había hecho falta que su vida estuviera en peligro para darme cuenta de cuánto lo amaba todavía; tanto que estaba abandonando mi vida por salvar la suya. Esperaba algún día ser capaz de poder contarle toda la verdad y que cuando sucediera no fuese demasiado tarde.

—Buenos días. —Su nariz acaricia mi cuello, causándome un leve cosquilleo.

—Buenos días. —Me revuelvo en sus brazos, pegándome más a su cuerpo.

—Hueles increíble. —Sus manos se pasean bajo mi pijama de algodón, jugueteando con mi trasero.

—¿No tienes que ir al trabajo?

—No. Me tomaré el día libre para compartirlo con mi maravillosa esposa.

Se pega más a mi cuerpo y siento su erección en mi parte baja. No es mi

intención ser quien le baje la calentura, y menos de esta forma, pero si no lo hago ahora, no seré capaz de hacerlo en otro momento.

—Enrique...

—Dime... —Empieza a besar mi cuello, bajándome el pijama por el hombro para tener mayor acceso a mi cuerpo.

—Enrique. Para. Tenemos que hablar. —Me separo de golpe y él arruga el cejo.

—¿Qué sucede? ¿Estás molesta por lo de ayer? Nena, no fue mi culpa. No sé por qué esos oficiales se ensañaron conmigo de esa manera. —Coge mis manos entre las suyas y me mira con tanta preocupación que siento que se me encoge el corazón.

—No es sobre eso. —Me siento en la cama frente a él e inspiro hondo varias veces para poder continuar—. Creo que debes aceptar el trabajo en Brasil.

Lo veo pestañear un par de veces, perplejo.

—Llevas todo el mes explicándome las razones por las que no debería aceptar este empleo, diciéndome que no puedes dejar tu vida de lado y ahora quieres que acepte. —Me mira confuso, pero al ver que no digo nada, su expresión se endurece.

»No piensas venir conmigo.

Nunca he visto tanto dolor en su mirada como en este momento. Soy la peor persona del mundo.

—No me digas que no te has percatado de que este año las cosas no han ido bien entre nosotros. —He caído muy bajo. Usar esto como excusa me hace sentir de la peor calaña.

—Sé que he estado ocupado, pero puedo disminuir el tiempo que paso en el trabajo. Haré cambios. Te lo prometo.

Desesperación. Su mirada refleja desesperación, junto con el dolor. Cómo quisiera poder aliviarlo, pero no puedo.

—Me han ofrecido un empleo en un consorcio de hoteles en Margarita —

miento. No tengo la menor idea de lo que me espera en la isla, pero es la única excusa que se me ha ocurrido desde anoche.

—¿Cómo? ¿En Margarita? —Se levanta de la cama como si lo hubiese abofeteado—. Pero ¿cómo lo haremos? —Camina nervioso de un lado a otro de la habitación y está a punto de hacerme perder los nervios también a mí—. Bueno —dice finalmente—, podemos encontrar la manera. No sé cómo, pero lo haremos. Puedo viajar cada fin de semana y vernos en Margarita. No es necesario que acepte ese empleo.

—Enrique —me paro frente a él, obligándolo a detenerse un momento—, tienes que aceptar ese empleo. Es lo que siempre has querido.

—Lo quería para ambos. Quería darte lo mejor.

—Si quisiera dinero, lo habría cogido de la herencia que me dejaron mis padres.

—Sé que me he equivocado. Pero desde el día en que te convertiste en mi esposa, cada cosa que he hecho la he hecho por nosotros.

—Lo sé. —Acaricio su rostro tratando de contener las lágrimas, aunque llegados a este punto no sé si podré seguir haciéndolo.

—Entonces, déjame demostrarte que puedo cambiar.

—Enrique, para... —le pido, sujetando su rostro con ambas manos—. ¿Me amas?

—Sí. Pero creo que la verdadera pregunta aquí es si tú me amas a mí. —Esos ojos tan azules como el cielo, como el mar. Un cielo que parece estar a punto de derrumbarse ante mis ojos.

—Lo hago. —Doy un paso acercándome más a él, hasta quedar a sólo un suspiro de distancia. Se relaja al escucharme, aunque aún espera lo peor—. A veces pienso que te amo más que a mi propia vida. Debes aceptar ese empleo. Nosotros estaremos bien. —Le sostengo la mirada, intentando demostrar la verdad de mis palabras—. Te he amado desde hace más de diez años y siempre lo haré.

—¿Cuándo debes empezar en ese empleo?

—Mañana.

—¿Mañana?

Parece que está hiperventilando y yo sólo quiero perderme en sus brazos y olvidarme de todo; pero su nerviosismo sube una vez más por la prontitud de mi partida, y se aparta de nuevo de mí.

—Podría tomarme un par de días hasta que deba irme a Brasil. No es tan grave.

—Enrique, debemos hacer esto. —Lo atraigo de nuevo. Esta vez hago que tome asiento sobre la cama y yo me siento en su regazo—. Hemos estado juntos desde que éramos unos niños, hemos crecido y madurado juntos. Ambos merecemos poder lograr nuestros sueños. Si después de un par de meses separados continuas queriendo lo mismo, queriendo un «nosotros», encontraremos la manera de estar juntos de nuevo.

—Sabes que nunca he sido capaz de negarte nada, nena. —Me acaricia la cara con dulzura y enrolla un mechón de mi cabello entre sus dedos para luego colocármelo detrás de la oreja—. Sólo espero que tengas razón en esto, porque mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella.

Posa sus labios sobre los míos y yo me dejo perder entre el calor de sus brazos y la humedad de su boca. Ya no importa nada más. Todas las preocupaciones quedan disueltas por el amor y la ternura de sus caricias. Mañana será el día más difícil de mi vida, pero hoy no tengo que pensar en eso, porque lo tengo a él y estoy segura entre sus brazos.

\* \* \*

—Por favor, avísame cuando llegues al hotel. Necesito saber que estás bien —me pide Enrique por cuarta vez desde que hemos llegado al aeropuerto.

Intento mantenerme fuerte frente a él y no decir nada que lo ponga en riesgo, porque sé que nos observan. Ayer, tan pronto como salió por algo de comida y helado, los dos agentes alemanes aparecieron ante mi puerta, con el pasaje a

Margarita y las instrucciones de mi viaje. Todo se resumía en mantener la boca cerrada si quería que Enrique pudiese disfrutar de su vida.

—Lo haré. Y tú recuerda cuidarte. —Lo abrazo con fuerza, tratando de capturar su olor para no olvidarlo. Mantengo la esperanza de poder volver a su lado algún día, aunque desconozca el tiempo que tardaré.

—Te amo, nena —susurra sobre mis labios antes de besarme.

Siento su dolor, que se une con el mío y con el sabor salado de nuestras lágrimas. Ambos sabemos que ésta es la despedida, aunque ninguno esté dispuesto a aceptarlo todavía.

Hacen una nueva llamada para el vuelo con destino a Margarita y ambos nos vemos obligados a separarnos. Cuando camino alejándome de él, siento que una parte de mí, quizá la mayor parte, se queda aquí, a su lado, junto con mi corazón, porque a donde voy no hay lugar para él, sólo para la razón.

—Te amo —articulo a distancia al echar una última mirada atrás, donde Enrique permanece de pie, con las mejillas mojadas y el alma hecha pedazos.

Media hora más tarde, me encuentro desembarcando del avión. Siento los rayos del sol en mi rostro y el olor a mar impregna el viento que mueve mi cabello. Me siento en territorio extraño. Ya he venido a la isla un par de veces, nunca sola. Además, siento que Ariadna desaparecerá en este lugar.

Observo a un grupo de personas en la zona de llegadas, con varios carteles, uno de ellos tiene mi nombre escrito. No reconozco al hombre de mediana edad que lo sostiene. Es calvo y un poco regordete, y lleva un pequeño bigote que resulta más bien gracioso.

—Buenos días, yo soy Ariadna Alzurú —me presento nerviosa, tan pronto como me acerco.

—Es un placer, señorita Alzurú. Yo la llevaré a su nuevo hogar.

Hogar. No creo que pueda encontrar un hogar aquí. Sólo será un lugar lleno de muebles, donde viviré durante el tiempo que dure esta misión, porque mi hogar está en Caracas, junto a Enrique, donde se ha quedado mi corazón.

El camino hasta mi nueva residencia es largo, alrededor de cuarenta y cinco

minutos desde el aeropuerto hasta una de las puntas de la isla. Puedo ver, a través de los vidrios tintados, a las personas caminar por la playa, salir de las tiendas, corretear por la arena, todos parecen felices. A esta isla se la conoce como La Perla del Caribe, un lugar reconocido por su atractivo turístico, sus arenas blancas y aguas cristalinas. Una isla con una historia que te envuelve desde cualquiera de sus orillas. Pero por más que lo intento, yo no puedo sentirme de esa forma; no estoy de vacaciones, estoy aquí por trabajo, uno que no he pedido, pero que me veo forzada a desempeñar.

—Hemos llegado, señorita.

Que afán de este hombre en llamarme señorita. Estoy casada. Bajo la mirada a mi dedo, sin alianza, y sé que ahora lo único que nos une a Enrique y a mí es un papel. El chófer tiene razón, soy una señorita de veinticuatro años.

Estamos frente a un enorme complejo residencial, debe de ser bastante nuevo, porque hace dos años estuve aquí y no existía. El hombre me acompaña al piso doce, donde se encuentra mi nueva casa. En la planta sólo hay dos apartamentos. Creo que justo por eso lo han escogido. Además, muy pocos de los apartamentos están ocupados.

—Éste será su nuevo hogar. —Introduce la llave en la cerradura y al abrir me quedo impresionada.

El lugar es gigantesco: en la sala, unas ventanas panorámicas ocupan toda la pared, ofreciéndome una vista de gran parte de la isla. El espacio es abierto en su mayoría, la cocina es amplia, con una isla que la separa del comedor. Hay una sola habitación, con una cama extragrande, un sofá junto a una nueva vista panorámica y un baño con una bañera y ducha. Es increíble. Cómo me gustaría poder compartirlo con Enrique.

—Me pidieron que le entregara esto. —El hombre se acerca a una de las mesillas de noche junto a la cama y saca un portátil, una tableta y un nuevo móvil, lo último en tecnología de Samsung.

—Gracias.

—Debo irme. Llamarán en cualquier momento —se despide, dejándome

sola en la enorme habitación.

Mi nuevo teléfono móvil suena a los cinco minutos de que el chófer me haya dejado. Es un número que no tengo registrado, pero no dudo en contestar, tras el segundo timbrado.

—Hola.

—Espero que ya se encuentre instalada en su nuevo hogar, señorita Alzurú. —La voz de ese hombre me pone los pelos de punta y sólo pensar que tendré que escucharla a menudo me hace hervir la sangre.

—Eso intento.

Lo oigo reír y me gustaría traspasar el teléfono y darle un par de golpes.

—En sus manos tiene un nuevo móvil que nos hemos asegurado de que no está intervenido, un portátil y una tableta. En estos dispositivos encontrará distintos archivos que irá usando a medida que los vaya necesitando —me explica con toda naturalidad y yo empiezo a imaginar que se trata de programas de hackeo o algo parecido—. En la parte inferior del armario encontrará una maleta, ábrala.

Me levanto y hago lo que me pide. Hay una maleta negra, que arrastro hasta la cama y la abro.

—En esos sobres está su nueva identidad, pasaporte y cédula de identidad, además de cuenta bancaria y tarjetas de crédito y débito.

Voy revisando los sobres y, como dice, me encuentro con mi nuevo yo.

—Alena Valentina Márquez —leo en voz alta y no puedo identificarme con ese nuevo nombre y esa fotografía que se parece a mí, pero que no lo es. Sé que ha sido modificada por Photoshop. En ella, mi cabello es rubio y ondulado, mis ojos son verdes y he perdido unos diez kilos. Supongo que es una indirecta.

—Sí, de ahora en adelante, será Alena. Debe quemar sus antiguas identificaciones para evitar errores. Cuando todo esto acabe, recibirá unas nuevas. Por el momento, necesitamos una coartada blindada.

No puedo creer lo que me pide. Quemar lo que me queda es demasiado.

—¿Algo más?

—En el fondo de la maleta hay un micrófono y auricular inalámbrico que deberá llevar una vez se encuentre dentro de La Compañía.

—¿Y cómo lograré entrar? ¿Y de qué va esa compañía? —Sé que no me va a gustar la respuesta. He estado pensando al respecto y no puedo imaginarme que se trate de algo bueno o sencillo.

—La Compañía es una empresa exclusiva, que ofrece servicios de damas de compañía a hombres poderosos.

¿Damas de compañía? Debo de haber oído mal. No pueden pretender que me prostituya, eso es ilegal.

—¿Quieren que me prostituya?

—Existe una amplia diferencia entre una prostituta y una dama de compañía, señorita Márquez.

—No puedo verla.

—La Compañía lleva ese nombre porque ofrece compañía, nada más. Se trata de mujeres hermosas, educadas, inteligentes y con distintos talentos. Además, La Compañía se caracteriza por el poder femenino, son las mujeres las que eligen al cliente.

—¿Qué hay del sexo? Si alguno de los clientes quiere sexo. —Ése es mi mayor temor. Debo confesar que no he estado con otro hombre que no sea Enrique y tampoco deseo estarlo.

—Si usted no desea acostarse con esos hombres, no tiene por qué hacerlo. Está en las reglas de La Compañía, así que no debe preocuparse por eso.

—¿Y cómo se supone que daré con La Compañía si es tan exclusiva?

—Hemos estado investigando a varias de las chicas desde hace un par de meses. Una de ellas va a un gimnasio muy conocido, a unos quince minutos de su apartamento. Podrá conseguir toda la información en el portátil y la tableta. Su trabajo es acercarse a ella y lograr entrar en La Compañía.

—¿Debo hacerlo yo? —Deben de estar de broma. No conozco a la chica de nada y ahora debo convertirme en su mejor amiga y conseguir que me ayude a

entrar en La Compañía. Pan comido. Sí, claro.

—Se llama Alexa. Es un año menor que usted, así que no creo que represente un reto. Creo que no es necesario recalcar que para poder entrar debe parecerse a ellas.

Me ha llamado gorda. No de forma explícita, pero me ha llamado gorda y ha colgado. Me quedo mirando el móvil y luego me acerco al espejo de cuerpo completo que hay junto a una de las paredes de la habitación.

Sé que ya no tengo la figura de la secundaria. He subido unos diez kilos y estoy en los ochenta y tres, con mi uno setenta de estatura. La comodidad de la relación me ha hecho despreocuparme por mi apariencia. Más aún cuando Enrique ha decidido enfrascarse en su trabajo en el último año. Así que ahora debo poner todo mi empeño en recuperar la apariencia que tenía antes, incluso una mejor. Después de tantos años, será todo un reto.

Tres horas más tarde, estoy frente al gimnasio al que Alexa asiste. He tenido que ir a la peluquería para cambiar mi aspecto y parecerme a la rubia de la identificación. He comprado un par de lentes de contacto y ahora lo que resta es perder esos kilos extra. Me registro en el gimnasio como Valentina Márquez. He decidido mantener mi primer nombre en secreto. No sé por qué, pero de esa forma me siento más segura.

La observo en la cinta, mientras trota con los auriculares puestos, ajena a mi interés. Pienso en acercarme, pero al mirarla de nuevo y después mirarme a mí, sé que no tendré ninguna oportunidad. Tiene una figura perfecta, con una piel tan blanca como la porcelana, una larga cabellera azabache y ojos color zafiro. Es Blancanieves con equipo deportivo rosa.

Así que decido asistir al gimnasio dos veces al día hasta recuperar mi antigua figura y así poder acercarme a ella. Mientras tanto, no le quitaré ojo. Necesito conocerla, hallar algo en común para poder aproximarme. Es la única idea que se me ocurre.

Dos meses y ocho kilos menos más tarde, estoy caminando hacia Alexa, que va a su clase de yoga. Ayer me inscribí yo también para poder estar cerca de

ella de manera casual y tener así la oportunidad de conocerla. En estos dos meses no la he visto llegar o irse con nadie, no ha recibido llamadas telefónicas ni nada por el estilo. Lo que me hace pensar que está soltera. Yo decidí apagar mi antiguo móvil anoche. Estuve escribiéndome con Enrique toda la noche, intentando mantener la normalidad. Hoy se ha marchado a Brasil y me siento más tranquila. Ahora estará a salvo, lejos de mí y de todo esto. Así que he decidido apagar esa parte de mi vida, porque en esta nueva existencia no hay cabida para ella.

—Bueno días —me saludan al entrar en la estancia, devolviéndome a la realidad. Hay un lugar junto a Alexa, así que extendo allí mi esterilla de yoga.

—Buenos días —sonríe—, me llamo Valentina. —Le ofrezco la mano, que ella estrecha sonriente.

—Alexa.

—Soy nueva en la isla. No conozco a nadie y me inscribí en este gimnasio esperando conocer personas y conseguir empleo.

—Sé lo que se siente. Hace un año me mudé aquí y fue horrible ser la nueva. Después de un par de meses, fue mejor.

—Sí. Ahora lo más urgente es conseguir empleo, porque el dinero que tengo no durará mucho. Tengo gustos bastante caros y después de terminar la universidad, sentí que lo que había estudiado no era lo mío. —Invento la historia a medida que la cuento y espero que funcione.

—Yo también tengo gustos algo caros. —Me hace un guiño algo infantil y creo que hemos conectado—. Deberíamos tomar algo al salir de aquí. Puedo ser tu guía y quizá pueda ayudarte a conseguir empleo. Si te interesa ganar un buen dinero.

—¿Es legal? —Me hago la desentendida, como si no supiera a lo que se refiere.

Sé que me ha evaluado antes de soltarme lo del empleo. Hace un mes, seguro que no habría considerado ofrecérmelo.

—Sí. Es legal. —Se ríe; luego nos interrumpe la profesora de yoga, que nos

obliga a adoptar posturas de las que nunca me habría creído capaz.

Dos horas más tarde, estamos en una cafetería a dos manzanas del gimnasio. Alexa me ha contado casi toda su vida y según leí en los informes que Viktor dejó en mi portátil, no ha mentado. Está aquí por el sueño dorado. No sé por qué no se fue a Estados Unidos, en primer lugar.

—¿Y qué hay de ti, Val? —Le da un sorbo a su café y me mira con sus enormes ojos azules, parecen los de una muñeca.

—Hija única, proveniente de los Andes del país. Era de un pequeño pueblo y después de la universidad me di cuenta de que necesitaba más y que no iba a obtenerlo si seguía por el mismo camino.

—Tomaste la decisión correcta, Val. —Sujeta mi mano y me sonrío y yo presiento que puede que haya encontrado una amiga, aunque sea una amistad basada en una mentira—. Has dicho que buscas empleo bien remunerado. Si te interesa, puedo hablar con mis jefes y, si no, no hay problema, tocaremos otras puertas.

—Estoy dispuesta a casi cualquier cosa.

—Si es así, yo trabajo para una empresa que se llama La Compañía. ¿Has oído hablar de ella? —Yo niego haciéndome la tonta y ella prosigue—: Ofrece servicios de compañía a hombres importantes.

—¿Eres prostituta?

Ella se carcajea ante mi pregunta y sé que está acostumbrada a estas comparaciones.

—No. No ofrece ese tipo de servicio. Sólo compañía. La empresa tiene reglas respecto a eso.

—¿Y qué pasa si algún cliente pide sexo?

—No eres una puta, Val. Si quieren sexo, pídeles que vayan a un burdel. —Se encoge de hombros, restándole importancia—. Ellos pagarán por tu tiempo una suma considerable. Si sólo buscan sexo, que se busquen una puta, tú no lo eres.

—Si esos hombres pagan tanto dinero y son hombres poderosos, ¿cómo

haces para que toleren el rechazo? —Es necesario saberlo, antes de tener que adentrarme en este mundo sin tener la menor de las defensas.

—No tienen que hacerlo si no lo saben. —Me mira cómplice y veo que estoy a punto de tener una gran ayuda en todo esto.

—¿A qué te refieres?

—Dependiendo de lo importante, poderoso o peligroso que sea, a veces empleo algo de ayuda. Yo no me acuesto con los clientes, pero ellos piensan que sí lo hago. Nadie más lo sabe.

—Te prometo que yo no lo comentaré. —«Ni siquiera a Viktor», añado para mis adentros.

—Uso escopolamina. Es una droga difícil de detectar y que hace a las personas sugestionables. En una pequeña dosis hará que crean lo que tú quieras que crean.

—¿Y me conseguirías algo de eso?

—Cuenta con ello. Lo primero es asegurarnos de que entras en La Compañía.

Me da un ligero apretón en la mano y siento algo de esperanza respecto a este nuevo trabajo que tengo que afrontar. Al menos, de esta forma no tendré que preocuparme por tener que acostarme con los clientes. Ahora lo que resta es aprender a defenderme, porque algo me dice que este trabajo es mucho más peligroso de lo que parece.

## Capítulo 10

### Gajes del oficio

Son más de las nueve cuando consigo levantarme. Ha sido una noche difícil, plagada de los recuerdos de cómo comenzó todo, del momento en que dejé de ser Ariadna para convertirme en Alena. Como un poco de cereales, porque no tengo demasiado apetito y después me marché al gimnasio a drenar un poco de este estrés y despejar así la cabeza. Al llegar, me encuentro a Alexa que sale de la clase de *spinning*.

—Pensaba que ya no vendrías. Suelen ser muy madrugadora.

—Me costó mucho conciliar el sueño. Para cuando lo hice eran alrededor de las tres de la madrugada.

—¿Acaso ha sido el jeque quien no te ha dejado dormir? —Me da un codazo y me guiña un ojo y yo suspiro.

Si bien él ha sido el responsable de que me hundiera en los recuerdos de mi pasado, no ha estado involucrado.

—Ya hemos hablado de que no es un jeque. Y no, él no ha sido el responsable. He pasado la noche sola.

—A veces no te entiendo. Qué no daría yo porque un hombre como ése besara el suelo que piso —suspira y casi puedo ver las fantasías de su cabeza. Es una romántica empedernida.

—Sólo es el hombre correcto en el momento incorrecto, Alexa.

—Creo que...

—Nos veremos por la noche. Necesito hacer algo de ejercicio, que se me hace tarde —me despido, interrumpiéndola antes de que tenga que inventar mentiras para las explicaciones que no pueda darle.

—Nos vemos por la noche —me grita ella y yo ya estoy lo más lejos posible, al otro lado del gimnasio, en las pesas.

Una hora más tarde, estoy saliendo del gimnasio y me encamino a ver a Rodrigo. Sé que me espera una reprimenda por no haber asistido la semana pasada ni haberle avisado de que faltaría. Pero es que con todo lo de Samir me olvide por completo. Me preparo para lo que viene y llamo con tres golpes secos a la puerta de su piso.

—Estás viva —me recibe muy serio Rodrigo, haciéndose a un lado para que entre en el apartamento.

—Lamento no haber venido la semana pasada, es que me fui de viaje.

—Y ese lugar al que te fuiste, ¿fue debajo de la tierra o en otro planeta donde no existe el wifi ni hay teléfonos? Porque no pudiste avisarme. —Está bastante molesto y sé que se desquitará conmigo en el ring, siempre lo hace.

—No tengo excusa. —Me doy por vencida, dejo el bolso en el suelo y me encamino a la habitación que tiene equipada para entrenar.

—No, no la tienes. Me alegra que nos vayamos entendiendo. —Me entrega las bandas con las pesas para que me las coloque en los tobillos, cintura y muñecas. Ha comenzado el castigo, este peso me volverá más lenta, así que tendré que hacer el doble de esfuerzo.

—¿Es de verdad necesario?

—¿Acaso en esta semana te has convertido en una experta en artes marciales, defensa personal o algo similar?

Yo y mi gran boca, que a veces no consigo que se quede callada con él. Creo que es porque es el único que conoce gran parte de la verdad y siento que no debo mentir todo el tiempo.

—No.

—Entonces, si su majestad no tiene otra objeción, comencemos.

Cuarenta y cinco minutos después, el castigo ha terminado y nos encontramos sentados en el suelo, con la respiración agitada y muy sedientos. Yo más que él, después de todo, ése era el propósito.

—¿Y has tenido algún avance? —Me tiende una botella de agua y vuelve al suelo conmigo. Ya se ha desquitado todo lo necesario, así que ha recuperado su buen humor.

—No mucho. Tengo menos de seis meses para dar con la Cobra Negra. Hasta ahora, lo único que he conseguido ha sido ser visible para ella.

—Necesitas ser más agresiva en tus métodos; ir detrás de clientes más importantes que puedan hacer que escales posiciones.

—Lo sé. Pero hasta ahora no he tenido frutos. Oí hablar de un evento privado que tendrá lugar dentro de un mes para los miembros selectos de La Compañía. Los ganadores de ese evento asistirán a una celebración VIP con las chicas de nivel tres, así que necesito estar ahí.

—Creo que ya va siendo hora de otro cambio. —Se enrolla uno de los mechones rubios de mi cola entre los dedos y les da un leve tirón.

—Ha pasado poco tiempo desde la última vez.

—Situaciones desesperadas requieren de medidas desesperadas. —Se encoge de hombros y sé que tiene razón.

Necesito ser más escurridiza y más inteligente. Me he metido en los móviles de las chicas y no he conseguido nada. Es momento de probar con algo más cercano a la fuente, algo como Carlo.

—Tengo otra cosa que decirte. Tu marido continúa intentando averiguar algo sobre ti —dice Rodrigo y yo cierro los ojos, mientras mi corazón se agita—. No importa el tiempo que transcurra, Enrique sigue buscándote.

—Pensaba que después de un tiempo pararía. —Sonrío con tristeza. Una parte de mí se alegra, pero ya no soy Ariadna Alzurú y todo lo que está haciendo no hace más que ponerlo en peligro de nuevo.

—Tú no lo has hecho. —Me mira enarcando una ceja.

—Necesito comprobar que Viktor cumple su palabra y él está a salvo. Si no, nada de esto tendría sentido. —Abro los brazos de par en par señalando la habitación en la que hasta hace poco hemos estado entrenando.

—Los motivos de ambos son los mismos. No diré más al respecto. Sólo

intenta ser más precavida si no quieres que dé contigo.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por todo. —Me despido dándole un fuerte abrazo. Siempre me viene bien hablar con él, aunque por lo general sea un hombre de pocas palabras.

—Siempre que quieras. La próxima vez, avisa si vas a estar fuera. —Me da un toque en la nariz y yo me voy sintiéndome más ligera.

Conocí a Rodrigo cuando llevaba tres semanas en La Compañía. Fue uno de mis primeros clientes; necesitaba que me hiciera pasar por su nueva conquista en un evento importante de su antiguo trabajo, donde estaría su exesposa con su nuevo novio. Ahí me enteré de que había formado parte de un escuadrón de élite de la marina. Había entrenado a escuadrones especiales durante más de veinte años y participado en innumerables misiones de inteligencia. En la actualidad estaba retirado y cada tanto entrenaba a algunos luchadores de artes marciales mixtas. Le pedí que me entrenara a mí sin revelarle nada de la verdad, sin embargo, como era de esperar dada su experiencia, en pocas semanas descubrió mi secreto. Así que hoy en día es la única persona que sabe las razones por las que estoy en La Compañía y hasta el momento no ha hecho nada para defraudar mi confianza. Me ha aconsejado infinitas veces y me entrena tres días a la semana para que en caso de que las cosas vayan mal sepa cómo defenderme.

Llego al fin a casa después de dos horas en el salón de belleza. Rodrigo tenía razón en una cosa, es momento de otro cambio. Así que ahora soy pelirroja. El cabello me cae hasta la mitad del cuello en suaves ondas escarlata, lo que en combinación con el azul de mis ojos es una presentación bastante exótica y atractiva. Sólo espero que sea suficiente para tener un mayor ascenso y más rápido.

—Entrega para la señorita Márquez —oigo decir a alguien, después de dar tres golpes en la puerta.

—Un momento. —Vuelvo a la entrada algo exasperada, porque esperaba poder dormir una siesta antes de tener que arreglarme para ir al evento de esta

noche.

—Necesito que firme aquí. —El mensajero me alarga un papel donde debo poner mi firma, pero no tengo la menor idea de qué va el paquete.

—¿De qué se trata? —Le entrego el papel, algo nerviosa.

—Vengo a hacerle entrega de la motocicleta que ha ganado en el sorteo.

—¿Qué ha dicho?

No puede estar hablando en serio. Hace casi un mes compré un boleto para una motocicleta deportiva último modelo. Había perdido las esperanzas, porque yo nunca he ganado nada. Nunca he tenido la suerte de mi lado. Aunque, ahora que lo pienso, creo que la suerte sí jugó a mi favor cuando Enrique entró en mi vida.

—Sí, señorita. Usted es la ganadora del sorteo. —Deposita en mis manos el juego de llaves y yo siento que palidezco. No puedo creerlo.

Bajo a toda velocidad, jugando con mis llaves. No espero al mensajero, quiero ver mi premio ya. Al llegar al aparcamiento ahogo un grito de emoción. Es preciosa, es perfecta. No he visto otra igual. Y es mía. Salto excitada y la rodeo, acariciando su asiento de cuero. Me monto en ella y, al introducir la llave en el encendido, la oigo rugir. Esta motocicleta ha sido hecha para mí. Me reprimo de dar una vuelta porque necesito arreglarme un poco y descansar. Pero esta noche éste será mi carruaje y nada podrá evitarlo.

## Capítulo 11

### Operación Dríade

No puedo creer que no haya avanzado nada hasta ahora. Bastian aún no ha dado con la dirección donde se celebran las reuniones clandestinas y sigo sin tener nada respecto a la Cobra Negra. Siempre me he caracterizado por la eficacia con que hago las cosas, pero esa mujer parece que está metida debajo de las piedras. Nadie dice conocerla, ni sabe qué aspecto tiene, es un completo misterio. Aunque puede que estemos enfocando mal las cosas. Sé muy bien cuál es mi misión, pero ¿y si nos estamos centrando en buscar a la persona equivocada? Si queremos lo mismo que ella quiere, ¿no sería mejor buscarlo directamente? No entiendo por qué nadie más que yo parece verlo.

—*This is a bullshit!!* —le grita Bastian a la pantalla plana, maldiciendo.

—Creo que Michael se ha equivocado en esto. No están viéndolo todo en perspectiva.

—¿De qué estás hablando, *mate*? —Silencia el televisor y se acomoda en el sofá con sus ojos en mí.

—Tal vez nos estamos centrando en buscar a la persona equivocada.

—Explícate.

—¿Y si en lugar de buscar a la Cobra Negra buscamos a la mujer sin rostro?

—¿Mujer sin rostro? —se carcajea.

—Todo el mundo tiene una versión diferente de cómo es, así que estaríamos hablando de un camaleón. Para mí el nombre de la misión debería ser Operación Dríade. No tiene sentido ir tras la Cobra Negra, si no han podido dar con ella después de todos estos años. Es una pérdida de tiempo

valioso. Si de todas formas el fin último es el dispositivo USB, ir detrás de esta otra mujer podría ser el camino correcto.

—¿Así que planteas buscar a la mujer sin rostro en lugar de encontrar a la que durante casi veinte años trabajó para el Servicio Federal de Inteligencia y los traicionó? Claro, eso suena más importante —dice de forma sarcástica—. Dar con alguien que sólo lleva en el negocio dieciocho meses.

—Su presencia no puede ser una coincidencia, no es casualidad que esta Dríade esté en La Compañía. Así que de alguna forma estoy seguro de que está relacionada con la Cobra Negra. ¿Y si va detrás de lo mismo que nosotros? ¿Y si ha dado con esto más rápido? Si es así, tiene que estar recibiendo ayuda. No puede hacerlo sola.

Cuando fui asignado a esto, creía que sería sencillo, que conseguiríamos esa información y volvería a la Unidad de Terrorismo o sería promovido a la Unidad de Proliferación de Armas. Pero todo mi futuro se está viendo truncado por esta condenada mujer fantasma.

—Creo que lo mejor es atenernos al plan, Christoph... —Se levanta y me coloca las manos en los hombros con seriedad. Aquí viene un sermón—. A la unidad le costó mucho crear esta identidad. Es algo que lleva años consolidándose, para que pudieras actuar en estos momentos. No tires todo ese trabajo por la borda. Así que, si tienes que acostarte con cada una de esas putas caras, mientras subes de categoría, lo harás. El pellejo de ambos está en juego. ¿Entiendes?

—Seguro —resoplo resignado. Pero no descartaré la idea de ir a mi manera a por la Cobra Negra. No, si tengo la oportunidad.

—Bueno, príncipe encantador. Tienes un evento al que asistir, así que lo mejor es comenzar a arreglarse. Necesitas afeitarte. —Me da una palmada en la cara y me empuja directo al baño.

Debo contenerme para no patearle el trasero. Creo que hoy comenzará la fase dos: intervenir teléfonos.

\* \* \*

—¿Estás seguro de que es la única manera de llegar? —Llevamos más de una hora detenidos. El tráfico está fatal. No sé en qué momento se ha llenado todo de coches de esta manera. Y lo peor es que estamos a sólo una calle de distancia del lugar donde será el evento.

—Ya te he dicho que sí, *mate*. Es debido a los turistas.

—Detesto la temporada alta en las playas. Esto no es más que una pérdida de tiempo. —Golpeo el volante con exasperación y tocó la bocina, aunque sé que el tráfico no disminuirá por arte de magia.

En ese momento oigo rugir un motor detrás de mí y, cuando me doy la vuelta, pasa por mi lado a toda velocidad la moto de mis sueños. Bastardo con suerte.

—¿Has visto eso? —codeo a mi amigo y él asiente un par de veces, ha quedado prendado por esa máquina tanto como yo—. Cuando todo esto acabe, iré a por una de éstas.

—También yo, *mate*. Te aseguro que con algo así no importará el tráfico, ni las temporadas altas ni los turistas.

—De eso no te quepa la menor duda.

Llegamos al club de la playa donde tendrá lugar el evento de esta noche minutos más tarde. Bajo del automóvil abrochándome los dos botones del traje y en ese preciso momento veo llegar a la moto de mis sueños, que pasa entre los coches como si fuese la dueña del lugar y, al detenerse, parece aún más grande su majestuosidad.

—Bastardo con suerte —oigo suspirar a mi compañero a mi espalda y yo sólo puedo pensar que me gustaría dar una vuelta en ella y sentir la adrenalina, el motor rugir bajo mis manos.

En ese momento, el conductor se quita el casco, dejando en su lugar una lustrosa y corta cabellera rojiza que el viento alborota.

—¡Es una chica! —Bastian casi se atraganta y también yo.

La mujer se baja de la bestia mecánica dejándonos apreciar su esbelta figura, cubierta por un esmoquin hecho a medida. Nunca había visto a una mujer que pudiese llevar un traje de esa manera, con tanta elegancia, *sexappeal* y determinación. No puedo dejar de mirar sus caderas, que se contonean al caminar hacia la entrada. Tiene un trasero exquisito y estoy impaciente por ver el rostro de ese pecado andante.

Obtengo una vista de su perfil cuando le entrega al criado su casco, llaves y unos guantes. Lleva un antifaz negro, lo que me dice que es una dama de compañía, pero no consigo reconocerla, sólo puedo ver sus ojos azules detrás del antifaz.

—Necesito saber quién es. —Doy un par de pasos seguidos, guiado por la lujuria y una extraña atracción.

—Christoph... —me detiene Bastian cogiéndome del brazo—. No olvides la razón por la que estás aquí. Cobra Negra sobre Operación Dríade.

Tengo que parpadear un par de veces para recordar el motivo: pretendo ser un adinerado empresario que no sabe en qué gastar su riqueza. El objetivo es conseguir y apresar a la mujer a la que perseguimos, porque estamos convencidos de que está trabajando con ese desertor y traidor, y no hay manera de dejarlos ir, después de filtrar tanta información a las personas equivocadas. Pero sigo pensando que acceder a esta mujer misteriosa nos ayudaría a llegar más rápido a la Cobra Negra.

—Lo sé.

—Eso espero. Porque ahora no es momento de perder la cabeza por una mujer. No importa lo hermosa que sea.

—Debo entrar. —Me deshago de su agarre antes de que se le ocurra mencionarla a ella. Eso ya es agua pasada, un capítulo de mi vida del que no deseo volver a saber mientras viva.

Busco a la desconocida con la mirada en cuanto pongo un pie dentro del club. Hay un mar de hombres que se aproximan al bar y en esta ocasión veo que han colocado un escenario y que toca un grupo en directo, para mí

desconocido, mientras bailan un par de chicas a las que no he visto antes. Me observan al pasar cerca de ellas, pero yo sólo tengo en mente a una mujer. Observo cada rincón, buscándola con la mirada, debo de parecer desesperado; no tengo explicación coherente, más que mi deseo de conocerla. Cuando ya me he dado por vencido, veo que se acerca a la barra, no sé de dónde ha salido si hace unos minutos he mirado en todas partes. Aunque eso ahora no importa, lo importante es que tengo mi oportunidad y no la desaprovecharé.

Camino hacia ella y tomo asiento en uno de los taburetes, justo a su lado. Noto un irresistible olor a frutos rojos, es un perfume dulce y afrutado, un arma de seducción.

—¿Puedo ofrecerte una copa? —Ella se vuelve hacia mí y cuando sus ojos color zafiro se posan en los míos, pierdo la conexión boca-cerebro.

Me mira expectante y no tengo la menor idea de lo que quiere. No dice nada, sólo observa la copa que tiene en sus manos y después de dedicarme una sonrisa que me deja desarmado, se gira en su asiento como si no le hubiese preguntado nada. Estoy descolocado, no sé lo que ha sucedido aquí. Nunca antes me habían ignorado de esa manera. Es muy molesto y frustrante.

—Otro de éstos para la señorita —le pido al camarero, haciendo caso omiso de los deseos de la pelirroja. No soy de los que aceptan un no por respuesta.

Se vuelve de nuevo y cuando parece dispuesta a decirme algo, aparece el árabe que he visto otras veces y le desliza los dedos con suavidad por el cuello desnudo. Veo que su expresión cambia por la sorpresa y, como si yo hubiese dejado de existir, ahora toda su atención la tiene él. En tan sólo un par de segundos se marchan, dejándome solo en el bar.

¿Acaso no tenía bastante con las rubias de las otras veces? Tenía que encapricharse de la única mujer que me ha atraído desde que comenzó todo esto. Sé que es otra puta del lugar, pero aún no he logrado dar con la chica que oculta su identidad incluso en la privacidad de la recámara y algo en ésta me ha generado una duda.

—Necesito una botella de tequila Mezcal Cómplice —le pido al camarero, que me mira como si estuviera loco.

—¿Algún problema? —El chico levanta las manos y se escabulle ante mi mal genio.

Sé que es una actitud infantil y ni siquiera conozco a la chica. Pero no es de hombre meterte en medio cuando hay otro que está intentando algo. Ni siquiera le ha dado la oportunidad de que ella se pudiera negar.

—Ricachones —murmuro molesto, bebiendo mi tercer chupito de un solo trago. Necesito olvidar.

Activo el virus, dándole a mi teléfono sin ser visto. Todos están demasiado ocupados ligando para prestarle atención al idiota sentado solo en el bar. De esa forma, todos los que tengan activado el wifi buscando una red abierta me darán acceso a sus móviles.

Mis planes de hoy eran entrar en sus teléfonos y eso ya lo he hecho. Así que no tengo nada más que hacer por el momento.

—¿Qué copa estás dispuesto a pedirme? —La pelirroja ha vuelto y yo he perdido la capacidad del habla.

—Creía que ese árabe sería quien te invitaría. —No me sienta bien el rechazo y, aunque estoy muerto de ganas por hacerla mía, no se lo pondré tan fácil. Buen momento para tener dignidad.

—Necesitaba resolver unos asuntos —dice ella con indiferencia y siento algo de regocijo, porque haya pasado de él y regresado conmigo.

—¿Otra como la tuya? —Señalo con mi vasito de tequila el vaso vacío que sostiene en su pálida mano.

—¿Qué es lo que tú deseas?

Se me queda mirando y siento que sus ojos pueden ver dentro de mí y descubrir la gran mentira andante que soy. Si supiera lo que quiero, seguro que saldría corriendo, o puede que se le cayeran las bragas de sólo pensarlo.

—No creo que quieras saberlo, preciosa pelirroja. —Le guiño como muchas veces he hecho con otras, pero en ella no tiene el mismo efecto, ni

siquiera se inmuta. No se sonroja ni se pone nerviosa, como suele suceder. Ella es inmune a mí. Eso no es posible.

—Debes dejar de subestimar a las mujeres. Ponme a prueba.

—Te quiero a ti en mi habitación. —Intento incomodarla con lo directo de mi proposición, pero no sucede. Todo lo contrario, se muestra decepcionada.

—Debes aprender a pedirlo de la manera correcta. Comenzando con un Cosmopolitan. —Levanta su vaso vacío y yo no entiendo a qué se refiere con eso del Cosmopolitan.

—Debe invitarla a un Cosmo —interviene el barman, que al parecer ha estado siguiendo toda la conversación y en ese momento lo agradezco.

Las piezas empiezan a encajar como en un rompecabezas y tengo un breve momento de iluminación. Ahora entiendo por qué antes no he tenido éxito con ninguna de las mujeres enmascaradas en estos eventos. Debí haber leído el material que me dieron para esta misión.

—Un Cosmopolitan para la señorita.

Ella sonríe como si yo fuese un niño al que estuviese entrenando. Aunque con ese cuerpo y esa mirada yo sería un fiel aprendiz de sus artes seductoras.

—Me encantaría. Si viene de la mano del nombre de quien lo ofrece.

—Christoph. Me llamo Christoph. —Le tiendo la mano, que ella estrecha con firmeza sin perderme de vista—. ¿Y tú?

—Lamento decirte que no has demostrado ser digno de saberlo.

Se suelta de mi agarre y coge su copa con una sonrisa traviesa que me pone a mil. Algo me dice que esta mujer es fuego y nada me daría más gusto que quemarme con ella.

## Capítulo 12

### El misterioso alemán

Este hombre no me ha gustado nada. No sé, ha habido algo en su mirada que me ha hecho sentir que no es lo que aparenta. Esconde un secreto, igual que yo, y no estoy para nada interesada en averiguarlo. En mala hora me he fijado en el símbolo de su muñeca. Si su intención era ocultarlo, habría debido de pensar en una pulsera para hombres o en una manga más larga. Ha sido verlo y las alarmas se han encendido en mi cabeza. No sé si se trata de uno permanente o temporal, yo sólo sé de los temporales. Pero sin importar que ya no nos encontremos en los años cuarenta, sé muy bien que un símbolo parecido a la esvástica no augura nada bueno. Pero en lugar de correr en dirección contraria, he tenido que decírselo a Viktor, quien, al ser alemán, la noticia de otro alemán tan lejos de su tierra natal no le ha parecido coincidencia, así que se ha añadido otra misión a la lista. Investigar quién es Christoph más allá de lo que dice la red de él, y saber qué busca aquí. Porque las coincidencias en este lugar no existen.

Según Viktor parece estar limpio, pero su instinto le dice que oculta algo gordo. Además, un alemán al otro lado del charco levantaría sospechas donde fuese. Por lo que dice internet, es un empresario alemán adinerado, que acaba de hacerse cargo de las compañías de servicios de seguridad de su familia al graduarse en finanzas en la Universidad de Cambridge. Sin embargo, sigue siendo sospechoso que se encuentre aquí. Es mi misión descubrirlo.

Me ha resultado extraño que además desconozca los protocolos de La Compañía, no tenía la menor idea de cómo solicitar el servicio de alguna de

nosotras. Josué, el barman, ha tenido que echarle un cable, porque el pobre estaba pataleando en el vacío.

Ha soltado que quiere tenerme en su habitación y, aunque me preocupa lo que oculta, me siento segura con mi collar. Ha funcionado con todos hasta el momento, así que no tengo nada de que preocuparme.

—Me gustaría saber un poco más de ti antes de hacerte compañía en tu habitación.

—¿De mí? —se carcajea con voz ronca y algo seductora.

—Sí. Creo que eres más de lo que aparentas. Es más —me inclino sobre la barra, apoyando los brazos cerca de él para susurrar por lo bajo—, me aventuro a decir que no eres quien dices ser.

Veo que traga saliva y se toma el resto de su copa de golpe.

—Creo que se avecina una muy buena relación.

Le hace señas al barman para que le traiga otro vasito de tequila y, después de bebérselo también de golpe, me coge de la mano y me lleva fuera. La sensación de su mano sobre la mía me ha hecho experimentar algo extraño; no es lo mismo que siento cuando Samir me toca, pero ha activado mis sentidos.

—Veo que no te gusta mucho hablar de ti. —Estamos en el ascensor, por fin me ha soltado y descansa, apoyado en la pared.

—No hay mucho que decir. Estoy aquí por negocios y estoy en este ascensor por placer.

Me ha lanzado una mirada llena de lujuria y del más visceral deseo, poniéndome los pelos de punta. Mi respiración se ha acelerado y el corazón me va a mil por hora. Esto no me gusta nada.

—Lo mismo que todos —consigo decir con indiferencia, intentando ocultar lo que me produce.

Hace una mueca de disgusto, parece que no esté acostumbrado a que las mujeres no se arrojen a sus brazos.

—Hemos llegado. —Da un paso fuera del ascensor, guiándome a través del pasillo. Todos los eventos de La Compañía tienen lugar en el club de algún

hotel o cercanos a éste. Porque, aunque no estamos obligadas a tener sexo con los clientes, tenemos libertad de movimientos por si queremos hacerlo.

Entramos en una habitación tan impersonal como todo el hotel. Con sus paredes y mobiliario blanco. No hay equipaje, porque él no se aloja aquí, a diferencia de otros clientes. Así que no tengo mucho que hacer, sólo intentar tener una oportunidad para hackear su móvil.

Veo que cierra la puerta y echa el pestillo. Mi cuerpo se prepara para la lucha y la huida, mientras la adrenalina corre por mi sangre. Christoph no me da buena espina, así que debo estar preparada para lo peor.

Camino hasta el minibar, de donde saco una pequeña botella de Johnny Walker y la sirvo en dos vasos. Oigo sus pasos que vienen en mi dirección y me tenso. Necesito tener la oportunidad de drogarlo.

—Quítate la ropa. —Su voz suena ronca y firme.

Yo me paralizó y no sé qué contestar.

—¿Disculpa? —Me vuelvo y me encuentro su rostro a un par de centímetros del mío.

—Lo que has oído. —Sus ojos se han oscurecido. Ya no es el mismo de hace unos minutos en el bar. Éste es su territorio y aquí yo soy la presa.

—Toma —me entrega un albornoz blanco que ha ido a buscar—. El cuarto de baño comunica ambas habitaciones. Te espero en la otra. No me hagas venir a buscarte.

Eso ha sonado a advertencia o quizá a amenaza. No me da la oportunidad de contraatacar, porque de inmediato se va de la habitación, dejándome confusa.

Pienso por unos minutos en no obedecer y marcharme de ahí. Yo soy libre y tomo mis decisiones. Sin embargo, tengo que averiguar quién es este tipo y qué es lo que pretende. Así que sin nada más que hacer por ahora, me quito el esmoquin y me quedo con la ropa interior de encaje negro, los zapatos de tacón de vértigo rojos y mi collar, que es mi seguro, así que ni loca lo dejaré atrás.

Abro la puerta que nos separa y lo encuentro en una pequeña sala de estar, sentado en un acolchado sillón, tomando un trago de whisky. Al oírme entrar levanta la mirada y frunce el cejo tan pronto como me ve aparecer.

—Creí haberte dicho que te quitaras la ropa.

—Eso he hecho. —No tengo la menor intención de dejarme dominar por este tipejo.

—Tienes razón. Ha sido error mío no haber sido más específico. —Se levanta del sillón, aproximándose como un cazador a su presa.

Le sostengo la mirada para demostrarle que no le tengo miedo.

—Quiero que te quites los zapatos, los pendientes y ese hermoso collar que llevas al cuello.

Me quedo muda, porque no esperaba que me pidiera que me deshiciera del collar. Él ve que no hago nada, así que desliza las manos por mi cuello, retirando el collar y después los pendientes. Toma uno de mis rizos rojos y me lo recoloca tras de la oreja.

—Ahora los zapatos —dice casi en un susurro, envolviéndome con su mirada oscura.

—Está bien. —Me quito los stiletos, quedando un par de centímetros por debajo de él. Antes estaba a su misma estatura y ahora he perdido doce centímetros. Es más alto de lo que creía. Al menos agradezco conservar mi antifaz.

—Muy bien. —Camina hasta la otra habitación y después de un par de segundos vuelve sin los accesorios.

—¿De qué va todo esto?

—Cuando alguien tan importante como yo, acude a este tipo de eventos, debe cuidarse de que no lo estén grabando o que quieran chantajearlo. No es nada personal, preciosa pelirroja. —Me ofrece beber de su copa y yo me la acabo de un tirón.

—Supongo que eso debería tranquilizarme.

—Ahora necesitamos deshacernos de esto. —Suelta el nudo que mantiene

el albornoz cerrado y me lo desliza por los hombros, dejándolo caer al suelo de la habitación—. Eres hermosa. —Sus dedos me acarician los hombros y un débil cosquilleo se extiende por toda mi piel. Lleva su boca a mi cuello, rozándome con su barba incipiente. Quiero que siga, pero sé que no debo hacerlo.

—Espera —me separo de él con brusquedad y se muestra confuso—. Estás equivocado.

—No lo estoy. —Se acerca una vez más, aprisionándome en sus brazos—. Te quiero en mi cama. —Su aliento huele a alcohol y creo que la mezcla del whisky y el tequila le ha volado las neuronas.

—Si lo que quieres es sólo sexo, consíguete una puta. —Lo empujo con todas mis fuerzas, haciéndolo retroceder un par de pasos—. Yo no lo soy. —Recojo el albornoz cubriendo de nuevo mi cuerpo con rapidez.

—Estas bromeando, ¿no es cierto? —Tiene la respiración agitada y puedo notar su erección.

Entiendo a lo que se refiere, pero no me apetece tener sexo con él.

—No. Buena suerte. —Le echo una última mirada y me voy a la otra habitación, donde me visto con toda la rapidez que puedo y me marcho sintiéndome derrotada.

Necesito otra manera de llegar a él, debo retroceder y pensar en una mejor estrategia.

## Capítulo 13

### El poder del nombre

Que alguien me explique qué demonios ha pasado. Esto no puede ser cierto. Me ha dejado caliente y sólo me ha empujado y se ha ido pitando. Tardo dos minutos en salir corriendo detrás de ella. No va a hacerme esto. No lo permito. En el pasillo no hay ni rastro de ella. Corro al aparcamiento, donde la he visto llegar en su moto y veo que se está marchando. Me subo al coche sin mediar palabra con el vigilante y la sigo a distancia. Casi pienso que no voy a conseguir alcanzarla, cuando diviso su rastro a varios metros de distancia.

La veo serpentear entre los automóviles, pero no tiene la menor idea de que le sigo la pista. Sonrío al acortar la distancia que nos separa. Sé que no es un comportamiento racional, pero no soporto la idea de no saber su nombre.

Mi móvil no ha parado de vibrar en el bolsillo de mi pantalón, pero no tengo tiempo para eso. La sigo hasta mi hotel.

—¡Debe de ser una jodida broma! —bufó a verla estacionar y bajarse de la moto.

Aguardo en el coche unos momentos y veo que el aparcacoches conduce su moto al aparcamiento. Tengo que ir a cerciorarme de que no estoy alucinando.

—Disculpa, mi novia se ha registrado en este hotel. Se supone que le daré una sorpresa, pero desconozco su número de habitación. —Le sonrío a la recepcionista y veo que por un momento parece tener efecto.

—Me gustaría ayudarle, pero eso va en contra de las reglas. —Sonríe con timidez y yo maldigo para mis adentros. «A buena hora me toca una decente.»

—Necesito que me ayudes. Es nuestro aniversario. ¿Hay algo que puedas hacer? —Sonrío una vez más y la veo dudar. Ya es mía—. Es la chica

pelirroja que acaba de entrar. Le regalé esa moto por su cumpleaños.

—¿La señorita Valentina? —La chica se muestra confusa, al parecer no es de las que tienen novio. ¿Ha dicho que se llama Valentina? No tiene cara de tener ese nombre.

—Ella misma.

—No puedo darle esa información. Lo lamento.

La veo cerrarse en banda y sé que he perdido mi oportunidad. Salgo al aparcamiento vuelto una furia. Las cosas no pueden acabar así. Queda la posibilidad de que me la encuentre en algún momento, ya que ambos estamos hospedados en el mismo hotel. Sin embargo, hay cientos de huéspedes, no es suficiente.

Estoy a punto de perder la esperanza, cuando veo su moto aparcada a dos plazas de la mía.

—La esperanza es lo último que se pierde. —Anoto la matrícula y la busco, haciendo uso de las amplias bases de datos a las que tengo acceso.

—Te tengo. —Sonrío triunfante al leer en la pantalla de la tableta los datos que ahí figuran.

Es momento de hacerle una visita. Esta noche lo sabré todo acerca de la misteriosa pelirroja.

## *Alena*

Estar burlando siempre a posibles enemigos está resultando agotador. El protocolo de ir al hotel, dejar mi coche, coger la llave y después marcharme en taxi por la puerta trasera, ya no me gusta. Llego exhausta a mi apartamento y me voy directa a tomar una ducha relajante. Deseo meterme a la cama y olvidar este mal sabor de boca que me ha dejado ese tal Christoph.

Me meto en ropa interior bajo las sábanas, porque hace demasiado calor para pensar en ponerme algo más abrigado. Estoy conciliando el sueño, cuando oigo un ruido proveniente de la sala. Todas mis células se paralizan.

En todo el tiempo que he vivido aquí no he tenido problemas con ningún intruso, hasta ahora.

Mi mano viaja casi sin pensar hasta la mesilla de noche, donde guardo mi Glock y, envolviéndome con rapidez en uno de mis albornoces de satén, voy con sigilo hasta el lugar de donde viene el ruido. Intento mantener la calma y hacer el menor ruido posible, pero creo que al intruso ya lo debe de haber alarmado el latido de mi corazón, que galopa con fuerza, como si quisiera salirseme del pecho.

El ruido proviene de la sala, donde todo está en completa oscuridad, la única luz que ilumina la habitación es un débil rayo de luna que se cuela por las ventanas panorámicas sin cubrir. El sonido de un cajón al abrirse me hace reaccionar.

—No te muevas. —Enciendo la luz y le apunto a la parte baja de la cabeza.

El intruso está de espaldas a mí, no logro diferenciar nada de él, sólo que lleva traje. Lo veo levantar las manos en el aire. Avanzo un par de pasos para observar si hay algún arma a la vista y me relajo al descubrir que no.

—Date la vuelta despacio —le ordeno, manteniendo firme el arma apuntando a su cabeza. Mis ojos no creen lo que ven cuando los rayos de luna impactan contra su rostro, revelando la identidad del misterioso individuo.

—¿TÚ?

Esto debe de ser una maldita broma. ¿Qué demonios hace aquí? ¿Y cómo ha dado conmigo? Él no dice nada, se queda mirándome con expresión inescrutable.

—Dame una sola razón por la que no deba dispararte en este preciso momento. Has entrado en mi apartamento en mitad de la noche, sin ser invitado. Puedo alegar legítima defensa. —Quito el seguro del arma y la agarro con más fuerza.

—No pensaba que fueras a estar aquí.

—¿Dónde más podría estar?

—En el hotel me han dicho que habías vuelto.

«¿Ha dicho eso de verdad?» Es un completo demente acosador.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Acaso me estabas siguiendo? —Todas las alarmas se encienden en mi cabeza. Esto no pinta nada bien y debo admitir que esta vez puede que Viktor tuviera razón y Christoph sea alguien de cuidado—. ¿Qué demonios buscas?

—En realidad..., yo estaba...

—Yo que tú no me atrevería a mentirme. —Levanto el arma unos centímetros apuntando justo a su frente.

—No voy armado. —Sube aún más las manos para que lo vea con claridad, pero yo no me fío de él.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Qué haces aquí? —pregunto muy despacio.

—Sólo quería saber quién eras. Eso es todo. —Me observa con sus ojos ambarinos y creo que en esta ocasión es sincero. Aunque sigue siendo peligroso que esté husmeando donde no lo llaman.

—Me estás investigando. —Veo que su expresión cambia por unos mínimos segundos, aunque los suficientes para que yo no baje las defensas.

—¿Por qué no apartas el arma antes que alguien salga lastimado?

Trata de acercarse, pero yo retrocedo por instinto, manteniendo la guardia alta.

—No necesito un arma para hacerle daño a alguien. Sólo que así es más sencillo.

Sus labios se curvan en una sonrisa y luego lo veo reírse en mi cara con desdén.

—Tú, preciosa pelirroja, eres como un conejito asustado. —Baja las manos, sin abandonar esa sonrisa de suficiencia que hace que me comience a hervir la sangre—. Una gatita a lo sumo. Así que termina de apartar el arma antes de que te hagas daño.

Con un movimiento rápido, sujeta el cañón, desarmándome, me coge del brazo y me arrastra hasta su cuerpo, con un brazo en mi cuello y el otro en mi

cintura en un intento de inmovilizarme. Es como un *déjà vu*, he estado en esta postura cientos de veces en mis entrenamientos con Rodrigo, pero él no lo sabe.

—En eso te equivocas. No soy una gatita, soy una maldita pantera y no tienes ni idea del daño que puedo hacer. —Es todo lo que necesito decir para pillarlo desprevenido y, en tres movimientos, consigo derribarlo e inmovilizarlo en el suelo. Es defensa básica y lo que me ha otorgado la oportunidad ha sido el elemento sorpresa.

—Ahora vas a decirme quién te envía. —Le estoy retorciendo el brazo y sé que si aplico más presión soy capaz de dislocárselo e incluso de rompérselo en varias partes. Espero que sea lo bastante consciente de ello como para no obligarme a hacerlo.

—¿De qué hablas? Nadie me envía.

Se revuelve debajo de mí tratando de soltarse, pero es en vano. Mi mentor es lo bastante bueno como para enseñarme cómo inmovilizar un cuerpo con mi peso, mientras aplico una llave de brazo invertida.

—No preguntaré una tercera vez, Christoph. Si es que ése es tu verdadero nombre.

—Nadie me envía. Yo debería preguntar en qué anda metida una mujer como tú para estar preocupada por que alguien vaya a por ella. Como una especie de conspiración. ¿Acaso estás relacionada con la mafia?

Por un minuto me tenso y es porque en una cosa tiene razón. Yo sola me estoy poniendo en evidencia.

—¿Ahora no tienes nada que decir? —insiste—. ¿Cómo es que una mujer como tú sabe defenderse de esa manera? ¿Y de dónde has sacado un arma?

—Cuando una mujer como yo tiene un trabajo como el mío, lo primero que debe hacer es aprender a defenderse. —Le suelto el brazo y me levanto haciéndome a un lado. No tiene sentido usar la fuerza bruta, ya he cogido lo que necesito sin que él se dé cuenta. Ahora tengo su billetera.

—¿Y cómo es que una mujer como tú llega a tener un trabajo como el tuyo?

—Empieza a acariciarse el brazo y a moverlo en círculos para recuperar la movilidad. Me mira como si fuese un completo enigma y eso me pone incómoda. Se levanta con rapidez e intenta acercarse, pero yo retrocedo.

—Eso no te incumbe. Creo que debes irte. —Camino hasta la puerta y la mantengo abierta, dejando claros mis deseos.

—Ya me lo dirás más adelante —responde muy seguro de sí mismo y yo debo contener las ganas de golpearlo.

Sale por la puerta, pasando por mi lado, y cuando creo que va a marcharse, se vuelve de repente, con su boca a la altura de mi oreja. Puedo oler las notas de su embriagador perfume, que me descoloca por unos segundos.

—Casi se me olvida. —Tiene la boca un tanto entreabierta y observo cómo se pasa la lengua por el labio inferior, dejándome por completo hipnotizada—. Te espero mañana a las ocho de la tarde en el vestíbulo de tu hotel.

—Si crees que voy a acudir, estás más loco de lo que pensaba —me burlo, despertando de mi estúpido aturdimiento.

Sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa y no me mira, pero tampoco se mueve, y añade, a escasos centímetros de mi oído:

—Si no quieres que tu dirección se haga pública, sé que lo harás, Alena Valentina Márquez.

Me paralizó de inmediato y un sudor frío cubre mi frente y se desliza por mi cuello. ¿He oído bien? Sabe mi nombre. Estoy jodida.

—¿Por qué no me has dicho cómo te llamas? —En ese momento gira su rostro y sus ojos color ámbar miran directo dentro de los míos, confundíendome por completo, porque lo que veo en ellos no se parece a la realidad, veo humanidad.

—Pensaba hacerlo, pero después me has tratado como a una puta y he pasado de ello. —Me recompongo, haciéndome a un lado, no quiero su cercanía.

—Sí, creo que ése ha sido mi error. Me disculpo por ello. —Parece casi arrepentido, aunque de él no me creo nada—. Nos vemos mañana, preciosa

pelirroja —susurra a mi oído, tan cerca que siento su cálido aliento, que por breves segundos me calienta en otras partes.

Cierro la puerta y recuesto el peso de mi cuerpo en ella. No tengo la menor idea de qué ha sido todo esto. Lo que me ha hecho sentir, aunque haya sido sólo por un breve segundo, no me ha gustado. Además, ha venido a mi casa, ha irrumpido en mi privacidad, husmeado en mis cosas y dado con mi nombre. Al menos no es mi nombre real. De haberme quedado en el hotel, tal vez habría dado con el portátil y ahora sabría mi identidad real. Me ha ido de un pelo.

Recuerdo la billetera que le he arrebatado y me dispongo a abrirla. Hay un permiso de conducir, un par de tarjetas de crédito y quinientos dólares. Es poco para un empresario adinerado, esto no me huele nada bien. Corro a la habitación en busca de mi Mac e introduzco su nombre en un programa que Viktor me enseñó a usar para investigar a las personas.

—Christoph Astor, ¿quién eres? —pregunto mientras observo el mensaje en el ordenador que indica que no hay información. Busco en Google y consigo varias noticias de él. Tiene empresas dedicadas a la seguridad; así como negocios de publicidad y marketing. No sé por qué, pero nada de lo que se dice en esos artículos me termina de cuadrar. No encaja con él, aunque no lo conozco, así que podría estarme engañando con su teatrillo.

Tomo un par de fotos de sus documentos para que revisen su identidad y registros bancarios. Me huele a que hay algo chungo aquí, no puedo deshacerme de esa sensación. Le envío toda la información a Viktor y me siento en el sofá a esperar su respuesta. Pasa más de media hora hasta que el teléfono suena.

—Dime que tengo razón y algo va mal con este tipo.

—No lo hay.

Maldigo en silencio. No puede ser cierto, algo deben de haber pasado por alto.

—Está limpio y todo es legítimo —añade Viktor—. ¿Cómo has conseguido su identificación?

Es cierto que he pasado por alto ese detalle. Se suponía que iba hacerlo en la habitación, pero luego ha venido todo eso de que me quitase la ropa y de tratarme como a una puta. Pienso decirle la verdad, pero lo medito unos instantes; podrían dudar de mis capacidades y decidir echar por tierra todo mi arduo trabajo de estos meses. Ha sido sólo un error, no puedo contárselo.

—En la habitación —suelto sin titubear, o al menos eso creo—, cuando ha ido al baño, he aprovechado; no he tenido tiempo de dar con su móvil, creo que se lo debe de haber dejado en el coche. —Esto de las mentiras se me da cada vez mejor y comienza a asustarme.

—Bueno, no hay nada raro con él. Lo único es su origen alemán. Es demasiada casualidad que esté relacionado con La Compañía y se haya acercado a ti, yo no creo en las casualidades. Así que estate atenta y concéntrate en tu objetivo real. Creo que no necesito recordarte lo que puede suceder...

Ese tono autoritario y presuntuoso me tiene hasta la coronilla. Ya me sé sus amenazas o advertencias de memoria.

—No es necesario. Te llamo cuando tenga algo.

—Ari... —le cuelgo antes de que termine de llamarme por mi nombre. Ese nombre no existe desde hace dieciocho meses y no creo que vuelva a existir en mi vida cuando todo esto acabe.

Me quedo en silencio, sumida en la penumbra de una sala vacía. Observo a mi alrededor, intentando encontrar algo en ella que me haga sentir como en mi hogar después de tanto tiempo, pero aquí no hay nada, nada. Camino hasta el ventanal y miro dormir a la ciudad, mientras yo me siento en el precipicio de una vida que ya no me pertenece y que está a punto de desaparecer. Pienso en Enrique, en la última vez que hablamos antes de que subiera a ese avión que lo llevó a miles de kilómetros de distancia, que lo puso a salvo. Recuerdo con detalle nuestra conversación, su tono de voz, su reproche, incluso casi pude oír cómo su corazón se rompía en pedazos, justo como hace poco me había pasado con Samir.

\* \* \*

—Necesito saber que de verdad estás bien, nena —La voz de Enrique era casi una súplica al otro lado de la línea.

—Te he dicho que estoy bien, sólo un poco cansada por el trabajo.

Ésa fue la primera vez que tuve un cliente. Me había sentido sucia por haber tenido que fingir que había tenido sexo con él, por permitir que sus manos me tocaran aunque fuera unos minutos. Sentí que lo había traicionado.

—Quería ir a verte antes de irme. ¿Por qué no me has dejado? Te necesito, Ariadna. Esto me está matando.

Lo conocía tan bien que sabía que en ese momento se debía de estar tirando de algunos de sus rubios mechones.

—Creí haber sido clara contigo, Enrique. Necesitamos espacio.

—No sé de dónde has sacado esa absurda idea. Pensaba que en este par de meses recapacitarías y decidirías venir conmigo a Brasil.

En aquellos momentos eso era lo que más quería, dejarlo todo e irme con él. Lamentaba haber sido tan idiota y no haberlo apoyado antes; de haberlo hecho así, nada de todo aquello estaría sucediendo. Pero ya era tarde para reproches.

—No voy a retroceder en esto. ¡Necesito que lo entiendas, Enrique! —No quería ser dura con él.

—Nena, yo te amo y te necesito a mi lado. —Su voz se quebró al final, haciendo que mi corazón también se rompiera.

Le estaba haciendo daño, cuando se suponía que lo protegería de cualquier mal. En este punto me preguntaba: ¿qué daño es peor? ¿El que atenta contra tu cuerpo, deja heridas que se curan y pone a veces en riesgo tu vida? ¿O el que deja heridas invisibles, que te dejan marcas que con dificultad sanan con el tiempo y te destruyen por completo?

—Lo sé, de eso no tengo la menor duda. Pero ya no estoy tan segura de que

yo te necesite al mío. —Tuve que contener la respiración para que no oyera cómo gemía en silencio. Decir esas palabras me había costado mucho más de lo que pensaba.

—Entonces creo que debería empezar a crearme una vida aquí en Brasil — fueron sus últimas palabras antes de que colgara y me dejara susurrando «Te amo» a una línea vacía.

Aún fisgoneaba en su vida de vez en cuando, asegurándome de que se encontraba bien, como le dije a Rodrigo, porque aunque ya no era la mujer de la que se enamoró, el amor que sentía por él nunca desaparecería. Así que debía asegurarme de que se encontrara a salvo.

Ese día entendí que para poder hacer eso tenía que tener el corazón vacío, el alma despejada de sentimientos y deseos de un futuro que ya no sabría si tendría. Tuve que dejar de ser una mujer casada y convertirme en alguien libre de cadenas de cualquier tipo. Ese día murió Ariadna, para convertirse en una Alena en cuerpo y alma.

## Capítulo 14

### Nunca muestres todas tus cartas

He pedaleado con todas mis fuerzas en la bicicleta estática y levantado pesas como si mi vida dependiera de ello, en un intento por quemar toda la ira que bulle dentro de mí. Me niego a aceptar la invitación de Christoph de esta noche. Me resisto a caer en su chantaje. Pero si no asisto corro el riesgo de ser descubierta y no creo estar preparada para ello. Tengo menos de seis meses para dar con la Cobra Negra y siento que el tiempo se me escurre como agua entre los dedos.

Hoy Alexa no ha venido al gimnasio, no acostumbra a ejercitarse los días de trabajo, para así dedicarse a su rutina de belleza secreta, que consiste en doce horas de sueño e innumerables mascarillas; una vez me sentí tentada y tuve que pasar por todo eso. No me quedaron ganas de repetirlo. Me seco con una toalla el sudor que empapa mi cuerpo y esta vez no me preocupo de cambiarme de ropa, cojo mis pertenencias y subo a mi coche para asistir a mi siguiente entrenamiento. Necesito tener la cabeza fría para esta noche y sólo hay una persona en este momento capaz de ayudarme a conseguirlo.

—Tu llamada me ha pillado por sorpresa. Suerte para ti que desde que me retiré no tengo vida propia —bromea Rodrigo sonriente, mientras baja de su Toyota Corolla 2016. Va hasta el maletero y saca una bolsa con nuestros artilugios de entrenamiento del día de hoy.

—Suerte para mí, que en verdad lo necesito. —Lo abrazo con cariño, para después ayudarlo con la bolsa.

—¿Qué ha sucedido que necesitas venir al campo de tiro?

Nos alejamos de los coches y nos adentramos en el terreno baldío que

hemos usado estos meses para perfeccionar mis habilidades de tiro al blanco y desarme.

—¿Recuerdas la primera vez que me trajiste aquí? —Esquivo su pregunta, mientras dejo vagar la mirada por el horizonte.

—Sí, lo recuerdo muy bien. Estabas enfadada, con Viktor, con Enrique, con la vida, el destino, con el mundo entero. —Deja caer la bolsa.

Justo de esa misma manera me siento en estos momentos.

—No soportaba tanta injusticia. —Cojo una piedra y la lanzo con fuerza, perdiéndola de vista cuando impacta con el suelo—. No entendía qué tipo de castigo estaba recibiendo yo en este mundo. Si tal vez había hecho algo malo en otra vida y tenía que arreglarlo en ésta. Hace más de un año que me trajiste aquí, llegamos al alba y no nos fuimos hasta que comenzó a anochecer. Me sentía vulnerable e indefensa, recuerdo que lograste que me sintiera más fuerte que nunca ese día.

—Te negaste a marcharte sin haber conseguido dar en el blanco. —Se ríe al recordarlo y eso me provoca una débil sonrisa.

—Vinimos dos días a la semana durante seis meses, hasta que conseguí manejar un arma a la perfección y también lograr desarmarte. No resultó para nada sencillo, aún pienso que fue un golpe de suerte.

—No, nada de eso. —Posa una mano en mi hombro y me ofrece una mirada comprensiva—. Lo hiciste tú sola y estoy muy orgulloso de todo lo que has logrado en este tiempo. Lo que me hace preguntarme: ¿qué ha sucedido que te haya hecho sentir indefensa de nuevo, Alena?

—Alguien ha sucedido. —Levanto la mirada y veo terror en sus ojos. Rodrigo ha demostrado quererme como una hija. La suya murió hace un par de años, en un accidente de coche, ahora tendría más o menos mi edad.

—¿Te han encontrado? ¿La Cobra Negra?

—No. Es un hombre, Christoph Astor, ¿has oído hablar de él?

—No, no me suena ese nombre. —Niega con la cabeza, frunciendo el cejo—. ¿Te ha hecho o dicho algo?

—Descubrió donde vivo, me siguió y ahora quiere que lo acompañe a una reunión esta noche.

—Entonces, ¿no te ha hecho nada?

—Lo sorprendí en mi apartamento, revolviendo mis cosas, de no haberle apuntado con mi Glock en la cabeza no sé qué habría sucedido. He buscado en distintos sistemas y está limpio, es un empresario intachable, pero hay algo en él que no me termina de cuadrar y no tengo la menor idea de lo que es.

—¿Estás segura de que no es sólo tu imaginación, que te hace estar a la defensiva? Has estado bajo mucho estrés con esto del plazo.

—No. Estoy segura de que no es mi imaginación. Hay algo en él. Oculta algo, lo sé y yo voy a averiguarlo.

—Sabes que yo voy a apoyarte siempre. Pero te pido que pienses bien lo que vas a hacer antes de actuar.

—Eso haré, no tienes por qué preocuparte, Rodrigo. Y si quieres echarme una mano, entonces ayúdame a perfeccionar lo máximo posible, porque esta noche voy a adentrarme en las sombras y no puedo hacerlo si me siento desvalida. —Saco una Sig Sauer de la bolsa, reviso que esté cargada y apunto a una botella, a unos doce metros frente a nosotros.

—Eso haré, pero recuerda que nunca debes mostrar todas tus cartas. Siempre debes guardarte una en la manga. —Sujeta mi mano, que está temblando, y presiona mi dedo con el suyo, para que dispare el gatillo, consiguiendo que la bala impacte en la botella, rompiéndola en mil pedazos.

Practicamos durante más de una hora, hasta que nos quedamos sin municiones. La ira ha disminuido, pero sigo sintiéndome vulnerable.

Christoph irrumpió en mi casa, el sitio donde me sentía segura, libre de todos los secretos. Después de anoche, ya no consigo sentirme a salvo en ese lugar, me arrebató la paz y no permitiré que lo haga de nuevo.

Tras un breve descanso, practico desarme de diversas formas, así como un poco de combate cuerpo a cuerpo; de esa forma logro sacar toda la rabia y puedo pensar con la cabeza fría.

Asistiré a esa reunión y descubriré lo que se trae entre manos, le quitaré la careta, descubriré el papel que está interpretando y que yo no me trago.

—Voy a descubrir lo que ocultas, Christoph Astor —le susurro al vacío, mientras conduzco de regreso a mi apartamento—, si es que ése es tu verdadero nombre.

Me tomo tiempo para bañarme y cubrirme de cremas y perfumes irresistibles, con prioridad para mí siempre fiel Dior. Saco un vestido azul cerúleo, que cae con delicadeza cubriendo mi figura, deslizándose hasta el suelo. Por delante tiene un escote discreto, pero el de la espalda la deja toda al descubierto, convirtiéndola en el centro de atención. Me hago suaves ondas en la pelirroja cabellera y me centro en maquillarme los ojos, con sombras grises y negras, terminando con un suave pintalabios en tono rosa. Me pongo unos pendientes largos de Swarovski y en un bolso compacto guardo mi móvil, mi Glock y mi identificación. No iré a ningún lugar sin algo con lo que defenderme.

Cojo un taxi al salir del complejo residencial, intentando mantener la compostura. Tengo que demostrarle a Christoph que sus amenazas no me intimidan y que es él quien debería temerme. No volveré a ser aquella chica asustadiza que llegó a Margarita y se encerró a llorar en su habitación después del primer cliente. Ariadna ha muerto, ahora soy Alena y esta nueva mujer puede enfrentarse a cualquier amenaza sin siquiera pestañear y lo voy a demostrar esta noche.

Al bajar del taxi, Christoph ya me espera en la entrada del hotel, con un traje a medida color negro, camisa también negra y sin corbata. Su cabello rubio ondulado en la parte de arriba brilla en contraste con su indumentaria oscura y su piel blanca parece de porcelana. Desde donde me encuentro se lo ve bastante atractivo, con sus facciones cuadradas, esbelto, pero tonificado. Christoph es atractivo, cualquier mujer sucumbiría con facilidad a su encanto, pero, yo no soy cualquier mujer y mis intenciones son muy distintas a amanecer en su cama.

## *Christoph*

La veo bajar del taxi como toda una diosa, el contraste de su cabellera roja peinada en ondas, con el azul de su elegante vestido, hace que no pueda dejar de mirarla. Está de verdad hermosa y muy sensual. Tengo que tragar saliva varias veces para poder volver a tierra y concentrarme en mis intenciones de esta noche.

Camino hacia ella con paso firme y, poniendo una mano en la parte baja de su espalda desnuda, con una sonrisa la guío hasta mi BMW. El aparcacoches me lo ha traído hace unos pocos minutos.

—Me alegra que hayas venido —le digo sin dejar de sonreír, mientras le abro la puerta del copiloto—. Estás muy guapa.

—No es como si me hubieses dejado otra opción. —Me dedica una sonrisa irónica y, rechazando mi mano, entra en el coche.

—Así pues, creo que es hora de empezar el juego. —Me froto las manos divertido, mientras rodeo el automóvil hasta llegar al lugar del conductor.

He estado planeando esto toda la mañana y si las cosas resultan como espero, mataré dos pájaros de un tiro. Si no, al menos habré salido de dudas, algo que de todas maneras es importante. Esta mujer me intriga de tantas formas y su resistencia despierta tantos deseos en mí como nunca antes había sentido.

—¿Adónde vamos? —Se vuelve hacia mí y su mirada color zafiro me escudriña.

—Vamos a cenar. —Veo que frunce el cejo al no ser la respuesta que esperaba—. Y después me acompañarás a una partida de póquer privada. Es un requisito indispensable ir muy bien acompañado.

—Así que quieres que actúe como una conquista. —Entrecierra los ojos y su expresión es inescrutable.

—No creo que te resulte tan complicado, después de los insuperables momentos que hemos vivido juntos. —Sonrío de medio lado y veo que sus labios se tuercen en una mueca burlona.

—Fingir que me gustas es ya hacer un esfuerzo sobrehumano, así que no te imaginas lo difícil que va a resultarme actuar como si hubiese caído bajo esas patéticas tácticas de seducción que sueles utilizar.

Ha sido un golpe bajo y me ha dejado con la boca abierta. Si quieres molestar a un hombre, insulta su ego y herirás su hombría. Y de alguna retorcida manera esa actitud me calienta aún más. Voy a perder la cabeza por esta mujer, de eso no me cabe la menor duda.

Conduzco en silencio, observándola de reojo todo el camino. Ella no dice nada, ni siquiera se inmuta. Lo que daría por saber lo que se oculta tras esos ojos tan azules. Algo acerca de ella me atrae, todo el misterio que la rodea y descubrir su secreto se ha convertido en una motivación más. Hacía mucho que no sentía la adrenalina corriendo por mis venas al estar con una mujer y no estoy dispuesto a renunciar a esto.

Detengo el coche frente a las instalaciones del restaurante Casa Caranta, uno de los más exclusivos de la isla. Veo cómo su expresión cambia y desvía la mirada, y tengo la ligera sensación de que algo sucede con este lugar. Yo había pensado que sería el primero en traerla a un sitio tan caro, pero después de haberla visto con el árabe, creo que ya la debe de haber paseado por toda la maldita isla.

Intento disimular la decepción y la rabia al saber que alguien me ha superado, no estoy acostumbrado. Sé que nunca he pertenecido a una familia acaudalada y que la primera vez que me puse un esmoquin fue esa noche en el evento de La Compañía, pero nunca he sentido que necesitase de mucho dinero para impresionar o seducir a una mujer, hasta ahora.

—Hemos llegado —anuncio sin mucho entusiasmo, mientras me bajo del coche y lo rodeo para llegar al otro lado y abrirle la puerta a ella.

—Gracias. —Ni siquiera me dirige una mirada.

¿Cómo puede mostrarse tan meramente educada, tanto que está rayando en la indiferencia? No es lo que pretendía con esta salida.

Le ofrezco el brazo, que ella acepta con educación, y entramos en el lujoso

restaurante, donde ya tengo una reserva. Nos conducen al final del salón, desde donde podemos disfrutar de la hermosa vista de la isla en la penumbra. El *maître* le retira la silla para que se siente y ella le ofrece una genuina sonrisa. Yo aún no he podido conseguir una de esas que parecen iluminar todo el maldito lugar.

—¿Qué van a querer beber? —pregunta el hombre, entregándonos la carta de vinos y ella se queda mirándome expectante.

No sé nada de vinos, no conozco las mejores cosechas ni cuándo combinar el tinto o el blanco con la comida. Mi conocimiento se limita a saber que el vino puede ser de esas dos clases; personalmente, prefiero una cerveza bien fría.

—¿Señor? —insiste el *maître* y yo medito, observando la carta, para mí es como si estuviese escrita en chino o en árabe, no entiendo nada. Así que se me ocurre una brillante idea que puede que me permita acercarme más a ella.

—En esta ocasión será la señorita quien haga los honores. —La observo con detenimiento y mis labios se curvan en una sonrisa.

Ella parece no creérselo, así que la incito con una inclinación de cabeza.

—No queremos vino. —Cierra la carta y yo me quedo sin palabras. ¿Nada de vino? Creía que a las mujeres les encantaba.

—¿Señor? —El *maître* me pide confirmación de lo que ella ha dicho y yo me encojo de hombros.

—Esta noche la señorita dicta las reglas.

Veo que está a punto de sonreír, pero inspira hondo y, pasándose una mano por la sedosa cabellera, dice:

—Yo quiero un Martini con dos aceitunas y para el señor un Johnny Walker doble.

Para serle indiferente, recuerda muy bien lo que estaba tomando en el evento del Hotel Tibisay. Eso hace que mi ego se infle con orgullo, aunque no sea la bebida que más me hubiese gustado en este momento.

—¿Algo más?

—Tomaremos la cazuela de marisco y una ensalada de rúcula con bruschettas. —Pasea un dedo por la carta, revisando todas las opciones, y la veo humedecerse los labios al leer la página de los dulces, sin embargo, no pide ninguno.

—¿Algún aperitivo?

—Sí. Tartaletas de cangrejo y queso de cabra.

Le devuelve la carta al *maître* y sonríe satisfecha. Imagino que en la mayoría de salidas su papel es pasivo, debe complacer al cliente, así que no tiene la oportunidad de pedir lo que desea. En definitiva, ha sido una idea acertada dejar que ella ordenara.

—Buena elección —murmuro, cuando me traen mi whisky y su Martini.

—Tengo buena memoria. —Oculta una sonrisa escondiendo sus labios detrás de su copa.

—Eso veo.

—¿Por qué pagar por compañía? —Sus ojos no pierden de vista los míos y eso me incomoda.

—¿Siempre preguntas tanto a tus clientes?

Ella asiente, pero yo no me lo creo.

—Es más sencillo y lleva menos tiempo —me siento falso diciéndolo.

La verdad es que nunca antes le había pagado a una prostituta y mucho menos a una dama de compañía; no necesito pagarle a alguien para que tenga sexo conmigo y aún menos para no sentirme solo. Siempre me ha parecido absurdo que haya tipos que lo hagan. Sin embargo, aquí estoy, pagándole una suma exagerada a una mujer, con la excusa de ganar puntos con la agencia, cuando se debe más a la estúpida obsesión que está creciendo en mí.

—Creía que los hombres adoraban la caza y la persecución.

Esas palabras saliendo de sus labios son de las más eróticas que he oído. Debo acomodar a mi amigo debajo de mi pantalón con disimulo, llevando una mano bajo la mesa.

—Es cierto, lo hacemos. Pero a veces no contamos con el tiempo que nos

gustaría.

Ella asiente, como si esa respuesta le hubiese dado a entender mucho más de lo que yo pretendía decir.

Cuando llega la comida no decimos nada más. Los platillos que ha ordenado son deliciosos y agradezco en silencio tan buena elección. Desde las tartaletas de cangrejo y queso de cabra hasta la cazuela de marisco con esa ensalada verde, todo está exquisito. Ya entiendo por qué ha salido tan cara y ha valido cada centavo. Extraño la comida de mi Berlín natal, pero esta cena me ha hecho sentir a gusto en este país extranjero, eso y sus hermosas mujeres, que son como sirenas atrayendo a marineros desde el océano, para hacerlos caer en sus redes.

—¿Ahora iremos a la reunión de la que has hablado? —pregunta, una vez estamos dentro de mi BMW.

—Sí.

No doy más detalles porque necesito saber cómo se desenvuelve en una situación como ésta. Sé que estoy siendo muy arriesgado y si Bastian lo supiera me convencería de regresar, porque no terminaba de gustarle la idea de involucrar a un civil en esto, pero así puedo saber si uno de los peces gordos que se está ocultando en la isla es Cattel y notificárselo a la agencia.

—¿No dirás nada más?

—No.

La veo revolverse en el asiento y sonrío sin que ella me vea. Me encantan las oportunidades en las que consigo hacerla sentir incómoda y ésta es una de ellas.

Conduzco alejándome de la ciudad en dirección a los Ranchos de Chana, donde se celebran las mejores fiestas de la isla y las más exclusivas, organizadas por ministros, narcotraficantes, terroristas y toda la escoria que quepa imaginar. ¿Cómo es posible que la policía no lo sepa? Porque se les paga una buena suma de dinero para que hagan la vista gorda. Para poder ir a

una fiesta de éstas hay que estar en la lista; si uno se presenta sin invitación, corre el riesgo de salir de ahí con una bala en la cabeza.

Sin embargo, dada la identidad que durante años la agencia se ha esforzado en construir para mí, yo tengo entrada directa a todo ese tipo de fiestas, porque, según los registros del mercado negro, estoy en el negocio del tráfico de armas, de ahí es de donde se supone que obtengo la mayor ganancia de mis cuentas y no de las empresas de seguridad de las que hablan los medios.

Todo está en completa oscuridad, la carretera no está señalizada, llevamos más de quince minutos circulando y a ella se la ve bastante nerviosa. A lo lejos empiezan a distinguirse algunas luces y poco a poco aparece la red de mansiones donde tienen lugar estas fiestas; hay no menos de cien coches estacionados y desde donde nos encontramos puedo ver el helipuerto. A medida que nos aproximamos dejo de distinguirlo, perdiéndose entre la maleza.

No tenemos posibilidad de injerencia oficial en este país, de ser así, ya habría orquestado una redada y obtenido peces grandes en el proceso, el escándalo al día siguiente hubiese sido ejemplar. Es increíble el nivel de corrupción que hay en los gobiernos, en especial en los países latinoamericanos. Pero no podemos pedir mucho cuando el ser humano es corrompible, de no ser así, no estaría yo aquí, esperando que todo esto me acerque a estar entre sus piernas en un futuro cercano.

—¿Aquí es la reunión? —Sus ojos se abren como platos al bajar del coche y yo sostengo su mano para pasarla por mi brazo.

—Sí. Todo saldrá bien. Después de todo, estás conmigo, preciosa pelirroja. —Le guiño un ojo y ella toma una profunda inspiración.

Enseño la tarjeta negra con el logo de una llama dorada y nos dejan entrar. La fiesta está a reventar, hay infinidad de personalidades aquí dentro, todos con sus trajes elegantes y casi con la palabra «dinero» tatuada en la frente; nunca imaginarías que algunos de ellos son narcotraficantes, o asesinos a

sueldo, políticos corruptos o policías encubiertos. Hay licor, sexo y desenfreno, como en todas las fiestas que se celebran en este lugar.

Hay una piscina al final, con varios hombres en traje de baño con mujeres desnudas sentadas en su regazo. Otros inhalan coca en un rincón o fuman hierba en medio de una conversación, como si esto fuera lo más natural del mundo. La mirada de Alena se pasea por cada una de las habitaciones y la veo asirse con fuerza a su pequeño bolso, como si su vida dependiera de ello. Nos ofrecen dos vasos con un líquido ambarino y yo niego con la cabeza. Ni loco bebería algo de lo que hay en este lugar, estas fiestas se caracterizan porque, en ocasiones, no se recuerda nada de ellas el día siguiente. De esa forma cuidan la reputación de todos los asistentes.

Atravesamos la sala, mezclándonos con el resto de los asistentes. Alena no ha dicho una palabra, no se la ve asustada, sino a la defensiva. No siente que éste sea un ambiente seguro y no está para nada equivocada.

Llegamos a una habitación con una puerta doble de madera de cerezo, toco tres veces y una mujer en un vestido diminuto color verde esmeralda nos abre y se hace a un lado para que podamos pasar. Hay una mesa con cuatro hombres que juegan al póquer, cada uno con una hermosa mujer al lado de figura envidiable, pero ninguna es más hermosa que Alena. Ella destaca y todos lo notan. La cojo de la mano demostrando con ello cierta posesividad, para que entiendan que es mía, al menos por esta noche.

—Es muy hermosa esa joya que llevas ahí —dice un hombre de cabello cano y espeso bigote, con acento mexicano—, ¿te interesa apostarla?

Siento que las uñas de Alena se clavan en mi brazo y debo ocultar el dolor que me causa.

—No me interesa. En otra ocasión será. —Llevo mi mano libre al bolsillo interior de mi chaqueta y saco un fajo de dinero, contiene diez mil dólares, que dejo sobre la mesa, sosteniendo la mirada del hombre—. Prefiero el dinero. Sin ofender, querida. —Le guiño un ojo a Alena y ella asiente.

—Esto es mucho dinero —murmura un hombre rubio, que debe de ser

norteamericano, mientras cuenta los billetes con rapidez.

—No soy de los que se conforman con poco. —Mis ojos están fijos en un hombre con sombrero, que mantiene la vista baja.

—Yo me apunto —dice otro de los presentes, de pelo negro y cuerpo de atleta, depositando un montón igual al mío en el centro de la mesa.

—Yo no voy. Ya me han dejado seco. —El mexicano se levanta y se marcha de la habitación.

Yo aprovecho su salida para ocupar su lugar y hago que Alena se quede detrás de mí. Posa sus manos sobre mis hombros y ese contacto me reconforta de alguna manera.

—Entonces estamos todos. —El hombre del sombrero deja un fajo de dinero y, al levantar la vista, confirmo mis sospechas: Ivan Cattel está ocultándose en la isla.

Su mirada me escudriña unos minutos, pero yo permanezco inexpresivo. Necesito acercarme lo suficiente para ponerle un localizador en la ropa, aunque eso no va a resultar nada sencillo.

Comienza barajando las cartas y luego reparte de una en una las cinco que nos corresponden, yo soy el penúltimo. Evalúo las cartas que me han tocado y me alegra ver que cuento con una buena mano. Veo que el gringo decide igualar la apuesta y se mantiene en el juego, el deportista moreno mira su juego y decide continuar, pero por su expresión sé que no le han tocado buenas cartas. Cattel me mira y yo lo único que quiero es quedarme con él solo en esta habitación.

Observo una vez más mis cartas, con algo de suerte puedo llegar a una escalera de color.

—Subo. —Saco mil dólares más del bolsillo interior de mi traje y veo cómo el gringo y el deportista reculan.

—Subo. —Cattel iguala mi apuesta y mantenemos un duelo de miradas unos segundos.

—Yo no voy —se retira el deportista.

—Igualo —acepta el gringo y ahora somos tres.

El gringo cambia tres de sus cartas y veo que no tiene buena mano. Yo entrego dos y Cattel las cambia de mala gana, él pide dos cartas también. Observo de nuevo mi juego y sonrío al ver que voy por buen camino. El gringo mira sus cartas y asiente varias veces, tras lo cual avisa que se planta. Llega mi turno y lo sopeso con cuidado, necesito que este tipo se largue.

—Subo. —Pongo otros mil dólares sobre la mesa y le sostengo la mirada a Cattel.

Éste observa sus cartas y, después de dar un trago a su vaso de whisky, iguala la apuesta.

El gringo mira una vez más sus cartas y veo que necesita cambiar otra para ver si mejoran sus probabilidades, pero para eso primero debe igualar la apuesta. Aunque no estoy seguro de que quiera seguir perdiendo dinero; ya ha perdido once mil dólares y está más que claro que no será él quien gane esta partida.

—Paso. —Tira las cartas sobre la mesa y ahora sólo quedamos Cattel y yo. Ambos nos miramos y yo intento saber si su mano es mejor que la mía. Le hago señas de otra ronda de cartas y él asiente. En esta ocasión hemos cambiado una carta cada uno, justo lo que necesitaba para completar mi escalera de color. Espero que él no tenga una escalera real, porque entonces estoy frito.

—Muestra tus cartas —pide, tras beber el último trago de su whisky y yo hago lo que me pide, revelando mi escalera de color.

Veo que frunce el cejo y sonrío satisfecho, no esperaba que mi mano fuese tan buena.

—Muestras tus cartas —le pido a mi vez, enarcando una ceja, y él revela una escalera de color de trébol negro de menor valor, lo que significa que he ganado treinta y tres mil dólares americanos. No está nada mal.

—Creo que tenemos un ganador. —Me levanto y recojo los fajos de dinero, el gringo se marcha malhumorado.

—Es usted muy buen jugador, señor... —Cattel se acerca a mí de manera sigilosa y siento que Alena retrocede.

—Astor, Christoph Astor. —Me guardo el dinero en los bolsillos y me mantengo erguido frente a él. No me intimida, me he enfrentado a peores.

—Nunca nadie me había ganado al póquer. —Ladea la cabeza pensativo y eso no me parece algo bueno—. No creo que me guste. —Lo veo sacar una Glock de debajo de la mesa y me apunta a la cabeza.

—No sabía que fueras tan mal perdedor, Ivan Cattel. —Sonrío sin el menor temor.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Quita el seguro del arma y yo evalúo mis opciones. Tengo que actuar rápido.

—No eres el único que sabe hacer amigos —contesto sin dejar de sonreír y, antes de que pueda preverlo, levanto la mesa lanzándola hacia él, lo que lo hace trastabillar y el arma se dispara en dirección al cielo raso.

»¡Demonios! —bufo; eso alertará a sus hombres.

Me lanzo sobre él y forcejamos, hasta que, atizándole un par de golpes en la cara, consigo desarmarlo. Sin embargo, el muy cabrón es fuerte, así que me derriba y nos volvemos a enzarzar a puñetazos y patadas. En ese momento oigo que abren la puerta y dos hombres de seguridad de Cattel entran. Justo entonces recuerdo a Alena y por un segundo me despisto buscándola por la habitación. La veo golpear a uno de los hombres y no me lo creo. Pero no tengo más tiempo para perder, porque el otro se abalanza sobre mí, mientras Cattel se escabulle. Oigo otro disparo y veo a Alena acercarse a él y, cogiéndolo por detrás, hacerle una llave. Estoy muy sorprendido. Sigo sobre el gorila de seguridad, que se revuelve debajo de mí y sólo puedo ver cómo el otro pierde el conocimiento entre los brazos de Alena. Se la ve muy hermosa, como una amazona, con su cabello alborotado y las mejillas encendidas por la adrenalina.

Por culpa de mi descuido, el hombre que tenía debajo de mí consigue zafarse y me acierta un buen golpe que me deja algo descolocado. Tardo en

ponerme en pie y temo por la hermosa mujer de cabellos rojos como el fuego. Cuando por fin consigo levantarme, me quedo sorprendido al verla vaciar las armas de los hombres y lanzarlas en direcciones opuestas. Me mira furiosa, pero los gritos provenientes de fuera nos obligan a dejar la conversación para más tarde.

—Tenemos que irnos. —Corro a su lado y, cogiéndola de la mano, la arrastro por la puerta.

Corremos sin mirar atrás hasta llegar al automóvil y nos subimos sin perder un segundo. Los veo correr por el aparcamiento, buscándonos, y al ver que cambian de dirección piso el acelerador y salimos pitando a toda velocidad.

—¿Me puedes decir que ha sido todo eso? —No ha hecho falta que gritara, su tono ha sido tan severo que sé muy bien que está enfadada.

—Eso ha sido la reunión a la que necesitaba asistir.

—¡Casi consigues que nos maten!

—Tú lo has dicho. Casi. —La miro enarcando una ceja y en ese momento ella parece capaz de arrancarme los ojos. Y después de lo que he visto, creo que podría hacerlo—. No sabía que fueras tan buena defendiéndote.

—Me parecía que ya había sido lo bastante clara anoche en mi apartamento.

Tema sensible, ha sido una milésima de segundo, pero he visto temor en su mirada.

—Y creo que yo también lo fui al decir que no me creo una palabra. Algo ocultas y voy a averiguarlo.

—Podría decir lo mismo. No me trago ni por un segundo eso del empresario intachable. Lo que he visto ahí —señala hacia atrás, en dirección a donde estábamos hace unos minutos—, no es para nada el ambiente de alguien de reputación intachable.

—Y lo que yo he visto ahí no es para nada el comportamiento de una dama de compañía elegante. —Me le quedo mirando unos segundos y ella se limita a volver la cara, dándome a entender que no seguirá la conversación.

No me detengo a preguntar adónde la llevo, sino que conduzco hacia su apartamento. No puede estar más molesta de lo que ya lo está y, además, me preocupa un poco su seguridad. Sí, sé que es demasiado tarde para pensar eso.

—Hemos llegado.

—¡No quiero que vuelvas a acercarte a mí nunca más! —Su mirada es de hielo y su pecho sube y baja por la irritación.

Se la ve tan salvaje como erótica. Lleva una mano a la manilla de la puerta y yo la detengo.

—No creo que de verdad quieras eso. —Tengo mi rostro a escasos centímetros del suyo y noto que no puede evitar el ligero rubor que se extiende en sus mejillas, creo que le parezco atractivo.

—Estás equivocado. —Desliza una mano por mi pecho y yo trago saliva. Me quemaba justo donde su mano viaja hasta dentro de mi chaqueta.

—¿Estás segura? —susurro junto a sus labios, sin apartar la mirada de sus ojos zafiro.

—Muy segura. —Sonríe divertida y, con rapidez, quita mi mano de la puerta y se baja en un solo movimiento.

—Esto por las molestias ocasionadas —levanta uno de los fajos de diez mil dólares y yo me pregunto cómo lo ha hecho—, esto por el vestido —levanta otro fajo igual— y el resto por ser un imbécil. —Sostiene entre sus manos todo el dinero de la apuesta, incluidos los doce mil dólares que he puesto de mi bolsillo—. Hasta nunca, señor Astor. —Y sin mirar atrás, entra en el edificio.

Me ha robado. Esta hermosa y calculadora mujer me ha robado. Me quedo perplejo en mi coche, para luego sonreír como un idiota sin entender la razón. Cada paso que da para alejarme de ella, termina teniendo el efecto contrario y convirtiéndose en un movimiento en su dirección.

## Capítulo 15

### Caras vemos, corazones no sabemos

No sé cómo he podido soportar el dolor mientras veníamos en el coche. Me duelen las costillas debido a los golpes y no cabe duda de que me quedará algún moretón. Camino hasta el cuarto de baño para mirarme en el espejo y veo que tengo el labio un poco abierto, donde uno de los gorilas de ese hombre llamado Cattel me ha golpeado.

Observo mi reflejo y parece que un tren me hubiese pasado por encima; el vestido está estropeado, lo mismo que los zapatos. Al menos, el dinero que le he quitado podrá compensar el daño. Lo lanzo sobre la cama para desnudarme. No quiero mirarme en el espejo, porque si no, soy capaz de rastrear a Christoph y hacerle pagar por haberme metido en este embrollo.

Y es que nos hemos salvado por muy poco. Cuando he visto a ese hombre apuntándolo, no creía que las cosas resultaran de esta forma. Él estaba tan ocupado defendiéndose que se ha olvidado por completo de mí. Si no hubiese practicado con Rodrigo, no creo que me hubiese ido tan bien. Ellos eran fuertes y he dudado que fuera a salir viva de ésta. Lo que me hace pensar en Christoph, si antes ya tenía dudas acerca de su intachable reputación, ahora son demasiadas. El lugar a donde me ha llevado demuestra que su reputación no es nada buena y su moral bastante dudosa. ¿Y qué hay de todo ese dinero?

Sé que es un empresario millonario, pero estar dispuesto a perderlo de esa forma y con personas tan peligrosas, no cuadra con la imagen que le vende a La Compañía. Medito la posibilidad de llamar a Viktor y contarle todo lo ocurrido, pero hasta ahora no ha dado con nada significativo, lo que me resulta

extraño, después de que Astor haya conseguido acceder a un lugar lleno de mafiosos.

Me envuelvo en una toalla y, después de mimarme un poco cubriéndome de cremas, me tomo dos pastillas para el dolor y decido descansar. Lo único que me alegra es que mañana sea lunes y que no tenga que preocuparme por tener que cubrir alguno de los moretones que de seguro tendré al despertar. Espero que cuente con tiempo suficiente hasta el jueves para que haya pasado lo peor, el resto se solucionará con maquillaje.

Me despierto por un rayo de luz que se cuelga por la ventana y, por más que lo intento, no hay manera de ocultarme de él. No sé adónde han ido a parar las sábanas.

—Enrique, has dejado las cortinas corridas de nuevo —murmuro molesta y me levanto para cerrarlas.

Me vuelvo para regresar a la cama, esperando verlo ahí, hecho un ovillo, pero no es así. Mi cama está vacía y yo me despierto de ese aletargamiento que me ha hecho pensar por unos segundos que todo había sido un sueño.

Estoy desnuda porque ayer no fui capaz de ponerme algo de ropa. Una sensación de vacío me invade, pero no permito que me afecte más de la cuenta. Voy al baño para lavarme los dientes y al ver mi reflejo en el espejo hago una mueca. Tengo dos enormes moretones del tamaño de un puño. Uno debajo de las costillas, en el lado derecho, y otro en el estómago. Me miro por detrás y veo que tengo unos raspones que van desde el hombro hasta el centro de la espalda. Lo mismo con las piernas.

—Imbécil —bufo enfadada.

Debo mantenerlo alejada de mí, porque nada bueno augura si sigo permitiendo que se meta en mi vida. Lo próximo hará que acabe muerta, tirada en una zanja, y no habrá nadie que se percate de que ya no estoy.

—No puedo seguir haciendo esto mucho más tiempo.

Me inclino sobre el lavabo, sujetándolo con fuerza. Siento que llevo una carga muy pesada y, para ello, me he esforzado por alejar a todas las personas

que me han amado. Si muriera ahora, a nadie le importaría.

Preparo un poco de avena y fruta para desayunar y, sin pensarlo mucho, me enfundo en mis mallas deportivas de color gris y mi top púrpura. No puedo dejar que esto me sobrepase, han sido unos meses duros, pero he conseguido superarlos con éxito y éste no será el obstáculo que me haga rendirme. Así que me marchó al gimnasio como si nada hubiese sucedido.

—Hola, Val. —Me encuentro a mi animada amiga en cuanto pongo un pie en la calle.

—Hola, Alexa.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —Me sujeta la barbilla y hace una mueca de dolor. A mí me duele más. Su mirada inquisitiva no se detiene y sé que tengo que pensar en algo—. ¿Ha sido un cliente?

—Sí, de hecho sí —y en parte es verdad—. Deberías ver al otro. Quedó peor —bromeo, pasando un brazo sobre sus hombros para que terminemos de caminar juntas.

—Eso espero. Nunca debes dejar que te pongan una mano encima. Puedes hacérselo saber a Boris y lo borrará de la lista. —Se la ve bastante preocupada y me siento culpable por mentir.

—Tranquila, ya lo he manejado.

—¿Me dirás si sucede de nuevo? —Se detiene decidida. No moverá un pie hasta que se lo prometa.

—Lo haré —miento, y ella parece satisfecha con mi respuesta, así que continuamos nuestro trayecto al gimnasio.

Pasamos una hora haciendo pesas, plancha, trabajando bíceps, piernas y abdomen. Alexa se toma muy en serio esto de entrenar, porque, según ella, hay que cuidar tu fuente de trabajo, y no se equivoca. Al terminar, bebemos agua y nos marchamos a nuestra clase de yoga.

Me ha venido como anillo al dedo, porque los ejercicios de yoga tienen la particularidad de forzar la resistencia de tu cuerpo con ciertas posturas, lo que requiere calmar tu mente, así que me he visto obligada a calmarme durante

poco más de una hora. Al final, salgo sintiéndome revitalizada y como si pudiese enfrentarme a cualquier cosa.

—Deberíamos ir al *spa* —sugiere mi amiga cuando salimos del gimnasio.

—Eso sería genial. Necesito una sesión extrema de relajación.

—Déjame preguntar si el *spa* al que iba sigue abierto, porque iban a hacer una remodelación. —Alexa se marcha dejándome sola en la entrada del edificio.

—Es un placer verte de nuevo. —Esa voz grave y pretenciosa, esa molesta voz. No puedo creer que sea tan estúpido como para cruzarse en mi camino después de lo de ayer.

—¿Acaso me estás siguiendo?

—Podría ser una hermosa coincidencia —se ríe el muy cabrón.

Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta, junto con una cazadora negra y unas RayBan que le ocultan los ojos.

—Yo no creo en las coincidencias.

—Me complace oírlo. —Se acerca un par de pasos hasta quedar a unos centímetros de mí.

—Me estás acosando. —Aprieto el puño, porque no quiero montar una escena a plena luz del día.

—Eso es cuestionable. —Mueve la cabeza a ambos lados, como si esto fuera un juego, lo que empieza a ponerme enferma.

—Estás loco.

—Eso algunas personas podrían debatirlo. —Siento su mirada escudriñándome, a pesar de que no pueda verle los ojos.

—Creía haber sido clara respecto a que quiero que te mantengas alejado de mí. —Me vuelvo, dispuesta a marcharme, pero él me lo impide sujetándome del brazo con fuerza.

—Y yo creí haber sido claro al decirte que descubriría lo que escondes —susurra a mi oído, haciendo que el corazón se me detenga.

—No quiero tener que ver nada contigo. —Intento mantenerme firme, pero

su aroma comienza a tener un efecto extraño en mí que no me gusta para nada. No entiendo por qué una parte de mí se siente atraída por alguien como él, alguien que oculta muchos secretos y cuya caballerosidad brilla por su ausencia. Es tan diferente a Samir, así que me reprocho esa sensación.

—No quería que salieras lastimada. —Su tono se suaviza y acaricia mi rostro cerca de donde tengo el labio roto y que ya muestra un moretón.

—De eso no estoy tan segura.

—Te equivocas. Mi intención no es hacerte daño. —Ha sonado sincero esta vez, sin rastro de ironía o broma en su voz, y yo pienso creerlo.

—Lista, ya tengo la dirección —oigo la voz de Alexa, lo que hace que ambos retrocedamos, poniendo distancia—. ¿Interrumpo algo?

—No, nada.

—Nos veremos pronto —Christoph se inclina y roza mi oreja con sus labios—, preciosa pelirroja.

Lo veo atravesar la calle hasta un coche que conozco bien, su BMW. Se sube sin siquiera dedicarme una última mirada y yo me siento confusa. Las distintas emociones que despierta en mí me descolocan, arrastrándome fuera de mi zona de confort, que en estos momentos es lo único que me hace sentir segura en medio de tanto caos y que no permite que pierda la poca cordura que me queda. Esos sentimientos me desconciertan por lo que siento por él y por mis profundos sentimientos por Samir. Temo a la persona en la que me estoy convirtiendo, ya no me reconozco.

—¿Quién es ese bombón? ¿Y dónde lo tenías guardado? —Alexa casi está babeando y yo reconozco que, dejando a un lado su personalidad, Christoph puede resultar bastante atractivo para algunas mujeres, pero yo no soy una de ellas.

—No me lo he guardado en ningún sitio porque no es mío. Se llama Christoph, Christoph Astor, y es un acosador. —Lo veo acelerar para luego desaparecer en medio del tráfico.

—¿Has dicho Astor? ¿Cómo las empresas de seguridad Astor? —Abre los

ojos como platos y yo no entiendo cómo soy la única que no ha reconocido al tipo.

—Sí, eso creo. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de sus empresas. Es bastante rico y conocido por ser un seductor.

—¿Necesitas una vasija o una toalla? —Me la quedo mirando, enarcando una ceja, bastante exasperada. No es un hombre que merezca esa actitud por parte de las mujeres.

—No es necesario que saques tus garras, Val. Es tuyo, tú lo viste primero. —Levanta las manos en gesto de defensa y yo me enfado conmigo misma por dar la impresión equivocada.

—No me interesa. Lo conozco lo suficiente como para no quererlo cerca.

—Bueno, yo sólo lo decía. ¿Nos vamos al *spa*?

Agradezco que haya dejado el tema, porque lo que menos me apetece es seguir hablando de él.

Toda la semana sigo la misma rutina. Me despierto temprano, desayuno, me voy al gimnasio, a clases de yoga y más tarde voy con Rodrigo a que me termine de moler; luego paso una hora en el salón, bailando para liberarme del estrés, porque en verdad lo necesito, ya que éste se ha convertido en un habitual compañero que no parece tener intenciones de marcharse.

El jueves por la mañana recibo un sobre con una invitación muy elegante en cartulina de hilo color crema y tinta dorada, está escrita en una caligrafía con florituras, que le aporta mucha elegancia, y me sorprende porque nunca antes había recibido una invitación como ésta. Al leerla, me doy cuenta de que es la invitación para un evento esta noche, en un club donde se celebran fiestas exclusivas. La de hoy será de gala, y asistirán los más exclusivos VIP. Es nivel tres y estoy casi que tiemblo de emoción.

«Esto quiere decir que algo debo de estar haciendo bien entonces.»

Grito emocionada, y por primera vez en mucho tiempo veo la luz al final del túnel. Así que busco mi mejor vestido, uno de color perla con tonos azules.

Tiene un corpiño que hace que mi cintura se vea diminuta y una falda amplia, digna de la alfombra roja de los Óscar. Decido recogerme el pelo, dejando unos mechones ondulados a ambos lados de mi rostro. Mi maquillaje se centra en mis labios, que me pinto de un rojo carmesí, para dejar lo demás lo más delicado posible. Me observo en el espejo y me cuesta aceptar la imagen que me sonrío. Debo cambiar el micrófono a otro collar parecido, pero plateado con piedras azules, junto con mi reserva de escopolamina. Sólo Dios sabe con qué clase de gente voy a encontrarme en ese lugar.

Elijo un antifaz blanco con brillos, que me cubre hasta la mitad de las mejillas. Parezco salida de una revista *Vogue* y eso me hace sentir orgullosa. He pasado por mucho para llegar a este punto y, aunque cada cosa que hago me aleja más de Enrique, asegura su bienestar y eso es lo importante.

Llego al club por mi cuenta y entrego las llaves de mi adorado BMW descapotable. Tomo un par de inspiraciones, porque sé que hoy es un día importante. Marco me espera en la entrada y, al reconocermelo, sus ojos se abren por la sorpresa. Me repasa de arriba abajo sin el menor reparo.

—Buenas tardes, querido.

—Muy buenas, número veintidós. —Me da un beso en la mano—. Te dije que te llegarían cosas buenas. La noche de hoy es una prueba, espero que lo tengas presente.

Eso me alarma, porque pensaba que, después de recibir la invitación, ya estaba dentro.

—No lo sabía, pero espero dar la talla.

—Seguro que sí. Lo único que debes hacer es lo que sea que hayas venido haciendo, y mantener el misterio para que quieran venir a verte desde todas partes del mundo.

—Eso haré. —Le dedico una sonrisa y luego me adentro en el club, esperando que esta noche nada pueda estropearlo.

La decoración es exquisita, con telas que cuelgan desde el techo en colores rojo escarlata y dorado, hay distintas atracciones, desde contorsionistas hasta

bailarinas y no hay una sola barra sino tres, dispuestas en distintas partes del salón junto a una mesa de aperitivos, a pesar de que hay camareros deambulando por todo el inmenso club para mantener contentos a los invitados. Todos éstos van vestidos de gala, con sus trajes de diseñador, los hombres usan Aldo Conti, Massimo Dutti y Tommy Hilfigher, mientras que las mujeres llevan vestidos de alta costura cuyos nombres me es difícil imaginar.

No reconozco a ninguna de las chicas que he conocido gracias a Alexa, a estas mujeres de hoy no las he visto en mi vida, lo que me hace saber que he llegado al último piso, ahora me resta descubrir qué hay en cada una de las habitaciones.

—Tenía la esperanza de encontrarte hoy. —Esa voz.

No puedo creer que sea él. Aquí. No me imaginaba que estuviera en la lista VIP de los VIP.

—Samir... —digo casi en un suspiro, porque no lo he visto desde nuestra discusión frente a su casa y el corazón me empieza a latir muy fuerte, al punto de que pienso que voy a tener un ataque en cualquier momento.

—No pienso quedarme mucho tiempo, sólo quería despedirme.

Puedo ver en sus ojos que aún está dolido y quisiera poder curar cada una de las heridas que tiene en su alma, pero no puedo hacerlo.

—¿Adónde vas? —No quiero saberlo, sé que es mejor no saber. Pero la idea de no volverlo a ver hace que un puñal atravesase mi pecho. Él es mi oasis en medio de este desierto y perderlo significaría una tortura.

—Debo volver a casa para atender unos negocios.

Volver a casa. Yo creía que su casa estaba aquí, pero me equivocaba; no puedo ser más para él cuando paga por mi compañía.

—¿Durante cuánto tiempo? —Intento sonar indiferente y que no se percate de que en este momento se me está partiendo el alma en dos.

—No lo sé. —Sus ojos oscuros buscan en mí algo de consuelo, un gesto que lo reconforte, pero soy una estatua de hielo carente de emociones—. Tal vez durante este tiempo puedas darte cuenta de lo que de verdad vale la pena.

Ya lo sé... Quisiera gritarle que él es importante para mí, pero que en estos momentos no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Pondría todo el mundo a tus pies si tan sólo me dieras la oportunidad. —Avanza deteniéndose a sólo un paso de mí, levanta la mano y recorre con delicadeza el contorno de mi rostro—. Sé que crees que no debes ser salvada, pero yo lo haría, iría al fin del mundo si me lo permitieras.

Cómo evitar que alguien como él se meta en tu corazón cuando dice cosas como ésa y te demuestra cada vez que puede que sería capaz de hacer cualquier cosa.

—Samir... —Desvío la mirada huyendo de su roce y del efecto que tiene en mí. No puedo lidiar con esto en estos momentos.

—Cuídate, Al. —Veo en sus ojos la necesidad que tiene de un beso, el deseo de sentir mis labios en los suyos, pero ambos conocemos las reglas y ese tipo de contacto a la vista de todos no está permitido, acarrearía una penalización que podría costarme todo el esfuerzo que me ha llevado hasta aquí.

Los segundos pasan, 1, 2, 3... 10, 11, 12. ¿Qué estoy haciendo aquí, en lugar de ir tras él? Me reprendo y salgo corriendo por donde lo he visto marcharse. Lo diviso a unos metros de la puerta y acelero el paso.

—Samir... —Lo sujeto del brazo, impidiéndole dar un paso más. Él se vuelve sorprendido y veo brillar la esperanza en sus ojos.

—¿Al?

—Quisiera poder decirte algo, Samir. Pero no puedo. No hay nada que puedas hacer. Y no puedes salvarme de esto, sólo hay una manera de hacerlo y es ésta.

—*Oh, my love.* —Se acerca y acuna mi rostro con ternura entre sus manos—. Todo secreto tiene un precio, nada es gratis, Al. No lo olvides.

Yo sólo quiero que acorte la distancia y deleitarme en sus besos y por un momento pienso que va a hacerlo, pero entonces posa sus labios sobre mi frente y se me parte el alma.

—Espero que el precio que tengas que pagar no termine destruyéndote.

Y de esa manera se marcha, dejándome sola pensando en sus palabras. Tiene razón, el precio que he tenido que pagar por este secreto es demasiado alto, me ha costado toda mi vida y ahora una nueva oportunidad de tener la historia de amor que siempre quise, pero nunca tendré. Soy una hipócrita, pienso que Christoph oculta un secreto y en este momento dudo que sea más grande o peligroso que el mío. Quizá por eso una parte de mí se siente atraída por él, una parte diferente a la persona que soy cuando estoy con Samir y totalmente opuesta a la Ariadna que aún ama a Enrique con todas sus fuerzas. Me siento dividida de una forma que nunca creí que fuera posible y temo que esto acabe destruyendo mi vida.

—Espero que ya tengas esa lista... —La voz de Viktor suena por el micrófono casi dejándome sorda.

—No creo que tengan una lista. Todos llegan con invitaciones. —Estoy cerca de la puerta y veo cómo, uno a uno, van llegando hombres muy elegantes y le entregan una tarjeta negra a Marco. No tengo ni idea de cómo daré con los nombres en esta ocasión.

—¿Tienes tu móvil?

—Sí, dentro de mi vestido, como siempre.

—Ve al baño y activa el bluetooth; recibirás un archivo. Debes conectarte a la red que está abierta y tan pronto como actives el archivo viajará por esa red para insertarse en todos los dispositivos que se encuentren conectados.

Yo observo a mi alrededor, pero no veo a nadie con el teléfono a la vista, así que no sé cómo están tan seguros de que estarán conectados.

Camino hasta el baño y debo encerrarme en uno de los cubículos para evitar que me vean. Me saco el móvil del corsé y sigo las instrucciones que Viktor me ha dado. Activo el bluetooth y me conecto a la red, al recibir el archivo, lo abro y comienza a aparecer una especie de código numérico. Cuando desaparece, devuelvo el teléfono a donde lo tenía, tiro de la cadena y salgo como si nada hubiese sucedido.

—Listo —murmuro antes de regresar a la fiesta.

Me siento a una de las barras y los observo a todos; estoy por completo fuera de mi elemento y eso me asusta. Sin embargo, eso quiere decir que cada vez estoy más cerca de mi objetivo. En ese momento oigo la estática del micrófono y sé que en breve tendré nuevas instrucciones de Viktor.

—¿Estás ahí? —lo oigo decir.

—Me gustaría un Día de la semana —le pido al barman y eso le sirve para conocer mi ubicación.

—Tengo tu objetivo.

—Con granadina, por favor.

—Nikolái Petrovsky. Metro ochenta de estatura, cabello rubio y ojos verdes. Lleva un traje de color azul marino. Tiene cuarenta y seis años y lleva un anillo de oro en el dedo anular derecho, con una letra P grabada.

Tomo nota mental y empiezo a hacer una búsqueda visual.

—Está bastante frío. —Le sonrío al barman y espero que Viktor entienda que no lo veo cerca.

—En este momento está entrando; necesitamos que actives su móvil y que lo conectes a la red para poder acceder a él. Para eso, debes separarlo de sus escoltas, que siempre están a unos metros de distancia. Dos rubios que parecen jugadores de fútbol americano. Buena suerte —me desea y lo oigo apagar el micrófono.

Fijo la vista en la entrada, donde veo aparecer a Nikolái seguido de sus escoltas, como me ha advertido Viktor. Sonríe a las mujeres que ve pasar y camina en dirección a la barra, aun no me ha visto. Yo me enderezo y finjo estar muy entretenida con mi copa, mientras le doy vueltas a la cañita.

—Quiero una copa de brandy —le pide al camarero y yo empiezo a tararear una melodía, moviendo con ritmo la cabeza, como si estuviera aislada del resto del mundo.

Lo veo mirarme y siento que me repasa de arriba abajo. Sonríe de medio lado y sé que no pasará mucho rato antes de que me invite a una copa.

—¿Quieres tomar algo, preciosa? —Se inclina hacia mí y yo me vuelvo con lentitud, sosteniéndole la mirada.

—Eso depende de lo que ofrezcas. —Me muerdo el labio con coquetería antes de sonreír y veo brillar sus ojos con lujuria. No me gusta esa mirada, es distinta a la que he visto en otros hombres.

—¿Me acompañas con un brandy, querida? —Me ofrece una copa y todos mis sentidos me dicen que no acepte, pero Viktor ha sido claro en sus instrucciones y no me queda más remedio que aceptar.

—Por supuesto. —Cojo la copa y brindamos juntos.

—Estoy casi seguro de que no te había visto antes, no podría olvidar esa mirada.

Me llevo el vaso a la boca para ocultar la repulsión que me está causando este hombre. No sé qué pasa, simplemente que algo no va bien.

—Es mi primera vez. Me han avisado para este evento. Les gusta el misterio que me envuelve.

Veo que sus ojos se abren por la sorpresa y vuelve a repasarme con la mirada.

—¿Han traído a la dama de los mil rostros?

Ahora soy yo la que se sorprende de que haya oído hablar de mí.

—Estuve tentado a ir a eventos de clase inferior con la esperanza de encontrarte. —Coge mi mano y se la lleva a los labios, depositando un beso en ella.

—Entonces debe saber que siempre soy yo quien escojo a mis clientes.

Su sonrisa se vuelve una fina línea y yo me regocijo por hacerle ver que aquí quien manda soy yo.

Entablamos una conversación en la que se dedica a alardear de sus negocios, de las muchas empresas que posee y de todo el dinero que tiene y que nunca podrá gastar. Yo asiento y sonrío, fingiendo estar interesada, aunque lo que siento es un terrible aburrimiento. Pide más bebida y una parte de mí me dice que pare, pero él insiste y no sé por qué termino aceptando.

—¿Te parece si llevamos la fiesta a un lugar más privado? —susurra y su aliento apesadoso a alcohol me golpea.

—Claro... —No sé por qué lo he dicho, no quiero ir.

Él me sostiene por la cintura y avanzamos entre la multitud en dirección a un ascensor, al parecer, éste es un nuevo hotel que hoy se inaugura. Esto no pinta nada bien y, por más que quiero alejarme, mi cuerpo no responde.

—Tranquila, dulzura. Lo vamos a pasar muy bien —susurra en mi oído y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Me ha hecho algo. Pero ¿cómo?

Cuando el ascensor se abre, salimos y avanzamos por el pasillo y nos detenemos frente a una habitación. Él se saca una tarjeta del bolsillo y la introduce en la cerradura, abriendo la puerta. Los escoltas se quedan fuera y ahora dentro de la habitación sólo estamos él y yo.

Me deja sobre la cama y en ese momento me doy cuenta de que ya no puedo mover ningún músculo del cuerpo. Estoy atrapada. La ansiedad y el terror me invaden y quiero gritar pidiendo ayuda, pero ni siquiera tengo fuerzas para abrir la boca.

—Nos vamos a divertir tanto —lo oigo decir, pero desde donde estoy acostada no puedo verlo. Sus pasos se acercan y mi miedo aumenta.

—Pero primero hay que quitarte este hermoso vestido, para que no se estropee. —Sus manos están sobre mí. Me vuelve para bajar el cierre y, mientras lo hace, me acaricia la espalda con los dedos. No quiero que me toque, quiero que aleje sus repulsivas manos de mí, pero no puedo decir nada.

—Muy bien —susurra a mi cuello, deslizando la nariz por mi hombro—. Acabemos con esto.

Termina de quitarme el vestido y oigo que lo deja lejos. Sus manos recorren mis piernas desnudas, deteniéndose en mis pies para deshacerse de mis zapatos.

—Tranquila, linda, tengo cosas muy interesantes planeadas para ambos. — Me da la vuelta una vez más hasta dejarme boca arriba en la cama. Sus ojos

son como los de una serpiente, él es un depredador y yo la presa. Al notar el terror en mi mirada veo que sonrío dichoso, este hombre es un sádico.

Se quita la corbata con rapidez, dejándola a un lado; me acaricia los brazos y me los sube hasta que mis manos tocan el cabezal ornamentado de la cama. Siento como pasa una tela por mis muñecas para inmovilizarlas atándome a la cama. Está atándome como a un animal y yo sólo puedo rogar que todo esto termine rápido.

Cierro los ojos cuando su boca se desliza por mi cuello, siento cómo su lengua baja hasta mi busto y empieza a intentar deshacerse de mi sujetador de encaje. No puedo verlo, no puedo soportarlo.

—Abre los ojos, querida. —Sus manos se detienen y siento sus dedos abriendo mis ojos. Yo obedezco porque no puedo hacer otra cosa—. Quiero verte mientras disfrutas.

Está enfermo. ¿Cómo piensa que puedo disfrutar con esto? Con toda la fuerza de la que soy capaz, cierro los ojos y empiezo a sentir que mi cabeza se despeja, así que cuando su aliento roza de nuevo mi cara, le doy un cabezazo.

—Pequeña zorra. —Sonríe mientras se limpia la sangre que ha brotado al romperle el labio y en ese momento me da un golpe que me sume en la inconsciencia.

## Capítulo 16

### El principio

No puedo creer que existan eventos más exclusivos que los que ya conocía. Cuando me llegó la invitación se me hizo muy difícil creerlo. Pero aquí estoy, acabo de entregar mi invitación negra y el lugar es increíble. El rojo y el dorado combinan muy bien y las hermosuras que bailan en las plataformas te hacen calentarte de inmediato.

Recorro el lugar con la mirada y la veo ahí, en la barra, con un precioso vestido color perla y algunos detalles en azul, el pelo recogido y ese antifaz la hacen parecer como una condesa en un baile de máscaras. Pienso en acercarme, pero en eso el árabe aparece en el cuadro. No sé por qué no se queda con la rubia y deja que la pelirroja sea libre.

Veo que hablan, pero la mirada de Alena no es muy alegre, casi puedo percibir cómo su corazón se rompe. Maldigo al bastardo por hacerla sentir de esa manera. Él se marcha y ella se queda meditando unos segundos, después sale en la misma dirección que él y no regresa hasta un rato después. Creo que debería acercarme, pero después de lo del lunes es mejor esperar que se le pase la rabia, antes de intentar otro movimiento.

Me distraigo un momento y cuando vuelvo a mirar la veo acompañada por un hombre. Al ver su anillo, lo reconozco de inmediato, es Nikolái Petrovsky. Siento la necesidad de advertirle a Alena que debe salir corriendo en otra dirección. Ese hombre tiene una reputación que lo precede y no es para nada bonita. Ha mandado a varias mujeres al hospital y otras cuantas terminaron en una clínica mental o sufriendo un terrible accidente.

Veo que ella acepta una copa y después otra. No es en absoluto normal, las

pocas veces que la he visto en un evento, no ha bebido. El barman se demora más de la cuenta en servirle cada copa y eso empieza a preocuparme. Siento vibrar mi móvil, pero no puedo contestar en este sitio. Debido a la insistencia, me marché al servicio de caballeros y, tras asegurarme que no hay nadie dentro, paso el pestillo y contesto la llamada de Bastian.

—¿Qué sucede? Sabes que no puedo atender el teléfono en estos eventos.  
—Intento no gritar, porque se darían cuenta de que hablo por teléfono y me echarían de aquí.

—Es necesario que hoy te enrolles con alguna de las putas. Me han dicho que estas mujeres no son las mismas de otros eventos, ahora estás en el top de lo top. Así que son mayores las posibilidades de que alguna de ellas te lleve a la Cobra Negra.

Maldigo porque no quiero dejar a Alena a su suerte, éste es su primer evento, lo sé porque la he visto en los otros a los que he asistido, así que no servirá de nada intentarlo con ella esta noche. Además, tengo la sensación de que esconde algo muy importante que podría beneficiarme en esta búsqueda del tesoro detrás de la Cobra Negra.

—¿Sigues ahí, *mate*?

—Sí. Lo intentaré. —Corto antes de escuchar sus intentos de recordarme por qué hacemos esto y lo necesario que es que terminemos esta misión para regresar a la acción verdadera.

Salgo del servicio bastante molesto y cuando regreso al salón principal no encuentro a Alena por ningún lado. La busco con la mirada y veo que va en dirección a los ascensores con el ruso, dos escoltas los siguen de cerca, deben de ser los hombres de seguridad de Nikolái. Los observo, guardando la distancia para no ser descubierto, y al ver que desaparecen dentro del ascensor, corro para ver el piso en el que se detienen.

El panel luminoso indica que ha sido en el piso seis, así que aguardo ansioso mientras el ascensor baja. Cuando se abre la puerta, dentro hay una pareja que se besa con pasión y que, al verme, se ríen con vergüenza y salen

cogidos de la mano para regresar al evento. Yo entro con la adrenalina a mil y, antes de que se cierren las puertas, entra otra pareja que se toma con toda la calma del mundo entrar y marcar el piso al que van, que es el cuatro. El ascensor se detiene al llegar y ellos salen entre risas, evidenciando lo ebrios que están.

Las puertas se cierran de nuevo y yo siento que hoy el tiempo ha decidido ser un cabrón, porque corre demasiado lento. Voy subiendo hasta detenerme en el sexto. Salgo de prisa y me encuentro a los dos escoltas de Nikolái delante de la puerta de la que asumo que debe de ser su habitación. Al verme avanzar se interponen en mi camino y yo tomo un par de inspiraciones, pues no me queda más remedio que luchar con ellos.

—No puedes pasar —me dice uno y yo sólo le sonrío divertido.

—¿Y quién va a detenerme? —Tan pronto como he dicho esas palabras, los dos se abalanzan sobre mí y debo hacer un gran esfuerzo para esquivarlos.

Me agacho y, con una patada baja, desestabilizo a uno. Me levanto y corro hacia el segundo, al que atizo un par de golpes. Él me empuja contra la pared y siento cómo algo dentro de mí cruje. Eso me ha dolido. Me levanto, estirándome, y arremeto de nuevo, pero esta vez esquivo su golpe y voy por su estómago. Le agarro la cabeza y estrello la mía contra la suya, haciéndolo caer aturdido. El otro ya se ha levantado y viene a por mí, no me da tiempo para esquivarlo y ambos terminamos en el suelo.

Se sienta sobre mí y sus manos se cierran sobre mi cuello, haciéndome difícil respirar. Me remuevo, tratando de zafarme, pero no lo logro. Intento buscar algo que me ayude a librarme de él y la visión se me empieza a volver borrosa. Creo que no me queda mucho, cuando logro ver su arma dentro de la cinturilla del pantalón. Está tan ocupado tratando de asfixiarme que me da el suficiente tiempo para cogerla y apretar el gatillo. Cae hacia un lado, cubriéndose la herida en el brazo y yo me siento con dificultad. Se levanta, dispuesto a venir de nuevo a por mí, pero yo vuelvo a apretar el gatillo, esta vez directo a su pierna. Él cae de rodillas, dándome el suficiente tiempo para

ponerme de pie y, con la punta del arma, le doy un golpe en la cabeza que lo hace caer inconsciente.

Me tomo unos segundos para poder respirar, siento que la garganta me duele y me cuesta hablar, por poco me fractura el cuello. Compruebo con detenimiento que ambos estén inconscientes.

En ese momento recuerdo la razón por la que he subido y, sin esperar más, apunto a la cerradura con el arma. Agradezco que tenga silenciador o si no ya tendría bastante compañía en este piso. La puerta cede cuando la bala impacta y yo termino de abrirla con una patada.

Recorro el extenso pasillo color marfil hasta llegar a la habitación, se nota que Nikolái estaba muy ocupado para darse cuenta de lo que sucedía fuera.

Está sobre Alena, besándole el cuello, y tiene sangre en el labio, lo mismo que ella. Veo que tiene las muñecas atadas a la cama, lleva sólo la ropa interior de encaje color esmeralda y está inconsciente, mientras el cerdo ruso hace de las suyas. Siento que la ira bulle dentro de mí y en el momento en que va a deshacerse de su sujetador, decido anunciarme.

—Veo que te has estado divirtiendo, Nikolái.

Se detiene al oír mi voz y se separa de Alena, poniéndose en posición defensiva.

—Christoph, no creí que volvería a verte después de lo Moscú. —Camina con lentitud, estudiando mis movimientos como la serpiente que es.

Se le escapó a la agencia por poco en un operativo en Moscú, mi blanco era otro, pero nos cruzamos y pensé que lo había matado de un disparo antes de caer en un lago. Tiempo después, me enteré de que seguía vivo y no lo había visto desde entonces.

—Esta vez las cosas no terminarán de la misma manera. —Apunto a su frente y él se detiene. Sabe que no bromeo.

—¿Qué pensaría La Compañía al saber que tiene a un miembro de la Agencia de Seguridad alemana en sus eventos?

Sonríe entrecerrando los ojos y yo sé que no hay manera de dejarlo salir

vivo de aquí. Si no, en un instante, todo el trabajo no serviría para nada.

—No sé qué estás pensando, pero estoy aquí como un cliente más. —Me muevo un par de pasos hasta tener a Alena a la vista. Al menos respira.

—¿Esperas que me lo crea? —se carcajea sin el menor temor al hecho de que lo esté apuntando a la cabeza—. Debes de estar investigando algo bastante gordo. Este tipo de eventos son para cierto tipo de gente, ya sabes, con cierto nivel. Sin ofender. —Como siempre, alardeando de su dinero manchado de sangre y sus negocios ilegales—. Así que la única manera de que te hayan invitado es que estés usando una identidad falsa, fingiendo ser alguien importante, como yo. —Abre los brazos y da una vuelta pavoneándose. Con lo que aumenta mis ganas de volarle la cabeza y acabar con esto de una vez.

—No tengo la menor idea de lo que hablas.

—Entonces demuestra que me equivoco y sal de la habitación para que puede seguir disfrutando de mi compañía. —Se vuelve hacia Alena y, al ver la lujuria con que la mira, ya no soy dueño de mis actos.

Estoy a punto de disparar, pero su sonrisa cínica hace que no lo haga. Dejo el arma en una de las mesas de la entrada, lejos de su alcance, y me abalanzo contra él. Esto es algo que debo arreglar yo mismo, así que empiezo a golpearlo sin darle la oportunidad de defenderse. La rabia me ciega y en mi mente sólo existe el deseo de librar a este mundo de una escoria como él. Pero después la imagen de la agencia aparece en mi cabeza, haciendo que me detenga.

Respiro agitado y el corazón me late con fuerza, producto de la adrenalina. Observo mis manos, que están manchadas con sangre, la mía y la de Nikolái, porque me he raspado los nudillos en el proceso. Él yace en el suelo, con el rostro ensangrentado y su fina camisa blanca manchada de un rojo carmesí. Dudo que siga con vida y tengo que tomarle el pulso para comprobar que no lo he asesinado. Está inconsciente, pero aún con vida.

Voy a buscar el arma a la mesa y me la coloco en la cinturilla, debajo de la camisa; ha sido un error quedarme desarmado, pero he perdido los cabales.

Me llevo las manos a la cabeza mientras camino de un lado a otro de la habitación, pensando qué hacer. Esto no era lo que debía suceder, yo debía enredarme con una de las putas de este lugar y no terminar en esta habitación salvando a la preciosa pelirroja de las garras de Nikolái Petrovsky.

Me siento en la cama mientras lo observo tendido en el suelo. Pienso en las posibilidades de salir airoso de todo esto. No puedo permitir que nadie se entere.

Corro al pasillo, donde aún están los escoltas de Petrovsky inconscientes y, sujetándolos por los brazos uno tras otro, los llevo a la habitación. Sacó de mi chaqueta dos juegos de esposas de plástico y se las pongo. Los ato espalda con espalda, haciendo uso de una de las sábanas de la cama y cojo las toallas para hacer unas mordazas. No quiero correr riesgos, a pesar de que estas habitaciones estén insonorizadas.

Observo a Nikolái y las muñecas de Alena atadas al cabezal de la cama. La desato con cuidado y muevo su cuerpo a un lado. Luego arrastro al ruso hasta la cama y le ato las muñecas de la misma manera como él ha sujetado las de la pelirroja. Verlo ahí me hace querer matarlo y acabar la faena, pero no puedo hacerlo. No puedo resolverlo de esta manera. Así que saco mi teléfono y llamo a la única persona que puede ayudarme en estos momentos.

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué sucede, *mate*? ¿Has dado con algo importante? —pregunta mi amigo, emocionado.

—Algo así. —Observo a Nikolái y luego a sus hombres y sé la reprimenda que me caerá cuando Bastian se entere de esto—. Te necesito en la habitación seiscientos tres cuanto antes.

—Está bien. Voy en camino.

—Te espero. Puedes subir por la escalera de incendios. Procura que nadie te vea —le pido antes de colgar.

Observo las muñecas de Alena, están rojas y se le formarán círculos morados alrededor. Se las acaricio cuidando de no hacerle daño, luego le dejo

los brazos a los lados del cuerpo y me quito la chaqueta para cubrirla con ella. Se la pongo con cuidado, tapándola todo lo que puedo. Veo que su vestido está intacto en uno de los sillones, junto con sus zapatos.

Su imagen en el bar, tan guapa con ese vestido, me asalta y la calma me abandona otra vez al ver cómo el ruso ha profanado su cuerpo. Tiene el labio abierto de nuevo, donde los guardias de Cattel la golpearon por mi culpa. Deslizo los dedos por su rostro y me siento culpable de haberla llevado a ese lugar, aunque saliéramos victoriosos y yo confirmase parte de mis sospechas.

Quince minutos más tarde, mi amigo Bastian entra en la habitación y la cara de sorpresa que pone al encontrarse a los guardias amarrados e inconscientes es digna de una fotografía.

—¿Qué demonios es esto?

Yo estoy sentado junto al cuerpo de Nikolái, con los codos apoyados en las piernas y las manos juntas.

—Es difícil de explicar.

—¿Ése es Nikolái Petrovsky? —señala detrás de mí con la boca abierta.

—Lo es —asiento, pensando en las palabras que le diré.

—¿Puedes explicarme cómo has terminado en esta habitación con Nikolái Petrovsky y sus hombres?

No sé si está molesto porque lo que he hecho o por haberse quedado fuera de la diversión.

—Lo he visto en el evento y lo he seguido hasta aquí. Ha subido con esa mujer. —Señalo a Alena, a la que ya le he puesto bien en el antifaz, para que no averigüe su identidad.

—¿Es una de las putas de alto nivel?

Oírlo hablar así me molesta, pero hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para que no se dé cuenta de cuánto me molesta.

—Sí. No la había visto en los otros eventos. Cuando he llegado ya estaba inconsciente. Así que Petrovsky y yo hemos tenido una conversación y hemos decidido terminar lo que comenzó en Moscú.

Él vuelve a mirar al ruso y después a mí, noto que algo no le termina de cuadrar, pero confía en mí, así que no hace más preguntas.

—¿Qué hacemos ahora?

—Necesito que hables con la agencia y esperes aquí. Nadie puede asociarme con esto o toda mi coartada se caerá como un castillo de naipes.

—¿Y qué haremos con ella? —Señala el cuerpo inconsciente de Alena y yo suspiro. Ya he pensado en un plan, sólo que no voy a desvelárselo a Bastian.

—Sé cuál es el hotel donde se hospedan todas ellas, así que la dejaré allí. No creo que recuerde nada por la mañana. —Me pongo de pie y cojo la funda de almohada en la que he metido el vestido y sus zapatos.

—Es un buen plan. Sal por la puerta de servicio para que no sospechen al ver que llevas a una mujer inconsciente en brazos. Aunque no creo que les pille de nuevas —resopla con repulsión, dándole un golpe con el pie a uno de los guardias para corroborar que siguen inconscientes.

—Avísame cuando esté todo hecho. —Me coloco a la preciosa pelirroja sobre el hombro sujetándola por las piernas con una mano, mientras en la otra llevo el vestido y sus zapatos.

Me asomo por la puerta para confirmar que no hay nadie en el pasillo y camino a paso rápido hasta el final, donde a la izquierda está la escalera de emergencia. Bajo cuidando que no resuenen mis pasos y, al llegar al cuarto piso, debo detenerme porque oigo voces. Mi corazón se detiene por temor a ser descubierto y meterme en un embrollo mayor que éste. Transcurren alrededor de veinte minutos hasta que las voces se alejan, y entonces aprovecho para seguir descendiendo hasta llegar a la planta baja.

Pero una vez allí todo se complica, hay personas cerca de la puerta, charlando y fumándose un cigarrillo. Así que debo esperar una vez más hasta que todos se hayan ido. Coloco con cuidado a la pelirroja en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Miro mi móvil y veo que apenas son las diez de la noche. Transcurre una hora hasta que los de la puerta se marchan, dejándome vía libre.

Alzo a Alena una vez más y cojo la funda de tela con sus cosas. Camino lo más rápido que puedo hasta el aparcamiento, donde al final diviso mi automóvil. Abro una de las puertas traseras y acuesto con cuidado a Alena en el asiento. La veo tan indefensa, tan frágil, tan distinta a la mujer fiera de siempre. Eso hace que la sangre me hierva de cólera, porque alguien ha sido capaz de rebajarla a esto. Pero yo ya me he encargado de esa escoria. Cierro la puerta y me siento al volante para sacarla de ahí con toda la fuerza del motor de mi BMW.

Me detengo frente al edificio y apago las luces del coche, pensando en si es el lugar adecuado para dejarla. Pasan diez, luego veinte y después treinta minutos sin que sea capaz de decidirme. Me ha dicho más de una vez que me mantenga alejado de ella y aquí estoy otra vez. Aunque de no ser por mí, ese bastardo habría hecho con ella lo que le placiera, así que espero que logre verlo de esa manera.

Tomo una bocanada de aire y al final salgo del coche para sacarla del asiento de atrás y llevarla arriba. Como buen acosador, ya tengo una copia de todas sus llaves, así que no es problema entrar en su apartamento. Dentro todo está en completa calma, enciendo las luces y la llevo a través del pasillo hasta la única habitación del lugar. Es bastante amplia, en ella cabría todo mi apartamento de un solo espacio. Tiene una cama extragrande, un tocador de cristal, un armario cuyas puertas abarcan toda la pared del fondo y una pequeña sala de estar.

—Esto es demasiado para una sola persona... —murmuro, antes de meterla debajo de las sábanas. Cuido de no hacerle daño al quitarle mi chaqueta y la abrigo bien para que no se resfríe.

Quizá debería irme y volver el evento para intentar estar con alguna de las chicas, sería lo más inteligente, pero algo dentro de mí me lo impide. Verla ahí tan en calma, con sus pelirrojos rizos sobre la almohada blanca, como si fuese un ángel. Es imposible no preguntarme qué pudo llevarla a este tipo de vida. Sé que sabe lo suficiente de defensa personal y manejo de armas como para

ser temeraria, lo que me hace cuestionarme su identidad. Esta mujer guerrera no encaja con el perfil de chica del interior del país que vino aquí para tener una vida mejor; licenciada en comunicaciones con las mejores notas, lo abandona todo para convertirse en una prostituta de alto nivel. No me lo creo.

Aprovecho el momento para revisar su habitación, pero por más que busco en sus cajones, el armario, su bolso e incluso el móvil, no encuentro nada que revele quién es en verdad. Observo su identificación una vez más y vuelvo a revisar sus datos, pero no hay nada nuevo. Parece estar limpia, pero ¿cómo aprendió todo esto? Tendré que seguirla más de cerca para poder descubrir su secreto antes de que ella descubra el mío.

Arrastro el sofá cerca de la cama y me siento para velar su sueño. Sé que es lo más patético que puedo hacer, pero necesito saber qué recuerda y ayudarla a llenar los vacíos. No quiero que se despierte y se asuste al verse aquí sin saber lo que ha pasado o no ha pasado. Ése es un trauma que puede perseguirte toda la vida y yo sé muy bien lo que puede hacerte algo como eso. Soy la prueba viviente de ello.

## Capítulo 17

### Rota

Una punzada de dolor me despierta cuando abro la boca y me paso la lengua por los labios, lo que me hace reprimir una mueca. Abro los ojos con sensación de embotamiento, estoy confusa y desorientada. Parpadeo varias veces mientras mis ojos se acostumbran a la claridad y las paredes de mi habitación me dan la bienvenida. Me siento en la cama con la sensación de que he olvidado algo importante. Cuando levanto la sábana, veo mi cuerpo semidesnudo, cubierto por la fina capa de encaje de mi lencería verde esmeralda. Al mirar a mi izquierda, el hombre recostado en mi sofá me sobresalta. El pulso se me dispara a mil por hora y al reconocer a Christoph mi temor aumenta.

Salgo de la cama con rapidez, procurando no hacer ruido, cojo la bata de satén que reposa en el cabecero de mi cama y me la pongo, controlando la vergüenza que empiezo a sentir al pensar en las cosas que han podido pasar con este hombre y que no soy capaz de recordar.

Me lavo los dientes de forma automática y me horrorizo al ver mi labio abierto y el maquillaje corrido. Trato con ahínco de eliminar cualquier rastro de la noche anterior y un par de minutos más tarde lo consigo.

Me esfuerzo en preparar un poco de café, con la cabeza cavilando a toda marcha, intentando descubrir los vacíos de mi mente.

—Lo último que recuerdo... —murmuro.

Las imágenes del evento me vienen a la memoria. Recuerdo a Samir y su triste despedida que me dejó hecha pedazos, regresé a la barra y después... Nikolái Petrovsky...

Me paralizó producto del miedo. Recuerdo asentir a todo lo que decía, recuerdo haber subido a su habitación. Su boca sobre mi piel, sus manos repugnantes quitándome el vestido. Me estremezco al recordar lo asqueada que me hacía sentir. Sin embargo, lo último que recuerdo es su rostro, su sonrisa sádica después del cabezazo que le di, y el impacto de su mano en mi rostro en respuesta, después todo se volvió negro.

—¿Y si...? —digo con un hilo de voz.

«¿Y si me violó?» La pregunta se materializa y no me abandona una vez que se me presenta.

Camino hasta la sala y me siento en el sofá, al que subo los pies y me abrazo las rodillas. No puedo con esto. Me siento sucia, si ese hombre me ha profanado...

—No... no puede ser... —sollozo, sintiéndome rota. Un hombre ha ultrajado mi cuerpo y yo soy la única responsable. Yo me he metido en este lío, en primer lugar al acceder a ir con él. No hay ningún sitio a donde huir ahora, estoy sola.

El tacto de una mano sobre mi hombro me sobresalta y casi salto del sofá adoptando una actitud defensiva. Me encuentro con la mirada de Christoph. Esta vez me mira diferente, el hombre prepotente no está. Sus ojos reflejan compasión, culpa y arrepentimiento. Aunque no sé de qué puede sentirse culpable. Y no sé qué está haciendo, aquí para variar.

—¿Qué...? —Me ato con fuerza la bata y me la sujeto como si mi vida dependiera de ello.

—No ha pasado nada.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Al principio creo que se refiere a nosotros, pero la fina línea que forman sus labios expresa algo más.

—No ha pasado nada —repite y yo suelto el aire que he estado conteniendo desde que me he despertado.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá, procesando las palabras que han salido de sus labios y una lágrima escapa de mis ojos. Con un dedo me la

limpia con delicadeza y, al levantar la vista, lo veo de cuclillas frente a mí, con expresión inescrutable. Me es imposible descifrarlo en estos momentos.

—Nunca permitiría que te hicieran daño.

Suena a una promesa que no me permito creer. No debo confiar en él. Algo oculta. Pero no puedo evitar sentirme tranquila de que sea él quien esté aquí ahora. Esa parte de mí que tiene una conexión con este hombre, que hace que me convierta en alguien diferente, más osada, más fuerte para enfrentarlo.

—Gracias... —Cojo su mano cuando la retira de mi rostro y le doy un leve apretón. De no haber estado ahí, sé muy bien lo que ese animal me hubiese hecho.

—¿No vas a acusarme por estarte acosando? —Su boca se tuerce en una sonrisa ladina y yo le devuelvo una igual.

—Esta vez no.

—¿Quieres saber qué pasó?

Sus ojos no se apartan de los míos y veo que hay temor en ellos. No sé si lo mejor es que sepa lo que sucedió, no sé si voy a poder soportarlo, pero creo que la alternativa es peor.

—Necesito saberlo.

Lo veo suspirar antes de sentarse junto a mí en el sofá. Le lleva unos minutos encontrar la manera de contarme lo sucedido.

—Cuando entré en la habitación, Nikolái estaba sobre ti. No pude resistirlo, así que lo apunté con un arma que le quité a uno de sus guardias de seguridad. Él no me creía capaz de disparar, no paraba de alardear...

—¿Y disparaste? —lo interrumpo.

—No. Me abalancé sobre él y por poco lo mato a golpes.

Debería asustarme su sinceridad, sin embargo, siento alegría, se lo merecía.

—¿Por qué no lo hiciste? —Sé que ha sonado a recriminación y creo que en parte ha sido así. Pero es que ese hombre debe de haberles hecho lo mismo a muchas mujeres y seguirá haciéndoselo mientras continúe en este mundo.

—No soy un asesino.

Y sé que esta vez habla en serio. Quizá no sea una persona en la que pueda confiar al cien por cien, pero sé que al menos eso es cierto.

—¿Qué pasó después? —Desvió la mirada porque la intensidad con la que me observa me hace sentir desnuda, expuesta, y eso me incomoda.

—Me encargué de que nunca más vuelva a molestarte, ni a ti ni a ninguna otra persona. —La oscuridad desaparece por unos segundos de sus ojos ambarinos, es casi imperceptible, pero yo puedo notarlo.

—Pero has dicho que no eres un asesino.

—No lo soy. —Sonríe divertido y yo sé que hay algo que no me está diciendo.

—Pero te encargaste de él. —Hago una pausa y sueño como en las películas italianas de mafia y de matones.

—Sí, lo hice.

Y sé que no voy a sacarle nada más al respecto.

—¿Café? —ofrezco, encaminándome a la cocina.

—Me gusta dulce. —Ha acariciado esta última palabra como si fuera terciopelo y yo no puedo evitar sonreír divertida.

—En ese caso, puedes endulzártelo tú mismo. —Coloco el azúcar frente a él, junto a la taza humeante.

—Como siempre...

Tomamos el café en silencio, porque él no deja de mirarme con esa expresión que no consigo descifrar y yo no encuentro un tema de conversación. En ese momento me percató de que no ha salido del todo airoso de mi rescate, tiene en el rostro un par de raspones y moretones. Sostiene la taza de café con ambas manos, mostrando sus nudillos pelados.

No puedo evitar sentirme confusa acerca de mis sentimientos hacia Christoph. Agradecimiento, resentimiento, ira, ¿deseo? ¿He dicho deseo? Eso queda descartado.

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos de mi mente, aún no sé cómo

lidar con lo que siento hacia tres hombres diferentes, como una completa puta por sentir así, pero me es imposible evitarlo.

—Debo irme. Tengo algunos asuntos que atender.

Se pone de pie y duda cómo despedirse. Se acerca, pero no se atreve a moverse.

—Sí, también yo. —Me detengo frente a él, sintiendo el peso de su mirada sobre mi rostro. Se queda mirando mis labios y yo, de forma automática, me paso lentamente la lengua por ellos, mordiéndome el labio inferior al final.

—Me voy —repite, después de soltar aire como si le costara mantenerse cerca de mí.

—Gracias... —le digo una vez más y él sonríe.

Me gusta su sonrisa más de lo que soy capaz de admitir. Hace un leve asentimiento de cabeza y se marcha sin decir nada más. Dejándome sola, sintiéndome vacía.

Empiezo a repasar mis pertenencias, asegurándome de que a Christoph no se le haya olvidado nada. Saco mi vestido de la funda de la almohada del hotel donde la ha metido y lo observo, comprobando que está impoluto. Al menos el bastardo de Nikolái no lo ha estropeado, aunque no creo tener el valor de ponérmelo de nuevo, lo mismo que los zapatos. No quiero nada que me lo recuerde, así que los confino al fondo del armario. Pero al terminar de arreglar mi habitación, me doy cuenta de que algo falta, no encuentro mi móvil. Busco por el sofá de la habitación, revuelvo las sábanas en pos de algún rastro de él, pero no hay nada...

—No puede ser. —Me asomo debajo de la cama buscándolo, pero no está —. Tiene que estar en algún lado.

Pongo el apartamento patas arriba sin resultado. He perdido el móvil. He perdido la fuente de información más grande que tengo, los contactos, los virus. El contacto con Viktor. Se va a volver loco. Aunque...

Corro a mi habitación y saco de un escondite secreto en el armario mi Mac. Lo enciendo y busco de inmediato mi móvil por el localizador. Siempre y

cuando ningún ladrón se haya hecho con él, podré rastrearlo. Pero si lo han apagado, estoy muerta. Dejo que cargue la página y parece que hoy el mundo entero está contra mí. Hasta que por fin la odiosa página decide revelar la localización de mi teléfono móvil.

—Está en el hotel... —Suspiro aliviada. Por un minuto pensaba que mi vida se había acabado.

Observo la hora en la pantalla del portátil y casi se me salen los ojos de las órbitas. Son las once de la mañana y a la una limpian las habitaciones. Tengo menos de dos horas para entrar en la habitación de Nikolái y recuperar mi teléfono. Con suerte, conseguiré también el móvil de él, aunque no creo que tenga tanta suerte. Salto de la cama como un resorte y me enfundo en mi equipo deportivo negro. Me calzo las zapatillas y me recojo el pelo en una coleta. Debo entrar sin ser vista. Sin embargo, no sé si me resultará sencillo enfrentarme a esa habitación y las cosas que sé que me esperan dentro.

Decido detener mis pensamientos antes de que se vayan por un camino que en estos momentos no soy capaz de afrontar. Salgo del apartamento con un objetivo en mente. No lo pienso dos veces y me monto en mi máquina de dos ruedas, acelerando el motor a toda su potencia. El tiempo se acorta ante la oportunidad de recuperar lo que me pertenece.

Llego al hotel bastante alterada. Sin detenerme a hablar con el personal, entro con una sonrisa, como si me estuviesen esperando. Antes de que alguien me detenga, me meto en el ascensor y marco el sexto piso. Los recuerdos me asaltan y siento que me falta el aire. Me concentro en la pantalla que indica que vamos subiendo, porque si no tendré un ataque de pánico justo ahora. Cuando creo que me voy a desmayar, se abren las puertas y un hombre que espera leyendo el periódico se me acerca preocupado.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Sí. Gracias. —Sonrío con timidez y lo dejo atrás para enfrentarme a la habitación 603.

Llego hasta la puerta con las manos temblorosas y me detengo al ver el

resto de un disparo en la cerradura. Es la manera en la que Christoph consiguió entrar. ¿Por qué? Es la pregunta que no he conseguido hacerle. ¿Por qué me salvo? ¿Por qué arriesgarse a perder la vida por mí?

Doy un paso al frente y el largo pasillo de la habitación hace que me sienta como en un *déjà vu*. Tengo *flashes* de la noche anterior y el rostro de Nikolái relamiéndose los labios al ver mi expresión de terror. Continúo caminando. Al ver las sábanas revueltas, me viene una arcada y siento la bilis en la garganta. No he comido nada desde el almuerzo de ayer. Paso las manos por las sábanas, como si éstas pudieran lastimarme, para luego arrojarlas al suelo con fuerza. Deshago la cama en un ataque de furia y las lágrimas brotan de mis ojos; son lágrimas de ira, de cólera y no sólo hacia Nikolái, sino también hacia Viktor, por hacer que lo aceptara, por chantajearme en primer lugar hace casi dos años.

Me siento en la cama tomando un par de inspiraciones que me ayuden a calmarme.

—No vayas por ahí, Alena... —me reprocho inspirando hondo una última vez antes de abrir los ojos—. Debes concentrarte.

Me levanto de la cama y empiezo a revisar la habitación. Me asomo debajo de la cama buscando mi móvil, pero no lo veo. Reviso los cajones y el armario, pero no hay ni rastro de él. Arrojo al suelo los cojines del pequeño sofá y algo sale volando junto con ellos. No lo oigo caer y agradezco al suelo alfombrado y al nido de sábanas que hayan amortiguado su caída. Me siento junto al montón de tela y empiezo a hurgar entre ella hasta que doy con mi teléfono.

—Te he encontrado. —Lo levanto con una mano y me dejo caer en el suelo, satisfecha. Compruebo que todo esté ahí y le paso el antivirus por si acaso alguien ha husmeado en él, pero nada me indica que haya sido así.

Me llega una alerta en el momento en que lo desbloqueo y veo que es de uno de los móviles que ayer estaban conectados al wifi y ha recibido un mensaje. Sin embargo, no consigo acceder desde mi móvil. Tendré que esperar

hasta regresar al apartamento. En ese momento oigo pasos que vienen por el pasillo en dirección a esta habitación. El pánico me invade y sopeso mis opciones. No puedo escapar por la puerta, ni esconderme en el cuarto de baño o debajo de la cama porque me encontrarían. Observo el enorme ventanal que da a un pequeño balcón.

—Sólo espero no romperme nada... —Abro la puerta y me asomo para calcular la distancia que hay hasta el suelo. Sería una dolorosa caída.

Observo a ambos lados y me decido por el balcón de la derecha. No he oído voces cuando he pasado frente a la puerta, así que quizá, con suerte, la habitación se encuentre ya vacía. Me aferro a la barandilla del balcón, mientras paso una pierna y después otra, apoyando los pies en un estrecho borde. Me acerco con lentitud hasta la pared, donde hay un borde de menos de mi pie de grosor. Siento que sudo profusamente, porque el miedo que siento a caerme es muy grande. Pero sé que si avanzo con firmeza conseguiré llegar al otro lado sana y salva.

—Allá vamos.

Doy un paso cada vez y el tiempo pasa muy despacio. Cuando llego al otro balcón, siento que todo ha sido un sueño. Paso por encima de la barandilla y ruego que la puerta no tenga seguro, sino, me tocará seguir visitando balcones.

Muevo la puerta y, para mi suerte, está sin pestillo. Asomo la cabeza y veo a un hombre medio desnudo, envuelto en las sábanas y que duerme a pierna suelta. Camino con sigilo en dirección a la puerta y estoy a punto de salir airosa, cuando una voz ronca me detiene.

—¿Te vas tan temprano preciosa?

Me vuelvo con una sonrisa seductora, interpretando mi papel lo mejor que puedo.

—Lo siento, guapo, pero el precio no incluye arrumacos por la mañana. — Le guiño un ojo y lo veo sentarse en la cama, apoyando la espalda en el cabezal.

—¿Y si te pido como un favor que me refresques lo bien que lo pasamos

anoche?

Su mirada está cargada de lujuria y yo me divierto jugando con él. Ha bebido tanto que no se acuerda de que no ha tenido acción la noche anterior.

—Lo siento, guapo.

—¿Y si doblo el precio? —Estira la sábana sobre su miembro, haciendo que se note su apremiante erección.

—Me temo que tengo otro compromiso. Quizá la próxima vez.

—Es una lástima. —Sonríe con la mirada oscurecida, para después inclinarse hacia la mesilla de noche, de donde coge su billetera—. El pago por lo de anoche y una propina.

Me entrega varios billetes y debo esforzarme para no demostrar mi asombro. Es mucho dinero, el triple de la tarifa de los eventos de nivel dos.

—Nos vemos, guapo. —Le lanzo un beso en el aire y él simula que lo atrapa para colocárselo en el corazón.

No aguanto otro segundo más aquí, así que me doy media vuelta y desaparezco, cerrando tras de mí.

—Hombres... —susurro al cerrar la puerta—. Ha estado cerca de pillarme. —Cojo mi teléfono móvil y la siguiente alerta me hace correr en dirección al estacionamiento, para regresar al apartamento cuanto antes. Necesito saber de qué van estas alertas que me están llegando. Debe de ser algo importante.

Llego a mi casa y, tan pronto como entro, me topo con un sobre negro con letras doradas. Si lo miro de frente parece que no haya nada escrito, pero al mirarlo a contraluz puedo leer claramente el mensaje.

—Es una invitación —digo, mientras repaso lo que dice con el dedo, escrito en una caligrafía impecable. Es para esta noche a las ocho, en el mismo hotel de anoche.

Dejo la invitación a un lado y reviso en el portátil el programa con el que envié el virus para hackear los teléfonos de los asistentes al evento. Le doy a las alertas y siento que finalmente ha llegado la oportunidad que estaba esperando.

Es una especie de invitación para todos los clientes de La Compañía. Dentro de una semana tendrá lugar una reunión, cuya localización aún se desconoce, en la que tendrán la oportunidad de participar en una competición cuerpo a cuerpo entre los clientes. El premio es una reunión aún más exclusiva para hacer negocios con la jefa de La Compañía. Y yo ya sé quién es esa jefa. No es otra más que la Cobra Negra.

—Al fin tendré la oportunidad de tenerte frente a frente. —Sonrío al leer el mensaje.

Tengo una semana para prepararme. No tengo la menor idea de cómo lo haré para poder competir, pero imagino que las damas de compañía de nivel uno estarán ahí. La ayuda de Marco me será indispensable para poder entrar.

## Capítulo 18

### Un camino sin retorno

Me miro por última vez al espejo y aliso las arrugas imaginarias de mi vestido dorado. Parece que haya secuestrado al sol para colocarlo en este vestido. Tiene un escote pronunciado delante y la tela escarchada cae con soltura desde mis caderas hasta el suelo; es similar en la parte trasera y yo me siento como una estrella de Hollywood. Me han dejado el pelo magnífico, con un hermoso recogido bajo, cerca de mi oreja derecha; el maquillaje hace que mis lentes de contacto verdes se noten aún más. En el salón de belleza he pedido que me aplicaran un tinte temporal rubio, que, con el anterior color rojizo de mi cabello, ha originado una tonalidad encantadora e irresistible. Atenúa la tonalidad casi escarlata que llevaba antes y ahora es más naranja, aunque sigo entrando en la categoría de pelirroja.

Me coloco el antifaz negro con brillos, para darle un impacto mayor a mi mirada y sonrío ante el reflejo que tengo delante. Si me han vuelto a solicitar, eso quiere decir que desconocen lo sucedido la noche anterior, así que mis posibilidades siguen siendo altas. Esta vez no llevaré mi teléfono móvil, porque no quiero correr el riesgo de ser descubierta. Me pongo mi collar dorado y el audífono, que oculto detrás de un mechón suelto.

—Sin errores esta vez —murmuro frente al espejo, antes de dar un último vistazo y salir cubierta con mi nueva armadura.

Dejando atrás toda la confusión de esta mañana, bajo este antifaz vuelvo a ser Alena, o, como los clientes me conocen, la dama de los mil rostros.

Llego al hotel escoltada como siempre por Boris. Tengo los nervios a flor de piel y siento temor de encontrarme a alguien peor que Nikolái esta vez.

Camino con paso tembloroso y al ver a Marco siento que he recuperado parte del control, al menos hay un rostro familiar en este lugar.

—Mi preciosa veintidós. —Se acerca con cariño y después de abrazarme me da dos sonoros besos en las mejillas—. Sea lo que sea lo que estés haciendo, continúa así. Esta noche es muy importante —me susurra al oído, para luego darme un pequeño empujón haciéndome entrar.

—Gracias —le digo volviéndome sonriente, antes de enfrentarme a ese intimidante lugar.

El ambiente es el mismo que en el resto de los eventos, el dinero desborda, lo mismo que el lujo y el poder. He reconocido a tres jueces de alto nivel y a un ministro. Sólo pido que ninguno de mis próximos clientes sea alguno de ellos, porque no voy a poder con la repulsión.

Me paseo como si fuese la dueña del lugar, coleccionando las miradas que los caballeros me dirigen en mi recorrido. No hay un solo hombre que no haya dado la vuelta al verme pasar. Me hago notar y, como siempre, espero el siguiente movimiento sentada a una de las tres barras. He escogido la que está en la terraza y me ofrece la mejor vista de la isla; desde ahí puedo apreciar la inmensidad del mar que se une con la oscuridad de la noche en el firmamento. Resulta bastante apacible, aunque no lo suficiente, dadas las circunstancias, así que vuelvo la vista a la barra.

—Quisiera un Sexo en la playa, por favor —le pido al barman. Sé que no debería beber, pero si no lo hago saldré de aquí corriendo.

—Entendido...

—Mejor prepárele a la señorita un Cosmopolitan. —Una voz áspera me sobresalta y un olor poderoso y apetecible me impacta, antes de que me vuelva para mirar a mi acompañante.

—No estoy segura de aceptarlo...

Me hallo ante un hombre de treinta y tantos, de piel morena y cabello negro muy corto, sus ojos son tan oscuros como el carbón. Lo repaso con la mirada de arriba abajo, percatándome de su traje y de sus zapatos de marca. Lleva un

reloj suizo del tipo que acostumbra a usar Samir y hay algo en él que me resulta familiar.

—Sé muy bien que la dama de los mil rostros es quien escoge a sus acompañantes, pero en esta ocasión no tendrá alternativa. —No ha querido sonar exigente ni pretencioso, sino que lo ha dicho como si fuese una verdad inapelable.

—¿Y a quien tendría que aceptarle esa copa? —Me inclino de manera seductora, haciendo más evidente mi escote, pero sin mostrar mis encantos del todo—. Usted parece saber quién soy, en cambio yo voy a ciegas. No me parece del todo justo. —Ladeo la cabeza con lentitud, sin quitarle la mirada de encima.

—Mi nombre no es lo que debería importarle —acerca hacia mí el Cosmopolitan que en algún momento el barman ha preparado—, sino la identidad de quien me envía la que debería resultarle... intrigante —susurra después de una pausa.

—¿Quién lo envía...? —Ahora sí que no entiendo nada. Este irresistible e imponente hombre no es más que un enviado de algún otro cliente—. Tiene toda mi atención. Para que ese desconocido requiera de un intermediario es porque debe de ser muy importante.

—Sí.

—No puedo ocultar el interés que me causa esta situación, sin embargo, no estoy del todo segura. —Rechazo la copa, haciéndola a un lado.

—Me temo que me es imposible revelar la identidad de quien me ha enviado, pero sí puedo decirle que es de vital importancia en la jerarquía de La Compañía.

Toda mi atención está puesta en él, es como si hubiese dicho las palabras mágicas.

—Al menos compláceme diciéndome tu nombre antes de acepte esta copa. —Lo miro entrecerrando los ojos, mientras me paso lentamente la lengua por los labios.

—Cómo resistirse. —Sonríe de forma seductora y se acerca, dejando sólo unos míseros centímetros de separación entre ambos—. Me llamo Jonathan Phillips, para servirle. —Esa última frase la ha dicho dejando un atisbo de promesa en ella que me hace regocijarme por el efecto que causo en los hombres.

—En ese caso, es un placer conocerlo, señor Phillips. —Levanto la copa y finjo beber un pequeño sorbo de mi Cosmopolitan. No cometeré el mismo error dos veces y menos en una misma semana.

—Si ya hemos terminado con las presentaciones, tengo que acompañarla a donde su cliente la espera. —Señala en dirección al largo pasillo que se encuentra a un lado de la terraza. La piel de la nuca se me eriza al sentir el contacto de su mano en mi espalda, mientras me acompaña al lugar del encuentro. Sé que no se debe por completo a él, sino el temor a lo desconocido y a que resulte ser un depravado igual o peor que Nikolái. Sin embargo, aquí estoy, caminando como si fuera al pabellón de la muerte y debo respirar hondo varias veces para no terminar con un ataque de pánico.

—Hemos llegado —me informa cuando nos detenemos frente a una puerta metalizada—. Hasta aquí puedo acompañarla. —Hace una pequeña reverencia y me abre la puerta, haciéndose a un lado.

—Gracias. —Le devuelvo la reverencia y doy un paso al frente, recordando mis motivaciones para seguir aquí. No tengo oportunidad de fallar, así que sea lo que sea a lo que me tenga que enfrentar ahí dentro, no tengo más remedio que salir airosa de todo.

La habitación se encuentra en completo silencio. Observo a mi alrededor cada detalle. Es una estancia muy espaciosa, con una pequeña sala y dos puertas que me imagino que deben dar al dormitorio y al cuarto de baño. Las paredes son de color vino tinto y las cortinas de terciopelo color marfil, lo que le da un toque elegante al lugar. Los muebles son de cuero negro, lo mismo que todos los accesorios decorativos. Hay una pantalla plana colgada en la pared, casi tan grande como una pantalla de cine. Doy un par de pasos, recorriendo la

habitación y me detengo al llegar a la puerta que, efectivamente, da al dormitorio.

Veó una gigantesca cama con dosel, con sábanas negras de seda. Las paredes están empapeladas en color champán, con hermosos detalles en dorado. Todo el mobiliario de la habitación es blanco y dorado, dejando que el color de las sábanas sea el centro de atención. Trago saliva al entender la promesa implícita en esta cita y de manera automática me llevo una mano al medallón, acariciando el depósito de la droga, en caso de que quien sea pretenda que me acueste con él.

No me da tiempo a hilvanar más pensamientos, porque en ese momento oigo que la puerta se abre para cerrarse a los pocos segundos. El pulso se me dispara y tengo miedo de darme la vuelta. Sin embargo, el sonido de unos tacones al chocar contra el suelo de granito hacen que me vuelva sin pensarlo un minuto.

—Me complace conocer por fin a la misteriosa Kitsune. —Frente a mí se encuentra una mujer que como mucho llegará a los treinta años, tiene el cabello rubio platino recogido en una lisa cola de caballo. Es de mi misma estatura y se la ve bronceada por el sol, sus ojos son como el caramelo fundido y su rostro tiene facciones delicadas, con un aire de persona con dinero. Se mueve con elegancia por la habitación, con una pierna asomando por la abertura de su vestido color plata. Es muy guapa, parece sacada de las pasarelas de alta costura, con un cuerpo como el de los ángeles de Victoria's Secret.

—Creo que estoy en desventaja. —La observo con recelo, porque estoy bastante confusa.

—No necesitas saber mi nombre. Lo único que tienes que saber es que soy la encargada de probar a todas las chicas que formarán parte del nivel exclusivo de La Compañía. —Sonríe sin descaro y puedo ver cómo su mirada se enturbia, dando paso a... ¿la lujuria?

—¿Has dicho probar?

Ella sonríe una vez más y se acerca a paso lento en dirección a mí.

—S , justo eso he dicho. —Se humedece los labios con sensualidad y pasa un dedo índice por mi brazo, haciendo que mi piel se erice durante el recorrido.

—No sí... No s  si lo estoy entendiendo. —Dudo entre mantener la mirada en su dedo o en su cara, pero todos mis sentidos me dicen que estoy a punto de pasar a un punto de no retorno y que no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—No hay mucho que entender. Bienvenida a tu iniciación. —Me guiña un ojo y todos los pelos se me ponen de punta. Tenía razón, estoy a punto de tener mi primera vez con una mujer.

Da un paso al frente, coge un antifaz morado de la cama y me lo pone sin mediar palabra, dejándome por completo a ciegas.

— Est s asustada? —Siento su aliento que roza mi nuca, al tiempo que desliza su mano por el escote en mi espalda. Yo sólo trago saliva—. Tranquila, sólo quiero que entiendas que placer es placer, sin importar de quien venga. —Sus manos hacen que el vestido caiga por mis hombros y siento que estoy semidesnuda frente a una mujer que es una completa extraña para mí.

—Eres tan tierna... —sus manos recorren mi espalda con delicadeza y mi piel se eriza ante su contacto—... y tan suave.

—No lo entiendo....

Posa un dedo en mis labios.

—Deja de hablar y r ndete al placer. —Sus manos se detienen a ambos lados de mis bragas de encaje y me las baja sin miramientos, para luego quitar los cubrepezones de mis senos. Ahora sí que me encuentro del todo expuesta.

Oigo que sus pasos me alejan e intento cubrirme con las manos. S  que carece de sentido, ahora que ya me ha visto, pero no puedo evitar sentirme incómoda. De pronto, una música empieza a sonar, reconozco al cantante de The Weekend, pero el nombre de la canción no consigo recordarlo. Estoy demasiado nerviosa para pensar. Trago saliva y una gota de sudor corre por la

piel de mi espalda, a lo largo de mi columna vertebral. Su dedo la detiene y la piel se me eriza.

—Una mujer con tu trabajo no puede sentir pudor. —Aparta las manos de mi cuerpo de forma abrupta, haciéndome perder el equilibrio unos segundos.

No vuelvo a oír su voz, ni el sonido de sus tacones aguja repiquetear contra el suelo, sólo está la canción, el latido de mi corazón desbocado y mi respiración pesarosa.

En ese momento, una tela fina se desliza alrededor de mis muñecas atándomelas lo suficiente como para mantenerlas inmóviles sin hacerme daño. El pulso se me dispara y no tengo más tiempo para pensar. Sus labios atacan mi pezón derecho con suavidad y yo retrocedo. No estoy segura de lo que he sentido. Su mano me sostiene por la cintura y me atrae hacia ella. Siento cómo su lengua recorre cada pezón, cuidando de no tocarme sino sólo con sus labios y su lengua. Una corriente eléctrica me recorre y va directa a mi entrepierna. No quiero sentirlo, no quiero que mi cuerpo reaccione, pero no puedo evitarlo.

Su lengua asalta mi pezón izquierdo en una tortuosa sentencia silenciosa, se enreda en él y siento que se me yergue y endurece. Me siento sucia y algo enferma. Intento pensar en otra cosa, pero no puedo, hay una lucha interna que no estoy segura de poder ganar.

—Estás pensando demasiado.

Su aliento impacta en mi cuello y de pronto me coge de las muñecas, haciéndome caer sobre el colchón. Me sube los brazos y yo espero que me los ate a la cama, pero no lo hace y lo agradezco. No quiero que los recuerdos de la noche con Nikolái me invadan.

Siento su aliento bajar hasta mi vientre y cierro las piernas en respuesta. Sé adónde se dirige y no quiero experimentarlo. Mi cuerpo me ha traicionado ya lo suficiente, no sé cómo seguiré adelante.

—Sé lo que experimentas —susurra a mi entrepierna, deslizando una mano hasta abrirme las piernas lo suficiente como para colocarse entre ellas—, te sientes sucia, te avergüenzas de la reacción de tu cuerpo ante mis caricias.

No puedo decir nada, no hay nada que decir. Cierro los ojos, a pesar de que tengo los ojos vendados, siento que me puedo proteger de esa forma. Pero todo es inútil cuando su lengua roza mis labios y lo siento en todo mi cuerpo. No tengo tiempo para recuperarme, cuando su lengua me asalta de nuevo y esta vez no se detiene. Siento que juega con mi botón del placer y un calor incontrolable comienza a crecer en mi vientre. Todo está palpitándome y tengo que morderme el labio para evitar gemir. Esto no puede estar sucediendo, no puedo estar sintiendo esto a manos de una mujer, me niego a creerlo.

Pienso que me va a dar algo de descanso, pero sus manos se cuelan debajo de mis muslos, haciendo que recoja ambas piernas, para poder tener así más acceso a mi intimidad. Yo aprieto las sábanas y me retuerzo, evitando lo que viene a continuación, pero su agarre es firme; cuando menos me lo espero, siento cómo su lengua intenta entrar en mí de un modo rítmico que me nubla la conciencia. Ya no puedo batallar más. Ella continúa alternando sus intentos de entrar con lametones en mis labios hinchados, jugando con mi clítoris y saboreando mi humedad. Me siento como una perra, un animal en celo que no sabe diferenciar, lo único que me interesa en estos momentos es el placer que su boca es capaz de brindarme. Su lengua embiste de nuevo y ya no puedo más, me convulsiono de placer, retorciéndome, gimiendo sin el más mínimo pudor.

—¿Quieres que me detenga? —la oigo preguntar, mientras roza con su dedo mi puerta de entrada.

—No... —No me reconozco en estos momentos. Me han abandonado todos los pretextos. Sólo quiero sentir más de eso.

—Está bien.

Succiona mi clítoris y yo gimo otra vez. Esta mujer es una experta en placer. Me da un lametazo y le sigue otro, siento que introduce uno de sus dedos y empieza a entrar y salir de manera rítmica. Pero no es suficiente, yo me muerdo el labio porque necesito más, mucho más. Ella se detiene para introducir dos dedos y los mueve en dirección a la pared anterior de mi

vagina, tocando ese punto exacto que hace que me retuerza. Comienza a entrar y salir de forma constante y mis caderas se unen a ese vaivén, impactando con su mano. Su lengua no se detiene y persiste dándome placer. Toda la estimulación es demasiado, voy a explotar en cualquier momento. El calor que se acumula en mi vientre se hace incontenible y me hace explotar en un orgasmo ensordecedor.

Una vez me abandono, todo mi cuerpo palpita, cada célula está hipersensibilizada, por completo erotizada. Percibo el olor a sexo en el aire, es mi olor, la prueba de mi excitación esparcida en las sábanas negras de esta habitación. La oigo ponerse de pie y la tela de su vestido me roza, mientras me quita el amarre de las muñecas y después la venda de los ojos. Lo primero que veo es su sonrisa triunfal y lo único que consigo hacer es devolvérsela. Me ha ganado, no hay manera de negarlo.

—Quiero que te mires en el espejo. —Me coge de la mano ayudándome a levantarme y yo la sigo hasta el baño, donde hay un espejo de cuerpo entero—. ¿Aprecias lo mismo que yo?

Observo mi cabello alborotado, mis mejillas ruborizadas y el placer en todo mi cuerpo.

—Sí —asiento varias veces.

—Eso es lo que debes buscar en cada uno de tus clientes.

Desvío la vista de mi reflejo y la observo confusa.

—No te entiendo.

—Los clientes a los que atenderás no vienen sólo por compañía, en la mayoría de los casos. Vienen por el placer que eres capaz de darles y por eso pagan una cuota tan alta.

—Yo pensaba que no éramos putas.

—Y no lo somos. No tienes que acostarte con ellos. Yo te lo he demostrado. —Me señala sonriente y yo cierro las piernas—. Te he demostrado lo que eres capaz de hacer tan sólo con el uso de tus labios y de tu lengua. —Se acerca a mí y yo no sé qué hacer, más que quedarme quieta. Al

ver que no hago nada, sonrío satisfecha y se aleja como si nada hubiese sucedido.

»No te preocupes. Ahora eres una de nosotras. Puedes asearte en el baño y volver a la fiesta si quieres. Si no, igual recibirás tu cuota. Has hecho ya todo lo que tenías que hacer. Buena suerte, número veintidós. Y nos vemos la próxima semana en el evento privado del que te hemos enviado la invitación.

Y se marcha, dejándome en una habitación vacía que me juzga por lo sucedido.

—¿Qué he hecho? —Me siento en la cama y me sostengo la cabeza con ambas manos, con la sensación de que no tengo la menor idea de quién soy ahora.

Camino hasta la ducha y me quito los restos de mi excitación. Me enjabono varias veces, intentando disipar un olor que ya ha desaparecido del ambiente, pero que continúa en mi mente. Trato de ser razonable, porque no estaba viendo a quien era responsable de hacerme sentir placer. Porque su boca podía haber sido la de un hombre buscando excitarme y su lengua la de algún espécimen masculino queriendo arrancarme un brutal orgasmo. No hay una explicación sensata para la traición que mi cuerpo ha cometido. He sentido placer, he gozado como pocas veces en mi vida, se ha encargado de que mi cuerpo experimentara el éxtasis en cada poro de mi piel.

—El placer es placer, sin importar de quién venga... —susurro resignada, después de echar un vistazo a mi reflejo una vez me he vestido.

Parece como si nada hubiese pasado, pero siento que todo dentro de mí ha cambiado. Ya no tengo la menor idea de quién soy. Cualquier rastro que quedara de mi anterior vida, de la Ariadna que fui, ha desaparecido.

## Capítulo 19

### Caminando sobre arenas movedizas

Subo al coche y dejo caer la cabeza sobre el volante, soltando el aire. La expresión de Alena, el horror en su rostro al imaginarse lo peor, cómo se sobresaltó al pillarla desprevenida. Ese cerdo estuvo a punto de quitarle algo importante. De tener una lupa, hubiese podido ver cómo parte de ella se rompía. Alena es una mujer fuerte, temeraria como pocas veces he conocido en mi vida, pero una violación rompe a cualquiera.

Me endezco en el asiento y descanso la cabeza en el respaldo, cierro los ojos y recuerdo la sensación de su mano sobre la mía, ese leve apretón de agradecimiento. La genuina gratitud en su mirada y en la tímida sonrisa que por unos instantes estuvo dirigida a mí.

—¿No vas a acusarme de ser un acosador? —le he preguntado para aligerar el ambiente.

—No esta vez —ha respondido ella, mirándome con esos ojos tan azules y esa sonrisa que es capaz de estremecerme por dentro.

Verla dormir tan frágil me ha hecho querer ser un jodido superhéroe, con la habilidad de poder manipular el tiempo o borrar los recuerdos, para quitarle de esa manera el mal sabor de boca que le ha dejado todo esto.

Contraria a cualquier pronóstico ha sido su reacción al contarle los extremos a los que casi me lleva mi impulsivo temperamento. Su mirada fría como el hielo y la satisfacción que he visto brillar en sus ojos al decirle que casi mato a Nikolái a golpes, me han desconcertado una vez más. Su habilidad para pillarle por sorpresa es admirable y sería mi perdición.

Enciendo el motor y el rostro de Nikolái aparece frente a mí. Sujeto el

volante con fuerza mientras piso el acelerador.

—Ella es mía... —murmuro, alejándome de su apartamento.

Ese hijo de puta se atrevió a tocar su piel de terciopelo, a envenenar su organismo con su porquería y pretendió usurpar sus labios. No lo maté porque, como le he dicho a Alena, no soy un asesino. He matado a hombres en un enfrentamiento, pero nunca por algo personal. Eso no significa que no le haga pagar por lo que ha hecho, me aseguraré de que quiera estar muerto.

Marco el número de Bastian y contesta al primer tono.

—¿Qué hiciste con él? —pregunto, alejándome de esa parte de la ciudad.

—Digamos que está neutralizado... —responde, tras meditarlo unos segundos.

—Voy en camino —digo antes de colgar.

Bastian me ha enviado la dirección donde lo tendría. Haberme quedado con Alena no había sido buena idea, lo sabía. Bastian seguirá el protocolo y en poco tiempo tendremos a un equipo de extracción en la isla. El reloj corre y antes debo asegurarme de sacarle a Nikolái toda la información que pueda.

Detengo el coche frente al pequeño motel de mala muerte al que Bastian ha decidido traer a nuestro invitado. Observo a mi alrededor, cuidando de no tener espectadores. Sólo dos hombres de seguridad estaban con Nikolái, eso significa que al menos tres más lo deben de estar buscando. No tenemos mucho tiempo, si no llegan los de la agencia, llegará un escuadrón de la mafia rusa dispuesto a llevarse nuestras cabezas en una pica.

Doy un solo golpe en la puerta y Bastian abre con rapidez, empujándome dentro.

—¡Sí que has tardado! —me recrimina y con motivo.

No he sido del todo honesto con él y eso es lo que lo tiene de un humor de perros desde anoche, pero somos compañeros y no importa lo molestos que estemos, el deber es lo primero.

—Tenía algo que hacer...

—Y no podía esperar... claro. *This is a bullshit...* —dice por lo bajo,

caminando hasta donde tiene a Nikolái amarrado a una silla.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Si hubieses venido anoche, después de hacer de héroe, habrías tenido ocho horas. Ahora... —se mira el reloj— minutos.

—Eso tendrá que servir. ¿Has intentado hablar con él? ¿Y sus hombres?

—Se niega a hablar. Sus hombres están drogados en el maletero del coche.

—Perfecto... —Camino hasta Nikolái, tiene la cabeza hacia delante y los ojos cerrados: está dormido. Le pateo la espinilla y él sacude la cabeza, parpadeando varias veces hasta que centra su mirada en mí.

—¡Mira quién está aquí! —se burla—. Su majestad ha decidido deleitarnos con su presencia.

—Quiero que me digas qué sabes de La Compañía.

—Y yo quiero un *capuccino* con dos *croissants* de mermelada. Pero supongo que no podré tenerlo —responde él sin abandonar el tono de burla.

—¿Qué sabes de La Compañía? ¿Quién es la Cobra Negra?

Cierro la mano sobre su cuello y aprieto con fuerza. Aunque se le hace difícil respirar, el hijo de puta sonrío. La ira corre por mis venas y lo que quiero es terminar de retorcerle el cuello y borrarle esa sonrisa.

Lo suelto al darme cuenta de que no hablará. Él tose entre risas, sintiéndose vencedor. Me meto una mano en la chaqueta y saco mi Sig Sauer, quitándole el seguro. Bastian me mira con detenimiento, atento a todos mis movimientos. Me acerco de nuevo a Nikolái, su mirada está en mi arma y yo coloco el cañón en su pecho.

—No vas a matarme. Tú juegas según las reglas, Christoph, y no tardarán en llegar los de la agencia...

—Tienes razón, no voy a matarte. Pero no creo que tengan inconveniente si te entrego con una parte menos. —Bajo el arma y apunto entre sus piernas. Abre los ojos tragando saliva y yo sonrío.

—¡No lo harás!

—Puede que no. ¿Quieres que lo averigüemos? —Ladeo la cabeza y muevo

el arma y él intenta apartarse sin éxito.

—No tengo la menor idea de quién coño es la Cobra Negra... —escupe con rapidez—. Nunca me ha importado saber quién es esa puta. Pago mi cuota y tengo las mujeres que quiero.

—Así que debería creer que no sabes nada de ella o de La Compañía...

—Sé lo mismo que tú. Soy un cliente más, ya deberías saber que la mayoría de los clientes son como yo... —Observa nervioso mi arma cuando empiezo a alejarla, pero no lo suficiente.

—Eso no me sirve... —niego con la cabeza, devolviendo el arma a su ubicación anterior.

—Si tanto te interesa, ¿por qué no haces lo que todos los demás?

—¿Qué? —pregunto—. No lo repetiré.

—Se apuntan en una lista con Marco...

Ladeo la cabeza y lo miro sin saber a quién se refiere.

—El pelirrojo que controla las entradas en cada evento. Le dices que quieres conocer a la cabeza de La Compañía y él te apuntará en una lista para el evento que tendrá lugar dentro de una semana. Una competición y el ganador se reunirá con la junta directiva.

—¿Cómo sé que no lo dices porque te estoy apuntando a las pelotas?

—¡Por supuesto que te lo digo porque me apuntas a las pelotas! Deberías creerme por eso, es mi parte más preciada.

—Christoph... —Bastian palmea mi hombro, interrumpiéndonos.

—¿Qué ocurre?

—Están aquí —dice y miramos hacia la puerta.

Hay un par de sombras y se oye un suave golpe. Tiene razón, el plazo se ha agotado.

—De haber tenido más tiempo, te habría hablado de ella... —dice Nikolái y yo me vuelvo hacia él con el cejo fruncido—. ¡Oh! No lo sabes, pobrecito...

—¿De qué demonios hablas? —pregunto, y Bastian abre la puerta, dejando entrar a un equipo de cinco hombres, dirigido por Michael, que no parece de

muy buen humor.

—Christoph..., espero que tengas una buena explicación para esto —dice y pasea la vista de Bastian a mí, para luego detenerse en Nikolái, que se deleita con la situación.

—Michael... —respondemos ambos, irguiéndonos.

—¿Cuántos? —pregunta.

—Dos guardias que están sedados en el maletero del Siena gris del aparcamiento —responde Bastian.

Michael se vuelve, asintiendo, y tres miembros del escuadrón se marchan en su busca.

—¡Llévenselo! —les ordena a los otros dos agentes, que desatan a Nikolái, al que le colocan un par de esposas y, después de ponerle una capucha en la cabeza, se lo llevan—. Que duerma en el coche.

Se marchan dejándonos a los tres solos en la pequeña y maloliente habitación de ese motel de mala muerte.

—¿Alguno de los dos puede decirme qué demonios ha pasado y cómo es que Nikolái ha terminado aquí con vosotros? —pregunta molesto.

La mayoría de los agentes le temen a Michael molesto, todos sus músculos se tensan, sus facciones se endurecen y una vena en su frente parece que vaya a explotar, volviendo todo a su alrededor radiactivo. Pero cuando constantemente violas las reglas te acostumbras a esa mirada y su poder pierde efecto.

—Estaba representando mi papel de ricachón con un palo en el culo, cuando he visto a Nikolái. La última vez se me escapó y no podía permitir que sucediera de nuevo. Aún tenía cuentas que ajustar con la agencia, así que lo seguí. Llegué en el momento en que había drogado a una de las mujeres del evento y peleamos hasta que logré dejarlo inconsciente —explico sin la menor emoción. El corazón se me acelera al recordar lo que llegué a tiempo de detener, toda la rabia y las ganas de matarlo que sentí, pero no lo demuestro;

para muchos resultaría difícil de controlar, pero en este trabajo se vuelve parte de ti.

—¿Eso es todo? —pregunta Michael mirando a Bastian.

—Sí, es todo —asiente él con la misma convicción y neutralidad con las que yo lo he contado.

—No me gustan las sorpresas. Os envié aquí con una única misión. No más infiltraciones en reuniones clandestinas —dice, haciendo referencia a la fallida partida de póquer, aunque hayan cogido a Cattel gracias a la información—. No más arrestos, no más maniobras que no tengan que ver con la misión que os fue encomendada. Estáis aquí por una sola cosa. No es necesario deciros que no tenemos competencia en este país. Si os descubren, no sólo pondríaís en riesgo la misión, sino las relaciones diplomáticas de Alemania con otros países, porque no hemos solicitado permiso para esto. ¿He sido lo bastante claro?

—Sí, señor —responde Bastian.

—¿He sido lo bastante claro? —repite mirándome.

—Sí, Michael —respondo suspirando.

—Quiero los informes de los dos eventos en mi bandeja de entrada mañana. De ambos —dice y se marcha.

—Nos ha venido de un pelo... —dice Bastian, sentándose en la cama—. ¿Qué piensas hacer con lo que ha dicho Nikolái?

—Hoy redactaré los jodidos informes para Michael, pero mañana hablaré con ese tal Marco. Quiero mi nombre en esa lista.

—¿Crees que podrás ganar? Habrá todo tipo de escoria.

—Soy un agente especial, si no gano, no merezco formar parte de la agencia.

Pasamos todo el día escribiendo los putos informes que Michael, en su afán de jodernos y castigarnos, nos ha ordenado. Nunca he sido de los que se llevan bien con el papeleo y los jodidos trámites. Cuando terminamos pasa de la medianoche y caemos redondos en la cama.

Me despierto por la tarde y me preparo para otro evento, una noche más como Christoph Astor. Espero poder ponerle fin a esto pronto, quitarme este traje y alejarme de esta isla que no hace más que desestabilizarme. En definitiva, lo mejor que podría pasarme es no volver a saber nada de Alena, aunque no haga otra cosa que imaginarla desnuda en mi cama o empotrándola contra la pared mientras grita alcanzando el orgasmo. Necesito acostarme con ella para así sacarla de mi sistema y dejar de pensar cosas como que es mía.

No debo esperar mucho para cumplir con mi cometido, y al llegar me dirijo hacia el tal Marco, que me echa una rápida mirada y, después de verme tan a menudo, ni siquiera pregunta mi nombre, sólo se hace a un lado y uno de los camareros me entrega una copa de champán, como de costumbre.

—Eres Marco, ¿no es cierto? —le pregunto sin moverme de allí.

—Sí. —Me mira ceñudo.

—Alguien me dijo que si estaba interesado en conocer a la junta directiva de La Compañía tú eras el hombre con el que tenía que hablar. Quiero estar en la lista.

—Estoy seguro de que sí. Sé que la posibilidad resulta tentadora, pero deberías intentarlo el año siguiente. —Me palmea el hombro y luego hace como si no estuviera.

Tomo una profunda inspiración para no salirme del papel.

—Agradezco tus palabras, pero quiero estar dentro. No creo que te paguen por aconsejar a los clientes. —Le doy un sorbo a mi copa y la dejo en el mostrador a su lado, sonriendo con superioridad. No me gusta hacer esto, pero ni él ni nadie se va a interponer entre esta oportunidad y yo.

—Es cierto... —asiente con una sonrisa de furia contenida, inspirando hondo. —Le deseo lo mejor... —añade, anotando mi nombre en una lista y veo en su mirada que me costará caro haberlo tratado de esta forma.

Pero me importan una mierda las consecuencias, lo único que quiero es ponerle fin a esto y regresar a Alemania.

## Capítulo 20

### En la arena no hay amigos

Esta semana ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. No he parado, porque no quiero darle oportunidad a mi mente de pensar. Es cierto que no sé quién soy, pero no puedo dejar que eso me detenga en mi búsqueda de la Cobra Negra, ella es mi billete de salida de todo esto. Sólo quiero que se acabe de una vez.

—Vuelves a tener la cabeza en otra parte. —El pie de Rodrigo impacta de lado con mi rodilla.

—¿Era necesario? —me quejo, acariciándome el sitio donde me ha golpeado, que me duele como un demonio.

—Necesitas estar concentrada. Hoy es la noche, Alena.

Su voz es severa y debo morderme la lengua para no salirle con una de las mías, porque sé que tiene razón y cualquier respuesta será una reacción ante la ansiedad que me está carcomiendo.

—Lo sé, Rodrigo. —Me pongo de pie en posición defensiva para empezar la pelea otra vez.

—¿Ya has pensado en cómo harás para entrar? —Lanza un golpe y yo lo esquivo, por lo que usa su otro puño y yo me cubro con los antebrazos, como me enseñó.

—Tengo una invitación enviada por La Compañía, porque, al superar la iniciación, al fin formo parte de la élite.

Golpeo un par de veces y él lo evita como buen maestro que es. Sólo intento memorizar sus movimientos por si alguno de mis contrincantes hace algo similar.

—¿Y respecto al enfrentamiento?

Le he estado dando vueltas a ese asunto y de verdad espero que resulte, porque es mi único plan. Sólo hay un plan A.

—Marco... —Me enderezo, haciéndole saber que no seguiré con esto. Necesito estar fresca para la noche y que me siga golpeando no va a ayudarme.

—¿Eso es todo? —Me mira como si hubiese perdido la poca cordura que me quedaba—. ¿Todo tu plan se reduce al portero de los eventos? ¿Acaso estás loca, niña?

—No es un simple portero. Él siempre ha estado alentándome, diciéndome que La Compañía se fijaría en mí y estoy casi segura de que me ha ayudado. —Esto último no es cierto, pero necesito convencerlo de alguna manera—. Ya en el evento le diré que necesito participar en la competición, yo estaré allí sólo como compañía, para eso es la invitación que recibí. Pero debo estar en la pelea, es la vía más rápida de conocer a la Cobra Negra. Se me acaba el tiempo. Marco sólo debe poner mi nombre en lugar del de algún invitado que no asista. Yo me encargo del resto.

—¿Y confías en que pueda hacerlo? —Sé que sólo intenta protegerme de cualquier daño, pero necesito que confíe en mí.

—Estoy segura. —Levanto la botella de agua y me la bebo toda de un golpe. Estaba muy sedienta. Después de dos horas de estar entrenando con Rodrigo desde las seis de la mañana, estoy agotada. Necesito una buena comida, una ducha y un sueño reparador.

—Yo estaré entre los asistentes por si algo sale mal. No dejaré que sepan tu identidad si no consigues llegar a la final.

Asiento sonriente, porque sé que le ha costado bastante acceder al evento. Desde que me conoció, había dejado de ser cliente de La Compañía, tal vez porque después del vínculo que se ha creado entre ambos, le cuesta ver al resto de las chicas de la misma forma que antes. Ya no son objetos para cubrir sus necesidades de compañía de cualquier tipo, sino mujeres que sienten, que tienen sueños, que son las hijas de alguien, como yo.

—De verdad te lo agradezco. Me dará algo de tranquilidad saber que

estarás cubriéndome las espaldas. No quiero estropear todo lo que he conseguido.

—Lo sé. Pero ¿estás segura de lo de la máscara y el pasamontañas? — Coge el pasamontañas negro, junto con la máscara de arlequín que le he enseñado esta mañana.

Son mis garantías de anonimato, junto con mi equipo negro. Tendré que vendarme bastante los senos y rellenar mi abdomen, para que no haya una diferencia muy visible.

—Es lo único que tengo. Y la única regla que existe es que no se usen armas. El enfrentamiento dura hasta que alguno quede inconsciente o se rinda. —Me encojo de hombros, porque, aunque sé que no es un plan brillante, es lo mejor que tengo y ya es muy tarde para nada más.

—No pierdas de vista el objetivo y por nada del mundo vaciles. —Deja las cosas en la bolsa y me sujeta de los hombros—. Te toque quien te toque como contrincante, no te rindas. Caras vemos y corazones desconocemos, Alena. En la arena nadie es tu amigo. —Suena bastante serio, como si ya hubiese pasado por esto.

—¿Acaso hay algo que no me has dicho? —pregunto y él me suelta de inmediato cuando hago la pregunta—. ¿Has estado en un evento como éste antes? —Lo veo dudar, pero finalmente suspira y decide responderme.

—Sí, una vez. Hace un par de años. Tienen lugar una vez al año. Llegué a la final, pero me confié.

Veo en su mirada algo de tristeza y de arrepentimiento. Sé que, aunque le pregunte, no será del todo sincero; no es muy abierto cuando se trata de su pasado y yo lo respeto, porque tampoco me gusta hablar mucho del mío.

—¿Un amigo?

—Sí. Un muy buen amigo. —Es todo lo que consigo que me diga y para mí es suficiente.

—¿Un último consejo? —pregunto, levantando mi bolsa del suelo para colgármela del hombro.

—Mantén la vista en el premio. —Sonríe de medio lado y me ofrece un puño, que yo hago chocar con el mío; es un gesto que tenemos desde que comenzamos este viaje.

—Gracias —le sonrío de nuevo antes de dar media vuelta en dirección a mi coche.

—Y Alena... —me llama Rodrigo y yo me detengo y lo miro—. Mantente viva.

La forma como lo ha dicho me ha puesto los pelos de punta. Creo que durante esta semana he estado subestimando este combate. Me enfrentaré a narcotraficantes, sicarios, hombres de poder, políticos y quién sabe qué otros tipos de persona. No sé cómo he pensado que podía llegar lejos. Lo único que puedo esperar es que los más fuertes sean derrotados por otros, porque si no, estoy acabada antes siquiera de empezar.

Llego a casa y hago lo que el cuerpo me pide. Tomo una relajante ducha con agua muy caliente, me lavo el pelo, me froto con la esponja y el gel de baño hasta quedar reluciente. Me enrolló una toalla en el cuerpo y otra en la cabeza; no me miro al espejo porque sé que debo de tener una pinta de espanto, así que ni me preocupo. Voy a la cocina y caliento un poco de sopa del día anterior, que devoro en cuestión de minutos. Cuando ya estoy satisfecha, me aplico crema por todo el cuerpo y decido dormir una siesta para poder recuperar las energías gastadas. Tengo hasta las seis de la tarde para empezar a prepararme antes de ir al hotel y que Boris pase a buscarme. Hoy es el día.

—No quiero... —murmuro a la almohada al oír el sonido del despertador. Lo he colocado con media hora de adelanto, porque sabía que me llevaría alrededor de media hora levantarme de la cama.

»El *show* debe continuar, Alena —digo en voz alta al cabo de diez minutos, infundiéndome el ánimo suficiente para poner un pie fuera de la cama. No es tiempo para dudas.

Y justo como tenía planeado, empiezo a prepararme. Me maquillo prestando especial atención a los ojos y los labios. Decido usar un vestido

verde esmeralda en esta ocasión, que hará que mi cabello se vea más rojizo. El vestido tiene un solo tirante de chifón, hace resaltar mi busto y después cae deslizándose por mi cuerpo hasta las rodillas, desde donde se abre, dándome la apariencia de una seductora sirena. Esta noche no hay micrófonos ni drogas en caros collares. Esta noche voy por mi cuenta y así se lo notifiqué a Viktor hace un par de días; necesito concentrarme y no puedo hacerlo si siempre estoy esperando oír su voz por el auricular.

Preparo una pequeña bolsa con la ropa negra que usaré en el combate, sin olvidar el pasamontañas, los guantes y la máscara. No puedo dejar nada que revele mi identidad, así que debo cuidar cada detalle, sobre todo no hablar durante el combate, para no quedar al descubierto.

—Bueno, Alena —me digo al mirarme en el espejo antes de marcharme—, si consigues salir de ésta, todo lo demás será pan comido. —Sonrío al reflejo vacío que me observa desde el espejo y antes de salir me coloco el antifaz rojo que he decidido usar esta noche.

Boris me espera puntual en la entrada del hotel y, aunque se extraña al verme llevar equipaje, no dice nada. No le pagan para hacer preguntas. Conduce en silencio y los nervios me devoran por dentro. No tengo escapatoria. Ya no hay adónde huir. Antes de lo que pensaba, llegamos al sitio de encuentro, que es una mansión en medio de la nada, con un aire de película de terror, con una fachada gris que parece que hace mucho que no arreglan. Boris se baja para abrirme la puerta del coche y en ese momento veo que la puerta de la mansión se abre y sale Marco, lo que me proporciona algo de alivio, al menos es el sitio correcto. Aunque esté desierto, sin coches ni rastro de personas a kilómetros a la redonda. Sin embargo, puedo ver luces estroboscópicas en el interior y se oye el sonido de música electrónica amortiguado por risas de personas.

La casa está insonorizada, pienso. Esto es la élite de la élite.

—Preciosa número veintidós —me saluda Marco con dos besos, cuando subo los diez escalones de la entrada, los he contado.

—Marco —sonrío coqueta, como de costumbre, dejando mi mano en su hombro más tiempo del necesario.

—¿Equipaje? —Mira extrañado la bolsa negra que cuelga de mi mano y yo inspiro hondo un par de veces, porque sé que lo que estoy a punto de pedirle puede no terminar como espero.

—Necesito pedirte un favor...

Frunce el cejo y hace una mueca con la boca, anticipándose a lo que voy a decirle. Pero al ver que mi mirada no vacila, suspira resignado.

—Ven conmigo —me pide, tras mirar a ambos lados y cerrar la puerta detrás de sí.

No me hace pasar por la entrada principal, sino que bordeamos la casa hasta dar con una puerta en el extremo este, donde hay una puertecilla de servicio. Marco saca una llave y, después de introducirla en la cerradura, la hace girar, abriendo para que entre antes que él. El interior está oscuro y por un momento pienso que he caído en una trampa, pero Marco enciende una luz detrás de mí.

—Sabía que no te perderías una oportunidad como ésta. Quieres ascender rápido.

Niega con la cabeza, divertido, y yo le echo un vistazo a la habitación. Parece un cuarto de limpieza, con todo tipo de productos y accesorios necesarios para el mantenimiento de la casa.

—¿Eso quiere decir que me ayudarás? —Lo miro suplicante, mordiéndome el labio con premeditación y alevosía. El papel de damisela en peligro es irresistible para la mayoría de los hombres.

—¿Tengo alguna alternativa? —suspira, y sé que lo tengo en mi mano.

—No. —Sonrío divertida y él esconde su rostro entre las manos, murmurando en un dialecto que no conozco.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta al cabo de unos segundos.

—Necesito que me incluyas en la lista de combatientes. —Me mira con fijeza y antes de que diga nada, lo interrumpo—. Lo único que tienes que hacer

es esperar que las personas terminen de llegar y colocar uno de los nombres de los que no hayan venido en la lista. Ésa será mi entrada.

—¿Sabes que lo que vas a hacer es una completa locura? ¡Vas a hacer que te maten! —Veo preocupación en sus ojos, justo como me mira Rodrigo, y es que Marco es el que más cordialmente se ha portado conmigo estos casi dos años.

—Puedo defenderme. No tienes que preocuparte por mí. Sólo pon el nombre y después me lo haces saber. —Junto las manos en una súplica y él me las separa para que no continúe con el espectáculo.

—Está bien. Pero una vez estés en la arena, estás por tu cuenta.

—Lo sé.

Me tomo unos minutos para salir, después de que Marco abandone la habitación.

Fuera me encuentro con un enorme salón iluminado con luces estroboscópicas. A ambos lados de la sala hay una escalera en forma de caracol, que lleva a la siguiente planta. Hay retratos del siglo XVIII en las paredes y todo en el interior tiene un aire contradictorio. Las paredes, las cortinas y la estructura gritan historia, antigüedad, guerreros, sin embargo, la iluminación, la música y los asistentes hacen que se convierta en una de las más exclusivas fiestas de la isla.

No hay tantos asistentes como de costumbre, porque sólo se ha mandado invitación a una reducida lista. Debe de haber a lo sumo treinta clientes, con el doble de damas de compañía de élite. Observo a mí alrededor, esperando reconocer a alguien, pero no tengo la suficiente experiencia para ello.

Todos ríen mientras charlan y toman una copa detrás de otra, mientras que el control los va abandonando con el paso del rato. Cuando parece que el número de asistentes es constante, veo a Marco, que me hace señas desde la entrada y, con disimulo, me apresuro a su encuentro.

—¿Lo has hecho? —le pregunto en un susurro.

—Sí. Esta noche eres Máximo Ponte.

—Gracias. —Le pongo una mano en el brazo y le doy un leve apretón. Sin él no hubiese sido posible.

—Espero que sepas lo que haces. —Me dedica una última mirada y camina en dirección al resto de los asistentes.

»Estimados caballeros y preciosas damas. —Su voz resuena en todo el salón y en ese momento soy consciente de que es el maestro de ceremonias en esta ocasión—. Gracias por su paciencia, ahora les voy a pedir que sigan hasta el final del pasillo, para dar inicio al motivo de nuestro evento. — Levanta un brazo en dirección al pasillo que avanza entre las dos escaleras y todos caminan emocionados por lo que vendrá a continuación.

El pasillo es oscuro, estaríamos casi en penumbra, de no ser por una puerta iluminada al final, que nos aporta algo de claridad entre tanta negrura. Tras la puerta hay una habitación gigante, completamente iluminada, y en el centro una jaula de pelea y yo trago saliva. Esto parece más serio de lo que pensaba. Todos se dispersan alrededor y Marco sube al centro de la jaula.

—Esta noche debo admitir que estoy un poco desilusionado. La brutal batalla del año pasado les ha cortado las pelotas a muchos en esta ocasión, porque hoy son sólo ocho los interesados en ganarse este pase dorado para una reunión con la junta directiva de La Compañía.

Creo que eso de «junta directiva» es una manera de decir la Cobra Negra, para los que tengan conocimientos de que ella es la cabeza de toda la organización.

Se oyen unos vítores en la habitación y Marco los hace callar, tras varios silbidos que hacen que me duelan los oídos.

—Así que sólo tendremos dos selecciones, el grupo A y el grupo B, cada uno compuesto por cuatro miembros. Eso quiere decir dos peleas iniciales y una tercera para designar al ganador de cada grupo. Después de eso tendremos un receso de media hora tras el cual se enfrentarán ambos ganadores por el premio mayor. Sin nada más que aclarar, es tiempo de ir a prepararse. El grupo A peleará en esta arena, mientras que el B lo hará en la habitación del

otro lado del pasillo. Que gane el mejor —es lo último que dice antes de bajar de la jaula.

Observo que se acerca a seis asistentes y les susurra algo al oído, después de lo cual todos empiezan a dispersarse. Cuando estoy segura de que tengo vía libre, regreso al cuarto de limpieza con la esperanza de que Marco esté allí para decirme en qué grupo estoy.

Tan pronto abro la puerta lo veo de pie, sosteniendo mi pasamontañas y mi máscara, con el cejo fruncido.

—¿Te gusta? —Cierro la puerta detrás de mí y se los arrebato de las manos.

—Espero que no te dificulten las cosas, con el calor que sentirás metida aquí dentro.

—Estaré bien. ¿Con qué grupo voy?

—¿Sigues estando segura de esto? —Me mira preocupado y elude mi pregunta y yo asiento, sin desviar la mirada, para convencerlo de que puedo con esto.

—Estás en el grupo A. Pero por favor no hagas nada estúpido. —Me acaricia una mejilla con los dedos y me da un beso en ella antes de dejarme sola en la sombría habitación.

Intento no pensar mientras empiezo con la difícil tarea de disimular mi busto con la venda. Espero que la persona que me toque como contrincante no sea demasiado buena o voy a terminar muy dolorida mañana, si es que sobrevivo. Cuando termino de vestirme, me echo un vistazo satisfecha: tengo el cuerpo de un hombre, delgado, pero hombre. Para finalizar, me recojo el cabello y me lo cubro con un gorro de nylon, antes de ponerme el pasamontañas y la máscara.

—Listos o no, aquí voy —susurro, infundiéndome valor para salir a enfrentarme a este nuevo reto.

Nadie me presta atención cuando entro, porque todas las miradas están puestas en los tres hombres que están ya dentro de la jaula. Llevan monos

deportivos, dos de ellos van sin camisa, dejando ver su esculpida musculatura, y el otro lleva una camiseta sin mangas. Todos parecen fuertes, lo que hace que trague saliva y me preocupe por lo que me espera.

—Bueno, en el primer combate tendremos a Máximo Ponte. —La mirada de todos se dirige hacia mí, que me acerco con paso firme, procurando caminar lo más neutro posible—. Y a Tomás Bustamante —señala al hombre de la camiseta y lo agradezco, no quiero el torso desnudo de un hombre sudoroso cerca de mí y menos en un combate.

Cuando subo a la jaula, los otros dos hombres se retiran con decepción de no ser los primeros en enfrentarse y yo agradezco poder desahogar los nervios luchando.

—Ya conocen las reglas. —Marco se coloca entre ambos con expresión seria—. Nada de armas de ningún tipo, sólo sus cuerpos. El combate termina cuando uno de ustedes esté inconsciente o decida rendirse. ¿Está claro? —Nos mira a ambos y nosotros sólo asentimos.

»En ese caso, que gane el mejor. —Asiente con la cabeza y se marcha con rapidez de la jaula, dejándonos solos.

—No es nada personal —me dice Tomás y yo asiento, porque no me arriesgaré a ser descubierta por la voz.

En ese momento suena la campana y la adrenalina se dispara hasta las nubes por mis venas. Tomás se abalanza contra mí y por poco me atrapa, pero consigo esquivarlo. Lanza varios golpes y yo me cubro con los antebrazos, provocando los abucheos del público. Él continúa golpeando y yo mantengo mi guardia alta, para que no me haga daño, sin embargo, los asistentes parecen cansarse, porque oigo sus quejas. Si quiero llegar al final, no creo que ésta sea la manera de hacerlo. Así que, después de retroceder, aprovecho la pequeña brecha que me ofrece mientras vuelve a cuadrarse y amago varias veces hasta su rostro. Él intenta mantener los antebrazos al frente para protegerse y yo hago lo mismo que ha hecho Rodrigo conmigo y, de una patada en su rodilla,

lo hago doblarse. Aunque lo ético sería detenerme, no le doy tregua y le suelto otra patada, ésta en la cara, haciéndolo caer.

Él intenta ponerse en pie, bastante molesto porque le he partido el labio, pero yo me abalanzo sobre él y empiezo a golpearlo. Se protege y con las piernas intenta bajarme, pero yo soy más rápida y me adelanto, sentándome sobre su pecho a escasos centímetros de su cuello. Continúa forcejeando sin parar; si fuese más pesada, le costaría respirar, pero sólo le ocasiono una leve opresión, así que reacciono con rapidez y, atrapando uno de sus brazos, me voy al suelo y le hago una llave. Noto la tensión del hueso forzado. Tomás grita de dolor, pero no se rinde.

No quiero partirle el brazo, pero lo haré si es necesario para lograr que se rinda. Así que, sabiendo que contaría con escasos segundos, lo suelto y, sin darle oportunidad de levantarse, le doy una patada en su hombría. Veo que su rostro palidece y se hace un ovillo, mientras se sostiene la entrepierna con las manos. Sé muy bien que no he jugado limpio, pero no es mi intención hacerlo.

Todos se quedan mirando a Tomás, que se queja del dolor y al cabo de varios minutos veo a Marco que entra en la jaula y comienza el conteo. Pienso que al llegar al final Tomás se levantará. Sin embargo, Marco pronuncia el diez y él sigue en el suelo.

—Tenemos un ganador. —Marco me levanta el brazo en señal de victoria y me dedica una disimulada sonrisa cómplice que de momento no entiendo.

Minutos más tarde tiene lugar el segundo encuentro y, en cuestión de minutos, uno de los dos decide rendirse. Yo los veo bastante parejos, creo que se ha rendido porque se ha cansado, más que otra cosa. De esa forma estoy de nuevo en la arena para la siguiente pelea y mi contrincante me observa como si fuese su cena. Yo estoy tentada de retroceder, pero no puedo demostrar debilidad o esto acabará en unos segundos.

Apenas ha terminado de sonar la campana cuando se lanza sobre mí y empieza a golpearme. No puedo protegerme del todo y cuando sus puños impactan contra mi abdomen yo ahogo un grito de dolor. Retrocedo como

puedo, poniendo distancia entre ambos y lo veo sonreír satisfecho del daño causado.

Me niego a perder sin presentar batalla, así que vuelvo en su dirección y me concentro en tirarlo al suelo para aplicarle alguna llave de las que Rodrigo ha estado practicando conmigo esta semana. Él ataca de nuevo y yo lo esquivo, aprovechando para lanzar una combinación de golpes hacia él, de los que termino acertando algunos. Continuamos de esa forma y consigo hacerle daño, pero sin salir indemne.

Pierdo la noción del tiempo, siento que ha transcurrido demasiado y ambos estamos cansados, pero es muy buen contrincante. Se acerca una vez más y yo permito que me haga caer, controlando el peso de mi cuerpo para que la caída no sea tan dolorosa. Una vez en el suelo, abro las piernas y, como imaginaba, él no pierde oportunidad de meterse entre ellas para tener un mayor acceso a mí. Así que con un impulso de caderas me siento y le cojo un brazo retorciéndoselo hacia atrás, para luego volver a echarme en el suelo atrayéndolo hacia mí. Le hago una palanca con la técnica suficiente como para dislocarle el brazo. Él se mueve debajo de mí y sé que no cuento con mucho tiempo, así que aplicando un poco más de presión, al fin se lo disloco, haciendo que brome de dolor.

—Me rindo. ¡¡Me rindo!! —grita sosteniéndose el brazo y yo me separo de inmediato, poniéndome de pie.

—Creo que tenemos al ganador de esta ronda. —Marco se acerca y tras dedicarme una mirada que evidencia lo preocupado que estaba, me levanta el brazo declarándome ganadora del Grupo A.

—Nos tomaremos un descanso de media hora y el enfrentamiento final tendrá lugar en esta jaula. Mientras tanto, disfruten de la bebida, la música y las hermosas mujeres. —Los mira a todos con serenidad y yo me escabullo, antes de que me pille y me eche un sermón.

Voy caminando cuando siento un fuerte brazo que me empuja en dirección a una habitación. Me quejo, procurando no hablar para no ser descubierta, y,

después de forcejear, consigo liberarme del brazo y recupero el aliento.

—Te ha ido muy bien. Lamento haber llegado tarde.

Rodrigo me quita la máscara y hace una mueca al ver mi rostro. No sé por qué ha tardado tanto en aparecer. Había empezado a creer que tendría que enfrentarme a esto sola.

—Se me ve peor de cómo me siento —me río y el esfuerzo hace que note una puntada en el abdomen que me provoca una mueca de dolor.

—Toma agua. —Rodrigo me ofrece una botella de agua mineral y yo me humedezco los labios, aunque mi deseo sea bebérmela toda de un tirón—. ¿Cómo te sientes?

—Cansada. Pero debo agradecer que Marco haya arreglado los grupos, me han tocado los más fáciles. Me preocupa mi próximo contrincante. —Suspiro, recostando mi peso en la pared.

—Bueno, lo positivo es que, si es cierto lo que dices, tu oponente estará más cansado que tú, así que es una ventaja. Aprovéchala.

—¿Crees que conseguiré ganar? —Espero que me mienta, porque no tengo las suficientes energías para continuar.

—No. —Su franqueza me sienta como un jarro de agua fría, pero era de esperar, nunca me ha mentado—. Así que debes esforzarte por demostrarme lo contrario. Ésa es tu especialidad. —Sus labios se curvan en una sonrisa y yo siento un poco de calma. Esto no es distinto a nuestros enfrentamientos. Sólo debo pensar que es contra Rodrigo contra quien lucho.

—Entonces será pan comido.

Regresamos a la jaula cuando transcurren los treinta minutos y cuando veo al hombre contra el que tendré que enfrentarme me detengo de forma abrupta.

—¿Qué sucede? —me pregunta Rodrigo al ver que me detengo—. ¿Lo conoces?

—Si —asiento sin poder creérmelo—. Es Christoph Astor.

Rodrigo lo mira. Todo vestido de negro como yo. Tiene rotos la ceja y el labio, pero aparte de eso, no hay heridas visibles.

Recuerdo el episodio en mi casa y en la fiesta a la que asistimos y siento que todas las posibilidades de vencer se esfuman ante mis ojos. Si pensaba que tenía probabilidades, ya no las hay.

—Y el combate final por la invitación de oro —anuncia Marco, levantando una cartulina dorada— es entre Christoph Astor y Máximo Ponte. —Nos indica que entremos en la jaula.

Christoph tiene la vista fija en mí y por su manera de mirarme sé que intentará salir de esto lo más rápido. Maldigo el momento en que se topó en mi camino y torció todos mis planes. Pero ahora debo despejar mi mente y hacer todo lo posible por ganar, aunque la balanza no esté a mi favor.

La campana suena y él camina como un animal acechando a su presa. Yo intento demostrar que no me intimida, aunque tenga los nervios a flor de piel. Comienza su acercamiento y no vacila en lanzar una patada, que impacta contra mi cara haciéndome girar en el aire, antes de caer con fuerza contra el suelo. Siento que la caída me ha nublado la vista y por poco su pie no impacta de nuevo contra mi cabeza, pero consigo moverme a tiempo.

Me levanto con dificultad y lanzo varios golpes, que él intercepta. Lo intento de nuevo y un *flashback* de mis entrenamientos con Rodrigo acude a mi memoria, devolviéndome la concentración. Poco a poco comenzamos una especie de danza de golpes y amagos. Él logra interceptar algunos, pero no todos, y consigo terminar de partirle el labio y mi pie rebota en su estómago, sacándole el aire en un momento. Pero esto no lo aparta del combate, sino que lo hace devolver el ataque con furia, haciéndome caer.

Nos encontramos en el suelo, rodando, alternando los momentos en los que uno de nosotros se encuentra arriba. Sus manos se cierran sobre mi garganta y yo me remuevo debajo de él hasta hacerlo desequilibrarse; en el proceso se me mueve el pasamontañas y se me descoloca la máscara, dificultándome la visión. Ambos nos ponemos de pie, aumentando la distancia entre nosotros y respiro entrecortadamente por el cansancio acumulado. Marco tenía razón, hace demasiado calor, no puedo seguir con esta máscara.

Observo a mí alrededor y me encuentro con la mirada preocupada de Rodrigo. Con la vista fija en él, me quito la máscara, que lanzo a un lado junto con el pasamontañas y el gorro que me mantenía oculto el cabello.

El asombro es evidente entre los asistentes y los ojos de Christoph se abren por la sorpresa; parece que hubiese visto un fantasma. Retrocede como si lo hubiesen abofeteado y yo aprovecho el momento para darle una patada. En unos segundos se encuentra en el suelo, mirándome aún desconcertado.

—Tú. —Es lo único que dice, mientras se limpia la sangre del labio.

—Espero que puedas con la decepción. —Estoy a punto de terminar, cuando oigo el silbido de Marco, que me ensordece.

—¡Deténganse! —Avanza dentro de la jaula, interponiéndose entre ambos para que no golpee a Christoph, al que veo levantarse de nuevo.

—¿Qué sucede? —Lo miro molesta—. Ninguno de los dos está inconsciente o se ha rendido.

—Los combates son observados por la directiva de La Compañía. Son ellos los que han pedido que detenga la pelea y les entregue a ambos esto. — Nos ofrece un sobre dorado a cada uno y yo lo miro confusa.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunta molesto Christoph.

—Los quieren a ambos. Así que, felicidades, tienen un pase directo al cielo. —Me mira orgulloso y yo estoy que no me lo creo. No puede ser cierto—. Y ahora, que siga la fiesta. —Levanta los manos, animando a subir el volumen de la música y todos parecen olvidar que una mujer ha llegado hasta este lugar.

—¿Qué es todo esto? —Christoph me agarra con fuerza del brazo y yo lo miro molesta.

—Tenemos que irnos.

Rodrigo aparece a nuestro lado y Christoph me suelta sorprendido, con lo que puedo marcharme de ahí, dejándolo con la palabra en la boca.

## Capítulo 21

### El lenguaje de la piel

Me quedo parado en medio de la jaula, aún en estado de *shock*. No puedo creer que sea ella. Que la persona responsable de la paliza que me han dado sea la preciosa pelirroja; su cabello es ahora un poco más naranja, pero para mí continúa siendo la preciosa pelirroja. No cabe duda de que la he subestimado, sin embargo, no termino de entender cómo ha conseguido entrar en la competición y, aún peor, qué motivaciones la han traído hasta aquí.

He intentado que despejara mis dudas, pero un hombre con el que parece tener una relación muy cercana se la ha llevado, impidiéndome tener esa conversación. Bajo de la jaula con la cabeza llena de preguntas, cuando de pronto siento que unas manos se deslizan por mis brazos con suavidad. Levanto la vista y veo a una hermosa mujer de piel morena y cabello negro como el carbón, con unos ojos igual de oscuros y unas curvas de infarto.

—¿Necesitas algo de compañía para la noche? —Su voz es como la de una serpiente.

En otro momento habría aprovechado la oportunidad para tener el polvo con el que Bastian lleva insistiéndome, sin embargo, no es su cuerpo el que quiero desnudar, ni son sus curvas en las que me quiero perder. Maldita pelirroja, a buena hora se cruzó en mi camino.

—Esta noche no será, dulzura. —Detengo la mano que comienza a subir por mi abdomen y la alejo de mi cuerpo, sonriéndole seductor.

—Es una pena oír eso. Era cortesía de la casa. —Se muerde el labio, devorándome con la mirada, y me siento tentado de aceptar su propuesta. Con lo cara que debe de ser la tarifa en esta sección de élite, sería una buena pasta

la que me ahorraría. Sin embargo, me mantengo firme. No voy a pagar por sexo, no lo necesito.

—Será en otra ocasión. —No le doy oportunidad de decir nada más, porque salgo disparado de la estancia, que ya ha comenzado a vaciarse porque todos se dirigen al gran salón para continuar con la fiesta.

Mi mirada se pasea por todo el lugar, buscando algún rastro de la preciosa melena pelirroja, pero no la encuentro. Maldigo en silencio y decido marcharme, lo que menos me apetece es quedarme en ese salón, cuando mi único motivo para permanecer ahí se debe de encontrar a kilómetros de distancia en este momento.

Voy de camino a mi coche cuando me suena el móvil. Miro el nombre que sale en la pantalla y me río al ver una graciosa fotografía de mi amigo entre dos mujeres.

—¿Qué ocurre, Bastian? —Observo a mi alrededor, cuidando de que nadie pueda escuchar esta conversación, pero para sentirme más seguro entro en el coche y enciendo el motor.

—¿Ya has terminado, campeón? —pregunta con ese marcado acento inglés que sé que utiliza cuando tiene cerca alguna conquista.

—Sí. Se podría decir que he ganado.

—¿Se podría decir? —Su voz se endurece por un segundo y yo decido ahorrarle el suplicio.

—Tengo el pase dorado. ¿Qué quieres?

—Bueno, *mate*, necesito que vengas a este evento, tengo que presentarte a una mujer que te juro que será la futura madre de mis hijos.

Ya he perdido la noción de cuántas veces le he oído decir semejante cosa.

—¿No has podido esperar para estrenar tu pase? —Me río al recordar su reacción de niño en Navidad al recibir el pase que la agencia le consiguió para ir a los eventos a los que yo asista. No han podido fabricarle una identidad como la mía, pero es suficiente para que lo dejen entrar. De esa forma, dos actúan más rápido que uno.

—El trabajo es mi vida. —Noto la ironía en su voz, porque en realidad las mujeres son su vida. El trabajo sólo ha sido el medio para llegar a ellas en distintas partes del mundo.

—Se supone que eres mi guardaespaldas. ¿No deberías estar cuidando mi espalda ahora mismo? —me burlo, porque sé que la idea de que sea su jefe en esta treta no le gusta mucho.

—Siempre te he guardado las espaldas, *mate*. —No se ha quejado, eso quiere decir que está muy ebrio y muy contento con esa chica—. Entonces, ¿vienes o no?

—Mándame la dirección. Y más te vale que sea una diosa reencarnada.

Pongo en marcha el coche y, al escuchar el motor de mi BMW el pulso se me acelera, provocando que sobrepase con creces el límite de velocidad permitido. No hay ningún vehículo en la carretera y agradezco que este evento fuera tan alejado de la ciudad. Necesitaba sentir la adrenalina correr por mis venas dentro de un coche; recordar parte de mi trabajo en la agencia, la expectativa constante, el temor a ser descubierto. En este trabajo he tenido que desarrollar una inmensa paciencia y ése no es mi mejor fuerte. Lo único que puedo salvar por el momento es a la preciosa pelirroja. No he dado con mi objetivo todavía, pero ella ha hecho mucho más amena esta espera.

—¡Deja ya de pensar en ella! —me reprocho, golpeando el volante y por un momento pierdo el control del coche. De haber venido alguien por el carril contrario, habría sido mi fin. Esto no es normal en mí. No sé qué voy a hacer con ella, pero necesito tenerla. Es la única solución.

Conduzco hasta la dirección que Bastian me ha mandado, me cambio en el coche y me limpio la sangre que tengo en la ceja y el labio. Aún parece como si me hubiesen dado una paliza, pero el traje ayuda. Salgo del coche y me abrocho el traje, antes de echar a andar como si el mundo me perteneciera y dispusiera de todo el dinero que se supone que tengo.

Reconozco el lugar en cuanto pongo un pie en la terraza del hotel donde hoy tiene lugar el evento. Todo es blanco hoy y las chicas llevan vestidos de ese

color en distintos modelos, todos caros. Veo a Bastian sentado a la barra, junto a una mujer enmascarada de melena corta color carbón.

—Espero no haber tardado demasiado. —Le doy una fuerte palmada que lo desestabiliza y sonrío ante su mirada por haber hecho que se tirara parte de la bebida en los pantalones.

—Me pone un Johnny Walker doble, por favor —le pido al barman, inclinándome sobre la barra.

—No demasiado —responde Bastian.

—¿Nos presentas? —Miro a la joven que él oculta con su cuerpo, regocijándome ante el temor de Bastian de que ella me prefiera, aunque si hay algo que nunca hacemos es pelearnos por mujeres.

—Por supuesto, *mate*.

Se endereza, haciéndose a un lado para dejar al descubierto a una hermosa chica que debe de estar en los veinte. Lleva una corta melena negra, es de cuerpo menudo y tiene las curvas apropiadas, pero sus ojos negros como la noche son lo más hermoso que tiene. Algo en ella me resulta familiar, pero no consigo saber qué. Es una muñeca, aunque parece demasiado joven. Bastian le debe de llevar unos seis años como mínimo.

—Ella es Alexa —dice mi amigo.

Veo que la mirada de la chica está fija en mí, pero no como si estuviese interesada. Frunce el cejo y niega con la cabeza, aunque no dice nada.

—Yo me llamo Christoph Astor. —Le tiendo la mano, que ella acepta dudosa y sus ojos se abren con sorpresa, como si al fin hubiese entendido algo importante.

—Astor. Claro. —Sonríe con amplitud, mostrando sus pequeños dientes, que le dan un aspecto adorable—. Eres el... amigo de Val.

Apenas ha dicho su nombre la he reconocido, la chica del gimnasio que Alena no se preocupó en presentarme. Me resulta raro que no use su nombre de pila, pero encaja con Alena. No desea que nadie averigüe su verdadera

identidad. Sin embargo, la situación me distrae de ese punto; es demasiada coincidencia que ésta sea la chica que a Bastian le ha interesado.

—Sí... el mismo. Su amigo. —Casi me atraganto al pronunciar la palabra, porque nunca antes he sido amigo de una mujer y no me interesa empezar con ella.

—Qué extraña coincidencia.

—Bueno, las coincidencias existen. Ésta es una fiesta y hay que divertirse. —Bastian nos interrumpe interponiéndose entre nosotros para romper el contacto que aún manteníamos, con nuestras manos unidas.

—Tiene razón. —Sostengo el vaso que el barman me ha servido y brindo antes de beber un trago.

¿El resto de la noche? Aunque parezca extraño, la disfruto. Alexa nos acompaña toda la velada y no para de coquetear con Bastian. Nunca lo había visto tan cohibido con una mujer antes. Siempre era el depredador, pero con ella es como si de pronto toda su confianza hubiese desaparecido. Eso me complace, quizá las cosas salgan bien para alguno de nosotros.

Cuando empieza a ponerse cariñoso con ella, me voy al servicio sin excusarme. No estoy para esas escenas y caigo en la cuenta de que han pasado varios meses sin que tenga sexo. Bastian tiene razón, pero yo sólo quiero a la pelirroja.

—¡¡Demonios!! —vocifero y me enjuago la cara con agua fría para intentar calmarme.

—Quería hablar contigo... —Bastian me intercepta cuando voy a salir del servicio.

—¿Era necesario que fuese aquí? —me burlo, pero al ver su expresión sería retrocedo para que entremos los dos—. ¿Qué ocurre?

—La agencia me ha llamado, porque se han enterado de que no eres el único que ha obtenido ese pase de oro. Quieren saberlo todo de ella. —Alza las cejas haciendo énfasis y sé lo que viene, porque no se lo he dicho por teléfono—. ¿Quién es? ¿Y por qué me la ocultas?

—Bastian...

Desvío la mirada porque aún no quiero hablarle de mis sospechas sobre Alena. No quiero a toda la Agencia de Inteligencia alemana implicada, averiguando hasta la marca de papel sanitario que usa. Porque cuando se trata de la agencia, Bastian rara vez puede ocultarles algo.

De alguna manera quiero protegerla, a pesar de que mi intuición me haya convencido hoy de que Alena es una pieza importante de las que me faltan de este rompecabezas.

—No lo hagas... —Golpea con un dedo mi pecho y veo que está molesto—. No te atrevas a mentirme.

—¿Confías en mí? —Le pongo las manos sobre los hombros, sólo soy unos centímetros más alto que él, pero me ayuda. Lo miro suplicante, porque si pregunta de nuevo no tendré más remedio que decírselo todo.

—Sí, pero...

—Entonces, confía en mí también en esto —lo interrumpo—. Déjame manejarlo a mi manera. —Él va a decir algo, pero no se lo permito—. Por favor. No te lo pediría si no fuera importante.

—Te lleva de las pelotas, *mate* —es lo que único que dice, tras lo que me parece un silencio eterno.

—¿Estamos bien? —Cierro el puño para que lo golpee como siempre.

—Estamos bien —sonríe, correspondiendo al gesto.

—¿Y qué hay de esa chica? —Cruzo los brazos y alzo las cejas, ahora el interrogatorio lo lidero yo.

—Ella... es... sólo...

—No te atrevas a mentirme —lo imito frunciendo el cejo y terminamos ambos carcajeándonos—. Pero en serio, ¿qué tienes con ella? La semana pasada estabas enamorado de... Claudia... Corina... ¿Cómo se llamaba?

—Creo que Claudia... ¿o era Katia? —Se queda pensativo y yo no puedo hacer más que reírme.

—Si hace unos días decías que no había nadie mejor en la cama.

—Y en la cocina y en el baño.

—Para —lo detengo y cierro los ojos para ahuyentar esas imágenes de mi cabeza—. Entonces, Alexa...

—No lo sé, *mate*. La verdad, no sé qué me pasa con ella —confiesa con expresión seria y entiendo por completo cómo se siente.

Al menos él consigue tenerla entre sus brazos toda una velada.

—Si te interesa, no la dejes ir... —Le doy un par de palmadas, dejándolo con la boca abierta con mi sugerencia.

Me marchó del evento con una sola meta: ir al apartamento de Alena. Recorro en poco tiempo la distancia que me separa del sitio y subo con rapidez, usando la llave que he copiado sin que se dé cuenta. El trayecto en ascensor se me hace eterno y cuando al fin estoy frente a su puerta, dudo. Miro la hora en mi reloj y son pasadas las dos de la madrugada, ya debe de estar dormida. No es sensato que la despierte para exigirle una explicación. Vacilo varias veces en marcharme y termino haciéndolo, porque no soy un insensato, al menos no demasiado. Mañana será otro día.

Bastian no ha ido a dormir al hotel esta noche, lo más probable es que pidiese una habitación para él y para Alexa en el lugar del evento. Me acuesto en la cama mirando al techo y de esa forma amanezco, sin haber conseguido pegar ojo.

Son las ocho de la mañana y estoy frente al edificio donde vive Alena. Llevo más de veinte minutos dentro del coche, esperando que sea una hora prudente para llamar a la puerta. En cuanto las agujas del reloj marcan las ocho y diez minutos, salgo disparado hacia su apartamento.

Cuando estoy arriba, pego la oreja a la puerta buscando alguna señal de que está despierta, pero no oigo nada. Toco varias veces y la única respuesta es el vacío. Repito lo mismo cuatro veces, pero nadie viene a abrir. Miro el reloj, ya ha pasado media hora y no creo que vaya a conseguir nada. Quizá le resultase difícil dormir tras la pelea. Resignado, doy media vuelta y paso el

resto del día revisando los teléfonos que conseguí intervenir en el evento de élite, pero nada parece llevarme a la Cobra Negra, están limpios.

Por la noche vuelvo al apartamento de Alena y me siento como un acosador, montando guardia frente a su puerta. Llevo más de una hora ahí y nadie abre. Es una pérdida de tiempo.

—Lo intentaré mañana —suspiro, al subirme de nuevo a mi BMW.

A la mañana siguiente estoy a la misma hora frente a su edificio, cuando la veo salir con unas mallas deportivas azul marino con unas delgadas líneas fucsia a los lados y una chaqueta con los colores invertidos; puedo ver el logo de Adidas cuando se sube a su coche. Cuando arranca decido seguirla a distancia para buscar el momento oportuno de hablar con ella.

Se detiene en el edificio donde vive Alexa y la veo entrar sin quitarse las gafas oscuras. Aún recuerdo su rostro y el corte de su labio era bastante feo, el moretón tardará en desaparecer. Aguardo durante casi tres horas hasta que la veo salir en compañía de Alexa. Hablan durante unos minutos y después Alexa se despide y se sube a un taxi. Alena espera a que el taxi desaparezca para cruzar la calle y entrar en un edificio de ladrillos de tres pisos. Yo no pierdo la oportunidad de seguirla y, cuando está dentro, me aventuro ahí yo también.

Subo la estrecha escalera sigilosamente y al llegar al siguiente piso veo que Alena saluda a una chica detrás de un mostrador y coge un pasillo a su derecha, desapareciendo de mi vista. Yo decido hacer lo que se me da mejor y entro con mi mejor sonrisa, logrando que la chica tenga que parpadear varias veces para conseguir decir algo coherente.

—Buenos... buenos días —se aclara la garganta con dificultad—, ¿en qué puedo ayudarte?

—He venido a sorprender a mi novia. No te preocupes, conozco el camino —le guiño un ojo y, antes de que formule alguna negativa, sigo el camino que ha tomado Alena.

En el pasillo hay dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda; a medida que me aproximo, empiezo a pensar en cuál abrir, pero entonces oigo

el sonido de la música. No reconozco al cantante ni la canción, pero la melodía es muy envolvente y seductora. Camino en dirección a la puerta de la pared izquierda, atraído por la música, y al mirar por el cristal veo a Alena en una habitación llena de espejos, con sus mallas deportivas y un diminuto top rosa; va descalza, con la melena suelta, y baila como si su vida dependiera de ello. Es una especie de danza contemporánea, deduzco por los movimientos. Al verla me pierdo en los recuerdos y, por un momento, esa habitación me traslada a hace veinte años, cuando miraba bailar a una hermosa mujer de cabellera castaña; sólo que ella lo hacía de puntillas, con unas zapatillas que le maltrataban los pies. Nunca la veía tan feliz como cuando bailaba.

Movido por los recuerdos, abro la puerta y camino hacia ella. Una vez estoy dentro, la música, el ambiente y sus movimientos me despiertan, devolviéndome al aquí y ahora, donde esta preciosa mujer pelirroja baila como si fuera fuego y quisiera quemarlo todo a su alrededor. Pero yo soy fuego con ella, así que me acerco. Aún no se ha dado cuenta de mi presencia, porque se mueve con los ojos cerrados, como en una especie de trance. Cuando gira, yo me aproximo y su cuerpo se estampa contra el mío. La sostengo entre mis brazos, evitando que se caiga.

Sus ojos se abren por la sorpresa y, al encontrarse con los míos, ya no soy dueño de mis actos. Su mirada está turbia y diversos sentimientos se debaten en ella. No me aparta, pero tampoco se acerca. Su respiración es entrecortada y un hilo de sudor le baja por la garganta, perdiéndose entre sus pechos. Sigo su trayectoria y, cuando alzo la mirada, hay más pasión en esos feroces ojos azules de la que esta habitación puede contener. No puedo tolerarlo, así que, sin pensarlo, mi mano viaja hasta su cuello y me acerco a sus labios, que beso con deseo.

Todo el anhelo y la pasión reprimidos desde que la vi hacen implosión en ese momento. Siento que ardo, que me quemo y cada beso lo hace peor. Ella me corresponde, excitada, y sus manos recorren mi espalda, apretándome más a su cuerpo. Caminamos hasta uno de los espejos, donde la aprisiono para

colar con libertad mis manos dentro de su ropa interior. Acaricio su jugoso trasero, que he soñado tanto con tener entre mis manos, y la aprieto hasta donde mi erección crece. Ella se restriega al sentir mi dureza y empieza a quitarme la chaqueta; también la camiseta, casi sin interrumpir nuestros besos.

Su mirada está enturbiada por la lujuria, lo mismo que la mía y no soporto tenerla mucho más tiempo lejos de mí. Así que le bajo la malla deportiva, junto con el tanga de algodón, para después alzarla, apoyando su espalda de nuevo en el frío espejo. Cruza las piernas alrededor de mi cintura y se quita el top que la mantenía vestida. Mis ojos se pasean por sus redondos senos y mi boca se hace con sus pezones. Succiono uno mientras con los dedos le doy placer al otro. Ella se retuerce jadeante. Son perfectos, ni muy grandes ni muy pequeños. Sus uñas arañan mi espalda y yo me acelero. Al levantar la mirada, ella se muerde el labio y sus manos viajan hasta mi cinturón, desabrochándome el pantalón. Alena no quiere esperar.

Yo dudo un momento sobre cómo continuar, pero ella me baja como puede los bóxers, haciendo salir mi erección. No hay tiempo para ser suaves. Saco un condón como puedo del bolsillo trasero de mi pantalón. Siempre llevo uno, aunque hace mucho que no los use yo, sino Bastian, que sale desprovisto. Me lo coloco con destreza y de una estocada estoy dentro.

Ella gime por la brusquedad, pero no se queja, sino que se aprieta más y empieza a moverse. Estoy en la gloria, sentirla contraerse alrededor de mi miembro es placentero, pero siento que necesita movimiento. Así que no la hago esperar más y me muevo con frenesí una y otra vez dentro de ella. Me araña la espalda, me muerde el hombro y gime de placer. Sus ojos no abandonan los míos hasta que se deja ir en un orgasmo ensordecedor que es su permiso para que yo pueda llegar a mi vez. No tardo más que unos segundos en explotar. Los meses sin actividad sexual y los días deseándola se concentran, haciendo que me vacíe varias veces, al punto que siento que las piernas me fallan y casi pierdo el equilibrio.

Al levantar la mirada, la observo con expresión divertida. Ladea la cabeza

y, con aire despreocupado, se aparta los rizos rojizos que tenía pegados a la cara. Se la ve salvaje, indomable e increíblemente hermosa.

—¿No me digas que ya estás cansado?

Yo me quedo sin palabras, porque en verdad lo estoy. Haber acabado tan fuerte después de tanto tiempo de abstinencia no es fácil para un hombre.

—Esto acaba de empezar —añade.

Abro la boca para decir algo ocurrente, pero estampa sus labios contra los míos, mientras su lengua se cuela dentro, en una danza erótica que envuelve la mía. He perdido la razón y toda la excitación vuelve a surgir. Ahora somos una nube de besos y de caricias, tendidos en el suelo de ese salón de espejos.

## Capítulo 22

### El reencuentro

Estamos recostados en el frío suelo del salón de baile, jadeantes y sudorosos. El aire huele a sexo y a nosotros. No puedo creer lo que he hecho, he bajado la guardia un minuto y he acabado acostándome con quien no debía. Aún no confío del todo en él y me he abierto de piernas sin ninguna objeción cuando me ha mirado de esa forma llena de lujuria y de pasión. No sé qué me ha pasado, no sé cómo he olvidado a Samir y también a Enrique. Me reprocho atreverme a sentir esto, no puedo hacerlo, debo detenerlo, aunque una parte de mí desee seguir entre sus brazos, haciéndolo gemir mi nombre. Siento su mirada y no puedo enfrentarla en estos momentos, así que me siento de espaldas a él, mientras me visto con rapidez.

—¿Ya estás cansada?

Su mano se desliza por mi espalda y yo doy un salto, levantándome. No quiero sus manos sobre mí, no consigo pensar con claridad cuando lo tengo tan cerca.

—Lo que acaba de pasar... —Me vuelvo, mirándolo con seriedad; él aún se encuentra en su esplendor, desnudo, sin ningún tipo de pudor.

—Ha sido de las mejores sesiones de sexo que he tenido. —Su mirada sigue llena de lujuria y yo debo tragar saliva para conseguir soportar la intensidad de esos ojos.

—Lo que acaba de pasar no volverá a suceder.

Frunce el cejo, confuso, mientras se coloca los bóxers y se pone de pie, deteniéndose a escasos centímetros de mí.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo hago. Ha sido cosa de una sola vez.

Aprieta los puños a los costados y su mandíbula se tensa, lo mismo que todo su cuerpo; veo los músculos de sus hombros y de su torso contraerse.

—Claro. Lo había olvidado —escupe molesto.

Ahora soy yo quien está confusa, porque no sé de qué habla.

—Después de todo sigues siendo una puta. Bastante cara, por cierto. — Sonríe de medio lado, con evidente desprecio en su voz—. Pero puta al fin.

Quiero estamparle el puño en la cara por lo que está diciendo, sin embargo, me reprimo de hacerlo. Si armo semejante escena, estaría demostrando que sus palabras me afectan, que su opinión sobre mí es importante y no puedo hacer eso. Después lidiaré con el dolor que me han causado sus palabras, pero él no tiene por qué enterarse de ello.

—Tengo que pedirte que te vayas —digo firme, con mi mejor cara de póquer; ya soy toda una experta en ocultar mis sentimientos, a veces incluso de mí misma.

—¿Cuánto te debo por lo de hoy? —Retrocede para enfundarse los vaqueros con rapidez. Saca su billetera y empieza a contar un fajo de billetes—. ¿Con esto es suficiente? —Mueve los billetes frente a mi rostro y yo siento que estoy a punto de perder la poca paciencia que me queda—. ¿O tal vez debería añadir mil más, por haberlo hecho fuera del horario de trabajo y de forma tan improvisada?

No para de insultarme y creo que es porque se ha sentido insultado por mí.

—Voy a ir al baño y, cuando regrese, espero no encontrarte aquí o tendré que llamar a seguridad. —Ignoro todos sus insultos y, cogiendo la toalla que siempre llevo conmigo para el gimnasio, me marcho al cuarto de baño para alejarme de Christoph, porque de mis pensamientos no conseguiré escapar por muy lejos que huya.

Me encierro en el baño y descanso el peso de mi cuerpo sobre la puerta al cerrarla. Una parte de mí quiere encontrarlo al volver, con esos ojos color miel y su porte misterioso que volvería loca a cualquiera, pero otra parte

necesita que no siga ahí, porque me siento inestable emocionalmente cuando lo tengo cerca y en estos momentos no puedo lidiar con eso en mi vida, necesito estar concentrada en mi objetivo. Todo lo demás es una distracción indeseable que debe desaparecer.

Cuando pienso que ha transcurrido suficiente tiempo como para que se haya largado de mi salón de danza, salgo de forma cautelosa y me topo con mi imagen reflejada en los espejos. Me miro con reprobación por haber alejado a ese irresistible hombre de mi lado. Christoph se ha ido.

Llego al apartamento exhausta y con la cabeza hecha un lío. Sólo quiero darme una ducha y a la cama, porque esta noche debo asistir a un evento, del que, aunque no sea de nivel 1, sino 2, me han mandado invitación, así que faltar no es una alternativa. Continúo trabajando para La Compañía y, mientras no tenga esa reunión con la directiva, sigo en una especie de período de prueba. Nos dijeron que faltaban cinco días hasta la reunión del boleto dorado, ahora ya queda sólo uno y mañana por la noche conoceré al fin a la Cobra Negra o al menos eso espero.

El sonido del teléfono me hace salir de la ducha corriendo, por temor a que sea Viktor con alguna otra orden obtusa. Espero que le haya quedado claro que a partir de ahora lo haríamos a mi manera. Contesto el teléfono sin fijarme en el identificador de llamada y me arrepiento de inmediato al oír la entusiasta voz de Alexa.

—¡Menos mal que contestas! —resopla, a saber cuántas veces ha llamado.

—Tenía que hacer unas cosas. ¿Qué sucede?

—No puedes negarte y menos después de ver cómo te dejó ese cliente. Va a costar mucho maquillaje ocultar ese moretón —me reprende de nuevo. Y es que casi puso el grito en el cielo al verme después de participar en la pelea. Aunque para ella era sólo un cliente y le había prometido ir con Marco si volvía a suceder. Si supiera que Marco había sido mi cómplice en eso.

—Está bien.

—Tienes que venir a mi casa, estoy aquí con Dana, veremos una película y

hablaremos un poco de hombres. —Puedo notar que es muy probable que esté haciendo pucheros al otro lado de la línea. Alexa tiene un comportamiento a veces un poco infantil, pero eso forma parte de lo que la hace adorable.

—Supongo que no tengo otra opción.

—No, no la tienes. —Se ríe y oigo la voz de Dana, aunque no entiendo lo que dice—. Te esperamos en media hora. No tardes. —Y cuelga.

—Supongo que se me acaba de ir al traste eso de una tarde de descanso —resoplo resignada, dejándome caer en la cama.

Miro la hora antes de llamar a la puerta del apartamento de Alexa y he tardado con exactitud veintiséis minutos, todo un récord. He cogido lo primero que tenía a mano en el armario, un pantalón estrecho de mezclilla rasgado en las rodillas, y una camiseta holgada de color crema, con zapatillas planas y casi sin maquillar.

—Ya era hora —me recibe Alexa, colgándose de mi brazo para llevarme dentro.

—No he tardado tanto. —Dejo mi bolso en uno de los muebles y veo salir a Dana de una de las habitaciones; me sonrío al verme.

—Creía que no vendrías —me saluda y yo intento relajarme, porque, después de todo, esto se supone que es una reunión de chicas normal y corriente.

Pasamos la tarde viendo un par de comedias románticas y comparando lo que vemos con la vida real, que no se parece en nada. La vida no es en absoluto como en las películas, los hombres no hacen grandes gestos para demostrarte su amor ni se esfuerzan para conseguir que los disculpes.

—¿Y qué hay del tipo con el que estabas el otro día? —le pregunta Dana a Alexa cuando salen los créditos de la segunda película en la pantalla plana.

—¿Bastian? He pasado toda la noche con él.

Veo que se ruboriza y no puedo evitar sentirme intrigada. Nunca la he visto ruborizarse por nadie desde que la conozco y eso que ha tenido clientes que podían haberlo justificado.

—¿Quién es Bastian? —Me uno a la conversación movida por la curiosidad.

—Un atractivo caballero inglés, de cuidada cabellera pelirroja, que nuestra Alexa ha conocido hace unos días, cuando faltaste al evento. Tendrías que haberlos visto, se comían con los ojos.

Me sorprende al escuchar a Dana y miro a Alexa, que se enfurruña en su asiento.

—¿Y cuál es el problema con ese Bastian? —le pregunto, pero ella rehúye mi mirada—. ¿Alexa? —Le sostengo la mano y ella se queda observando nuestras manos unos minutos.

—Desde el momento en que sus ojos color esmeralda se posaron en mí, sentí que el corazón iba a salirse del pecho y fue escuchar su voz ronca y ese acento inglés... —suspira ruborizándose de nuevo— y caí rendida. —Libera su mano de la mía para cubrirse el rostro con ambas manos.

No consigo entender cuál es el problema.

—Te gusta mucho. —Ella asiente repetidamente—. ¿Ése es el problema?

—No... —Toma una bocanada profunda de aire y yo empiezo a asustarme. No entiendo qué puede ser tan lioso como para ponerla en este estado.

—Bastian no es un cliente de lujo. —La miro instándola a proseguir, porque sigo sin entenderlo—. Es el guardaespaldas de un cliente importante de La Compañía.

Veo cómo se desinfla y todas las piezas empiezan a encajar. El sueño dorado de Alexa, de eso se trata.

—¿Así que el problema es que no es rico? —pregunto y ella asiente varias veces con pesadez, temerosa de ser juzgada—. ¿Y sientes que tu sueño de conseguir todo lo que quieres se ve truncado?

—De alguna forma es así.

Dana nos observa en silencio, sin intervenir. Supongo que porque ya ella tuvo su conversación con Alexa en cuanto sucedió.

—No creo que sea tan malo. Tal vez termine siendo el príncipe azul que has

estado esperando. —Le paso un brazo por los hombros y le doy un apretón, en un intento de hacerla sentir mejor. No me gusta verla de esa forma, no cuando ella es pura alegría.

—¿No vas a preguntar de quién es el guardaespaldas? —Alexa me mira enarcando una ceja y yo me encojo de hombros. Para mí es irrelevante de quién es el guardaespaldas, ése no es mi problema—. Christoph Astor.

—¿Qué pasa con él?

—Bastian es el jefe de seguridad de Christoph.

Me quedo sin palabras, no creo en las coincidencias, así que mi paranoia empieza a trabajar. Christoph tiene que estar detrás de esto.

—Lo he conocido y es muy agradable, no entiendo por qué no lo soportas —prosigue Alexa.

—¿Agradable? —Casi me da un ataque de risa. Ese hombre no tiene nada de agradable—. No me da buena espina. Y no me parece para nada agradable.

—Yo os recomiendo que os alejéis de él. —Dana nos interrumpe, mientras envía un mensaje de texto con su móvil—. Para nadie es un secreto que ese hombre es un jugador y que está metido en negocios turbios.

Por algún extraño motivo, la forma en que ha hablado de Christoph me ha molestado; no tiene derecho a hablar así de él. No es que crea que es un santo, pero yo lo conozco mejor que ella y soy la única que puede decir esas cosas con total seguridad.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso sabes algo que nosotras no sepamos? —Cruzo los brazos y la observo a la defensiva. No encuentro explicación lógica de por qué me ha molestado que hable mal de él.

—Sólo lo que todos saben, que es mejor mantenerse alejado de él antes de terminar hundido en toda su mierda.

La manera en que me ha mirado cuando ha dicho todo eso me ha resultado desconcertante. Ella y yo no es que nos conozcamos mucho, pero justo cuando ha salido el nombre de Christoph ha empezado a actuar de esta forma tan extraña. Se me ocurre que quizá hayan tenido algo.

—Pues yo creo, Alexa —me vuelvo hacia ella, ignorando el último comentario de Dana—, que deberías darte una oportunidad con ese Bastian. No tienes nada que perder.

—No estoy tan segura de eso.

—Si él te gusta tanto como dices —le sostengo la mirada, la suya está poniéndose vidriosa y le dedico una sonrisa comprensiva—, deberías intentarlo. El amor llega cuando menos lo esperamos.

Sin poder evitarlo, la imagen de Samir invade mi mente y después Christoph se abre paso, dejándome muda. No tengo la menor idea de lo que me está pasando.

—Gracias, Val. Eres una buena amiga. —Me abraza con fuerza y yo le correspondo, porque también necesito ese abrazo—. Val, hay una cosa que tengo que decirte... —Se separa y puedo ver que algo se debate en su mente.

—¿Qué pasa? —La miro confusa y ella abre la boca para decir algo, pero en ese momento oigo el sonido de un móvil que no es el mío. Alexa se muerde el labio con pesar y suspira, para luego levantarse del sillón.

—Tengo que contestar —es lo único que dice antes de coger su teléfono, que tenía en la encimera de la cocina, y desaparecer entre murmullos.

—Siempre que suena esa canción en su móvil, actúa de una forma muy extraña —comenta Dana, con la vista fija en el lugar por donde Alexa ha desaparecido.

Yo sigo su mirada y frunzo el cejo por no haberme percatado de eso. Sí, a veces me daba cuenta de que, cuando recibía alguna llamada, Alexa se ponía nerviosa y se excusaba para ausentarse. Sin embargo, no me había fijado de que sucediera cuando recibía una llamada en particular.

—¿Tienes idea de quién se trata?

—No. Una vez le pregunté y ella sólo esquivó la respuesta. —Dana se vuelve en la dirección en la que Alexa se ha marchado, con la duda pintada en el rostro. Y yo empiezo a hacerme las mismas preguntas que ella.

—¿Nada más?

—Lo que sí puedo decirte es que cada vez que recibe una llamada de ese número tarda mucho en volver a ser la Alexa de siempre. Se vuelve fría, distante y bastante callada.

Las palabras de Dana me dejan pensativa y espero un rato que Alexa regrese a la sala, pero no lo hace. Así que le dejo una nota en la encimera de la cocina y me doy por vencida. Después de despedirme de Dana me marcho a mi apartamento para arreglarme para el evento de esta noche.

No sé por qué me siento nerviosa. He revisado mi vestuario varias veces ante el espejo antes de salir. Aliso con insistencia las arrugas imaginarias de mi vestido azul marino, con hermosos pliegues irregulares. Esta vez he optado por un vestido tubo hasta la rodilla, para lucir mis largas y sedosas piernas. He dejado sueltas las ondas de mí ya no tan pelirroja cabellera y me he puesto algunas extensiones para que se vea más largo y abundante. Algo me ha movido a usar unas lentes de contactos grises, para cambiar el aspecto de mi mirada, y me pongo un antifaz del mismo color con diminutos brillos, que le dan un aspecto lujoso y elegante a todo mi atuendo. Estoy una vez más irreconocible.

Boris me recoge como de costumbre en el hotel y me sigo sintiendo nerviosa, como si fuese la primera vez que hago esto. No logro entender lo que me pasa, es como si mi intuición estuviera intentando avisarme de algo.

Saludo a Marco como de costumbre y él me dedica una sonrisa cómplice al ver que no se me ven rastros de los golpes recibidos. El maquillaje es uno de los mejores inventos en estos casos. Me acomodo con nerviosismo el antifaz al entrar en el salón de reuniones del hotel Lexus.

Hoy el tema es el mar y los colores usados una amplia gama de azules; se puedes oler a marisco al acercarte a las mesas de canapés. Paseo la mirada por todo el salón, registrando a los asistentes. Los reconozco por ser clientes asiduos. Busco un potencial objetivo, pero aún no diviso ninguno, así que, para matar el tiempo me acerco a una de las barras, cerca de una esquina, pero

me detengo de forma abrupta al reparar en el caballero que se encuentra en uno de los taburetes, con su traje gris claro.

—Reconocería esa espalda a kilómetros de distancia —susurro con un nudo en la garganta. Me acerco para observar su perfil, su nariz recta y la mandíbula cuadrada, el pequeño hoyuelo de su barbilla que me enamoró, su cabello rubio, corto en los lados y un tanto escaso en la parte superior. Esas manos fuertes, que sostienen una copa de ron blanco. Él no soporta mucho el sabor del whisky o el coñac, siempre ha preferido el ron y la cerveza, imagino que aquí no ha podido encontrar una.

«Pero ¿qué hace aquí? Yo estaba tranquila porque él estaba a salvo y ahora se encuentra frente a mí, en la boca del lobo.»

No puedo resistir la tentación y decido tomar asiento a su lado. Le pido un Día de la semana al barman y Enrique se vuelve a cámara lenta en mi dirección. La decepción que aparece en su mirada cuando se cruza con mis ojos es una puñalada en mi corazón.

—Disculpa, pensaba que eras otra persona.

Suena desanimado y una parte de mí se alegra. Porque la esperanza y el anhelo sigan tan vivos en él que incluso se emocione al oír mi voz, por verlo tan de cerca y descubrir que está a salvo, que todo lo que he hecho ha valido la pena, porque ha sido para protegerlo.

—Lamento no ser quien deseas. —Hago un esfuerzo por modular la voz para que no me reconozca y él se vuelve de nuevo en mi dirección y, como buen caballero que es, se disculpa por su anterior arrebato.

—No ha sido mi intención ofenderla. Es que su voz me ha recordado la de otra persona. Alguien a quien esperaba con ansia encontrar en esta ciudad. — Su mirada se pierde en el vaso vacío frente a él y siento la necesidad de aliviar su dolor de alguna manera, porque yo soy la responsable.

—¿Alguna exnovia?

—No —suspira con una mueca disfrazada de sonrisa—, mi esposa.

Oírlo decir que aún me considera su esposa después de casi dos años me

destruye el corazón y el remordimiento empieza a carcomerme las entrañas.

—Éste no es el lugar apropiado para hablar de los males del corazón. ¿Quieres ir a otra parte? —Me levanto de la silla y le ofrezco mi mano.

Él me mira en silencio y observa alrededor, buscando a alguien que parece no estar.

—Yo no soy de los que... Yo no... —Me mira y sé que está buscando las palabras para decirme que no es de los que salen con prostitutas ni pagan por compañía. Lo conozco muy bien. Pero no quiere faltarme al respeto.

—Guardaré el secreto si tú lo haces. —Le guiño un ojo y él termina sonriendo con complicidad.

Le ofrezco una vez más la mano y él la acepta. Sentir su contacto, aunque sea en mi mano, me ofrece cierto bienestar. Sé que no puedo involucrarme con él, no de esta forma, pero al menos escucharé lo que tenga que decir, se lo debo.

Paramos un taxi y le pido que nos lleve al hotel. Enrique no dice nada durante todo el trayecto, su mirada se mantiene fija en el horizonte, en las luces de la ciudad. Hasta que llegamos al hotel no abre los ojos por la sorpresa, reflejando su incomodidad.

—No tengo intenciones de llevarte a mi habitación. Quiero que me acompañes a la playa.

Enrique suelta el aire que ha estado conteniendo y al fin empieza a relajarse, cuando ve claras mis intenciones. Me siento orgullosa de él en estos momentos, aunque sé que no me debe nada y no puedo exigirle fidelidad, que siga esperándome me hace sentir amada.

—Es muy bonito —dice cuando subimos a una formación de rocas contra la que rompen las olas al subir la marea.

Todo es oscuridad frente a nosotros y el único sonido es el del viento y el mar sobre la arena. Hay un ambiente de paz que sin poder evitarlo te contagia.

—No pareces un cliente asiduo a esos eventos.

Él empieza a lanzar piedras al mar, haciéndome pensar en una de nuestras

vacaciones, en las que, después de una discusión con sus padres, lo encontré en un lugar muy parecido a éste.

—¿Porque no parezco millonario? —Su mirada se endurece y algo me dice que es el motivo por el que cree que lo dejé, porque mi familia tenía más dinero del que él fue capaz de darme.

—Porque no pareces de los que pagan por compañía. —Me acerco y lo miro a los ojos con ternura—. Eso es lo que has dicho antes. Así que, ¿por qué estabas ahí, en primer lugar?

—Hace poco recibí un ascenso. Después de casi dos años, debido a un proyecto internacional, hay que visitar todas las oficinas, así que, como encargado del proyecto, he vuelto a Venezuela, junto con uno de los dueños. —Suspira y toma asiento sobre una de las rocas húmedas, pero eso no parece importarle.

Yo lo imité y me siento junto a él, manteniendo cierta distancia para respetar su espacio personal, aunque eso era lo que menos me apetecía hacer.

—Uno de los inversores es cliente de lo que se hace llamar La Compañía —me echa una mirada rápida y yo asiento para que continúe, no es necesario entrar en detalles—, así que, de alguna manera, me han invitado a venir. No tenía la menor idea de qué se trataba hasta que he llegado. Mi única motivación para regresar a Venezuela es ella.

—¿Ella? —Me hago la tonta, porque necesito saber más. Necesito saber de sus sentimientos.

—Sí, mi esposa. Ariadna. —Sonríe con ternura al decir mi nombre y mi corazón se acelera—. He vuelto para recuperarla. Sin embargo, he visitado cada hotel de la isla desde hace cuatro días, pero es como si se la hubiese tragado la tierra. Al parecer, todo fue un engaño para deshacerse de mí. —Lanza una piedra con furia, que se pierde en el mar.

—No deberías apresurarte en sacar conclusiones. —Sé muy bien que no puedo decirle la verdad y él tiene razón, lo de mi trabajo en un consorcio de hoteles fue una mentira, pero no una excusa para deshacerme de él.

—Es que ella me lo dijo. Intentó dejarme el día antes de irse, pero yo no lo permití, me aferré a ella y no la escuché. —Su voz se vuelve un murmullo en esa última parte y después no dice nada más.

Me siento tentada a hacerlo hablar, necesito oírle, pero lo que él necesita no es hablar, así que me quedo a su lado para acompañarlo en su silencio.

—Gracias por traerme aquí —dice con timidez, cuando estamos frente a la entrada del hotel, esperando un taxi.

—No hay nada que agradecer.

—Creo que debería... —murmura avergonzado, cogiendo su billetera y empezando a sacar billetes de cien dólares sin parar—. No sé nada de tarifas o si debo extenderte un cheque... o... —Al darse cuenta de mi silencio, se detiene y la culpa lo domina una vez más—. Lo siento, no pretendo ofenderte, pero tampoco quiero que pienses que soy un aprovechado que...

—Está bien —lo interrumpo, posando un dedo en sus labios. Él abre los ojos por el asombro y yo lo retiro con rapidez para no incomodarlo—. Tómalo como cortesía de la casa. —Le sonrío y él asiente, esbozando una tímida sonrisa que revuelve sentimientos dentro de mí.

—Está bien.

—Y en cuanto a tu esposa... —Su sonrisa se desvanece, mientras me mira expectante—. No te rindas. Si ella te ama la mitad de lo que parece amarla tú, no querrá que te des por vencido. Volverá a ti cuando el destino lo decida así. —Me acerco sin pensar y le doy un beso en la mejilla, aprovechando para inhalar la colonia Hugo Boss que sigue usando desde que se la regalé en un aniversario, y que mezclada con su olor varonil, fue durante mucho tiempo mi olor preferido en todo el mundo—. Espero que consigas lo que buscas y que tengas una buena vida.

No le doy tiempo a decir nada y entro en un taxi que ha parado ante el hotel para dejar a unos huéspedes. Necesito alejarme de aquí lo antes posible o terminaré revelando mi identidad, poniendo en peligro su vida y convirtiendo en inútil todo el sacrificio que he hecho hasta ahora.

—Por favor, sáqueme de aquí y lléveme al hotel Lexus.

Mi voz queda ahogada por las lágrimas que corren por mis mejillas como cascadas, dando rienda suelta a todos los sentimientos encontrados que ha despertado mi encuentro con Enrique. En estos momentos estoy destrozada y no existe nada en el mundo que pueda unir los pedazos que quedan de mí y volver a ser la que una vez fui.

## Capítulo 23

### El encuentro con la verdad

Nunca me había sentido de esta forma. Me siento utilizado, desechado y humillado. Me enerva la forma en que Alena ha conseguido empequeñecerme con tan pocas palabras, la manera en que ha herido mi ego con un solo gesto. Y quizá me he movido por venganza, por desahogo, pero al final he hecho lo que debí hacer desde el principio. Tan pronto como se ha marchado al baño, antes de pedirme que desaparezca de su vista, he usado esos valiosos minutos para hurgar en sus pertenencias, intervenir sus dos teléfonos móviles y clonarlos. Cualquier llamada que reciba yo lo sabré, no habrá mensaje o archivo que pueda ocultar de mí, porque yo daré con ellos.

—Parezco un puto crío, un psicópata y un acosador —bufo, mientras me termino de vestir. Miro una vez más a mi alrededor, inhalando el aroma a sexo, que se resiste a desaparecer—. Esta mujer debe de estar hecha de hielo. —Echo un último vistazo y me marcho con la convicción de que por fin conoceré el secreto que Alena oculta bajo esa máscara que siempre usa.

Voy recordando nuestro encuentro durante todo el trayecto hasta el hotel. Se me hace imposible olvidar el olor de su pelo, el sabor salado de su excitación, el tacto de su piel erizada bajo mi contacto, el sonido de sus gemidos al alcanzar el clímax. Esta preciosa pelirroja ha dejado su nombre tatuado en mi ser y necesitaré muchas pieles para conseguir olvidar la danza de nuestros cuerpos al convertirse en uno solo. Nunca antes una mujer me había atrapado de esta forma hasta el punto de casi obsesionarme. No es amor lo que siento, porque no puedes amar lo que no conoces, pero es una atracción

casi tan grande como la fuerza de gravedad y no puedo permitirme avanzar hasta conocer todo lo que oculta.

—*Mate*, te estaba esperando. —Bastian me saluda al llegar, muy sonriente, pero al ver mi cara de pocos amigos su sonrisa desaparece—. Parece que vienes de un velatorio.

—Se le acerca bastante... —Me quito la chaqueta y lanzo los zapatos lejos con fuerza. Necesito drenar esta rabia que me está confundiendo.

—¿La pelirroja de nuevo? —Frunce el cejo, molesto porque haya empezado a ocultarle cosas al saber que ella no le gusta.

—¿Aún tienes contacto con Martínez? —Cambio de tema, porque no me interesa seguir dando vueltas a lo mismo sin llegar a ninguna solución.

—Sí. ¿Hay algo de la Cobra Negra? —Veo su entusiasmo y me desagrada tener que enfriarlo, pero necesito mantener esto en secreto hasta saber qué hacer.

—No. Aún nada. Sólo precisaré de sus servicios en caso de que algo aparezca. ¿Puedes darme su número?

Bastian me mira con suspicacia unos minutos, debatiéndose entre las dudas fundadas que le he suscitado. Lo veo suspirar y negar un par de veces, antes de conseguir responder.

—Te lo enviaré. Sólo espero que sepas lo que haces, Christoph.

No se ha creído ni una sola palabra, así que agradezco que no haya indagado más. Me envía el contacto de Martínez y después se marcha bastante pensativo. Sé que no es sólo mí puesto en la agencia el que me estoy jugando, también el de Bastian, que ha sido mi compañero desde que empezó en este trabajo, pero tengo la necesidad de proteger a Alena, aunque estoy seguro de que es de ella de quien deberíamos protegernos.

Esa tarde me pongo en contacto con Martínez y le envío los datos de Alena. He podido clonar su teléfono y copiar todos sus archivos, incluso los que habían sido eliminados, pero muchos de ellos están encriptados. A Martínez le llevará algo de tiempo descubrir lo que contienen. Una parte de mí desea

equivocarse, que todo esto no sea más que mi paranoia entrando en acción, sin embargo, otra parte desea comprobar mis sospechas para ponerle fin a todo esto y regresar a mi antigua vida.

Medito la posibilidad de no asistir al evento de esta noche, pero la posibilidad de verla me hace levantarme de la cama y arreglarme con rapidez. Esta noche todo parece diferente. Me siento como un adolescente a punto de ver a la chica que le gusta, sólo que no soy un adolescente y debo enfrentarme a una mujer que se empeña en actuar en contra de sus profundos deseos, interpretando un papel con el que se siente más cómoda que en su propia piel.

Pido una copa en cuanto entro. Esta vez he llegado temprano para no perderme el momento en que la vea entrar por esa puerta, tan arrebatadoramente sensual como siempre. Me quedo en una esquina, desde donde tengo una buena vista de todos los asistentes, pero los demás no pueden verme a mí, porque en esta parte la iluminación es tenue y una columna funciona como parapeto. Oigo las risas de las mujeres fingiendo que estos hombres son muy graciosos, porque deben de pagar muy bien. Los veo a ellos creyéndose tan importantes, con toda su fortuna, decidiendo engañarse con el hecho de que esas hermosas mujeres los desean a ellos y no el dinero que poseen. Siempre me ha asqueado pagar por compañía, porque a mí nunca me ha faltado, aunque siguiera sintiéndome solo en el fondo.

Continúo escudriñando el lugar con la mirada hasta que la veo entrar con un hermoso vestido azul que se ajusta a sus curvas y hace resaltar aún más su cabellera rojiza. Lleva un antifaz del mismo color que sus ojos, que siempre me confunden. Eran azules la última vez que los vi y ahora no estoy del todo seguro. La observo caminar con soltura, hasta que se detiene al ver a un hombre sentado a la barra. Nunca lo había visto por aquí, pero noto que su presencia la afecta. Ella no le quita la vista de encima, manteniendo la distancia, hasta que minutos más tarde decide aproximarse.

Él no nota su presencia hasta que ella le habla. No entiendo cómo puede no haberla notado, si Alena destaca entre la multitud. Ella le sonrío, pero él

parece abatido por algo. Puedo leer su lenguaje corporal, está nerviosa y no logro entender por qué. No parece que él sepa quién es, lo que lo hace todo aún más confuso.

Me hierva la sangre al ver cómo se sonroja y se muestra inquieta ante sus palabras, mientras él parece ajeno a ella. Cierro los puños por la rabia y siento que puedo perder los estribos si no me controlo.

—Ella es mía —susurro, apretando los dientes y me detengo al darme cuenta de lo que he dicho sin pensar.

Pero es que hasta hace unas horas la tenía gimiendo entre mis brazos, bebía de su excitación mientras la hacía correrse y ahora parece más afectada por la presencia de ese hombre de lo que lo ha estado conmigo. Ni siquiera la he visto de esa forma con el árabe.

Recuerdo las palabras que le he dicho esta mañana y las repito como un mantra para desechar la idea de plantarme frente a ella y reclamar su boca. Alena no es más que una puta, una puta de alta alcurnia, pero puta al fin y al cabo. Éste es su trabajo, hacerle sentir a cada hombre que es único en su vida, para mantenerlo comiendo de su mano. Es una artista del engaño y la manipulación, fingir es lo que mejor sabe hacer y no debo olvidarlo.

Decido sacar mi móvil sin que me vean o haré que me expulsen y tomo un par de fotografías de ella y de este hombre misterioso. Averiguaré de quién se trata y qué tiene que ver con Alena para que se comporte de esa forma. Cuando he visto lo suficiente como para convencerme de que lo que hubo entre nosotros no fue nada más que sexo, me marché del hotel y decido perderme conduciendo por las oscuras calles de la isla. Necesito la adrenalina del motor rugiendo bajo mis manos para recordar por qué estoy aquí. No puedo volver a perderlo de vista.

A la mañana siguiente, me despierto con la sensación de que hoy me toparé con la verdad y no me gustará. Abro por enésima vez la invitación dorada que nos entregaron después de la competición y compruebo que hoy es el día. Aún no tengo noticias de Martínez y eso hace que esté nervioso todo el día. Bastian

no ha dado señales de vida desde ayer por la tarde, creo que aún está molesto y debe de estar desahogando su enfado teniendo sexo con Alexa, la amiga de Alena. El rostro de ésta se cuele en mi mente y debo obligarme a olvidarla. Nada bueno saldrá de esto.

Cuando son las siete de la tarde ya estoy en el vestíbulo del hotel, esperando que vengan a recogernos, y la veo de espaldas, con un traje pantalón negro hecho a medida. Su trasero se ve muy apetitoso y cada curva de su cuerpo es perfecta. Recuerdo el día que la vi llegar en aquella moto. Se la ve muy similar a entonces, sólo que en esta ocasión lleva el pelo más largo y recogido en una coleta alta, con su cabellera rojiza alisada.

Al oír mis pisadas se vuelve y su mirada felina se fija en la mía. No dice nada, sólo me observa cautelosa y por unos instantes sus ojos la traicionan, posándose en mis labios. Sonríó satisfecho y, al notar su fallo, se endereza, recuperando su actitud fría.

—Buenas noches.

Me inclino para susurrárselo al oído y el roce de mis labios con su oreja hace que se le erice la piel. Me separo con lentitud y me fulmina con la mirada por mi atrevimiento. Yo me limito a encogerme de hombros restándole importancia.

—Lo eran... —Es todo lo que dice, para luego volverse, esperando el coche que nos llevará a nuestro destino.

Los segundos pasan y se puede sentir la tensión entre ambos. Ninguno dice nada. Estoy a punto de romper el silencio, cuando noto vibrar mi teléfono. Retrocedo para ver de qué se trata y cuando mis ojos se fijan en la pantalla no puedo creerlo. Los archivos no paran de llegar y yo me asombro cada vez más.

Esto es una completa locura. Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza y una nueva duda aparece en mi mente. Necesito hablar con ella. Sé que no debería, que es muy arriesgado y podría poner en riesgo toda la operación, pero me niego a creer que tenga plena conciencia de dónde está metida. Sé que

no puedo decir que la conozco, pero al tener toda la información puedo atreverme a pensar que quizá está siendo coaccionada y necesito saberlo.

—Alena... —la llamo y ella me dirige una mirada molesta porque he usado su nombre, al menos su nuevo nombre, en un lugar público; porque a pesar de ser una identidad falsa se ha esmerado en que no se conozca, lo que la convierte en un enigma más complejo para mí.

Me acerco con paso firme y en ese momento vemos que se detiene una camioneta negra. Algo me dice que he perdido mi oportunidad cuando veo bajar a dos hombres vestidos de negro, que nos observan con expresión inescrutable. Llevan un aparato de detección de micrófonos y empiezan a pasarlo por el cuerpo de Alena, después pasan un detector de metales y la van obligando a quitarse los aretes y pulseras y, tras una exhaustiva revisión, se los devuelven. Ella no lleva ningún móvil.

Sus miradas se centran entonces en mí y en el teléfono que tengo en las manos. Me hacen señas de que se lo entregue y no me queda más remedio que obedecer si quiero estar un paso más cerca de la Cobra Negra. Repiten el procedimiento que han llevado a cabo con Alena, pero a mí sólo me hacen quitarme el cinturón, lo revisan y después me lo devuelven para que me lo ponga.

—Pueden entrar.

Se hacen a un lado y abren la puerta trasera de la camioneta, donde Alena y yo entramos en silencio. Nos colocan unas capuchas negras en la cabeza sin previo aviso y después todo se vuelve negro.

Trato de prestar atención a cada sonido que pueda indicarme adónde vamos, pero el sonido de la música amortigua cualquier ruido proveniente del exterior. Además, estoy seguro de que este tipo de gente utiliza coches blindados con cabinas insonorizadas, por lo que no hay manera de descubrir el camino de vuelta. Después de lo que creo son veinte minutos, el auto se detiene y oigo el sonido de una puerta al abrirse y luego cerrarse. No tardan en abrir las puertas traseras y siento unas manos que me cogen del brazo.

—Hemos llegado.

Me ayudan a bajar y creo que hacen lo mismo con Alena. Pero no vuelvo a oír su respiración o el sonido de sus tacones al golpear contra el suelo después de que entremos en el lugar de encuentro. Tengo la plena convicción de que nos han separado.

Cuento los pasos desde que entro, me hacen girar varias veces, primero a la izquierda y luego recorremos un pasillo donde la iluminación cambia, lo puedo notar por los rayos que se cuelan por la tela de la capucha. La temperatura también cambia, en el pasillo hace más calor. Después giramos a la derecha, otra vez a la derecha y una vez a la izquierda, hasta que nos detenemos. Oigo que se abre una pesada puerta, me hacen entrar por ella y tomar asiento en una silla de madera y hierro forjado, por lo que mis manos logran palpar. La puerta se cierra y me quedo en silencio. No me atrevo a quitarme la capucha, porque a pesar de que he oído los pasos marcharse, no estoy del todo seguro de que me encuentre solo en la habitación.

Al cabo de unos minutos oigo unos tacones aproximarse; no he oído la puerta abrirse, así que creo que quien sea me debe de haber estado observando hasta decidir que era tiempo de manifestar su presencia. Los pasos se detienen frente a mí y, con brusquedad, me arrancan la capucha de la cabeza. Me quedo mudo de la sorpresa al reconocer a la persona que tengo frente a mí.

—Esto no es posible —susurro y veo cómo una sonrisa divertida se forma en los labios de la mujer que apoya su peso en el escritorio que tengo delante. Observo la habitación, parece que estemos en una especie de biblioteca, con estantes repletos de libros que van de suelo hasta el techo. Alexa está apoyada en un enorme escritorio de roble, hay un par de sillones de color vino en uno de los rincones y un par de sillas frente al escritorio, yo estoy sentado en una de ellas.

—Pareces sorprendido. —Deja la capucha sobre el escritorio, sin perderme de vista.

—Tú... ¿cómo es que...? —Mi cabeza está a punto de explotar. ¿Acaso ella es la Cobra Negra? Por su edad es imposible, incluso formar parte de la junta directiva sería una locura, pues tendrá unos veintitrés años a lo sumo. Se la ve muy joven—. No lo entiendo. Creía que este encuentro sería con alguien de la junta directiva de La Compañía o con su presidente.

—Tienes razón. —Su sonrisa desaparece, dando lugar a una fina línea formada por sus labios—. No estamos faltando a nuestra palabra.

Empieza a caminar a mi alrededor, jugando con el borde de su blusa amarilla. Lleva un pantalón blanco pitillo hasta la cintura y la blusa amarilla metida por dentro, lo que la hace parecer muy elegante. Sus zapatos de tacón verdes repiquetean en el suelo de granito, haciéndome sentir más nervioso por no saber lo que viene.

—No es posible que seas de la junta. No pretendo ofenderte, pero eres muy joven para ser la presidenta... —trago saliva y decido utilizar el nombre por el que todos la conocen—, no puedes ser la Cobra Negra. —Sus pasos se detienen y siento sus manos sobre mis hombros, sin embargo, no me atrevo a mirarlas.

—Tienes razón. No soy la Cobra Negra, pero sí pertenezco a la junta. —Su mano se desliza por mi brazo mientras camina hasta detenerse frente a mí. Sus ojos azules se posan en los míos y una alarma se dispara en mi cabeza. Esto no parece nada bueno—. Ella pensaba recibirte, lo mismo que a la otra ganadora —su sonrisa se ensancha al decir esto último, puedo notar que le tiene cariño a Alena—, hasta que estos días recibimos información valiosa, una que estábamos esperando.

—¿Qué información? —Intento mantener la calma mientras empiezo a pensar alguna estrategia para salir de aquí.

—Verás, Christoph..., al menos decidieron mantener tu nombre de pila...

Mi corazón se detiene al escucharla. Ya lo saben todo.

—Sabemos que no eres Christoph Astor o, mejor dicho, que no existe el tal Christoph Astor. —Coge unas tijeras del escritorio y empieza a jugar con

ellas, poniéndome nervioso con su comportamiento—. No puedo dejar de alabar el trabajo tan arduo al construir esta identidad durante años, cuidando cada detalle; sólo que no contaron con que somos mejores.

—¿Qué quieres?

—¿La pregunta debería ser qué quieres tú? Aunque eso ya lo sé. Quieres a la Cobra Negra. No eres el único, ha habido muchos antes que tú. —Me apunta con las tijeras y yo me preparo para la lucha, sólo que ninguna parte de su cuerpo me dice que vaya a haber un enfrentamiento.

—Entonces, ¿qué harás?

—Hemos estado meditándolo. Todo estaba muy claro, hasta que hemos visto esto.

Se saca mi teléfono del bolsillo del pantalón y me muestra las últimas imágenes de Alena. Mi instinto me lleva a preocuparme por ella, por su bienestar. No sólo me han descubierto a mí, así que me preocupa lo que le puedan hacer ahora.

—¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho? —bramo molesto y me pongo en pie, dispuesto a luchar con quien sea necesario hasta dar con ella.

—No es necesario que sigas fingiendo, que continúes pretendiendo que te interesa. Es muy tarde para seguir manteniendo las máscaras, ¿no crees? —Me apunta de nuevo con las tijeras y ladea la cabeza con gesto divertido.

—No lo preguntaré más, ¿dónde está? —Doy un paso al frente y ella se endereza con expresión seria. Algo me dice que no debo subestimarla.

—¿Temes que nosotros le hagamos algo? —Se carcajea y yo empiezo a perder la paciencia—. Al parecer, la información te ha llegado incompleta. Pero no seré quien la complete. En verdad me gustabas —suspira, dejando a un lado las tijeras. Se pone de pie y en ese momento se abre la puerta y aparecen dos hombres que me sujetan por los brazos—. Espero que entiendas que no podemos dejarte ir después de lo que has descubierto de ella. No podemos dejar que nada le ocurra.

Yo empiezo a forcejear y en ese instante siento un agudo pinchazo en la

nuca, antes de empezar a perder la sensibilidad de mi cuerpo. Siento que no puedo moverme y que los ojos se me cierran.

—Ella estará bien —oigo susurrar a Alexa en mi oído, antes de sumirme en la inconsciencia.

Al despertar me encuentro en una habitación oscura, sólo iluminada por la tenue luz de una pequeña bombilla; puedo ver telarañas en las paredes y en el techo. El olor a humedad lo impregna todo y hay un bote que recoge agua que cae del piso de arriba. Por lo que veo, es una especie de sótano. No hay muebles. El aire acondicionado se cuele por el conducto de la ventilación que recorre el techo. Camino hasta la puerta e intento abrirla sin éxito.

No tardo mucho en oír pasos, pienso que vendrán aquí, pero pronto me doy cuenta de que parecen estar corriendo. Resuenan gritos ahogados, golpes y disparos. El terror se apodera de mí, no por miedo a lo pueda sucederme, he sido entrenado para momentos como éste, sino por lo que pueda sucederle a Alena. Camino de un lado a otro, pensando alguna manera de escapar, cuando el ruido cesa; ya no hay más pasos ni gritos, no se oye nada. Todo se sume en un sepulcral silencio.

Salto e intento alcanzar el conducto de la ventilación y en ese instante suena una explosión en la puerta. Adopto una posición defensiva y, cuando se abre, aparece un rostro familiar que me alegra volver a ver.

—¿Por qué has tardado tanto? —Sonrío antes de darle a Bastian un fraternal abrazo y él niega con la cabeza riendo.

—Supongo que echaba de menos tener que sacarte de embrollos. —Me entrega un arma que saca de la pretina de su pantalón y después la sonrisa desaparece de su rostro.

—¿Qué ha pasado? —Me preparo para lo peor. He oído lo suficiente como para saber que algo malo ha sucedido. Ahora debo averiguar la magnitud del daño.

—Se los han llevado.

—¿A quiénes? —El pulso se me dispara y siento que mi peor miedo se

materializa en cuestión de segundos.

—A todos. —Me echa una mirada que me da a entender que hay más detrás de esto. Trago saliva y lo miro, haciéndole entender que necesito saberlo todo —. A todos los que no han opuesto resistencia...

Sus palabras me impresionan e imagino el cuerpo sin vida de Alena. Ella nunca se habría entregado sin pelear, lo sé.

—Necesito verlo.

Bastian me sostiene del brazo cuando intento pasar junto a él. Me vuelvo para mirarlo y, si no fuese mi amigo, lo estrellaría contra la pared por detenerme.

—Necesito ver lo que ha pasado con mis propios ojos.

Él duda, pero al ver la intensidad de mi mirada suspira y suelta su agarre y me deja pasar.

Con cada paso que doy para salir de ese sótano me preparo para lo peor que pueda encontrar, manteniendo en un rincón de mi interior un poco de esperanza, porque aún no estoy preparado para dejarla ir. Todavía no.

## Capítulo 24

### La traición viene de quien menos te lo esperas

Me han tenido con los ojos vendados desde que nos han ido a recoger al vestíbulo del hotel. Christoph parecía querer decirme algo, pero no hemos tenido tiempo, lo más probable es que estuviese relacionado con nuestro encuentro de ayer, aunque creo que fui lo bastante clara. No entiendo por qué se empeña en volver a hablar de eso. Desde que hemos bajado del coche he dejado de oír sus pisadas y ya no puedo sentir su olor, ese aroma a Dior que es inconfundible.

Me han hecho caminar por un largo pasillo unos minutos, en línea recta, así que en caso de que las cosas fueran mal y tuviese alguna oportunidad de escapar podría orientarme. Porque mi intuición me dice que me estoy metiendo en la boca del lobo y que esta noche yo seré su cena.

El sonido de una puerta al abrirse me advierte que quizá hemos llegado al sitio de destino. Las manos que me mantenían sujeta de los brazos han hecho que avanzara hasta sentarme en un cómodo sillón. Oigo que los pasos se alejan hasta dejarme sola y el sonido de la puerta al cerrarse no se hace esperar, acompañado del ruido de unos tacones contra el suelo; se detiene detrás de mí para quitarme la capucha con suavidad. Respiro agitada y el corazón me late a mil por hora por la expectación de lo que va a venir.

—Has llegado más lejos de lo que creí posible. —El sonido de esa voz me resulta familiar, pero no la identifico con seguridad—. Ya no es necesario que sigas usando esto. —Me retira el antifaz que cubre parte de mi cara y me siento desnuda y vulnerable—. Conozco tu verdadero rostro. —Esa última confesión me pone alerta.

Trato de mostrarme relajada, pero en mi mente busco una posible salida ante cualquier enfrentamiento.

Estamos en una habitación amplia que parece una oficina, con paredes de color perla y cortinas champán, con unos cuantos estantes repletos de libros, un amplio ventanal que ahora está con las cortinas corridas y yo sentada en uno de los sillones situados frente a un escritorio de cristal, donde reposa un ordenador portátil y unas cuantas carpetas.

—¿No dirás nada?

Quiero decir muchas cosas, pero temo que pueda tirar por la borda el trabajo de estos casi dos años, así que opto por mantenerme en silencio.

—¿Y si hago esto? —Siento el frío del cañón en mi nuca. Esta mujer me está apuntando con un arma—. ¿Hablarás? —Presiona con ligereza y es todo lo que necesito.

Entrenar durante todo este tiempo con Rodrigo me ha llevado a esto cuando soy atacada, que no me detengo a pensar, mi cuerpo sólo actúa. Yo siempre había sido muy paciente, calculándolo todo demasiado, pero desde que comencé esta vida, tuve que aprender a actuar rápido o no conseguiría sobrevivir lo suficiente.

Me vuelvo en un momento y con el brazo empujo el arma, mandándola por los aires. Luego me lanzo sobre la mujer, intentando inmovilizarla, poniendo en práctica todo lo que Rodrigo me ha enseñado. Lo único que pienso es en inmovilizarla o conseguir dejarla inconsciente para salir de aquí. Estoy a punto de hacerlo, he conseguido tomarla desde atrás y le paso un brazo por el cuello para lograrlo; unos segundos más y la habría puesto a dormir, pero no contaba con que alguien intervendría, haciéndome soltarla.

Unos brazos fuertes me sujetan por la espalda, mientras yo me revuelvo, observando cómo la mujer se acaricia el cuello al tiempo que sonrío, dejándome desconcertada.

Es muy guapa, ahora que tengo tiempo para mirarla; facciones delicadas, una pequeña nariz respingona, ojos grises que la hacen parecer salvaje y

felina, y una cabellera rubio platino que le cae hasta los hombros, peinada en suaves ondas. Lleva un traje chaqueta con un pantalón ajustado azul marino y una vaporosa blusa blanca; un atuendo de mujer de negocios. Aparenta alrededor de cuarenta años, más o menos, aunque con los nuevos avances en cuanto a cirugía estética podría tener unos cincuenta bien llevados.

—Veo que Rodrigo te ha entrenado muy bien —dice sin dejar de sonreír, mirando por encima de mi cabeza a quien me mantiene sujeta.

¿Ha dicho Rodrigo? La miro confusa y los brazos que me sujetan desaparecen. Oigo moverse a quien está detrás de mí y poco a poco va apareciendo en mi campo de visión el rostro del hombre al que durante todo este tiempo he considerado casi una figura paternal.

—¿Tú? —Lo contemplo con la boca entreabierta, paseando mi mirada entre uno y otro.

Recuerdo entonces la voz y el rostro de esta mujer que me resultaba tan familiar, sólo que en esa ocasión llevaba el pelo castaño. La vi salir del apartamento de Rodrigo en el momento en que yo llegaba. Le pregunté por ella y, sin inmutarse, Rodrigo me dijo que era una vecina.

—No entiendo nada, Rodrigo, ¿qué pasa? Se suponía que venía a la reunión de La Compañía. —Lo miro buscando un poco de esa seguridad que siempre me brinda estar a su lado. Puedo notar algo de culpa en su mirada, lo que hace que aumente mi confusión.

—Alena.... —intenta decir, pero la mujer lo detiene.

—Estás en una reunión de La Compañía —dice ella con naturalidad y yo no puedo dejar de mirar a Rodrigo.

—Si es así, ¿qué hace Rodrigo aquí?

—Está aquí porque forma parte de la junta directiva.

Retrocedo un par de pasos asimilando lo que ha dicho. Todo esto sigue sin tener mucho sentido para mí. Conocí a Rodrigo en uno de los eventos, él era un cliente, un exagente que ahora ofrecía entrenamiento de élite.

—No puede ser... —murmuro, negando con la cabeza,

—Te he estado observando desde que llegaste a la isla, Alena, o debería decir Ariadna —dice la mujer, esbozando una sonrisa que me resulta bastante extraña, pero el simple hecho de que sepa mi verdadero nombre me hace ponerme a la defensiva—. Rodrigo es quien se ha encargado de que pudieses llegar hasta aquí sin levantar las sospechas de Viktor.

—¿Cómo sabes de Viktor? —Empiezo a retroceder, manteniendo la vista en ambos y buscando alguna posible salida, pero Rodrigo obstaculiza el único camino.

—No tienes que temer nada, Ariadna, no pienso hacerte daño. De querer hacerlo, lo habría hecho hace mucho tiempo. —Toma asiento en uno de los sillones y me indica que haga lo mismo, pero yo decido mantenerme donde estoy. Ella asiente y prosigue—: Sé que Viktor te ha enviado porque sabía que, después de tantos intentos, serías la única con quien me temblaría el pulso. No podría herir a mi propia hija.

Siento que todo mi mundo se derrumba. Sabía que tarde o temprano sucedería, pero no estaba preparada para encontrarme cara a cara con mi madre biológica, ni siquiera he tenido tiempo para imaginarme cómo sería. Se la ve muy joven.

—No me llames de ese modo —le pido, tratando de mantener el control, aunque me resulta muy difícil—. ¿Tú eres la Cobra Negra?

—Sí, y soy tu madre. —Esas palabras saliendo de su boca suenan tan mal, tan impropias, nunca podría verla como mi madre.

—No, no lo eres. Yo ya tuve una madre y un padre y fueron maravillosos. Aunque no compartiésemos código genético, son y serán siempre mis únicos padres.

Veo cómo desvía la mirada entristecida, pero a mí no me despierta la menor empatía. No la conozco, lo único que tengo frente a mí es el billete de salir de este infierno en que se ha convertido mi vida.

—Tú eres nadie para mí.

—Tienes razón, no he hecho méritos para ser considerada de esa forma,

pero tuve mis motivos.

—No me importan tus razones. Ni siquiera lo siento, porque tuve la mejor vida que podía tener, todo gracias a ellos. —Avanzo unos pasos y su mirada se centra en mis movimientos, sé que Rodrigo me observa con cautela, aunque ahora no lo esté viendo—. Así que, dime, si sabes la verdad, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero?

Se levanta del sillón y camina hasta quedar muy cerca de mí. Aunque es tan sólo unos centímetros más baja, su presencia de alguna forma me intimida. Llevo mucho oyendo hablar de ella, de lo temeraria, calculadora y letal que es; por algo es conocida como la Cobra Negra.

—Quiero que estés a salvo.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Aunque no me las creo. No hay manera de tener certeza, de creer lo que dice, porque no sé nada de ella, nada más, aparte de lo que todos los demás dicen.

—¿A salvo? Si eso es lo que quieres, entonces dame ese dispositivo con la lista de agentes que tú o mi supuesto padre le robasteis a Viktor, porque ahora tiene la vida de Enrique en sus manos y no pretendo hacer nada para ponerlo más en peligro.

—No puedo hacer eso.

Todos mis sentidos se ponen alerta al oírla, porque no me voy a ir de aquí sin esa lista, cueste lo que cueste.

—Yo no le he robado nada a Viktor, sólo recuperé lo que nos pertenecía y que él se llevó cuando decidió traicionarnos.

«¿Ha dicho traicionarnos? ¿Viktor?» Empiezo a dudar, a cuestionarme todo lo que he hecho hasta ahora. Yo creía que ayudaba a la Agencia de Inteligencia alemana, que ayudaba a la INTERPOL incluso, pero ¿qué había estado haciendo Viktor con la información que le suministraba?

—No. ¡Mientes!

Me niego a creerlo, no puede ser. Aunque, ahora que lo pienso, siempre me pareció muy poco ortodoxo que una agencia de inteligencia se atreviera a

amenazarme de esa forma y estuviera a punto de arruinar la vida de Enrique en el camino.

—Sabes que lo que digo es cierto. Puedo verlo en tu mirada. Tus ojos, lo mismo que los de tu padre, lo dicen todo si los miras con atención.

Siento una creciente rabia al oírla decir eso. La mirada de mi padre apareció en mi mente, sus ojos verdes que siempre me tranquilizaban y me hacían sentir segura.

—Si lo que dices es verdad —respondo, ignorando su anterior comentario—, ¿qué sucederá con Enrique? Ha vuelto al país. ¿Qué va a pasar cuando Viktor se dé cuenta de que he decidido traicionarlo?

Todos mis viejos temores vuelven y siento que regreso al punto de partida, cuando Viktor hizo que detuvieran a Enrique, amenazando con hacer algo peor si no lo ayudaba.

—Nosotros nos encargaremos de él. No debes preocuparte. No voy a dejar que nada te pase. —Intenta acercarse y tocarme, pero yo me deshago de su amago de abrazo.

—¿Y ahora qué? —Cruzo los brazos y me enfrento a la pregunta del millón de dólares. Qué hacer después de que cada acción mía de estos casi dos años haya estado dirigida a alcanzar un objetivo que ahora era irrelevante.

—Hay algo más que debo decirte.

—¿Aún hay más?

—Mucho más, pero no es acerca de eso de lo que quiero hablar contigo, ya llegará el momento de explicarlo todo. Lo que debo decirte tiene que ver con Christoph Astor.

La miro confusa, no entiendo que tiene que ver Christoph con nada; me parece un poco fuera de lugar en la conversación.

—¿Qué pasa con él?

—Te ha estado investigando desde hace tiempo.

Me sorprende que tengan esa información, algo dentro de mí siempre me ha dicho que me investigaba, incluso él lo dijo abiertamente en mi apartamento.

—Pertenece a la Agencia de Inteligencia alemana.

Sus palabras me golpean con fuerza. Eso no me lo esperaba, pensaba que era algo acosador y sabía que ocultaba algo grande, pero nunca imaginé que pudiese ser un agente. Me siento traicionada y utilizada.

—Es imposible. Es un empresario importante, con mucho dinero...

—Todo es una coartada. Una identidad muy bien construida por la agencia durante varios años, para usarla en el momento indicado; son comodines que siempre deben tenerse.

Tengo que tomar asiento, porque la cabeza me amenaza con explotar en cualquier momento. Es demasiada información.

—Pero ¿por qué me investiga a mí alguien de la agencia alemana? ¿Es por Viktor? —El temor a terminar en una prisión secreta me invade y distintas imágenes al respecto pasan por mi mente. Me veo ya encadenada y sometida a tortura en un cuarto oscuro y frío.

—Ha sido enviado para encontrarme, ellos creen que estoy aliada con esa sabandija de Viktor. Y se ha topado contigo en el camino y el misterio que te rodea hizo que le resultara difícil resistirse a intentar descubrir la verdad detrás de la máscara.

Sonríe con algo de nostalgia, lo que me hace sentir que hay mucho detrás de ese gesto. Casi como si ella también lo hubiese vivido.

—¿Y por qué quiere encontrarte? Has dicho que no le robaste nada a Viktor, sino que recuperaste lo que os pertenecía. ¿A quiénes?

—A la Agencia de Inteligencia alemana. Yo fui uno de ellos por un tiempo.  
—Se levanta del sillón y empieza a caminar por la habitación, sumida en sus recuerdos.

—¿Y qué ocurrió?

—Pensaron que los había traicionado y escapé. La lista de los agentes alemanes en todo el mundo desapareció y, al haber sido una espía rusa, fui la primera de quien desconfiaron.

Saber eso me sorprendió. Nunca me hubiese imaginado que era rusa; el

acento le había desaparecido hacía mucho tiempo y por sus rasgos lo único que se podía decir es que era extranjera.

—Yo me entrené como espía rusa, y varias ocasiones trabajamos juntos, en misiones con un objetivo común. Entonces conocí a tu padre. —La vi sonreír con nostalgia y en ese momento noté que Rodrigo se movía. Me volví hacia él y observé que tenía la mirada entristecida—. Solicité entrar en la agencia alemana y después de un largo período de prueba lo conseguí.

»Hace unos años, Viktor robó esa lista, él era uno de los mejores de su escuadrón, por lo que todos dudaron de mí y me señalaron, así que hui, porque sabía lo que me esperaba si me quedaba. Demasiado tarde notaron que Viktor se había ido, y aun así continuaron creyendo que fui yo quien la había robado.

—¿Y qué has hecho durante estos años?

—Creé La Compañía. —Extiende los brazos, señalando a su alrededor—. Eso me permitió acceder a más datos de distintos tipos de criminales de los que podía obtener estando en las agencias. Así que la convertí en un banco de información para atraer a Viktor y tener tiempo de averiguar quiénes lo pudieron ayudar y continúan haciéndolo en todo el mundo. Y ahora ya tengo esa información.

Me quedo muda ante todo lo que ha dicho, parece sacado de una película de espías, de esas que nunca crees que puedan ser verdad.

—Así que piensas limpiar tu nombre y entregar a Viktor... —Lo medito mientras ordeno en mi mente la información que me acaba de dar.

—Eso espero.

Me observa cautelosa, creo que está intentando ver si me he creído lo que ha dicho o si continúo dudando. Llegada a este punto, ya no sé qué es verdad.

—Es demasiado para asimilarlo —suspiro, hundiéndome en el sillón.

—Lo sé y sin embargo estás aquí demostrando entereza, como toda una profesional —dice orgullosa, sentándose en el sillón a mi lado—. Cuánto me gustaría haber sido la responsable de la maravillosa mujer en la que te has convertido —suspira y acaricia mi rostro con suavidad, yo me aparto.

—No puedo lidiar con esto en estos momentos. —Me levanto, poniendo distancia entre nosotras.

—Lo sé. Creo que lo mejor es que te deje ir. Regresa al evento del hotel Lexus, Rodrigo te acompañará. Te dejaré un par de días para darte tiempo para que puedas pensar en todo. Si Viktor te contacta, intenta actuar de la manera que siempre lo haces, acata sus órdenes sin levantar ninguna sospecha. Si necesitas algo, díselo a Rodrigo. —Me mira una última vez y se marcha de la habitación, dejándome con la persona que ahora siento que me ha traicionado.

—Alena... —Rodrigo se acerca y yo lo miro decepcionada—. Deja que me explique.

—No te lo mereces...

Lo observo y veo arrepentimiento en su mirada, parece sincero.

—Sé que no me lo merezco, pero te agradecería que me dieras una oportunidad de explicarte la verdad.

Suspiro resignada, porque a pesar de que no estoy segura de poder confiar de nuevo en él, no tengo nada que perder si lo escucho.

—Está bien. Tendrás tiempo de sobra de camino al Lexus.

Paso por su lado sin detenerme a esperarlo y al cabo de unos segundos oigo que me sigue. Ahora puedo ver el pasillo frente a mí, de repente lo reconozco. No ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez que estuve aquí: estamos en la mansión perdida en medio de la nada, donde tuvo lugar la competición hace cinco días. Ésta es la morada de la Cobra Negra.

—¿Qué pasará con Christoph? —pregunto cuando estamos a punto de subirnos a la camioneta que me ha traído a este lugar.

—Nos encargaremos de él.

El tono de Rodrigo es bastante sombrío, lo que hace que el miedo se dispare dentro de mí. No conozco bien a Christoph, pero reconozco que existe una innegable atracción entre nosotros y a una parte de mí le importa lo que le suceda.

—¿Qué quieres decir? —Me vuelvo para mirar su rostro y veo que su mandíbula se tensa. No me va a gustar la respuesta.

—Tenemos que irnos. —Decide no responder, haciendo que suba con premura a la camioneta, que tan pronto como estamos dentro, sale chirriando de inmediato.

—El tiempo empieza a correr —digo al cabo de unos minutos.

Sigo preocupada por Christoph, pero en este momento no puedo hacer nada y confío en su entrenamiento como agente para que logre salir de ésta. Ahora necesito escuchar esa explicación de Rodrigo, antes de terminar de perder la fe que tenía en él.

—No todo era mentira —comienza diciendo.

—Entonces empieza explicándome lo que era cierto —replico.

—Soy un exagente de la CIA, no de la marina. El día que contraté tus servicios para aquel evento fue todo real y a quien conociste fue a mi exesposa. Y mi hija sí murió en ese accidente de coche cuando tenía tu edad. —Su voz se vuelve un poco temblorosa al decir eso y le lleva unos segundos aclararse la garganta y retomar el control—. No entreno a luchadores de artes marciales, sólo a algunos amigos de vez en cuando. La verdad es que trabajo para La Compañía desde que se fundó. Yo ayudé a tu madre a hacerlo.

—¿Cómo la conociste? —Es imposible no sentir curiosidad al respecto. Quiero poder reunir toda la información que pueda acerca de ella, para poder decidir qué creer.

—Ella me contactó. Acababa de retirarme. Después del divorcio decidí viajar a Londres y allí me encontró. Nunca pensé que alguien me encontraría al otro lado del océano, pero ella lo hizo. Conocía mi expediente a la perfección, cada logro, cada medalla —sonríe al decirlo y recuerdo su mirada entristecida en la oficina, cuando la mujer ha hablado de mi padre biológico— y sabía que varias de mis misiones estuvieron relacionadas con algunas de las de Viktor. Él nos vendía información, pero luego nos traicionó. Hasta que fue demasiado tarde no supimos que accedió a nuestras bases de datos y filtró información

confidencial, que vendió al mejor postor. Nunca logramos dar con él. Así que cuando tu madre me explicó su plan y a su vez planteó la posibilidad de elaborar un banco de información para desmontar redes criminales, no dudé en volver al trabajo y ayudarla.

—Aquel día era ella quien salió de tu apartamento, ¿verdad? Antes de que yo entrara.

Asiente varias veces, mirándome expectante.

—Sí. Estaba interesada en conocer tu progreso. En saber cómo te iba, si estabas bien, si algún cliente se había querido pasar de listo.

Recuerdo el incidente del que fui víctima con Nikolái y cómo, de no haber sido por Christoph, hubiese acabado en deplorables condiciones. Pero a Rodrigo nunca le conté la verdad al respecto, decidí pretender que nada había sucedido.

—Toda una madre abnegada, preocupada por el bienestar de su hija —suelto con evidente sarcasmo y él frunce el cejo, mientras su mandíbula se tensa.

—No puedes juzgarla si desconoces los motivos que la llevaron a mantenerse alejada de ti.

—No debes defenderla. Ya es mayorcita para hacerlo sola. ¿Cómo es que terminaste siendo mi entrenador?

—Ella se enteró de que estabas en la isla en cuanto bajaste del avión. Supo que tu presencia aquí era obra de Viktor y cuando apareciste en el gimnasio donde Alexa entrenaba, todo quedó más que claro. Así que esperamos el tiempo apropiado para aparecer en aquel evento. Pero siempre velé para que estuvieses a salvo, porque eres importante para ella, aunque te resulte difícil creerlo. —Me coge la mano y tengo que hacer un gran esfuerzo para retirarla.

Aprendí a quererlo por todo el apoyo que me ha brindado durante mucho tiempo, sin embargo, también estoy frente a alguien que me mintió. Ahora entiendo por qué no hacía preguntas sobre cosas que cualquier persona en su sano juicio haría.

—¿Y en qué momento te enamoraste de ella?

Su boca se abre por la sorpresa y veo en su rostro que es como si acabara de pregonar sus más oscuros secretos.

—¿Creías que no lo notaría?

—Yo... es decir... nosotros no...

—No tienes que darme explicaciones.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Coge aire y lo suelta despacio antes de volver a hablar—. Fue inevitable no hacerlo, después de varios años trabajando codo con codo. Pero ella nunca me miró de esa forma, porque siempre estuvo Cameron, aun cuando se separaron por las circunstancias, su corazón siempre estuvo con él. Enterarse de su muerte la destrozó y más aún al descubrir que Viktor estaba detrás de ello.

Me horrorizo al enterarme de esa verdad que desconocía. Sé que mis padres siempre serán mis padres, pero saber que Viktor es el responsable de la muerte de ese hombre que al parecer era mi padre biológico, me genera un profundo odio hacia él y un deseo inmenso de que pague por lo hizo.

—Es un monstruo... —susurro—. Un monstruo que debe pagar por las atrocidades que ha cometido.

—Y lo hará, si permites que sigamos haciendo lo que llevamos años planeando. —Me mira esperando una respuesta y si antes tenía dudas, éstas ahora se han disipado, estoy más que segura del camino que debo tomar.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

Y ambos tenemos la certeza de que así será. Porque nada impedirá que ese hombre caiga por lo que nos ha hecho a mí, a Cameron y a la Cobra Negra. La justicia existe y nosotros seremos su instrumento.

## Capítulo 25

### Mi espejismo, mi cuento de hadas

Hace más de media hora que he llegado al evento del Lexus. La verdad es que, desde que he llegado, llevo dándole vueltas a todo lo que he sabido. Rodrigo me ha dicho que si lo necesito vendrá lo más rápido que pueda. Pero yo me pregunto si podré volver a confiar en él y me preocupa el destino de Enrique.

—Tengo que salir de aquí —susurro, sintiendo que me asfixio en medio de tanta gente.

Doy media vuelta, dispuesta a marcharme, y tropiezo con una pared de firmes músculos.

—Lo siento... —me disculpo y, antes de mirar a la cara al dueño de ese cuerpo, su inconfundible aroma me anuncia su presencia.

Levanto la cabeza con timidez para toparme con sus oscuros y profundos ojos, que me miran expectantes. Mi corazón late desbocado y siento que se me seca la garganta al recordar el sabor de sus besos. Todo el mundo parece desaparecer a nuestro alrededor y ahora sólo estamos los dos. Samir levanta una mano con lentitud y desliza su pulgar por el contorno de mis labios, yo sólo quiero perderme en sus brazos y olvidar todo lo que he vivido.

—Has vuelto... —Mi voz suena más ansiosa de lo que esperaba, por lo que en sus labios aparece una sonrisa triunfadora.

—Yo también te he echado de menos. —Pronuncia las palabras con ternura y en su voz suenan como de terciopelo.

—Pensé que tu viaje duraría más tiempo y que estar en tu hogar te impediría regresar. —La dicha crece dentro de mí, porque no esperaba poder estar en esta situación tan pronto.

—Mi hogar se encuentra muy lejos de allí... —Su aliento acaricia mi rostro por la cercanía de sus labios, quiero sentirlos de nuevo sobre los míos y perderme en la dulzura de sus besos.

—¿Y dónde está? —me aventuro a preguntar y una parte de mí se siente celosa de que pueda existir alguien más en su vida, alguien capaz de darle lo que yo no puedo.

—Mi hogar está donde estés tú.

Pega su frente a la mía y un escalofrío me recorre al escucharlo. Él es mi oasis en medio de este infernal desierto, mi pequeño refugio de felicidad que no quiero tener que abandonar.

—Samir...

Posa uno de sus finos dedos sobre mis labios y su contacto me tranquiliza, aunque sea mínimo.

—Ven conmigo —me susurra al oído y yo me inclino hacia él para estar un poco más cerca—. Dame la oportunidad de demostrarte lo que podría ser.

Mi corazón lucha con mi cabeza, se me aparece la imagen de Christoph y la empujo a un rincón de mi mente; no quiero que nada ni nadie me estropee este momento. Sé que no soy justa, que debería dejar que Samir hiciera su vida con alguien más, alguien que pudiese amarlo por completo, alguien transparente, sin secretos ni mentiras, pero no puedo, porque sin él en estos momentos no soporto la realidad.

—Está bien.

Me mira con los ojos abiertos por la sorpresa y en su boca aparece una enorme sonrisa.

—¿Quieres hacerlo? —Sueno emocionado, en este momento es casi como un niño.

—Llévame a donde quieras. Sácame de aquí, pero prométeme que no me abandonarás. —Mi voz se quiebra en una súplica y él me estrecha entre sus brazos, intentando mantener juntos todos los pedazos de mi ser, que hace tiempo que ha comenzado a resquebrajarse.

No decimos nada durante el trayecto, sólo nos limitamos a permanecer abrazados en el asiento trasero de su Range Rover. Sentir su calor envolviéndome me brinda la paz y la tranquilidad que necesitaba, pero aún no consigue acallar mis pensamientos ni disminuir mis preocupaciones.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Se hace a un lado cuando llegamos frente a la puerta de su piso, un ático en el complejo de apartamentos más lujoso de toda la isla.

—¿Sólo esto? —Finjo indiferencia mientras me paseo por la espaciosa sala. Esa sola estancia es como todo mi apartamento y eso que el mío ya es de por sí bastante espacioso—. Creía que sería más grande. —Me mantengo seriosa unos segundos, pero no puedo aguantar mucho más tiempo la risa, que brota de mis labios de forma cantarina.

—He decidido vivir de una forma más modesta —Samir se encamina hacia mí siguiéndome el juego—. Un palacio es más que suficiente.

Me atrae hacia su cuerpo cogiéndome por la cintura, mientras posa sus manos en la parte baja de mi espalda. Tiene una sonrisa en los labios capaz de iluminar la más oscura de las noches. Parece dichoso y yo me siento feliz por ser la causante.

—Al, yo podría hacerte realmente feliz si me lo permitieras. —Sostiene mi mentón con un dedo y yo me pierdo en sus ojos oscuros—. Te gustaría mi casa en Turquía, es tan grande como un palacio, o quizá podríamos mudarnos a mi casa de Londres. Iría a cualquier lugar del mundo que tú quisieras, con tal de estar a tu lado. —Roza sus labios con los míos con deliberada lentitud y yo siento que me muero.

Todas sus palabras, todo lo que Samir representa es un sueño, es mi cuento de hadas hecho realidad.

—Muéstramelo... —susurro contra sus labios.

—¿Qué has dicho? —Me mira anhelante, esperando que confirme lo que ya he dicho.

—Muéstramelo —repito, acariciando su rostro con ternura—, muéstrame lo

feliz que puedo ser.

Sus labios se cierran sobre los míos en un beso dulce y tierno. Pero yo quiero más, quiero sentirlo en cuerpo y alma, que me haga sentir especial, perfecta, aun estando sumida en la más completa oscuridad. Mis manos viajan hasta su cuello, y enredo los dedos en los mechones azabache de su lustrosa cabellera. Lo aprieto más contra mi cuerpo, haciendo que su potente erección roce mi pierna. Un gruñido brota de sus labios, así que me aprieto más a él. Siento que me quema y la ropa no es más que un estorbo, así que empiezo a desvestirlo.

—Espera... —murmura, separándose de mí con esfuerzo. Tenía el rostro enrojecido y su seductora boca hinchada, producto de tantos besos apasionados.

—No quiero esperar...

—Esto no es a lo que me refería con hacerte feliz. —Sujeta mis manos entre las suyas y recorre mi rostro con su intensa mirada soñadora—. Quiero tratarte con el respeto que te mereces, mimarte cada día, poner el mundo a tus pies con tal de verte sonreír. Quiero intentar capturar por un momento el brillo de la estrella más brillante del firmamento...

Mi corazón da un vuelco al oírle decir tan hermosas palabras, pero es más de lo que yo puedo soportar en estos momentos.

—Ahora lo único que necesito para ser feliz eres tú. —Recorro la poca distancia que nos separa y, llevándolo hasta el sofá color arena de la sala, me siento a horcajadas sobre él y uno de nuevo mis labios con los suyos. No consiento más esperas después de eso. Sé lo que necesito y no es más que sentirlo fundiéndose conmigo, convirtiéndonos en una sola carne, mientras alcanzamos juntos el deseado clímax.

No conseguimos llegar a la cama, le quito la chaqueta del traje y le abro la camisa con fuerza, haciendo saltar los botones por el suelo. Él se asombra por mi rudeza y yo aprovecho para besarle y morderle el labio. Lo hago con

demasiada fuerza, provocando que brote un poco de sangre, pero él no parece afectado, más bien lo excita.

Sus manos se deslizan debajo de mi chaqueta, mandándola lejos. Se toma unos segundos para mirar la transparencia de mi blusa blanca, que deja ver la dureza de mis turgentes pezones, animando a su boca a hacerse con ellos. Alzo los brazos para que me quite la blusa y él no vacila, dando paso a la desnudez de mi cuerpo. Sus dedos recorren mi nívea piel, adorándome con cada caricia. Se toma su tiempo en besar cada centímetro libre de ropa. Cuando ninguno de los dos puede resistir más, nos levantamos y nos desnudamos del todo. Me anclo a su cuello y enrosco mis piernas alrededor de su cintura, para estampar mis labios en los suyos.

Cuando se sienta, clava su erección dentro de mí y me retuerzo de placer. He estado esperando mucho esto. Me muevo sobre él como si mi vida dependiera de ello y en parte es así. Somos una mezcla jadeante de sudor, gemidos y excitación. No me detengo hasta que mi cuerpo parece capaz de explotar y me convulsiono de placer, seguida de una potente estocada de Samir, después de la cual él se deja ir, descargando su deseo dentro de mí.

Nos amamos el resto de la noche. Cuando todo lo sucedido hoy amenaza con volver, me rindo a sus besos y dejo que el deseo y el placer me consuman, haciéndome perder la razón el tiempo necesario. Al final estoy tan cansada que soy incapaz de mantener los ojos abiertos. Lo oigo declararme su amor al oído, como la perfecta nana para quedarme dormida, y de esa forma consigo descansar al fin, porque estoy justo donde debo estar, en mi refugio, en el único lugar en el que me siento segura.

Me despierto entre sus brazos, sintiéndome tan liviana como una pluma. Acaricio su pecho con mi nariz, al tiempo que inhalo su aroma hasta colmarme de él. Se revuelve debajo de mí y lo veo abrir los ojos con pesadez. Sus oscuros luceros se topan con los míos y sus labios se levantan en una hermosa sonrisa.

—Buenos días... —saluda con voz ronca, aclarándose la garganta—. Éste

es sin duda uno de los mejores despertares de mi vida.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunto cruzando los brazos y él suelta una sonora carcajada.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica —confieso, deslizando un dedo por todo su bronceado pecho, hasta llegar a su entrepierna, que se endurece ante mi contacto.

—Me encargaré de inmediato. —Me da un beso en el cuello, tomándose unos segundos para inhalar mi olor—. Tengo planes para nosotros.

—¿Cómo cuáles? —Intento que vuelva a la cama conmigo, pero él niega divertido, poniéndose los bóxers al levantarse.

—Te dije que te demostraría que puedo hacerte feliz. Justo eso haremos. — Se inclina sobre la cama y me da un casto beso en los labios, para después desaparecer rumbo al cuarto de baño.

Al quedarme sola, recibo una llamada de Viktor y el terror me invade. Me cuesta mucho mantenerme serena, pero al final sigo las instrucciones de la Cobra Negra y le digo que ella no apareció en la reunión de la junta directiva, que aún necesitan probarnos una vez más. Viktor lo acepta sin rechistar, lo que me genera dudas difíciles de disipar. Es inevitable que los recuerdos me asalten, junto con el temor a Viktor, a sus actos, a las represalias que pudiera tomar contra Enrique.

Por eso me he esforzado por mantener a Samir lejos de su ojo, no soportaría que algo le sucediera por mi culpa.

Pienso en Christoph y me siento irritada. Todo este tiempo ha estado espíandome, buscando pruebas contra mí para ponerme entre rejas, porque no concibo una mejor explicación. Y ahora está en manos de La Compañía y quién sabe lo que habrán decidido hacer con él. Intento no preocuparme por su bienestar, porque no es mi responsabilidad, pero las imágenes del intenso momento que vivimos en el salón de baile me lo dificultan. Me siento como una completa zorra en estos momentos, entre las sábanas, de Samir después de haber tenido sexo con Christoph en su ausencia. Quisiera poder decir que se

trató sólo de sexo, pero en el fondo sé que hay algo más, aunque me resista a admitirlo.

Samir interrumpe mis pensamientos regresando a la habitación con una taza humeante que huele deliciosamente.

—No es un café normal. Lo he preparado como lo toman en Turquía, he usado incluso mi *cezve*. Quiero que conozcas pequeñas partes de mi cultura.

Acerca la pequeña taza a mí y el irresistible olor me llama a probarlo. Doy un pequeño sorbo que activa mis papilas gustativas, deleitándolas con su potente sabor.

—Está buenísimo... —digo con un pequeño gemido de placer, mientras él me observa muy atento.

—Por más que me tienta la idea de volver a esa cama contigo, es mayor mi deseo de hacerte feliz. Así que, ¡arriba!, que te espera un delicioso desayuno y un inolvidable día. —Me da un beso en la frente y se marcha para continuar con sus labores, dejándome con ganas de más.

Disfrutamos de una soleada mañana, con un frugal desayuno con vistas al mar. Después, Samir insiste en pasear por la playa cogidos de la mano, mientras dejamos que el mar moje nuestros pies. Caminamos un largo rato, el viento agita mi vaporoso y largo vestido azul marino, al mismo tiempo que hace revolotear mi pelirroja cabellera. Samir me mira como si no hubiese visto nada más hermoso. Él lleva un pantalón de lino blanco y una camisa del mismo color azul de mi vestido.

Entre nosotros todo es tan natural, tan cómodo, tan ideal, que sería la mejor manera de terminar esta historia. Cuando la protagonista del cuento consigue a su príncipe azul. Pero lamentándolo mucho, la vida no es un cuento de hadas y yo no soy la protagonista de mi historia.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto al detenernos frente a un embarcadero donde se encuentran atracados varios lujosos yates. Lo normal en esta parte de la isla.

—Daremos un paseo por el mar y después cenaremos bajo la luz de la luna.

—Me abraza por detrás, descansando su barbilla sobre mi hombro haciéndome cosquillas con su barba incipiente.

—Claro, tienes un yate. —Me río ante mi inocencia.

Samir es un empresario adinerado, era de prever que tuviese un yate, además de un avión privado.

—Y hoy es todo nuestro.

Me libera de sus brazos para subir al barco y luego me tiende la mano para ayudarme. Yo vacilo unos segundos, pero su mirada me convence de dar el paso siguiente.

Es un lujoso yate, con una cabina inmensa, una cocina, una espaciosa sala y un camarote con baño particular. Todo está decorado exquisitamente en madera y tonos azul marino y beige. Al llegar junto al timón, Samir saluda a un hombre que está ahí, en un idioma que no identifiqué del todo; debido a su fonética, pienso que puede estar entre el turco y el árabe. El hombre tendrá unos cincuenta años, de piel cenicienta y cabello cano, es de contextura fornida y lleva un uniforme que demuestra que es el capitán de este barco. Me saluda con una inclinación de cabeza y yo hago lo mismo, dirigiéndole una tímida sonrisa.

—Él es Imad. —Samir me lo presenta y el hombre vuelve a asentir—. Será nuestro capitán todo el recorrido.

—Me siento como en una película de Hollywood —sonríó un poco cohibida, algo extraño en mí.

—Nosotros tendremos un final mejor que el de esas películas. —Entrelaza su mano con la mía y me lleva hasta un sillón en la popa para tomar el sol y comer algunas frutas.

Pasamos una mañana encantadora, disfrutando del mar, del viento y del sol. Navegamos hasta la isla de Coche, donde atracamos y disfrutamos de una deliciosa comida a base de mariscos frescos, junto con exquisitas piñas coladas. Regresamos al barco cuando empieza a atardecer.

Samir me pide que vaya al camarote y allí me encuentro con un hermoso

vestido vaporoso de organza color púrpura; la suavidad de la tela me hace querer acurrucarme en ella. Después de tomar una ducha caliente, me apresuro a ponérmelo. Verme con ese vestido es algo de otro mundo; hace resaltar el color de mi pelo y mis ojos azules. Decido no usar lencería, para asegurarme una noche de pasión intensa y me aplico sólo un tenue maquillaje, porque el sol me ha dado un hermoso brillo en la piel y un ligero rubor en las mejillas.

Al salir a cubierta, me quedo maravillada con lo que me encuentro. Hay una mesa para dos, con un mantel azul marino y dorado. Sobre él, dos copas y dos platos y en una mesa cercana unas bandejas que contienen lo que será nuestra cena. Todo el camino está señalado con pequeñas velas blancas y rojas, y pétalos de rosa para adornar el lugar. Una suave y hermosa melodía suena de fondo y, al final del camino, Samir, vestido con un traje blanco. Se lo ve tan atractivo, tan imponente, tan perfecto, que me hace contener la respiración y querer capturar este momento para siempre.

—¿Qué es todo esto?

Se me acerca, ofreciéndome una mano para guiarme hasta nuestra mesa.

—Soy yo, intentando hacerte feliz. —Aparta una de las sillas de la mesa para que tome asiento y así lo hago.

—Y estás haciendo un magnífico trabajo. —Le acaricio una mano con dulzura y luego me sorprende hincando una rodilla en el suelo. El corazón se me detiene en ese instante y todo el mundo a mi alrededor desaparece—. ¿Qué estás...?

—No quiero conformarme con este día. Quiero intentar hacerte feliz cada día de mi vida. —Saca una pequeña caja de terciopelo color vino del bolsillo interior de la chaqueta—. Quiero ofrecerte el mundo, deseo despertar cada mañana a tu lado planeando una nueva manera de hacerte sonreír. Deseo perderme en tus labios después de cada hora lejos de ti. Convertirme en tu refugio cada vez que lo necesites, ser quien vele tus sueños y el protagonista de tus fantasías. Quiero ser el último hombre en tu vida a quien digas «te amo».

Coloca frente a mí la pequeña caja, abriéndola con lentitud. Contiene un anillo con un diamante solitario, rodeado de diminutos diamantes. Se me corta la respiración al verlo ahí hincado, con tan hermosa joya en la mano.

—Alena, dame la oportunidad de demostrarte que puedo ser el hombre de tu vida. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

—Samir, yo...

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos y me echo a llorar sin consuelo. Recuerdo el momento en que Enrique me pidió matrimonio en el baile de nuestra graduación, el día de nuestra boda, que no fue una ceremonia ostentosa, pero fue perfecta, porque nos amábamos. Y todo eso me hace recordar que aún sigo siendo su esposa y que todo esto lo he hecho para protegerlo.

—Sé que te estás enfrentando a algo más grande de lo que puedo imaginar y que te aterroriza al punto de querer alejarte para protegerme.

Me sorprende ante sus conclusiones, porque siempre he pensado que había conseguido engañarlo lo suficiente, pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Cuando se trata de mí, Samir nunca deja de prestar atención.

—Podemos irnos. Al lugar que desees, yo te mantendré a salvo, no habrá nada a lo que debas temer otra vez.

—¿De verdad harías eso? —Hago a un lado el anillo y entrelazo mis manos con las tuyas, que utilizo como ancla—. ¿Lo dejarías todo por mí?

—No me importaría, si eso significa estar contigo y que seas feliz.

Deposita un dulce beso en mis manos y la posibilidad de huir de este infierno se me hace cada vez más atractiva. Es lo que vengo deseando desde que esto empezó, escapar, desaparecer para poder estar a salvo y Samir me ofrece esa oportunidad. Quizá podría tener mi cuento de hadas, después de todo.

—Por favor, déjame pensarlo esta noche. —Le sonrío y la esperanza brilla en sus ojos cuando me estrecha entre sus brazos con emoción.

—Te prometo que nunca dejaré que te pase nada. —Sujeta mi rostro con suavidad y después me da un beso en los labios que hace que se me erice la piel—. Eres la mujer de mi vida y sin importar cuán oscuros sean los secretos que ocultas, nunca te abandonaré.

—¿Lo prometes? —susurro antes de que termine de alejarse.

—Lo prometo —responde con determinación, sosteniéndome la mirada.

Decido aferrarme a esa promesa, porque sé que si supiera la verdad que oculto, nada cambiaría.

Cenamos disfrutando de la velada más perfecta hasta el momento. Samir demuestra ser el caballero que siempre se esfuerza por ser, haciéndome sentir la mujer más privilegiada del mundo al contar con su compañía. Cuando el cielo empieza a nublarse, trayendo consigo finas gotas de fría lluvia, es el momento de abandonar el barco y regresar al apartamento de él, donde una cómoda cama nos aguarda.

Le pido que me conceda unos minutos más en el barco; no me importa la lluvia, sólo quiero aferrarme a este momento, porque una parte de mí me dice que no es más que un espejismo que dentro de poco desaparecerá frente a mis ojos. Él me dice que va a buscar el coche para que no tengamos que caminar de regreso con la arena metiéndonos en los zapatos y yo no tengo inconveniente en quedarme sola unos momentos, necesito esos minutos de soledad para pensar.

Oigo un ruido a los pocos minutos y pienso que se trata de Samir, que se ha arrepentido de ir a buscar el coche, pero cuando la luz de los faros ilumina el rostro del visitante, me quedo petrificada de miedo. Miro a mi alrededor, buscando adónde huir, pero el cañón del arma apuntando a mi cabeza me detiene. Ante el menor movimiento disparará, de eso no me cabe la menor duda.

—Yo... —intento decir, pero unas pisadas a mis espaldas me advierten que Viktor ha venido con compañía.

Cuando quiero girar ya es demasiado tarde y un terrible pinchazo atraviesa

mi brazo. Me siento cansada y antes siquiera de que me dé cuenta estoy siendo llevada en brazos por un hombre encapuchado y mis ojos se cierran, acallando mis gritos de ayuda.

## Capítulo 26

### Durmiendo con el enemigo

Las pulsaciones se me aceleran mientras termino de subir los escalones que me separan de la realidad. Pongo un pie en la planta superior y observo el caos. Reconozco dónde estoy de inmediato. Ésta es la casa de la competición de hace tan sólo cinco días. Avanzo a paso firme, entre cadáveres que voy revisando para asegurarme de que no es su rostro el que veo. Bastian me sigue de cerca, atento a mis movimientos y cubriéndome la espalda, como siempre. Sé que debería estar preocupado por mi seguridad y salir de aquí, pero debo encontrarla, pase lo que pase.

Llegamos a la segunda planta, donde parece que ha habido un fuerte enfrentamiento, hay muebles rotos, cuadros por el suelo y jarrones hechos pedazos. También se ven rastros de sangre en el granito, que me aventuro a seguir. No encuentro ningún cuerpo. Reviso una a una cada habitación y me tranquiliza no encontrar rastros de ella, quizá haya logrado salir ilesa de esto.

Regresamos a la planta baja y entonces recuerdo el trayecto que he seguido hasta aquella especie de biblioteca. Camino hasta la puerta de entrada y voy contando los pasos, dando los giros que he memorizado mientras iba con los ojos vendados. Llego hasta una puerta de doble hoja de madera maciza, que se encuentra entreabierta, así que levanto el arma y me preparo para una posible amenaza. Empujo con suavidad la puerta y compruebo que no hay nadie, reconozco las estanterías y la silla donde estaba sentado. Corro hasta el escritorio y comienzo a buscar mi teléfono móvil, pero no lo veo por ningún lado. Escudriño el suelo y en ese momento lo veo junto a una de las patas de la mesa; es como si lo hubiesen dejado ahí a propósito para ocultarlo de alguien

más. Lo recojo y compruebo que aún tengo la información de Alena, o debería decir Ariadna. Me detengo a pensar unos momentos qué hacer a continuación.

—El localizador —grito aliviado y Bastian me mira sin entender.

—¿Qué localizador?

—Dame un segundo. —Levanto un dedo, pidiéndole tiempo para rastrearla y, después de introducir el código correspondiente, agradezco el virus que instalé en su teléfono. El GPS está encendido y me indica que se encuentra en el hotel Lexus. Suspiro aliviado, pero todo esto no termina de cuadrarme. Si ellos sabían quién es Alena, por qué la han dejado ir en cambio a mí me han retenido. No tiene sentido.

—Creo que es mejor que nos vayamos, *mate*. Debemos rastrear a quienes se han llevado a la Cobra Negra.

—Viktor —murmuro entre dientes, no existe una peor alimaña capaz de hacerlo.

—Voy a notificárselo al capitán, pero por el momento larguémonos de aquí.

—Bastian saca su móvil y empieza a marcar el número mientras se aleja de la habitación.

Echo un último vistazo a la estancia, tratando de ver algo que pueda darme la pieza de información que me falta para entender todo esto, sin embargo, no encuentro nada, así que, resignado, me largo de esta casa, para ir a asegurarme de que Alena se encuentra bien.

—El capitán ordena que esperemos mientras llegan más agentes. Eso tomará en el mejor de los casos un día, por lo pronto, debemos tratar de reunir toda la información que podamos —me informa Bastian al entrar en el coche.

Continúa hablando de lo que debemos hacer ahora y la imagen de Alexa aparece en mi mente, recuerdo las palabras de Bastian y lo encariñado que estaba con ella. No sé cómo decirle que todo este tiempo ha estado durmiendo con el enemigo. Lo observo mientras canta una canción que suena en la radio, con la vista fija en la autopista, y me convengo de que es ahora o nunca.

—Bastian, tengo que decirte algo.

Me mira, frunciendo el cejo. Nunca he sido tan protocolario a la hora de decir algo, en general sólo lo suelto, así que esto lo pone en alerta.

—Es sobre Alexa...

—¿Qué pasa con ella? —Entrecierra los ojos y la arruga de su frente se hace más profunda.

Es uno de los momentos más incómodos que hemos vivido y no creo que haya una manera adecuada de decirle lo que le tengo que decir.

—Alexa... —inspiro hondo y vuelvo a sostenerle la mirada— trabaja para la Cobra Negra.

—¿Qué...? —Bastian pisa el freno de golpe y oigo el chirrido de las ruedas contra el pavimento.

Miro hacia atrás y es un alivio que a esta hora la autopista se encuentre vacía o habríamos provocado un accidente de tránsito.

—Eso no es posible.

—Ella es quien me ha recibido al llegar. Sabe quién soy, así que es probable que conozca también tu verdadera identidad.

Bastian está pálido como el papel, veo sus ojos moverse de un lado a otro, mientras su cerebro comienza a procesar lo que he dicho. Lo compadezco, porque sé que realmente le importaba esa chica.

—Eso quiere decir...

—Sí, que has estado durmiendo con el enemigo —lo interrumpo y él aprieta el volante con fuerza.

—Eso quiere decir que se la han llevado... —susurra y a mí me lleva unos segundos entender a lo que se refiere. No lo puedo creer.

—¿Has escuchado una mierda de lo que te he dicho? —lo sacudo molesto—. ¡Ha podido estar espiándonos todo este tiempo, joder!

—¿Y tú has escuchado algo de lo que YO te he dicho? —Veo una furia que nunca había visto en sus ojos, aprieta la mandíbula con fuerza y los nudillos se le ponen blancos por la fuerza con que aprieta el volante—. Ellos la tienen, podría estar muerta en estos momentos. Muerta.

—Sí, pero ella es...

—¡La mujer que quiero! —me interrumpe entre gritos y yo me sorprendo al escuchar esas palabras saliendo de su boca con esa intensidad.

Respira de forma entrecortada y distingo en su mirada una mezcla de miedo y furia, que se debaten en una especie de danza por el poder.

—No lo sabía... —Me siento como un completo desaprensivo, la peor escoria de este mundo por no darme cuenta, por ser tan insensible con el único amigo que he tenido en toda mi vida.

—Necesito salvarla. —Es una petición silenciosa, lo sé y nunca lo abandonaré en esto.

—Lo haremos.

Le pongo una mano en el hombro y le doy un leve apretón, un gesto que le hace saber que estoy con él, cuidándole siempre las espaldas, es lo que hacen los compañeros.

—Bueno, primero asegurémonos de que tu chica esté bien. —Pone en marcha de nuevo el coche y pisa el acelerador al máximo de lo que el motor le permite—. Después rescataremos a la mía.

—No es mi chica —replico, ajustándome el cinturón de seguridad y veo que él enarca una ceja divertido.

—*Mate*, te tienen cogido por las pelotas, igual que a mí. De eso no cabe la menor duda —dice sonriente y no me queda más remedio que aceptarlo, delante de él ya no puedo ocultarlo.

—Cállate y acelera. —Sonrío sin poder negar lo que siento.

Necesito saber que Alena está bien, porque si algo he aprendido en mi trabajo es que nunca hay que dejar un cabo suelto y ella es eso para Viktor en estos momentos y tarde o temprano irá a buscarla.

Bastian se detiene al otro lado de la calle donde está ubicado el hotel Lexus. Vemos la afluencia de gente entrando y saliendo, lo que indica que el evento está en proceso. Me apoyo en el asiento corroborando en el GPS que Alena sigue ahí, lo que me proporciona un gran alivio. Me tomo unos

momentos para pensar qué hacer a continuación, no sé si debería entrar o esperar a que salga. Tengo que hallar la manera de convencerla de que venga conmigo sin tener que explicarle toda la verdad. Si tengo que llevármela sobre el hombro contra su voluntad, lo haré si eso significa que estará segura.

Estoy a punto de bajar del coche cuando la veo salir del hotel cogida de la mano del árabe. Siento que el pecho se me hincha de rabia y quiero molerlo a golpes por atreverse a acercarse a ella. Alena sonrío ante un comentario que él ha susurrado a su oído y observo que se ruboriza. Maldigo en silencio, porque es a mí a quien debería coger de la mano. Sube al coche del príncipe árabe y desaparecen por la carretera frente a nosotros.

—¿Y ahora qué vas a hacer, *mate*? ¿Vas a robársela al sultán? —Bastian me mira esperando que le dé indicaciones.

Sé que si le digo que deseo ir hasta su casa y llevármela a la fuerza, él me apoyará. Pero también sé que mientras esté con el árabe estará a salvo. Siempre lo veo rodeado por su personal de seguridad, así que puede que Viktor no se atreva a hacer ningún movimiento mientras estén juntos.

—No. Por el momento creo que deberías ir al hotel y comenzar a estudiar toda la información que tenemos de Viktor. Todas las propiedades que posee, los mejores sitios donde retener a alguien. Lo quiero todo —le explico, mientras continúo mirando en la dirección por donde ellos se han marchado.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Voy a asegurarme de que Viktor no aparezca. Y, si lo hace, voy a seguirlo. Sé que irá tras ella.

—Si aparece... —Bastian me sujeta por el brazo con la furia centelleando en sus ojos, sé muy bien lo que quiere.

—Te avisaré de inmediato. Te he prometido que la rescataremos y no faltaré a mi palabra.

Él asiente en silencio y pone en marcha el coche, dirigiéndose al hotel, donde minutos más tarde lo dejo para comenzar mi misión de espionaje. No

planeo perder a Alena de vista, por difícil que me resulte observar cómo el árabe puede dárselo todo para hacerla feliz.

Me detengo frente al complejo de apartamentos al que se han dirigido; se nota de lejos el dinero que hay en ese lugar. Me martirizo pensando en todas las propiedades que debe tener, en que puede darle todo lo que ella desee. En cambio, yo soy un empleado del gobierno, lo que gano no se puede comparar con toda su fortuna. Sumado mi salario de un año, no creo que llegue a lo que él debe de ganar en un mes. El árabe es todo lo que una mujer puede desear, es bien parecido, millonario y, aunque me cueste aceptarlo, parece todo un caballero. Consigue provocarle una respuesta que yo no logro. Sé que atraigo a Alena porque su cuerpo me lo ha demostrado, pero ese rubor, esa timidez, la luz en su mirada cuando él le sonríe, es algo a lo que no puedo aspirar. Es una reacción parecida a la que tuvo cuando el que ahora sé que es su esposo apareció ayer en el evento. No puedo imaginar lo que la debe de haber llevado a dejarlo todo, toda su vida, y tener que venir a este lugar.

Observo a mi alrededor, pero no hay rastros de ningún intruso. Así que decido estacionar en una pequeña colina que me ofrece una visión de todo el complejo y me acomodo en el asiento, porque presiento que será una noche muy larga.

Me he quedado dormido en algún momento de la madrugada. Todo estaba demasiado silencioso y, por más que he tratado de permanecer despierto escuchando música, no lo he conseguido. Cuando me he despertado ya estaba amaneciendo y ella continuaba dentro.

Son las veinticuatro horas más difíciles que he vivido. He llevado a cabo innumerables misiones de espionaje, en las que la paciencia es clave, lo mismo que mantenerse sereno y no intervenir. En ésta he tenido que adentrarme en el complejo sin ser visto y colarme en sus playas privadas, para no perderla de vista, pero nada ha sido tan difícil como verla caminar de la mano de ese árabe por la playa como dos enamorados, mientras el viento hacía volar su cabellera rojiza. Los he seguido desde lejos hasta llegar a un lujoso

yate, después de eso los he visto alejarse mar adentro y yo he tenido que aguardar en la playa. Maldigo en voz alta por no poder seguirlos, pero mientras estén juntos Alena no correrá ningún riesgo. Imagino todas las cosas que puede estarle haciendo, las cosas que yo le haría si tuviese ese yate para los dos. Sus manos acariciando su nívea piel, rozando sus carnosos labios, ella gimiendo su nombre al alcanzar el orgasmo y no hay nada que pueda hacer porque Alena no me pertenece y nunca me pertenecerá mientras lo tenga a él.

Al ponerse sol, el yate regresa al muelle. Los puedo ver desde lejos cenando en la proa. Ella, con un hermoso vestido vaporoso color púrpura, parece tan feliz mientras lo observa a la luz de las velas. He tenido que apartar los prismáticos varias veces porque no soportaba su mirada. Pero cuando lo he visto hincar una rodilla en el suelo me he quedado atónito.

—No puede ser... —He ajustado la lente para comprobarlo y, como me temía, es cierto. Ella parece sorprendida mientras él habla. Observo en silencio, prestando especial atención a cada una de sus reacciones. En ningún momento se desliza el anillo en el dedo, pero él continúa feliz. Los veo abrazarse y la duda se hace más grande en mi cabeza. No entiendo por qué, si ella no ha aceptado, parecen ambos tan felices.

Me mantengo en la penumbra, sin perder detalle hasta que la cena termina. El cielo se encapota y finas gotas de lluvia empiezan a caer, haciendo que tengan que poner fin a su velada romántica. Los veo hablar por unos minutos y después él se marcha, sin que yo entienda la razón. Alena se queda en el muelle, bajo la lluvia, con la mirada en el oscuro cielo.

Lo demás ocurre muy rápido. Veo salir a Viktor de las sombras, donde probablemente ha estado esperando el momento perfecto para hacer su aparición, saca de su gabardina una Glock con silenciador y la apunta con ella. Veo a Alena mirar a los lados buscando una salida, pero en ese momento tres hombres aparecen a su espalda y uno de ellos le inyecta algo en el brazo que le hace perder el control de su cuerpo. En menos de dos minutos se la llevan de ahí.

Quiero intervenir y acabar con todos ellos; verla así, tan indefensa, me provoca una furia que bulle dentro de mí como un volcán a punto de explotar.

—¡¡Demonios!! —bufo apretando los puños.

Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para controlar mis impulsos. Le he prometido a Bastian que lo ayudaría a rescatar a Alexa y en estos momentos Alena es la única que puede llevarnos hasta ella y hasta la Cobra Negra.

Los vi subir a una camioneta negra sin matrícula y adentrarse en la autopista, así que los sigo lo más cerca que puedo para no perderlos de vista, pero manteniendo una distancia prudente para no ser detectado por ellos. A medida que vamos avanzando consigo contactar con Bastian, después de numerosos intentos.

—¿Qué sucede, *mate*? —Al parecer estaba en la ducha, porque podía oír el sonido del agua correr.

—Los estoy siguiendo en estos momentos. Han regresado a por Alena. —El sonido del agua cesa en ese momento, lo más seguro es que hubiese salido de la ducha.

—Dime dónde estás.

—Tan pronto como llegue te envío la dirección, pero en estos momentos nos estamos adentrando por Juan Griego. Sugiero que te pongas en marcha... —Piso el acelerador cuando veo que empiezan a salir de mi zona de visión.

—Estoy en ello. Avisaré al capitán para enviarles la dirección exacta... y, Christoph, no hagas nada estúpido —me pide, pero no le puedo prometer nada. No arriesgaría la vida de Alena por nada del mundo, pero si tengo que intervenir antes de que llegue la caballería, lo haré.

Los sigo hasta uno de los extremos de la isla, donde hay una especie de mansión bastante lujosa y sin vecinos. Lo más cercano es un resort que está a no menos de diez minutos, al final de la vía. Demasiado lejos, además, por la zona en la que nos encontramos, lo menos que se imaginarían sería que

estuviesen secuestrando a alguien delante de sus narices en una casa tan lujosa, lo que la convierte en el escondite perfecto.

—Te tengo, Viktor. No hay manera de que consigas librarte de ésta —sentencio, cargando mi arma tras aparcar.

Me mantengo alejado, sin perderla de vista cuando la bajan de la camioneta y la llevan dentro. Sólo tengo que esperar a Bastian y entraremos ahí para resolver esto. No creo que tengamos tiempo suficiente para esperar al escuadrón de élite. Sólo seremos él y yo.

## Capítulo 27

### Cuando las caretas se caen

Me despierto sintiéndome mareada. Abro los ojos con pesadez y noto una extraña sensación de picor. Me encuentro en una habitación austera, con paredes ajadas y un fuerte olor a salitre de mar. Intento mover los brazos, pero algo me lo impide. Bajo la mirada y veo que estoy sentada en el suelo, con las manos en la espalda, atadas a una columna de metal de lo que parece ser un sótano. No me cuesta percatarme que el picor que siento en la cara proviene de un antifaz cubierto de plumas rojas. Me resulta bastante extraño que me lo hayan puesto. Aún llevo el vestido color púrpura, pero mis zapatos de tacón han desaparecido, supongo que han alejado de mí cualquier potencial arma.

La cuerda que me mantiene las muñecas sujetas me roza un poco, así que empiezo a frotarla contra la columna para conseguir desatarme. La cuerda comienza a soltarse un poco, pero librarme de ella por completo llevaría mucho tiempo.

—Soltadme, malditos hijos de puta... —oigo vociferar a una voz que reconozco muy bien y que espero que sea una treta de mi imaginación. No podría soportarlo—. ¿Adónde me lleváis ahora? ¿Qué habéis hecho con mi esposa?

Oigo los pasos cada vez más cerca y el miedo se apodera de mí. No tengo la menor idea de los planes de Viktor y haber traído a Enrique aquí no augura nada bueno. La puerta se abre de golpe y veo cómo lo empujan hacia delante, haciendo que tropiece conmigo y luego se vaya de bruces contra el suelo. Tres hombres de aspecto nada amigable se ríen de él mientras se pone de pie con mucho esfuerzo. Mientras lo hace, sus ojos se topan con los míos y su boca se

abre por la sorpresa. Retrocede hasta recuperar el equilibrio, mirándome confuso.

—¿Te han secuestrado también? —Su voz refleja su preocupación. Trata de acercarse, pero uno de ellos se lo impide, tirando de la cuerda que le mantiene sujetas las manos, haciéndolo retroceder—. ¿Cuándo me dirán dónde demonios está mi esposa? —Enrique se vuelve altivo hacia ellos, sin el menor temor en sus ojos.

Observo su rostro magullado por los golpes, tiene un corte en el labio y otro en la ceja, además de un moretón de color amarillento en el ojo izquierdo y una barba incipiente de varios días. Lo recorro con la mirada y me horrorizo al ver su ropa y confirmar mis sospechas. Enrique lleva el mismo traje gris que llevaba aquella noche en la playa. Lo han mantenido cautivo desde entonces.

—Está delante de ti, principito —se carcajea uno de ellos señalándome con desdén.

Los ojos de Enrique se encuentran con los míos y me mira confuso, antes de volverse de nuevo hacia ellos.

—¿Acaso no la reconoces, ahora que se ha convertido en una fina putita?

—¿Qué? —Enrique vuelve de nuevo la cabeza en mi dirección, escudriñándome, tratando de descifrar lo que para él es un enigma.

El hombre que sujeta la cuerda lo lleva hasta la columna de delante de la mía y lo obliga a sentarse para atarle las manos a la espalda, como han hecho conmigo. Cuando se asegura de que está bien atado, se encamina hacia mí con una sonrisa repulsiva. Sus ojos me desnudan de manera tan lasciva que tengo que desviar la mirada para no tener arcadas. Se acuclilla frente a mí y, sujetándome por el mentón, me obliga a mirarlo.

—Viktor te manda decir que éste es tu castigo por intentar pasarte de lista... —Entrecierra los ojos con malevolencia y de un tirón me arranca el antifaz que mantenía oculto parte de mi rostro, alborotándome el pelo en el proceso.

—Disfrutad del momento. —Se levanta y hace una ridícula reverencia, para

desaparecer junto con los otros dos hombres.

Oigo que cierran con llave, para luego dejarnos en completo silencio. No me atrevo a mirar a Enrique hasta que el silencio se vuelve ensordecedor y la tensión resulta aplastante.

—Enrique... —Levanto la mirada para encontrarme con sus pupilas brillantes mirándome con expresión implacable. No puedo imaginar lo que pasa por su cabeza, porque parece carecer de emoción alguna en estos momentos.

—¿Cómo has podido...? —Las palabras salen de su boca llenas de una tangible rabia—. ¿Para esto me dejaste? ¿Para convertirte en una dama de compañía de lujo y así tener todo lo que yo no podía darte?

Su acusación me pilla por sorpresa. No esperaba que pensara eso de mí, aunque, teniendo en cuenta nuestra última conversación, era de esperar que el tema del dinero fuese a surgir. Lo último que quería era que pensara que lo que él me había dado era insuficiente; Enrique siempre se esforzaba más y más, sin darse cuenta de que yo lo único que quería era su compañía, lo demás era prescindible.

—Te equivocas. Nunca se ha tratado de dinero —replico ofendida— y el hecho que lo creas así me demuestra que nunca me conociste en realidad. —Tengo que obligarme a inspirar hondo varias veces antes de contarle la verdad. Porque si bien es cierto que no tengo derecho a ofenderme, yo soy responsable de lo que ha pasado y él se merece la verdad.

—Entonces, ¿de qué se trata? En qué estás metida, Ariadna, porque no consigo entenderlo. Llevo cinco días en este lugar y sigo igual de confuso...

—Lo hice para protegerte...

Sus ojos se abren por la sorpresa y parpadea varias veces, desconcertado.

—Todo lo que he hecho todo este tiempo, desde el momento en que te dejé, ha sido para protegerte... —No puedo evitar que la voz se me quiebre en ese instante. Después de casi dos años, por fin ha llegado la hora de ser sincera. A pesar de las penosas circunstancias, por fin podría ser libre.

—¿Para protegerme de qué? —Su tono se vuelve más conciliador, quizá al verme tan agobiada por las emociones que me están embargando en este instante.

—Ellos... Viktor —me corrijo, recordando con enfado ese día— fueron los responsables de que te detuviese la policía. No hiciste nada malo... —Lo veo fruncir el cejo y tensar la mandíbula, pero permanece en silencio para que continúe con la explicación—. Viktor amenazó con inculparte con algo peor si me resistía a cooperar con él. Después de lo que sucedió, no me quedó más remedio que aceptar. Temía que pudiese cumplir su amenaza.

—¿Por qué no me lo dijiste, Ariadna? —Los músculos de sus brazos se tensan bajo su fina camisa, ahora manchada con gotas de sangre. Forcejea con todas sus fuerzas, tratando de desatarse, y se rinde al ver que sus intentos son en vano—. Demonios, nena —suspira derrotado—, yo debía ser quien te protegiera a ti.

—No podía permitir que te hicieran daño por mi culpa. Nunca me lo perdonaría. —Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y debo inspirar varias veces para conseguir que cesen.

—¿Qué querían?

Levanto la mirada y veo el temor en sus hermosos ojos color esmeralda. Sé cuál es su miedo más grande en este momento. No quiere saberlo realmente, pero yo agradezco la ayuda de Alexa, que evitó que tuviese que hacerlo.

—¿Qué te obligaron a hacer?

—Querían que me infiltrara en La Compañía, que escalara posiciones.

—Pero ¿por qué? —me interrumpe, evitando que entre en detalles, porque, para ser sinceros, ninguno de los dos está preparado para enfrentarlo—. ¿Cuál es el objetivo de todo esto? ¿Qué tiene de importante una empresa de acompañantes?

—Lo que la hace especial es que la dirige una mujer que se hace llamar la Cobra Negra, una exespía alemana que, al parecer, robó información importante hace tres años y ahora la quieren de vuelta. —Las palabras que la

Cobra Negra me dijo resuenan en mi mente. Todas las acciones de Viktor no hacen sino corroborar la veracidad de su discurso, todo este tiempo he estado trabajando para los chicos malos y, si consigo salir de ésta, la Agencia de Inteligencia alemana querrá ponerme las manos encima. Estoy jodida desde cualquier ángulo que se mire.

—¿Y lo lograste?

—Sí. Lo conseguí. —Sonrío con pesar.

Veo que la expresión de su rostro se endurece, porque entiende lo que significa. En sus ojos hay una mezcla de dolor, traición y decepción, una batalla se libra en su interior durante largos minutos que para mí son una eternidad. Lo que más temo es su rechazo, pero sé que es lo que me merezco y nunca podría culparlo.

—¿Y por qué no les das lo que quieren y volvemos a casa? —pregunta rompiendo el silencio.

Su tono suena a súplica y yo siento que se me forma un nudo en la garganta. Si deseo ser libre, debo contarle toda la verdad a Enrique, aunque eso implique que las caretas terminen de caer y tenga que enfrentarme a la penosa realidad de que ya no sé quién soy.

—Porque esa mujer... —Trago saliva y cierro los ojos con fuerza—. La Cobra Negra es mi madre biológica.

Abro los ojos y observo a Enrique, que me mira sorprendido, con los ojos abiertos de par en par y la boca ligeramente abierta. Él está pasando por el mismo *shock* inicial que yo viví al enterarme en aquella oficina militar.

—Toda mi vida mis padres me ocultaron que soy adoptada y la hija de una espía acusada y perseguida por traición, que vive en las sombras y cuya reputación de mortífera y letal la precede.

—Oh, nena... No importa si no son los responsables de esos hermosos ojos celestes —sonríe levemente, con su mirada en la mía—, lo único que importa es que te dieron todo su amor. Te amaron, te protegieron y te hicieron una de los suyos desde el primer momento. Siempre serán tus padres.

Sonríó a mi vez, conmovida por sus palabras. Había olvidado lo compasivo que es, su comprensión, su carisma, su generosidad, porque era más sencillo continuar cada día con esta mentira si lo olvidaba.

—Gracias...

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunta, mirando a todos lados buscando una salida.

—Voy a sacarnos de aquí —contesto con determinación, retomando la tarea de romper las ataduras por la fricción de la columna con la cuerda.

—¿Qué intentas hacer?

Me mira tratando de ver qué hago, pero sólo puede distinguir el movimiento de parte de mis brazos mientras luchan por zafarse. Yo pongo en práctica toda mi concentración y después de un largo rato que no soy capaz de cuantificar con claridad, consigo liberarme.

Respiro agitada, con el corazón latiendo frenético y la respiración acelerada. Me acaricio las muñecas para mitigar el escozor que me han provocado las cuerdas. Su color rojo me hace saber que pronto tendré moretones. Pero lo único que me importa ahora es salir de aquí. Corro hasta la puerta e intento abrirla sin éxito. Reviso las ataduras de Enrique y le pido que haga lo mismo que yo, aunque nos llevará un rato.

El sonido de unos pasos que se aproximan hace que él se detenga y yo vuelva a mi antigua posición, sentada en el suelo, simulando que tengo las manos atadas a la espalda. La puerta se abre y entra uno de los hombres, el que me ha quitado el antifaz. Lo sé porque las hebillas de sus zapatos hacen un horrible chillido cada vez que se mueven. No puedo ver su rostro por el pasamontañas, pero sé que es él.

—Me temo que les traigo malas noticias... —dice, sonriendo con sorna—. El tiempo se ha agotado y necesitamos ese dispositivo, así que... —Se coloca detrás de Enrique y lo levanta cogiéndolo del brazo.

Yo mantengo la mirada fija en él. Enrique se queja ante su agarre y en ese momento el hombre saca una navaja y se la coloca en la garganta. Ahogo un

grito, observando cómo se materializan mis peores miedos.

—¿Dónde está? —Presiona la hoja de la navaja en su cuello y Enrique traga saliva.

—Espera... —le pido. Los pensamientos en mi cabeza van a mil por hora. Sólo tengo una oportunidad, si la estropeo, los dos acabaremos muertos. Necesito que el hombre se acerque a mí, dejando de lado a Enrique—. Puedo decírtelo.

—Entonces, habla... —Presiona con más fuerza, haciéndole un ligero corte, del que brota un fino hilo color carmesí—. ¿Dónde está?

—Déjalo fuera de esto. Es mi única condición.

Él duda unos minutos, pero acaba accediendo. Suelta a Enrique y se dirige hasta mí. Veo que Enrique frunce el cejo y está a punto de decir algo que podría devolver la atención del hombre hacia él. No lo permitiré.

—No quiero que él oiga lo que tengo que decir. Implica algo que no estoy lista para contarle aún.

Veo al hombre vacilar, pero al observar mi expresión de sufrimiento sonrío victorioso, así que se acuclilla frente a mí, lo bastante cerca.

Lo miro a los ojos mientras baja la guardia, es todo lo que necesito. Cojo la cuerda con una mano y me muevo con rapidez hasta quedar a su espalda, la paso la cuerda alrededor del cuello y él empieza a forcejear. Intenta ponerse en pie, pero yo tiro de la cuerda con fuerza hacia mí. Siento cómo su cuerpo se sacude, sus manos tratan de agarrarme para poder respirar. No tarda mucho en quedarse quieto, en un profundo estado de inconsciencia. Me doblo, apoyando las manos en las rodillas para recobrar el aliento. Ha sido difícil y por un momento he dudado de si lo conseguiría.

—¿Qué has hecho? —pregunta Enrique, alarmado, con la mirada fija en el cuerpo inconsciente del hombre.

—Está inconsciente. No debes preocuparte... —Registro al hombre, haciendo a un lado la pistola y la navaja que ha usado hace poco. Cojo unas llaves que guarda en el bolsillo y, después de echarme un vistazo, me

convenzo de que no llegaré muy lejos vestida de esta forma. Necesito algo que me dé mayor libertad de movimiento y no sea tan llamativo.

Corro hasta Enrique y, con la navaja, le desato las manos. Sus brazos se cierran a mi alrededor, abrazándome con fuerza. Noto cómo inhala mi aroma y suspira aliviado. Yo me siento de la misma forma, pero no tenemos tiempo para eso.

—Necesito que me ayudes a desvestirlo —le digo, liberándome de su abrazo.

—¿Qué? ¿Para qué? —Me mira como si hubiese perdido la cabeza y yo le señalo mi llamativa indumentaria, enarcando una ceja—. Está bien.

Se agacha junto al hombre y empieza a desvestirlo hasta dejarlo únicamente en calzoncillos. Cuando me entrega la ropa, recuerdo que yo no llevo ropa interior, mis expectativas para esta noche eran muy diferentes, y ahora él se dará cuenta de la clase de mujer en la que me he convertido. Me doy la vuelta con vergüenza, incapaz de enfrentar su mirada decepcionada cuando me vea cambiarme de ropa. Cojo los pantalones y, metiéndolos bajo la falda de mi vestido, me los subo sin dificultad, abrochándome el cinturón lo bastante fuerte como para que no se me caigan.

Cuando llega el momento de la parte superior, no me queda más remedio que bajar la cremallera del vestido y, manteniéndome de espaldas, dejarlo caer para ponerme la camiseta gris del hombre, junto con su chaqueta verde militar. Miro el número de las botas, pero son demasiado grandes, así que tendré que ir en calcetines y así lo hago.

Al volverme, me encuentro con la expresión seria de Enrique, y soy incapaz de discernir qué es lo que piensa en este momento. Siento que el corazón se me partirá si me mira con desprecio. No lo soportaría.

—Enrique, yo...

—No es necesario. —Camina hasta mí y me estrecha entre sus brazos—. Lo que hayas hecho no necesito saberlo. Eso está en el pasado. Lo único que importa es que ahora estás bien y te tengo conmigo. —Lo oigo suspirar.

Yo no me siento digna de su amor en estos momentos y creo que él aún no ha comprendido la magnitud de lo que he tenido que hacer. Y en parte agradezco su negación, porque realmente en estos momentos la necesito.

—Te prometo que hablaremos de esto. —Esbozo una leve sonrisa y él me corresponde de la misma manera—. Ahora salgamos de aquí.

Quito el seguro de la Sig Sauer y abro la puerta con las llaves que le he robado a nuestro captor.

Subimos la escalera en silencio, atentos a cualquier ruido, al más mínimo movimiento. Le entrego la navaja a Enrique para que tenga con qué defenderse en caso necesario. Caminamos por un oscuro pasillo de paredes blancas y escasa iluminación, con sombras por todas partes que me ponen los pelos de punta.

Oímos un ruido de golpes antes de doblar una esquina. Aparece alguien que viene en nuestra dirección. Cuento hasta tres y salgo de las sombras apuntando al siguiente atacante.

Su arma también me apunta a mí sin vacilar. Es un hombre alto, de contextura ancha y fuerte, con el cabello un poco largo color rojizo y una barba bien cuidada en un tono más oscuro. Sus ojos verdes se entrecierran mirando con cautela y después se abren sorprendidos, como si me hubiese identificado.

—Eres tú. —Suspira al parecer aliviado y baja el arma. Tiene un marcado acento inglés inconfundible.

—¿Quién demonios eres tú? —Mantengo el arma apuntando a su cabeza. No tengo la menor idea de quién es este tipo y por qué parece conocerme.

—Me llamo Bastian. Soy amigo de Christoph, he venido a ayudarte —dice levantando las manos.

Da un paso al frente y yo retrocedo manteniendo la distancia.

—¿Cómo sé que no mientes?

—No lo sabes. Pero no hay tiempo que perder, aún debemos ir por Alexa.

—¿Alexa? ¿Qué le ha pasado? ¿Qué le han hecho?

—La secuestraron cuando irrumpieron en la guarida de la Cobra Negra. Se las llevaron a las dos.

—No puede ser... —Bajo el arma, procesando lo que me ha dicho. Pero no entiendo por qué la querrían a ella—. ¿Por qué Alexa? ¿Qué hacía ella allí?

—Alexa trabajaba con la Cobra Negra.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. No es posible. Alexa, mi amiga, la dulce e inocente Alexa, todo este tiempo no ha sido más que otro peón de la Cobra Negra, espiándome y manteniéndola al tanto de lo que hacía.

—Ahora, andando, que necesito sacarte de aquí para poder regresar a por ella.

—No —lo detengo—. Ve a buscarla. Yo estaré bien.

—Pero...

Me mira confuso. Puedo ver la batalla que se libra en su interior y en ese momento entiendo que éste es su Bastian, el hombre que la trae de cabeza. O al menos eso es lo que dijo en nuestra última conversación.

—Christoph me matará si te pasa algo.

—Yo me encargaré de ella. —Enrique sale de entre las sombras y me pasa un brazo protector sobre los hombros.

Bastian nos mira a él y a mí, sorprendido.

—¿Quién demonios eres tú?

—Bastian... —digo, interponiéndome entre ambos—. Debes ir a por Alexa, yo puedo cuidarme sola y eso tu amigo ha podido comprobarlo. —Me río.

—Está bien... —suspira, mirando ceñudo a Enrique—. Él está encargándose de los otros guardias. Seguid por ese pasillo y encontraréis una puerta a mano derecha, por ahí podréis salir.

—Gracias... —Le doy un ligero apretón en el brazo—. Y Bastian... —lo llamo antes de que se vaya.

Él se vuelve y me mira expectante.

—Encuéntrala —le pido y él se marcha sin poder prometerme nada. Porque en situaciones como ésta, la mejor promesa es la que no se hace.

Seguimos las indicaciones de Bastian, esforzándonos por ser lo más silenciosos posible. Estamos a tan sólo unos pasos, cuando la puerta se abre y la persona que esperaba encontrar aparece ante nosotros. No soy capaz de controlar mis impulsos y recorro con rapidez la poca distancia que nos separa, para hundirme en sus brazos, apretándolo con fuerza, él no tarda en estrecharme contra él con la misma intensidad.

He estado preocupada desde que lo dejé en esa casa. En este momento no me importa que me haya engañado todo este tiempo, lo que importa es que está a salvo.

—Pensaba... estaba... —No soy capaz de decir nada coherente cuando nos separamos.

—Estoy bien. Yo también estaba preocupado por ti, preciosa pelirroja. —Christoph acaricia mi rostro con delicadeza con el dorso de la mano, mientras con sus ojos comprueba que estoy bien.

—Sé cuidarme sola. Ya se lo he dicho a tu amigo —bromeo y una hermosa sonrisa le curva los labios.

—Veo que has dejado que vaya a por Alexa. —Va a sonreír de nuevo, pero su mirada se fija detrás de mí. Frunce el cejo y aprieta la mandíbula con fuerza. No hay ni un músculo de su cuerpo que no se tense.

«Enrique», recuerdo y retrocedo mirando atrás, hacia donde Enrique nos observa con cara de pocos amigos.

—Yo...

—Es mejor que nos vayamos —me interrumpe Christoph, abriéndome la puerta—. Andando.

—Espera... —Lo sujeto por el brazo, obligándolo a mirarme—. ¿Habéis dado con ella?

Al principio me mira confuso, hasta entender a quién me refiero.

—Bastian acaba de decirme que también la secuestraron, así que debería estar aquí en algún lado.

—Alena... debo ponerte a salvo —resopla molesto entre dientes, mientras

se pasa las manos por el pelo de forma frenética.

—¿Habéis dado o no con ella? —pregunto de nuevo, con la vista fija en él, para demostrarle que no dejaré que se vaya por las ramas.

—No. Y no es mi prioridad en este momento. —Me sujeta por los hombros de manera brusca—. Mi prioridad es sacarte de aquí.

—No me voy a ir de aquí sin ella —sentencio, liberándome de su agarre y dándole un pequeño empujón que lo hace retroceder.

—¿Por qué te importa tanto? Si es justo por ella por lo que Viktor te metió en toda esta mierda —grita molesto.

—Me importa.

—¿Por qué? —Se acerca de nuevo, deteniéndose a sólo unos centímetros. Su intensa mirada me intimida, pero no voy a permitir que me haga retroceder—. ¿Por qué te importa?

—Porque es mi madre...

Christoph retrocede sorprendido. Lo veo sacudir la cabeza varias veces y abrir la boca, pero no logra decir nada.

—Me quedaré e iré a buscarla. Así que necesito que pongas a Enrique a salvo —le pido y veo que se tensa como si le estuviese pidiendo que salvara a su peor enemigo.

—Alena, no voy a dejarte aquí.

—Necesito que esté a salvo. —Sujeto sus manos entre las mías, consciente de que Enrique nos observa con detenimiento.

Siento mi corazón dividirse en dos en este momento. Deseo que ambos estén a salvo, pero soy consciente de que Christoph podría salir ileso de todo esto, a diferencia de Enrique.

—Si algo le sucede por mi culpa, no podré soportarlo. Por favor, llévalo a un lugar seguro.

—Está bien. —Suspira con resignación al darse cuenta de que no cederé en ese asunto—. Pero volveré a buscarte, así que por favor no hagas nada estúpido. —Pega su frente a la mía y lo veo suspirar derrotado.

Sé que no le resulta fácil dejarme, pero es lo que más necesito en este momento. Antes de soltarme, me da un rápido beso en los labios, marcando claramente su territorio, lo que me hace sentirme culpable respecto a Enrique.

—Enrique —me vuelvo y él avanza hasta mí—, necesito que hagas esto por mí.

—No me pidas que te deje otra vez. —Me estrecha entre sus brazos con temor a lo que podría suceder, con miedo de que ésta sea la última vez que nos vemos.

—Te prometo que cuando todo esto acabe, te buscaré. —Retrocedo y cojo su rostro entre mis manos—. No desapareceré de nuevo. Si aún me amas, necesito que te pongas a salvo. Regresa al hotel, empaqueta tus cosas y toma el primer vuelo de vuelta a Brasil.

—Alena, no...

—Por favor —lo interrumpo, poniéndole un dedo en los delgados labios—. Prométemelo.

—Te lo prometo —asiente entre suspiros, con los ojos vidriosos—. Te amo, nena. Prométeme que regresarás a mí. —esta vez es él quien sujeta mi rostro entre sus fuertes manos y roza sus labios con los míos.

—Te lo prometo.

Es una promesa que tengo que hacer, pero no estoy segura de si podré cumplirla. La mujer que él amaba hace mucho que ha dejado de existir y no sé si deseo que regrese.

Esa promesa a medias es todo lo que necesita para fundir sus labios con los míos en un beso profundo y lleno de muchas emociones: amor, tristeza, dolor, desesperación y anhelo. Nos separamos antes de lo que habríamos querido, pero lo más importante es ponerlo a salvo.

Me acaricia con delicadeza la mejilla y me da un casto beso en la frente antes de marcharse por la puerta por la que ya Christoph hace minutos que se ha ido.

## Capítulo 28

### La Cobra Negra

Regreso por donde he visto a Bastian marcharse, oigo el latido de mi corazón bombeando en mi oído, mis pulsaciones a mil y la respiración agitada. Nunca antes he sentido tanto miedo, pero ya no soy la misma de antaño, me he fortalecido y el miedo no me paraliza, el miedo me hace reaccionar con mayor rapidez.

Reviso las primeras habitaciones, que tienen las puertas abiertas, sin encontrar rastro de nadie. Voy hacia la tercera puerta, cuando, a través del cristal, veo que hay un hombre encapuchado vigilando a una mujer atada a una silla. Miro mejor y me percató de que se trata de ella, de la Cobra Negra. La han golpeado en la cara y tiene una herida en la cabeza, en la que el cabello se ve apelmazado de sangre seca.

El impulso de sacarla de ahí es más fuerte que el raciocinio e irrumpo de forma abrupta en la habitación. El hombre se abalanza sobre mí haciéndome caer. El impacto hace que me duelan las costillas y los pocos reflejos que me quedan permiten que me aparte a tiempo, antes de ser aplastada por sus puños. Forcejeo con él, tratando de zafarme, pero es muy pesado. Busco el arma que ha ido a parar lejos por la caída, pero no la veo.

Golpeo con fuerza sus brazos, buscando debilitar el agarre que ejerce sobre mi cuello. Siento que estoy perdiendo el aire y empiezo a emitir un pitido extraño. Creo que ya no puedo más, los pulmones me empiezan a arder por la necesidad de oxígeno. Necesito respirar. Continúo revolviéndome, moviendo las piernas y las manos para conseguir algo de aire, pero estoy al límite. Ya no tengo fuerzas para continuar. Me disculpo mentalmente con Enrique por no

poder cumplir la promesa que le he hecho. Pienso en Samir, que debe de estar preocupado por mi desaparición; se suponía que íbamos a irnos, que nos marcharíamos lejos de aquí para estar a salvo. Pero no fue más que un espejismo de lo que parecía ser mi cuento de hadas.

Pido perdón en silencio a la Cobra Negra por no poder salvarla, por morir frente a sus ojos. Nunca he sabido su nombre, en realidad no sé nada de ella y ahora es demasiado tarde.

Empiezo a sentir los ojos pesados, cada vez me es más difícil mantenerlos abiertos. La oscuridad comienza a cernirse sobre mí y en ese momento se oye el estruendoso sonido de un disparo. El agarre del hombre disminuye y el pesado cuerpo de mi atacante cae sobre mí. Me he salvado.

Lo aparto con la poca fuerza que aún me queda y tomo una gran bocana de aire. Me arde la garganta y mis fosas nasales queman, mientras el oxígeno empieza a llenar mis pulmones. Toso repetidamente, tratando de regularizar mi respiración. Aún me encuentro aturdida, no sé de dónde ha venido el disparo que me ha salvado la vida. Busco con la mirada y veo a la Cobra Negra frente a mí, con el arma en la mano. Observo el suelo y veo la silla de madera hecha pedazos.

—Tú... —Contemplo el cuerpo inerte de mi atacante y un charco de sangre empieza a esparcirse debajo de él. La bala ha impactado en el lado izquierdo, justo donde está el corazón.

—No te saqué de Alemania para dejar que te matasen frente a mí. —Tiene el labio partido y un moretón en la mejilla derecha.

—Gracias... —La abrazo sin decir nada y, aunque la pillo por sorpresa, al cabo de unos segundos corresponde a mi abrazo, aferrándose a mí con fuerza.

—Gracias a ti, por haber vuelto a por mí.

Me separo de ella y veo en sus oscuros ojos algo de tristeza. Aunque me gustaría saber la razón, sé que debemos irnos, aún no estamos a salvo.

—Tenemos que irnos. —Cojo las dos pistolas que llevaba el hombre encapuchado en el cinturón y le hago señas a ella para que me siga. Debemos

irnos de aquí cuanto antes.

Estamos aproximándonos a lo que parece una potencial salida, cuando aparecen tres hombres vestidos de negro, con una capucha en la cabeza. Retrocedemos unos cuantos pasos hasta llegar a una esquina y poder resguardarnos ahí. Nos miramos sopesando las posibilidades y cuando volvemos a asomarnos hay cinco hombres. Nos superan en número.

—Yo puedo entretenerlos... —sugiere ella, irguiéndose con determinación—. Puedo darte la oportunidad de huir.

—No. No lo harás... —Me le planto delante, obstaculizándole el paso—. Llevas mucho tiempo manteniendo a salvo esa lista, donde sea que la tengas. Eres demasiado valiosa y lo sabes. No voy a permitir que te sacrifiques de esta manera, ellos ganarían si lo haces.

—¿Piensas que eso importa ahora? —Su mirada se dulcifica y me acaricia la cabeza con ternura—. Cuando la vida de mi hija peligra y la única posibilidad que tiene de sobrevivir soy yo, me importa una mierda esa lista. No la pasaré por encima de tu vida.

—Pero yo sí. —Coloco una mano sobre la suya y me reconforta su contacto.

Es la primera vez que siento una especie de conexión con ella, ya no es del todo una extraña para mí. Aunque sigo sin sentirla como mi madre, las posibilidades de cómo podría haber sido mi vida si ella no me hubiese dejado se cuelan en mi mente. Y en un lugar dentro de mí empieza a surgir un resentimiento que, desde que me enteré de mi adopción, no había sentido. Sin embargo, no es el momento de darle cabida, lo más importante ahora es salir de esto con vida.

—Yo voy a distraerlos y tú vas a huir lo más lejos que puedas. Vas a limpiar tu nombre y a hundir a Viktor y a todos los malnacidos que lo han ayudado, porque eso es lo correcto.

—Lamento no haber podido estar para verte crecer, para criarte, para protegerte. Lo único que quería era que estuvieses a salvo, alejarte de este

tipo de vida. Debí intentarlo con más fuerza. —Una lágrima se desliza por su mejilla y yo se la limpio con suavidad.

—Me has dado la mejor vida que podía tener. —Entrelazo mi mano con la suya, mientras le coloco uno de sus rubios mechones detrás de la oreja—. Me regalaste a unos padres amorosos, una vida en la que pude ser feliz, ser amada y poder amar. Pero el destino siempre llega y la manzana nunca cae muy lejos del árbol. —Sonrío divertida y sus labios se curvan en una amplia sonrisa.

Es como verme en un espejo, su sonrisa es un reflejo de la mía, su nariz, la forma de sus ojos, es la primera vez que me fijo con atención y me doy cuenta de que, a excepción del color de sus ojos y de algunos rasgos, me parezco mucho a ella.

¿Por qué me dejó? Es una pregunta que se hace presente y me inquieta. Justo ahora, en el último momento, todas esas preguntas, todo el resentimiento empiezan a salir a flote, cuando ya no hay nada que pueda hacer para remediarlo.

—Siempre te he querido. No quiero que tengas dudas. Por esa razón me alejé de ti. Porque te quería demasiado como para ponerte en peligro.

—Si me quieres tanto como dices, entonces te irás de aquí cuando te lo diga y harás lo mejor para todos. —Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas y siento un dolor en el pecho que me traspasa.

Son muchos sentimientos encontrados, hay dolor, traición, pero también tristeza por no tener la oportunidad de recuperar el tiempo perdido y obtener las explicaciones que necesito.

Jamás creí que despedirme de ella me dolería de esta forma. Y pensar que será la última persona que conozco que me verá viva lo empeora aún más, porque sé que no tengo oportunidad de sobrevivir si me enfrento a ellos.

—Sólo quiero pedirte una cosa.

—Lo que quieras... —susurra ella entre lágrimas.

—Quiero saber tu nombre. Tu verdadero nombre, ese que nadie más conoce.

Sus ojos se abren al igual que sus carnosos labios, que después se fruncen mientras asiento.

—Anya Kuznetsova.

Suspiro satisfecha por saber al fin el nombre de mi madre biológica. No creía que eso me aportara algo de paz, pero ahora me basta para cerrar este capítulo de mi vida.

—Es un placer —digo, para después tomar aire y prepararme para lo que vendrá a continuación.

—¿Estás lista? —pregunto mirándola a los ojos. Ella asiente, recuperando su actitud intimidatoria—. Tendremos sólo unos segundos. Dispararé a las luces para dejarnos a oscuras y que no sepan si tengo compañía. Aprovecharás ese momento para desaparecer de aquí.

—Entendido. Y una última cosa, hija —me coge del brazo antes de que me deje ver—, decide tu propio destino.

Cuento hasta tres y doblo la esquina disparando a las tres lámparas que iluminan pobremente el pasillo. Los disparos de respuesta no se hacen esperar y tengo que agacharme para conseguir esquivarlos. Anya ha aprovechado el momento y yo renuevo la ronda de disparos logrando herir a dos de ellos. Los oigo gritar para después caer en el suelo de forma estrepitosa. Me escondo de nuevo, inspiro hondo y los oigo aproximarse con precaución. Cuento otra vez hasta tres y, apuntando con la escasa visión que tengo, consigo darle en el brazo a uno de ellos y desarmarlo. Reviso la munición y me horrorizo al ver que sólo tengo tres balas en una pistola y dos en la otra. El miedo empieza a apoderarse de mí y siento que ésta será la última vez, entonces lo oigo.

—No tienes adónde huir, Ariadna.

La voz de Viktor resuena en todo el lugar. Tan sólo oírlo hace que la ira bulla dentro de mí y quiera matarlo con mis propias manos por todo lo que nos ha hecho.

—Voy a cumplir todas las fantasías que he tenido desde la primera vez que te vi. Tranquila, seré piadoso y dejaré que sientas algo de placer, seré un

cliente más.

Cada palabra que sale de su boca me genera más repulsión que la anterior. Me asomo sin que me vean y veo que está a unos veinte pasos de distancia, flanqueado por tres de sus hombres.

—Ariadna... —llama de nuevo de forma cantarina, provocando que un escalofrío siniestro me recorra—, si te portas bien, tendré clemencia y tu muerte será rápida. De lo contrario me obligarás a tomarme mi tiempo...

Oigo que se aproxima y yo retrocedo en silencio; todas las puertas están cerradas y las llaves que tengo no funcionan...

—No tienes adónde huir... —repite mientras se acerca. Está casi llegando y si me ve será mi fin—. Estás sola. No hay nadie que venga a rescatarte.

Tomo una profunda inspiración y levanto mi arma apuntando justo a la esquina por donde sé que aparecerá.

—¿Qué se siente cuando tu madre te abandona de nuevo a la primera oportunidad? ¿Acaso imaginabas un reencuentro más esperanzador? —Oigo su macabra risa acercándose, a tan sólo unos pasos de distancia.

Tan pronto aparece en mi línea de visión, aprovecho la oportunidad y disparo, consigo hacer caer a uno de sus hombres, los otros dos siguen avanzando y logro alcanzar en el pecho a uno de ellos y en la pierna al otro. Ellos disparan y debo acuclillarme y pegarme a la pared para que no me alcancen. Una de sus balas me roza el brazo, haciéndome gritar de dolor. Otra bala casi impacta en mi pierna y me caigo en mi intento de escapar.

No tengo escapatoria, estoy perdida.

En ese momento, cuando creo que todo está perdido, una lluvia de balas los hace retroceder y refugiarse detrás de la esquina. Yo me quedo petrificada de terror.

—¿Vas a quedarte ahí sentada toda la noche? —dice una voz que me devuelve a la realidad—. Levanta, preciosa pelirroja, que esto aún no se ha acabado. —Me pasa uno de los brazos sobre su hombro y me ayuda a ponerme en pie.

—Has vuelto... —Lo miro atónita, no creía que volvería, no creía en sus palabras.

—Por supuesto. Te he dicho que no te dejaría aquí. —Continúa disparando para evitar que vuelvan y observo que saca un dispositivo de metal que clava en una de las paredes—. Te he pedido que no te metieras en problemas y esto es lo que ocurre —bromea con su sonrisa ladina y yo me río divertida.

—Era irresistible...

—Sé que a veces resulta irresistible, pero ahora debemos alejarnos un poco. —Retrocede conmigo a cuerdas y el dispositivo de metal empieza a emitir un sonido extraño, una especie de pitido—. ¡¡Al suelo!! —grita, cubriéndome con su cuerpo y el impacto del detonador al explotar nos lanza unos metros más lejos. No hay nada que no me duela al levantarme.

—¿Y ahora qué? —Me detengo frente a la pila de escombros que obstaculiza la vía de salida.

—Ahora debemos encontrar otra salida.

—¿Me matarás en el proceso? —Lo miro ceñuda, retirando pequeños restos que han quedado incrustados en mi codo.

—Deberías agradecerme que te haya salvado la vida.

—Esto aún no ha terminado, así que aún tienes una oportunidad de estropearlo. —Le doy una ligera palmadita y me marcho por la única vía disponible.

Estamos cerca de la entrada, cuando Christoph me detiene y me pide que guarde silencio. Hemos llegado a una especie de sala llena de ventanales, en la que vamos a estar expuestos todo el trayecto. Caminamos lo más alejados posible de las ventanas hasta llegar a la puerta. Al cerrarla oímos una serie de explosiones. Nos lanzamos al suelo cubriéndonos la cabeza y las explosiones cesan. Se hace un silencio sepulcral y se instala la sensación de que se avecina peligro.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto susurrando y Christoph frunce el cejo, incorporándose hasta quedar acuclillado.

—Creo que se trata de Viktor —responde y revisa la recámara de su arma, comprobando el número de balas que posee.

—A juzgar por tu expresión, no tienes suficientes. —Trago saliva sin perder de vista las entradas y salidas de la habitación en la que estamos.

—Y no te equivocas, he gastado casi todas las balas.

—En ese caso, debemos encontrar con urgencia una manera de salir de aquí.

—Viktor no se detendrá. La Cobra Negra ha escapado, y necesita hacérselo pagar a alguien. La única manera de salir de aquí es acabando con él — responde Christoph, decidido, quitando el seguro de su arma.

Nunca me he visto enfrentándome a Viktor, ni en mis peores pesadillas. Sé que he entrenado durante más de un año con Rodrigo, sin embargo, la idea de enfrentarme a él me paraliza y Christoph lo nota.

—Has dejado fuera de combate a varios de sus hombres allá fuera ¿y ahora dudas de tus capacidades?

—Es diferente. Él es el responsable de que esté en esta situación. Me encontró y destruyó mi vida en cuestión de minutos...

—Justo por eso no debes dudar de ti misma. —Se arrodilla frente a mí y me sujeta por los hombros—. Tienes la motivación necesaria para ponerle fin a ese bastardo.

—Nunca he matado a nadie.

—No digo que tengas que hacerlo, pero debemos detenerlo. Eres consciente de eso, ¿verdad?

Agradezco la paciencia que tiene conmigo en este momento. Desde que ha aparecido he visto al agente en acción, sé que no debe de ser sencillo tener que detenerse para hacerme entrar en razón, cuando en lugar de eso deberíamos estar planeando una estrategia de ataque.

—Sí —respondo, afirmando con la cabeza y me enderezo—. ¿Qué tenemos que hacer?

Christoph y yo planeamos una estrategia, mientras sentimos que es cuestión

de minutos que Viktor nos asalte. Tenemos muy pocas municiones (y por «tenemos» me refiero a Christoph), así que deberemos jugar de farol.

Cuando Viktor aparezca, yo me entregaré sin chistar, para que no haya daños. Podremos ver con cuántos hombres sigue contando. Luego me encargaré de desarmar a uno de ellos o, en su defecto, Christoph les disparará, de ahí en adelante será cuestión de improvisación.

—¡Alena...! —me llama Viktor—. No tienes adónde ir. Mis hombres rodean el lugar, así que acabemos con todo esto.

Sus pasos resuenan en el pasillo, abre cada puerta para echar un vistazo. Christoph ha salido por uno de los ventanales, después de comprobar que no había ningún hombre de Viktor fuera. Sabíamos que debían de hallarse en las vías de salida de la propiedad, así que debemos terminarlo todo dentro de esta habitación.

Contengo la respiración, mientras sus pasos se detienen en la puerta de la estancia en la que estoy. Recuerdo las palabras de Christoph, no tengo que olvidar todo lo que ese malnacido me ha arrebatado y usarlo como detonante. Esta condena termina hoy.

La puerta se abre con lentitud y aparece un Viktor cubierto de polvo y sangre. Tiene varios cortes en los brazos y arañazos en la cara, de los que mana sangre. Sus labios se tuercen en una sonrisa al verme. Su mirada me recuerda a la de Nikolái, un monstruo bajo un disfraz humano.

—Así que has decidido dejar de huir. ¿A dónde ha ido el agente Christoph? ¿Se ha cansado de fracasar y ha decidido dimitir? —se burla.

—He decidido negociar contigo. No podemos ganar, así que déjalo ir y no opondré resistencia.

—Es muy sabio de tu parte. Desde el principio supe que no conseguirías cumplir la misión que te encomendamos. Eres muy frágil y débil, pero he disfrutado viendo cómo te corrompías y vendías para darnos información. No ha debido de ser sencillo.

Trago saliva para controlar las ganas que tengo de saltarle encima y

arrancarle la cabeza a mordiscos. Pero él está armado y dos de sus hombres deben de estar ocultos cerca de aquí.

—Me complace decirte que te equivocas. Nunca me he acostado con un cliente —confieso, y su sonrisa desaparece—. Sólo os he hecho creer a todos que era así.

—Eso no es cierto...

—Tú escoges qué creer. Pero nunca vendería mi dignidad por nadie, y menos por ti —escupo en su dirección y él se aproxima, pretendiendo golpearme con el arma, pero yo lo esquivo—. Qué hombre has resultado ser, Viktor, la única manera de enfrentarte a alguien, incluso si es una mujer, es con un arma. Hace mucho tiempo que has perdido facultades —lo presiono y retrocedo, llevándome las manos a la cara para protegerme.

—No necesito un arma para enseñarte modales, pequeña zorra. —Deja el arma en el suelo y yo sonrío ante mi logro, pero nada sucede, Christoph no dispara. Miro hacia atrás y se me congela la sangre: no hay nadie. Esto es sólo entre Viktor y yo.

Se cuadra frente a mí y lanza un golpe que esquivo por los pelos. No me da tiempo a prepararme y su pie se estrella contra mi costado derecho. Retrocedo, llevándome una mano a las costillas, que me siento palpar.

—¡Eras muy fierecilla hasta que te has quedado sin respaldo! —dice él y mi corazón late con fuerza.

Ahora entiendo por qué no están aquí sus hombres, están encargándose de Christoph. Sé que no es por él por quien debo preocuparme, es un agente altamente entrenado, mientras que yo soy apenas una novata enfrentándome a uno de los mejores agentes de Alemania.

—Él ha destrozado mi vida... —murmuro en voz baja, acercándome—, él es el responsable de toda la mierda de los últimos dos años.

—¿Qué dices? —pregunta Viktor.

—Qué voy a morder el polvo contigo. Eso digo.

No le doy tiempo a reaccionar y arremeto contra él. Lanzo una combinación

de patadas en su dirección, mientras él gira, esquivándome. Al principio pienso que no dan resultado, pero empieza a salvarse por poco. Le lanzo un golpe a la cara y al esquivarlo atino a su rodilla haciéndolo trastabillar, pero entonces es cuando cometo un error: me confío. En tan sólo un segundo corre hacia mí y me derriba al suelo. Mi cuerpo impacta con fuerza y pierdo la coordinación. Oigo el eco de su voz y tengo la visión algo borrosa.

Viktor está entre mis piernas, sus manos sujetan con fuerza mis muñecas y mi cabeza empieza a despejarse.

—... pero voy a tomármelo con calma... —lo oigo decir.

Sonríe con lujuria y en ese momento me doy cuenta de la posición en la que me encuentro. Es una de las primeras posiciones defensivas que Rodrigo me enseñó, y Viktor ha cometido el error de subestimarme.

Cierro las piernas alrededor de su cintura, asegurando mis pies como una palanca. Él empieza a forcejear y suelta una de mis manos para golpearme. Giro la cabeza y su golpe apenas me roza, abriéndome el labio. Paso del dolor y me impulso para cogerlo de la muñeca, desestabilizarlo apretando su cuerpo con el mío y así poder llevar su brazo hacia atrás para forzar una llave.

Él es muy fuerte y yo estoy aún atontada por los golpes, así que mi agarre no es tan fuerte. Se libera y me golpea con el codo, dándome la oportunidad de tener una abertura suficiente para alejarme de él. Me levanto como puedo y corro en dirección a la puerta, pero él es más rápido y me alcanza, interponiéndose entre la salida y yo.

—Debo admitir que eres dura, pero vamos a tener que terminar con esto — dice, acercándose de nuevo y yo inicio de nuevo la danza de los golpes.

Él los detiene casi todos y me lanza contra una vieja mesita de noche. Ríe acercándose y, cuando me levanto, veo el arma a unos cuantos centímetros de mí. No dudo en cogerla y me pongo de pie con ella en la mano. Retiro el seguro de la Glock y apunto a su cabeza. Él se detiene, pero no se lo ve intimidado, su expresión es más bien de diversión.

—Ambos sabemos que no eres capaz de matar. Es una pérdida de tiempo

—me desafía.

Ladeo la cabeza suspirando y su sonrisa se intensifica, pero antes de que pueda decir nada, le disparo a la pierna derecha, haciéndolo retroceder.

—¡Hija de puta! —brama, llevándose una mano a la rodilla.

—Tienes razón, no soy capaz de matarte. —Disparo de nuevo, esta vez a su otra rodilla, y se cae al suelo—. Pero no tengo nada en contra de causarte agonía.

Un ruido en la ventana nos interrumpe y apunto a la oscuridad a través del cristal roto. Se oye un nuevo ruido y espero al responsable para hacerlo caer.

—¡No dispires! —grita Christoph recorriendo la distancia entre nosotros. Tiene unos cuantos moretones y cortes en el cuerpo, pero está vivo.

—¡Llegas tarde! —exclamo sonriendo y él se carcajea sin reparos.

Lo que sucede a continuación aún lo estoy procesando. Christoph se está riendo cuando una bala le atraviesa el hombro, haciéndolo caer. Ahogo un grito y no soy consciente de lo que hago después. Levanto el brazo y aprieto dos veces el gatillo hacia Viktor. No me importa dónde lo he herido. Me arrodillo junto a Christoph y él se sienta con dificultad, se levanta la camiseta y revela un chaleco antibalas. Saca la bala con rudeza y la deja caer en el suelo.

—Duele más de lo que te imaginas. —Se pone de pie y me ayuda a levantarme y yo respiro al verlo de una sola pieza—. Pero nos mantiene con vida.

—Yo... —Miro el arma entre mis manos y él me la quita, colocándole el seguro antes de guardarla en la trabilla de su pantalón.

—Nos has salvado... —Entrelaza sus dedos con los míos y caminamos juntos para acercarnos a Viktor.

Un charco de sangre empieza a esparcirse debajo de su cuerpo. Además de las heridas en ambas piernas, ahora tiene un agujero en el abdomen y otro en el hombro izquierdo. Christoph se acuclilla a su lado y lleva dos dedos a su

cuello, comprobándole el pulso. Levanta la mirada y niega con la cabeza, confirmando lo obvio: Viktor está muerto, yo lo he matado.

Veo que mira su teléfono y lo oigo maldecir por lo bajo. Se acaricia con los dedos el puente de la nariz tratando de calmarse y yo no entiendo nada de lo que sucede.

—¿Se trata de los hombres de Viktor? —Cruzo los brazos, impaciente, mirándolo a los ojos.

—Peor... —Su boca se vuelve una fina línea y lo veo suspirar derrotado—. Es la agencia, están cerca de aquí. No conseguirás salir sin que te vean.

—¿La agencia? —El temor a estar entre rejas me domina y debo tomar varias bocanadas de aire para conseguir pensar con claridad—. Busquemos otra salida.

Abandonamos la habitación y recorremos el pasillo hasta llegar a lo que alguna vez fue un comedor. Ahora las sillas están rotas en el suelo, junto con la mesa, todo apilado cerca de los grandes ventanales. Un olor nauseabundo me golpea de pronto, una mezcla de putrefacción y salitre.

Christoph enciende la luz y yo ahogo un grito, horrorizada. Observo el cuerpo inerte de Katia flotando en una bañera de agua de mar. Lleva un sexy vestido rojo y el pelo de un tono rubio muy parecido al mío. Las lágrimas corren por mis mejillas. No puedo creer la crueldad de este hombre.

—¿Cómo ha podido? —Me agacho junto a ella y observo las marcas en su cuello y sus muñecas, ha sido torturada.

—¿Quién es? —Christoph se acerca y me ayuda a ponerme de pie.

—Es Katia, compartía mi tarifa con ella para hacerles creer a algunos clientes que había tenido sexo con ellos. Les suministraba una droga que Alexa me proporcionaba, esa droga los volvía influenciables y les nublabla la mente. Katia y yo teníamos ese trato por su inmenso parecido conmigo en ese momento. No volví a saber de ella desde que decidí ser pelirroja.

—Querían dar contigo de cualquier forma. Presentían que algo ocultabas. Viktor era un hombre paranoico, no se fiaba ni de su propia sombra...

—Ella no lo merecía —sollozo—, no merecía acabar de esta forma.

El sonido del móvil de Christoph nos interrumpe de nuevo y parece que él vaya a perder la cordura que le queda.

—Espera aquí —me pide, marchándose con rapidez.

Yo me quedo en silencio observando a Katia y cuando menos lo espero Christoph regresa y veo que lleva en la mano unas botellas de whisky y vodka.

Saca el cuerpo de Katia de la bañera y empieza a vaciar el alcohol de las botellas sobre ella y por toda la habitación. Lo miro aterrorizada cuando saca un encendedor y lo deja caer sobre Katia sin el menor reparo.

—¿Qué haces? —Corro para tratar de impedirlo, pero él me detiene—. Estás loco.

—Te estoy salvando la vida. —Me sujeta por los hombros y yo estoy segura de que ahora sí ha perdido la cabeza.

—Estás loco... —repito. Me libero de sus brazos y retrocedo.

—Ella se parecía mucho a ti. Tú lo has dicho. Así que haré creer a la agencia que has muerto. Viktor ha muerto. Les diré que incendió el lugar después de matarte. De modo que necesito quemar este sitio. —Me arrastra fuera de la habitación mientras el fuego comienza a propagarse con avidez.

—¿Qué hay de ti? —le pregunto, cuándo empieza también a incendiar la sala.

—Les diré que luché con ellos, que traté de impedirlo, pero no lo conseguí. Llegué muy tarde y peleamos, su muerte fue inevitable. Bastian está ahí fuera, así que será mi coartada. No tienes de qué preocuparte.

El fuego lo consume todo a su paso y Christoph me lleva a otra habitación donde hay un inmenso ventanal. Me entrega su arma y se toma unos segundos de respiro. Me acaricia las mejillas y sus ojos se detienen demasiado tiempo en mis labios.

—Vas a salir por esa ventana y correrás tan rápido como puedas, sin mirar atrás ni un segundo. —Tiene una expresión seria mientras me da esas instrucciones y en ese momento puedo ver al agente de inteligencia que es—.

Bastian se encargará de quien te siga. Al llegar a un callejón te quedas en las sombras hasta que veas al otro lado de la calle un Corolla negro con las luces delanteras encendidas y los vidrios tintados. Alguien te estará esperando dentro para llevarte a un lugar seguro.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Por qué no me entregas?

—Porque sé que fuiste coaccionada por Viktor, pero no te va a ser fácil lograr que ellos se convenzan. Mereces una buena vida lejos de toda esta mierda. Mereces ser feliz.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar y yo no puedo controlar el impulso de estrellarme contra sus labios y eso hago. Nos fundimos en un beso apasionado que sabe a despedida. Siento que se me encoge el corazón al pensar en dejarlo aquí. Pero es lo que debo hacer.

—Ten una buena vida, Christoph —susurro junto a sus labios antes de separarnos.

Me cuelga algo en el cuello, una especie de medallón. Es una muñeca rusa. Lo acaricio con los dedos y después miro a Christoph confusa.

—Tu madre quería que lo tuvieras. Ten tú también una buena vida, preciosa pelirroja. —Deposita un beso en mi frente y no me da la oportunidad de preguntar dónde la ha visto. Se marcha cerrando la puerta tras de sí.

Me lleva unos minutos recuperarme, pero el humo que se cuele por debajo de la puerta me alerta de que es tiempo de marcharme. Salgo por la ventana y, siguiendo sus instrucciones, corro sin detenerme. Los pulmones me queman, tengo que descansar, pero no lo hago hasta llegar al callejón acordado.

Espero un momento antes de asomarme fuera del callejón y, como Christoph me ha dicho, hay un Corolla negro de vidrios tintados aguardando al otro lado de la calle. Tiene las luces delanteras encendidas y no me queda la menor duda de que ése es mi medio de transporte. Compruebo que no haya nadie en la calle y corro hasta el coche, subiéndome deprisa en el asiento trasero.

El auto arranca sin esperar a que termine de acomodarme y, al coger la

autopista, dejo de mirar atrás para ver si nos siguen. En ese momento deseo ver el rostro del conductor y cuando mis ojos se posan en el espejo retrovisor palidezco.

—¿TÚ?

—Te dije que era capaz de protegerte, Al, y eso es lo que voy a hacer. — Los ojos de Samir se fijan en los míos y siento que aprieta el acelerador al máximo de lo que este coche es capaz—. No volveré a dejar que te pase nada, es una promesa.

Y producto de todas las tensiones de estas últimas horas entre la vida y la muerte, estallo en un llanto ensordecedor, mientras agarro mi medallón como si fuese un bote salvavidas.

No tengo la menor idea de lo que sucederá con mi vida, debo volver a huir, olvidarme de esta rutina que había construido. Y justo cuando empezaba a descifrar mi nueva identidad, debo abandonarla una vez más. Alena debe desaparecer, igual que lo hizo Ariadna. La única certeza que tengo en estos momentos es que no estaré sola porque Samir está conmigo. Quizá sea el destino y tal vez, sólo tal vez, pueda tener mi cuento de hadas, después de todo.

## Capítulo 29

### Final feliz

Me despierto entre las sábanas y cubro mi rostro con las manos cuando los rayos del sol me alcanzan. Ésta es la primera vez que no le echo la culpa a Enrique. Ya he dejado de soñar con él y no sé si eso es un avance o un retroceso. Me aseó y regreso a la habitación. Tomo el vaso de zumo de naranja que Samir ha dejado para mí y mordisqueo una tostada, mientras le echo una ojeada a la prensa, pero no consigo retener nada. Suspiro y me detengo frente al ventanal, observando la playa y el inmenso océano más allá. Siento el olor a salitre y cierro los ojos dejando que me invada.

—Estás despierta... —Samir se acerca a mí y me da un beso en el cuello mientras me abraza desde atrás y nos mece a ambos. Me he acostumbrado a ello.

—Hace sólo unos minutos. —Me vuelvo y le doy un leve beso en los labios, provocándole una sonrisa, como siempre.

—Espero que estés lista para partir —pregunta, sacando nuestras maletas del armario para comenzar a llenarlas.

—Empezaba a acostumbrarme al mar. Estar cerca de la playa hace menos abrupto el cambio. —Cruzo los brazos sobre él; he sentido un repentino escalofrío, pero no creo que se deba al clima.

—Por eso escogí este destino, quería que te sintieras lo más cómoda posible, Ari...

El enfado brota desde un lugar profundo de mi ser.

—No hagas eso... —digo, apretando los dientes para contener lo que siento. Me sujeto el puente de la nariz entre el índice y el pulgar y hago una

profunda inspiración.

—¿Hacer qué? —Samir levanta la vista sin entender.

—No me llames de esa forma. Dejé de ser ella al bajar de ese avión en Margarita. Apenas recuerdo cómo era, ahora es una simple ilusión... —Mi voz se apaga al final.

—¿Prefieres que te siga llamando Al? —Se acerca buscando mi mirada.

—No creo que yo sea ella tampoco... Ya ni siquiera sé quién soy. —Lo miro suspirando y veo en él compasión.

Se acerca hasta quedar frente a mí y me estrecha entre sus brazos; mientras me acaricia el pelo con una mano, con la otra realiza movimientos circulares en mi espalda, es algo que consigue calmarme.

—No importa qué nombre decidas llevar, sigues siendo la mujer de la que me enamoré. —Se separa unos centímetros y me sujeta la barbilla mirándome a los ojos con dulzura—. Eres el resultado de todo lo que has vivido y más. Debes aceptarlo para poder continuar. —Me besa con suavidad para volver a estrecharme entre sus brazos.

Cuando subí a aquel coche sin saber lo que vendría a continuación, nunca pensé que sería Samir quien me estaría esperando. Al verlo sentí que podía derrumbarme, porque con él me sentía a salvo. Lloré todo el camino hasta un aeropuerto privado en uno de los extremos de la isla. No sabía que allí hubiese uno.

—Pensé que no tenías avión privado —fue lo primero que dije al bajar del coche, mientras observaba el avión blanco frente a nosotros.

—No lo tenía. Pero sentí la necesidad de comprarlo al enterarme de lo que sucedía. Tenía que sacarte de aquí de una forma segura. —Me cogió la mano y hasta ese momento no me di cuenta de que temblaba. Me estrechó entre sus brazos con fuerza y lo oí suspirar como si hubiese estado conteniendo el aire desde la última vez que nos vimos.

Se separó de mí y se secó una solitaria lágrima que rodaba por su mejilla. Ese gesto me conmovió; no lo ocultó, porque así es Samir, no teme mostrar sus

sentimientos, ni le importa parecer débil frente a mí. Sacó una bolsa del maletero y subimos al avión. Sentí que el color volvía a mi rostro cuando despegábamos.

No pregunté nada cuando Samir me entregó la documentación que me había guardado para poder escapar en el momento en que mi tiempo con Viktor se acabara. Me la entregó junto con todos los documentos de acciones que poseía. Sólo pude darle las gracias, al menos mi seguro se había salvado.

Dormí todo el camino hasta llegar aquí. Hasta que aterrizamos no me enteré de que nuestro nuevo hogar se encontraba en Cancún. No cuestioné la elección de destino, porque Samir no me dio oportunidad, me lo explicó todo, las instrucciones que Rodrigo le había dado. Quería asegurarse de que estuviéramos en un sitio donde no resultara fácil hallarnos, ¿y qué mejor lugar que uno plagado de turistas?

Samir compró unos billetes con destino a Australia, antes de recogerme, con el nombre que usé durante dos años en Margarita. Y después compró uno para Turquía a su nombre con una diferencia de dos días. Para todos, Samir Al-Halabi Fasil seguía en la isla, él se encargó de que así lo pareciera.

Habían transcurrido dos semanas desde que llegamos a Cancún, los primeros días estuvimos mirando continuamente sobre nuestro hombro. La seguridad que Samir tenía para nosotros superaba mis expectativas. En especial un guardaespaldas personal llamado Patrick me hacía sentir muy cómoda.

—¿Estamos seguros ahora? —le pregunto a Samir antes de salir de la habitación del hotel. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Había logrado sentirme segura en esta ciudad y el hecho de marcharme despierta mis temores de nuevo.

—Sí. Hasta el momento no ha habido señales de que nos sigan. Además, tú estás muerta para el mundo. Ahora eres Amélie Reid. —Coloca las manos sobre mis hombros y me da un beso en la frente.

—¿Adónde iremos ahora? —pregunto, preocupada por nuestro futuro.

—A donde tú quieras... —responde él, deslizando dos dedos por mi mejilla con ternura.

Lo observo conteniendo la respiración con temor a que al formular mi petición me rechace y todo mi mundo se derrumbe una vez más.

—En ese caso, iremos a Brasil. Necesito ir a Sao Paulo.

No me supuso mucho tiempo ni esfuerzo convencer a Samir de que fuésemos a Brasil, no después de asegurarme él que iríamos a donde yo quisiera. Aún me es difícil creer en el alcance de su amor por mí. Y justo ahora, mientras volamos de camino a Sao Paulo, me pregunto si seré capaz de corresponderle. Samir ha sido mi oasis en medio del desierto de mi vida de los pasados dos años, pero ahora que todo eso ha desaparecido, ¿lo seguiré viendo de la misma manera? ¿Mis sentimientos seguirán siendo igual de fuertes o desaparecerán con la rutina y la monotonía que acompaña a la normalidad?

Estoy frente a edificio donde, según la información que Patrick me consiguió, trabaja Enrique. Samir respeta mi necesidad de hacer esto sola, bueno, con la compañía de Patrick, mi guardaespaldas personal. Aunque si me hubiese visto aquella noche con Viktor, entendería que no necesito un guardaespaldas. Decidí no discutir al respecto, Samir necesita protegerme y a mí no me cuesta permitirselo; es relajante dejar que alguien me cuide, después del infierno por el que he pasado.

Se abren las puertas de cristal y entro en un acogedor vestíbulo en tonos azules y grises. Hay una mujer de pelo castaño detrás del mostrador con el nombre de la compañía. Me estiro el vestido azul marino y camino decidida hasta ella.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? —me pregunta con una sonrisa.

—Quisiera ver al ingeniero Enrique... —empiezo y ella me echa una mirada recelosa al ver que lo he llamado por su nombre de pila. Pienso corregirme, pero lo hecho, hecho está.

—El ingeniero ha aplazado todas las citas que tenía para hoy —responde

ella con seriedad.

Su sonrisa inicial es un mero recuerdo y su reacción me hace pensar que quizá esté interesada en él. Me pregunto por unos segundos si tendrán algo. Luego desecho la cuestión, perdí el derecho a saberlo hace mucho tiempo.

—Sé que debe de estar muy ocupado. Dígale que Ariadna Alzurú está aquí. Estoy segura de que querrá saberlo —digo y ella me mira unos momentos antes de marcar el número.

—Ingeniero, sé que ha pedido que pospusieran todas sus citas, pero hay una mujer en recepción que insiste en verlo. —Sonríe ante la respuesta que Enrique le da—. Eso pensaba. —Sonríe de nuevo, esta vez enarcando una ceja hacia mí con cierta satisfacción—. Dice que es Ariadna Alzurú. —Su expresión se ensombrece, traga saliva y se muerde el labio, conteniendo la respiración. Si su mirada tuviese rayos láser, yo estaría calcinada—. Se lo diré —dice y cuelga.

»El ingeniero dice que la recibirá encantado. El ascensor está al final del pasillo —señala con desdén—. Piso seis.

—Gracias. —Sonrío divertida y me marcho contoneándome, porque sé que me debe de estar atravesando con la mirada.

Las puertas del ascensor se abren y entro. Marco el número seis y respiro hondo y me observo en el reflejo de las puertas metalizadas. Llevo un vestido ceñido sin mangas, color azul marino, con algunos diseños geométricos en blanco y celeste en la parte superior. Me paso las manos por el pelo; lo primero que hice al llegar a Cancún fue cambiármelo. Ahora lo llevo corto, muy corto, no hay manera de que pueda recogermelo en una coleta; necesitaba un cambio de ciento ochenta grados, así que aquí estoy, de nuevo rubia, con apenas suficiente cabello para peinarme.

El ascensor se abre de nuevo y un largo pasillo se presenta ante mí. Lo recorro, leyendo las placas de las puertas de las contadas oficinas que hay. Me detengo frente a una puerta de cristal con el nombre de Enrique. Trago saliva,

sin saber qué hacer. Estoy tan absorta que no me percató de que se acerca y abre la puerta con esa mirada que conozco tan bien.

—Hola... —lo saludo y él avanza y me estrecha entre sus brazos. Siento cómo aspira mi perfume, mientras hunde la nariz en mi cuello.

—Pasa. —Se aparta con torpeza, haciéndose a un lado para que entre, y cierra la puerta detrás de mí.

—Es muy bonita...—Elogio la oficina, antes de sentarme en uno de los sillones grises frente a su escritorio de cristal.

—Gracias... Estás aquí... —Se sienta frente a mí, cogiéndome las manos. Tiene las suyas sudadas y sé que está nervioso, me resulta adorable que aún lo esté.

—Te hice una promesa —respondo y su mirada se ilumina. Debo armarme de valor para lo que voy a hacer, es lo mejor para ambos—. Ya no corres peligro, ninguno de nosotros —digo y suspira aliviado.

—Así que ya puedes regresar. Si no quieres que vivamos en Brasil puedo hablar con mi jefe para que me trasladen de nuevo a Caracas. No vendí el apartamento, puedes buscarte un trabajo que te guste, no hay prisa... —dice atropelladamente.

—Enrique... —aprieto sus manos, obligándolo a que me mire a los ojos—. Para —le pido y su expresión cambia. Me detesto por lo que estoy a punto de hacer—. No voy a volver a Caracas.

—Está bien, podemos ir a cualquier otro sitio...

—No me entiendes. Enrique, estoy aquí para dejarte ir, para que puedas finalmente seguir con tu vida. La Ariadna de la que te enamoraste, con la que te casaste, ya no existe. Me encantaría poder volver a ser ella por ti, poder fingir que estos últimos años no han existido, pero la verdad es que sí lo han hecho y me han cambiado.

—Ya no me amas... —dice, desviando la mirada con los hombros caídos.

—¿Podría alguna vez dejar de hacerlo? —respondo, levantándole la barbilla. Sus ojos azules me observan con una mezcla de esperanza y nostalgia

—. Eso no significa que esto vaya a funcionar entre nosotros. Siempre voy a amarte, pero ya no soy la misma y la vida que tenía, la vida que compartimos tú y yo, no tiene sentido para mí, es como si fuese otra persona.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Ariadna? ¿Qué va a ser de ti, nena, después de todo lo que has vivido? —Coloca sus anchas manos alrededor de mi rostro y pega su frente con la mía, cerrando los ojos—. Déjame apoyarte, ayudarte a superar esto. Necesitas a alguien que te conozca.

—No tienes que preocuparte por mí, estaré bien. —Me separo y le doy un casto beso en la frente, aspirando su aroma una última vez—. Nunca te he agradecido todo lo que me diste. Gracias por una vida maravillosa, llena de normalidad.

—Soy yo quien debería darte las gracias, nena, por creer siempre en mí. Tú me moldeaste, soy quien soy gracias a ti. Eres, has sido y siempre serás tú.

Sus labios se posan en los míos y las lágrimas se funden con nuestra despedida. Con ese beso siento que una parte de mi corazón se desgarró y que el vacío que queda nunca podrá llenarse.

—Adiós... —Me separo y me marcho, incapaz de volver a mirarlo.

De camino al ascensor, me seco las lágrimas que se me han escapado. Y, una vez dentro, me enfrento a una pérdida a la que nunca creí que tendría que enfrentarme: Ariadna se ha ido, la he perdido.

Al salir del edificio, siento que respiro nuevamente, pero el aire no es suficiente. No hay oxígeno que pueda curar lo que mi cuerpo está pasando en estos momentos. Me apoyo las manos en las rodillas y respiro entrecortadamente. No pensaba que fuera a ser tan difícil. Enrique era lo único que me mantenía conectada a la mujer que he sido durante veintisiete años, él es mi adolescencia, mi juventud y mi edad adulta. Él me ha ayudado a convertirme en la mujer que soy. Romper de forma permanente con él es como cortar el único cable que me mantenía conectada con Ariadna Alzurú. Sin Enrique, ya no queda nada de ella.

—Estoy aquí... —Siento las manos de Samir acariciando mi espalda y me

incorpora para estrecharme entre sus brazos—. Todo estará bien. No me iré a ningún lado —repite como una especie de mantra, mientras me mantiene apretada contra su pecho.

No pensaba que mi corazón pudiese fragmentarse de esa manera, porque nunca creí que me perdería a mí misma.

—¿Me lo prometes? —le pregunto cuando consigo calmarme.

—Siempre. Estaré aquí pase lo que pase. Me esforzaré cada día por hacerte feliz y todas las sombras que oscurecieron tu vida serán un triste recuerdo. La pregunta que deberías hacerte es si serás capaz de aceptarlo. — Se separa de mí y, pillándome por sorpresa, hinca una rodilla en la acera, saca el anillo que me mostró en el yate y dice—: ¿Me dejarías pasar cada día de nuestra vida esforzándome por hacerte feliz? ¿Aceptarías ser mi esposa?

El corazón me late con fuerza y no me importa que tengamos espectadores, porque ya no estamos en Margarita, ya no existen las reglas de La Compañía, por primera vez sólo somos él y yo.

—Sí —respondo sonriendo—. Me encantaría. —Asiento y él me pone el anillo en el dedo, para después tomarme entre sus brazos y darme ese beso que durante mucho tiempo anhelé.

Un beso libre, un beso verdadero, el primero de toda una vida. Porque Samir siempre ha sido el príncipe azul que toda mujer sueña con tener.

## Epílogo

Han transcurrido casi tres semanas desde que la vi por última vez. Casi tres semanas desde que comenzaron las preguntas. No he vuelto a ver la luz del sol, apenas me dejaron ducharme tras cinco días de arduo interrogatorio. Han intentado quebrarme por todos los medios, pero no lo han conseguido. Ellos ignoran que formaron a un gran soldado, nada en este mundo me haría traicionarla.

Al final se han convencido de que digo la verdad y me dejan ir. No he estado prisionero, pero me han tratado como tal. No los culpo, porque sé que es el procedimiento a seguir en casos como éste; yo mismo he realizado infinidad de tortura psicológica cuando ha habido sospechas de traición. Sólo que en esta ocasión el acusado era yo.

Veo a Bastian salir de la habitación contigua en las mismas condiciones que yo. Era de esperar que también lo investigaran, debido a que es mi compañero. Me sonrío cuando paso junto a él, pero hasta que no estamos fuera del área de interrogatorios no me dejan hablar con él.

—Al parecer todo ha ido tan bien como pensábamos... —Se ríe, pero su risa es interrumpida por un ataque repentino de tos.

Tengo que darle un par de palmadas para que logre recomponerse. Es normal, después de lo que hemos vivido.

—¿Has explicado las cosas exactamente como sucedieron? —Enarco una ceja y él sabe que me refiero al guion que establecimos antes de que llegara Michael junto con el capitán. Nos hemos mantenido fiel a la coartada que le dije a Alena antes de marcharse.

—Sólo la verdad. —Sonríe con una mirada de reojo a nuestro alrededor.

Ya todo ha acabado, pero es mejor mantener la guardia alta unos días.

—¿Michael te ha contado adónde nos han reasignado? —pregunto, mientras nos entregan nuestras pertenencias. Firmo los papeles necesarios y salimos del cuartel a la fría brisa de la noche y el familiar olor a casa.

—¿No te lo ha dicho? —Me detiene, sujetándome del brazo antes de que crucemos la calle.

—No. —Me le quedo mirando expectante. Después de sumar otro fracaso a la lista, no creo que seamos restituidos a nuestros antiguos cargos. Así que me hago a la idea de tener más misiones de bajo nivel.

—Mañana partimos hacia Rusia...

—¿Adónde? —No entiendo lo que dice. Hago memoria de alguna misión de la que haya oído hablar, un blanco ubicado en Rusia, pero más allá de Nikolái no recuerdo otro.

—Haremos muñecos de nieve en Siberia. Michael no se ha creído del todo nuestra versión y ésta es su manera de castigarnos, mandándonos a congelarnos con los pingüinos —se queja resoplando.

—Justo lo que estaba esperando... —Sonrío burlándome de Bastian y él me echa una mirada de pocos amigos, mientras subimos a mi coche aquí, en mi amada Berlín. Está tal cual la dejé.

—Sólo tú podrías aceptar resignado una misión como ésa —dice y abre la guantera para coger las patatas que siempre guardo ahí.

Empiezo a sentirme en casa, aunque la imagen de Alena nunca me abandonará.

—Un soldado no se niega ni se ofrece, *mate* —digo, burlándome con una imitación barata de su acento—. ¿Qué pasó con Alexa? —No había tenido mucho tiempo de hablar con él, así que ni siquiera pude preguntar por ella antes de que llegaran los de la agencia y nos montaran en un avión rumbo a Berlín.

—Logré salvarla a tiempo. La saqué de allí para que se reuniera con la Cobra Negra. Voy a extrañar a esa mujer.

Lo veo suspirar, hundiéndose en el asiento con algo de nostalgia. Lamento que la suerte no estuviera del lado de ninguno de los dos en cuestiones de amor, pero al menos tuvimos la oportunidad de salvarles la vida a ambas y otorgarles una nueva oportunidad de ser felices.

—¿Qué ha pasado con Alena? —pregunta, centrando de nuevo la atención en mí, y no lo culpo, ninguno de los dos se siente a gusto echando sal en la herida.

—Un tipo llamado Rodrigo me abordó mientras salvaba al enclenque de su marido. Lo reconocí de inmediato, era el hombre que estaba con ella en la competición. Me aseguró que estaría bien, sólo debía hacerla llegar a ese callejón, donde Samir la estaría esperando. —Aprieto el volante con fuerza, porque aún me resulta difícil recordarlo. No es fácil aceptar que se ha ido con otro, y menos con su príncipe azul, pero era la única manera de que estuviese a salvo.

—¿Y de dónde salió ese tipo? ¿Confíaste en él? —Bastian me mira como si hubiese perdido la cabeza. Sé que no es muy normal en mí confiar en la gente, pero había visto al tal Rodrigo con ella y su actitud era protectora, casi como la de un padre.

—Alena confiaba en él, era todo lo que yo necesitaba saber.

—¿Y ese Samir es el sultán?

—Sí, el mismo. La envié directo a los brazos de su caballero de brillante armadura, para tener el final que siempre quiso —resoplo resignado y piso aún más a fondo el acelerador de mi Nissan. Cuánto he echado en falta el rugido de su motor y la ligereza con que se mueve.

—Lo siento, *mate*.

—No lo sientas. —Sonrío tras inspirar hondo varias veces—. Le he dado lo que siempre quiso. —Me pongo las gafas de sol y me adentro en la noche con mis RayBan, sintiéndome invencible—. Ahora es tiempo de volver al trabajo.

Conduzco hasta mi pequeño apartamento en el centro de Berlín, mientras

Bastian se dedica a aullar con las canciones de la radio sin que yo pueda evitarlo. Reviso los sobres que se han acumulado con las semanas, sólo son cuentas, publicidad y las suscripciones de Bastian a la revista *Playboy*. Los apilo y los meto en el primer cajón de la mesita de la entrada. Ya habrá tiempo de mirarlos, pero no ahora. Cada uno va directo a su habitación, porque después de casi tres semanas de confinamiento precisamos una buena ducha y descansar hasta el día siguiente. No necesitamos decirnos nada. Cierro la puerta y, tras dejar el equipaje en el suelo, me desnudo y dejo que el agua caliente relaje mis músculos. Al salir estoy más descansado, así que, después de ponerme unos bóxers, me dejo caer en la cama y me duerno en cuestión de minutos.

No sé qué hora es, pero me despierta un ruido en la sala. Me siento en la cama y mi mano va hacia la mesita de noche donde se encuentra mi Glock. Tengo al menos diez armas escondidas en distintos sitios del apartamento, me gusta estar preparado. Abro la puerta procurando no hacer ruido y camino con sigilo, manteniéndome entre las sombras. Sujeto la pistola en alto y estoy atento al menor movimiento que indique peligro.

Atravieso la sala y no veo a nadie. Camino hasta la puerta y miro a través de la mirilla, tampoco hay nadie. Mis ojos van de forma involuntaria hacia la mesita del lado de la puerta y algo me parece fuera de lugar. Dejo el arma sobre la superficie y cojo los sobres blancos, que reviso uno a uno, son facturas y cosas irrelevantes.

—Un momento... —los reviso de nuevo—. Esto no estaba aquí. —Miro el cajón donde los había guardado hace tan sólo unas horas y está vacío—. No puede ser.

Oigo el clic de cuando se le quita el seguro a un arma, es un sonido inconfundible cuando tienes experiencia. Más en concreto es el sonido de una Sig Sauer.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —Mantengo las manos en alto, sé que cualquier movimiento puede hacer que termine con un agujero en alguna parte

del cuerpo.

—Creo que debes mejorar tu seguridad... —dice una voz. Una que me resulta inconfundible.

Durante estas tres semanas he estado repitiendo en mi mente cada conversación que tuvimos, porque pensaba que nunca volvería a oírla.

Me doy la vuelta con lentitud y abro mucho los ojos al verla. No puedo creerlo. Es Alena, con unos vaqueros ajustados, un jersey claro y una cazadora de cuero. Lleva el pelo muy corto, tal vez demasiado, y de color rubio, pero sigue tan sexy como siempre. Mi entrepierna se despierta.

—Creo que deberías soltar el arma, no quiero que te hagas daño —digo, aún incrédulo.

—No necesito un arma para hacerte morder el polvo, ya hemos pasado por eso. —Deja su pistola en uno de los sillones de la sala—. Es un placer conocerte finalmente, Christoph Nowak —añade sonriendo, mientras sostiene uno de los sobres en la mano—. Me moría por conocer a tu verdadero yo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado con el sultán? —Puedo oír mi corazón latir emocionado como un niño. Ni en mis mejores sueños había imaginado tenerla aquí.

—No ha funcionado....

—Pensaba que era algo así como un príncipe azul.

—Lo es —admite ella y siento una punzada de celos en el pecho—. Cuando terminó todo con Enrique, experimenté una pérdida como nunca antes; Ariadna se había ido y ya no tenía que ser Alena. Y Samir seguía ahí, queriendo llevarse todo ese dolor y darme una vida de felicidad. Funcionó los primeros días, hasta que me di cuenta de que ésa no sería la vida que me haría feliz.

Esa confesión me llena de esperanza como a un puto crío. Avanzo hasta ella y me detengo a solo un paso, uno que aún me parece un abismo, que me quema y me congela al mismo tiempo.

—¿Y qué vida te haría feliz, preciosa pelirroja? —me atrevo a preguntar, temiendo su respuesta. Aunque ahora sea rubia, siempre será la preciosa

pelirroja para mí.

—Aún no lo sé... —responde mirándome con esos ojos tan azules que desde el primer momento me hipnotizaron—. Creo que primero debo averiguar quién soy después de todo esto.

—Y sólo pasabas por aquí cuando has decidido irrumpir en mi apartamento como toda una acosadora, hurgar en mis cosas y, después de ser sorprendida, contarme todo esto. —Cruzo los brazos conteniendo la risa.

—No, de hecho he cogido un avión a Alemania para verte y entregarte esto. —Se lleva los dedos al colgante del cuello y, al abrirlo, retira una memoria USB.

No doy crédito a lo que veo. No puede ser.

—La encontré hace unos días, creo que la Cobra Negra quería que yo tomara la decisión. No sé si servirá para limpiar su nombre, pero creo que debe volver a donde pertenece. Pero no sólo estoy aquí por eso —se muerde el labio, meditando su siguiente movimiento, y la memoria USB pasa a un segundo plano. Ya habrá tiempo para entregársela a Michael y hacer justicia—. Cogí ese avión porque nunca me he sentido más fuerte, más viva, más yo misma que a tu lado. —Recorre la distancia que nos separa y sonrío ante su confesión—. No tengo la menor idea de quién soy realmente. Ahora hay sólo retazos que debo poner en orden. Me parece una buena idea hacerlo aquí, en Berlín. Y si tú quieres, tal vez podrías acompañarme en el camino.

Por supuesto que quiero, estoy dispuesto a ayudarla a unir cada parte hasta que se dé cuenta de que no importa las facetas que se vio forzada a mostrar. Nunca he conocido a nadie tan valiente y único como ella.

—Creo que primero deberíamos presentarnos. —La miro, queriendo perderme en esos ojos tan azules—. Soy Christoph Nowak, agente de inteligencia, no muy bien pagado, que acaba de ser destinado a Siberia para castigarlo por romper las reglas. —Le tiendo la mano.

—Yo soy Amélie Reid —dice ella, recordando la que parece ser su nueva identidad, mientras me estrecha la mano.

Su simple contacto despierta mi deseo.

—Soy la dueña de una compañía de ropa en la que invertí todos mis ahorros y no tengo la menor idea de lo que voy a hacer con mi vida.

—¿Alguna vez has ido a Rusia? —pregunto, asumiendo uno de los mayores riesgos de mi vida.

—La verdad es que no. Me han dicho que Siberia está muy bonita en esta época del año —dice coqueta, haciendo aletear las pestañas y sé que estoy perdido.

—No te haces una idea... —murmuro, antes de estrellar mis labios contra los suyos y calmar la necesidad que tengo de ella.

No tengo la menor idea de lo que nos deparará la vida. Ambos somos un jodido desastre, tenemos demasiadas cicatrices y piezas sueltas, pero estoy dispuesto a intentarlo, porque ella es una mujer de las que sólo encuentras una vez en tu vida.

Y no me importa el número de rostros que tenga, estoy seguro de que amaré cada uno de ellos.

## Agradecimientos

Agradezco a mi familia (mi mamá y mi papá son mis pilares) la prueba de que el trabajo duro tiene su recompensa y que el que persevera vence. No hubiese llegado hasta aquí sin ustedes. También a mis hermanas Naila y Naiza: siempre encuentro la forma de que una parte de ustedes brille en algún personaje; más que mis hermanas son mis cómplices incondicionales.

A mi alma gemela de escritura, Nathaly Hernandez, una escritora maravillosa y una amiga excepcional que siempre apoya mis ideas, por descabelladas que sean, y me ayuda a darles forma. Gracias por leerme esta historia y ayudarme a alcanzar el resultado que deseaba.

A Leo, por ser la fuente de inspiración de mis personajes principales aunque no lo sepas. Gracias por creer en mí incluso cuando yo no lo hago, por la fe y por estar ahí como un espejo para recordar todo lo bueno que hay en mí y todo lo que soy capaz de lograr.

A mi editora, Esther Escoriza, por creer en la historia de Aleja, por darme la oportunidad y bancar toda mi intensidad en este proceso. Gracias por ayudarme a cumplir mi sueño; sin ti no hubiese sido posible.

## Biografía

Nací en Barquisimeto, una ciudad del centro de Venezuela en 1992, un 11 de marzo. Soy psicóloga, escritora, viajera y una soñadora empedernida.

Las letras tocaron mi vida cuando apenas tenía ocho años y desde entonces jamás se han marchado. Comencé con cuentos infantiles y poesía, sin embargo, ha sido con la narrativa romántica con la que hallé mi inspiración en todas sus variantes, porque considero que el amor o su ausencia es la energía que mueve el mundo.

Hace casi siete meses decidí dejarlo todo y emprender mi viaje por el mundo. Actualmente estoy recorriendo Sudamérica, venciendo los miedos y luchando con los prejuicios que acompañan el hecho de viajar siendo mujer, en busca de más historias que plasmar en mis novelas, más historias para enamorar. Cuando la gente me pregunta por qué viajo, yo respondo que el mundo es muy grande y la vida muy corta para quedarse en un solo lugar.

Os invito a acompañarme por esta alucinante travesía a través de mis letras.

Encontrarás más información sobre mí y mis novelas en:

<https://www.facebook.com/nathalyulrrich>

*El secreto de tu nombre*  
Mel Ulrich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Mel Ulrich, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-21008-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

